



LA TORRE NEGRA

EL ABISMO

PHILIP JOSE FARMER

VOLUMEN 2

Lectulandia

La Torre Negra es un lugar donde los incautos pueden esfumarse, un océano de monstruos, salpicado de islas mortalmente peligrosas, un mundo de cautivos que quieren evadirse de la misteriosa prisión que trasciende el tiempo y el espacio.

Cuando Neville Folliot desaparece de la selva africana, su hermano Clive sigue sus pasos en un intento de encontrarlo. Pero tropieza con La Torre Negra, una espiral espacio-temporal de múltiples niveles en donde se reúnen seres de otra galaxia y seres de recodos ocultos del tiempo. Neville está atrapado en algún punto de su interior.

Las únicas señales esperanzadoras, dentro de ese Abismo, son las pistas que ofrece su diario.

Mientras dura la búsqueda, Clive y sus amigos han de enfrentarse a una serie de extrañas criaturas: monstruos terrestres y marinos, alienígenas, dementes cósmicos, y, en general, a lo Desconocido, con la esperanza de hallar no sólo a Neville sino de hallar un camino de regreso a su mundo, a lo Conocido.

EL Abismo rebosa excitación, suspense e imaginación, elementos que se adivina que van a ser las principales características de la serie La Torre Negra.

Lectulandia

Philip J. Farmer y Bruce Coville

El abismo

La Torre Negra 2

ePub r1.0
epublector 23.12.14

Título original: *The Dark Abyss*
Philip J. Farmer y Bruce Coville, 1989
Traducción: Carles Llorach
Diseño de cubierta: Ciruelo Cabral

Editor digital: epublector
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Los libros deberían quemar, no ser quemados.

Lo que hacen o lo que se les hace depende del lector, la persona que sostiene el libro entre sus manos. Algunos libros realmente irradian un elevado calor y brillan con una luz cegadora que, paradójicamente, nos capacita para ver lo que nunca hemos visto. Otros emiten una suave calidez y hacen que queramos saborear una y otra vez su fuego templado. Algunos son cerillas que eliminan el frío y la oscuridad de un área reducida, y, cuando se apagan, no se pueden volver a encender. Encendemos otra cerilla, es decir, leemos otro libro, disfrutamos de aquella luz no demasiado brillante y de aquel fuego débil. Cuando la llama se ha extinguido, no podemos volverla a encender, aunque tampoco tenemos deseos de hacerlo.

Luego hay libros que parecen rezumar agua apenas abiertos, y siguen goteando hasta que los terminamos, si es que lo conseguimos. Han apagado cualquier fuego de nuestra mente.

Otros, siento tener que decirlo, sólo proporcionan un escozor parecido al de las hemorroides.

Y lo más curioso de todo es que el mismo libro puede apagar cualquier vestigio de fuego en un lector y convertirse en una llamarada en la mente de otro.

Sin embargo, mi opinión es que se puede juzgar objetivamente un libro, aunque no puede hacerlo ningún miembro de la especie del *Homo sapiens*. Quizás en el Cielo hay un ángel que, a pesar de encontrarse entre los elegidos, tiene que continuar pagando por sus pecados cometidos en la Tierra y se le ha adjudicado la tarea de leer todas las obras de ficción producidas en la Tierra. Tiene que escribir las críticas de esas obras (almacenadas todas en archivos celestiales) y anotar todas sus excelencias, así como todos sus defectos. Otro ángel, cuyos pecados son todavía mayores, debe reescribir las novelas para los rangos divinos. Posteriormente, cuando el autor original alcanza el Cielo, debe leer aquellas críticas y aquellas reescrituras de sus obras, lo cual ya es pena suficiente para consumirlo durante toda la eternidad.

Pero, después de todo, así es el Cielo. El ángel reescritor da unos golpecitos a la cabeza de la sollozante criatura y le dice:

—Venga, venga. Lo hiciste lo mejor que pudiste, y esto es lo que cuenta aquí arriba.

Si el autor pregunta qué les ocurre a los escritores que no lo hicieron lo mejor que

pudieron, el ángel no dice nada: tan sólo señala con el pulgar... hacia abajo.

Ésta fantasía se me ocurrió al sentarme a escribir el presente prólogo. Hasta que mis posaderas tocaron la silla no tenía ni la más remota idea de que algo así estaba fermentando en las interioridades de mi cerebro. Pero el contacto con el asiento de la silla fue como el chispazo desprendido al conectar un interruptor. La verdad siempre sale a flote, por más rara que sea su forma de presentarse.

Mientras escribo esta introducción al libro que tengo entre manos, la banda canadiense Brass Basin Street está tocando *That's a Plenty*. La música resplandece de alegría, con el gozo de la plenitud de la vida. Espero que el lector encuentre este volumen, y el precedente, tan lleno de la alegría de la multifacética gema de la vida como llena está «*That's a Plenty*, ». Soy optimista y creo que así será, porque siento en el alma que *La Torre Negra*, es una obra que se va llenando lentamente de ambrosía y acabará por estar rebosante de alegría. Y aunque, ciertamente, los personajes no lo pasan bien, el lector debe de disfrutar de la aventura.

También los autores gozan con su proyecto. Como yo, conocen los clásicos, tanto de la «corriente principal» de la literatura como de la ciencia-ficción, y conocen los *pulps*. Mis relatos de aventuras son una fusión del espíritu impetuoso de los *pulps*, con los clásicos. Lupoff y Coville tienen el mismo modo de abordar la novela, no porque yo los haya obligado a imitarlo, sino porque lo hacen por propia naturaleza. Tienen asegurado un lugar en el Cielo pues siempre dan lo mejor de sí. El trabajo adocenado no es lo suyo.

Su objetivo es dar vida, por decirlo de algún modo, al *Geist*^[1], que infunde mis libros. Sus obras no son prolongaciones de mi ficción. No continúan los mundos ni los personajes que he creado en libros anteriores. No intentan imitar mi estilo, lo cual de todas formas sería difícilísimo puesto que tengo más de uno.

Los escritores de *La Torre Negra* se alimentan del espíritu, de la filosofía y de los temas de mis novelas de aventuras de ciencia-ficción; sin embargo, es evidente que introducirán los suyos propios a medida que desarrollen sus obras. Cada individuo es único. Cada uno tiene su propio y sorprendente toque de gracia.

(Tengo que hacer un comentario al margen: la admirable contención de Lupoff y Coville al no imitar mi desafortunada inclinación por los juegos de palabras. Y es que tienen distinción).

¿Cuáles son los temas, la filosofía, el espíritu de mis obras?

Son:

1. Siempre, bueno, casi siempre, llevar al protagonista de lo *conocido*, a lo *desconocido*. Richard Francis Burton, el personaje principal de la serie «*Riverworld*», dice: «Algunos de ustedes me han preguntado por qué partimos hacia un destino que no sabemos a qué distancia se encuentra y que quizá ni tan siquiera exista. Y yo les respondo que desplegamos velas porque lo desconocido existe y que nosotros haremos que sea conocido. ¡Eso es todo!».

En realidad, no es *todo*, pero es el deseo que constituye el primer impulso.

2. Para cada corriente existe una contracorriente. Así, el protagonista de nuestra *Torre Negra*, Clive Folliot, es el reverso del inquieto y siempre errante Burton. Clive se encuentra en lo Desconocido, no porque esté ansioso por conocer, sino porque está obligado a ir en busca de su hermano gemelo perdido. Si no fuera por esta empresa irrecusable, estaría perfectamente satisfecho permaneciendo en lo Conocido. No hay ningún indicio que nos lleve a pensar que tenga deseos de estar en lo Desconocido, o de continuar adentrándose en él movido por una curiosidad «burtoniana».

Pero, en la hazaña por rescatar a su hermano y regresar a la Tierra que conoce, penetra más y más en el peligroso y sombrío Desconocido. Sin embargo, sólo con el esfuerzo realizado para conocer lo Desconocido puede alguien conocer realmente lo Conocido. Lo que no ha sido explorado, pero que en un momento dado se vive, echa luz en lo que creíamos conocer pero que en verdad no conocíamos. Las sombras de ambos reinos se borran por la luz que uno deja caer sobre el otro. Desafortunadamente, como ocurre siempre en nuestro universo de tantea-y-comprueba (y en el de los demás, estoy seguro), las dos luces también originan nuevas sombras. Siempre había habido sombras, pero antes de que las dos luces se cruzaran como espadas de realidad nunca las habíamos visto.

La oscuridad —que, a veces, nos permite dormir y, otras veces, nos mantiene totalmente despiertos y temblando— no tiene fin.

La Mazmorra, es un mundo en el cual dormir, aunque a veces sea imperiosamente necesario, es de lo más peligroso.

No sé cómo va a acabar esta serie. Sospecho que el personaje de Folliot va a cambiar (para mejor). No será exactamente el mismo hombre que era cuando se zambulló en el otro mundo. Puede que incluso descubra que la Tierra que conoce es repulsiva y que se aleje del mundo de la Mazmorra para buscar otro mejor que los dos que conoce. O que cree que conoce.

3. Los continentes oscuros del mundo físico y de la mente del *Homo sapiens*. Mis protagonistas a menudo no sólo se aventuran en la pétrea dureza de lo inexplorado sino que, al mismo tiempo, emprenden un safari hacia el interior de sus propias mentes. Penetran en dos Áfricas oscuras. Los leones y los leopardos, los caníbales, los obstáculos, las fiebres, las razas perdidas y las ciudades de oro, que son tangibles, tienen sus paralelos en la psique del héroe. Sin embargo, en estas situaciones, lo físico y lo mental son paralelas que se encuentran.

Dentro de la literatura, la «corriente principal» es la geometría euclidiana; la ciencia-ficción y la fantasía, la riemanniana^[2]. La «corriente principal» es el álgebra de lo Conocido; la ciencia-ficción y la fantasía lo son de lo Desconocido.

La Torre Negra, tiene humanos de muchas eras junto con no-humanos y casi-humanos de muchos períodos del tiempo y de muchos lugares del espacio. Todos han sido reunidos por algún poder misterioso, con un propósito desconocido por los congregados. Quizás el único propósito del poder (o poderes) sea el placer siniestro o la pasión de poder. O tal vez la reunión de tantas disparidades sea el resultado de un

fenómeno natural, aún desconocido. En todo caso, el mundo de la Mazmorra no resulta muy agradable a sus inmigrantes involuntarios. Hace que la urbe de Detroit se parezca a un idílico parque natural. El soberano de este mundo tiene muchas afinidades con Iván el Terrible. Y, por todo lo que sé, Iván podría ser el poder que amenaza desde detrás del trono oscuro.

4. Las cosas nunca son lo que parecen. Es un *leitmotiv*, en muchas de mis novelas. La idea no es, en modo alguno, original, sino que la fundamento en lo que he observado en la Tierra. Pero, aunque nadie la hubiese propiciado, no habría dejado yo de formularla. En realidad, lo hice ya de muy joven y antes de leer los libros de los que se podía deducir. Así, mis personajes, y los de esta serie, se equivocan a menudo cuando se explican entes y situaciones. A veces, ocurre porque entes y situaciones son engañosas a propósito, tal como en la vida real. O porque el protagonista no sabe lo bastante acerca del caos en donde se encuentra para calibrar correctamente sus causas y su complejidad. Exactamente como en la vida real. También puede suceder que el protagonista no sepa cuál es su verdadera identidad, no porque sea el caso de un amnésico o de un heredero multimillonario perdido, sino porque es alguien que se engaña a sí mismo. Las autoimágenes que poco tienen que ver con el carácter auténtico de la persona son endémicas en el Homo sapiens. Este autoengaño puede causarnos más problemas de los que nos causarían o desearían causarnos nuestros propios enemigos.

Los dos primeros volúmenes de este largo libro lo demuestran con suficiente claridad. Nuestro héroe tiene la suerte de que los demás sean diligentes, incluso ávidos, en señalar las diferencias entre lo que ellos consideran que es su auténtica persona y lo que él cree que es. Trabajan en él con el mismo arte con que un antiguo olmeca^[3] extraería de un bloque de jade puro una estatua bien cincelada.

5. Arquetipos. A veces, releendo mis obras, observo que inconscientemente he escrito algo que llegó a mí a través de un conducto directo desde lo más recóndito del cerebro. Son imágenes y situaciones arquetípicas. Algunas son iconos personales; otras, las que Jung y otros atribuyen al inconsciente colectivo de la humanidad. Los dos volúmenes de *La Torre Negra*, reverberan con esas imágenes y situaciones. Por ejemplo: la imagen de la balsa que navega entre los dos acantilados, en el presente volumen, es el reflejo de la estrecha puerta del Infierno, de la elección entre Escila y Caribdis. O, si se prefiere, del difícil paso del útero al nacimiento, o de la muerte a la vida posterior. Y, en los dos libros, hay duendes bajo el puente. ¡Cuan a menudo, durante un sueño perturbador, mi mente, pescando en un foso oscuro y profundo alrededor de la torre negra de la noche, como un anzuelo, engancha una de las criaturas de pesadilla! Y, una vez atrapadas y yo paralizado por el terror, esas criaturas se deshacen del anzuelo y saltan hacia mí justo antes de que despierte.

También, al releer mis obras, me percaté de que he usado el recurrente subterráneo (túneles y cuevas profundas bajo tierra) demasiado a menudo para ser pura coincidencia. Pero tal vez se deba a que la mayor parte de mis relatos los he

escrito en sótanos.

6. La grandiosa aventura. Sea cual sea el tema principal, la grandiosa aventura es el hilo conductor de todas mis obras largas.

Hay otros elementos que podría comentar en este texto: el sexo no-humano-humano (algo de esto hay en la obra de Coville), los múltiples niveles de trama y personajes (en los dos volúmenes), las cuestiones acerca de la existencia del libre albedrío y de la vida posterior (las aventuras de Folliot ¿están reduciéndolo a un robot socialmente condicionado?, y ¿es el mundo de la Mazmorra otro universo o una vida posterior, un auténtico Infierno?), las condenas y las alabanzas a la religión, a veces en el mismo libro, y otros elementos que no voy a mencionar aquí. Lo grandioso es el relato. Nosotros solamente somos como cavernícolas que se reúnen en torno al fuego, de noche, y escuchan al anciano de la tribu contar sus cuentos. Sus relatos y los nuestros puede que no sean muy diferentes en el fondo. Pero la forma de los nuestros es la del gran salto hacia lo Desconocido, de la batalla por la supervivencia contra los extraños (a pesar de que esto nos incluya) y del misterio que ha de ser descifrado.

Siempre, tanto en el sentido argumental como en el religioso, el Misterio.

Philip José Farmer

1

Huida

Unos son llamados a la Mazmorra.
Otros van a ella por elección propia.
Pero, antes del fin, todos han de oír
el terrible poder de Su oscura voz.

Las palabras fueron pronunciadas de tal modo que a Clive Folliot le recordaron a un sacerdote ofreciendo una invocación. Pero cualquier halo de santidad que pudiera poseer el hombre que las había emitido quedaba disipado por el reluciente revólver Colt de la armada americana apuntado al pecho de Clive.

Sin sacar los ojos de Clive, el desconocido alargó la mano libre y cerró el gran libro encuadernado en cuero, en el que había estado escribiendo. Clive pudo percatarse de los poderosos músculos que se movían y cambiaban de forma bajo su elegante chaqueta de corte Victoriano.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Clive.

—Su hermano gemelo es demasiado curioso para su propio bien. Al final, naturalmente, pagará un elevado precio por este vicio.

Clive Folliot mantenía la vista fija en los ojos del desconocido, ojos grises en ojos verdes.

—¿Y qué precio será? —interrogó. Y, al hablar, se preguntó (y no por primera vez) qué imprudencia de Neville los había llevado hasta allí.

El hombre hizo caso omiso de la pregunta de Clive.

—Quítese la Corona —dijo, señalando hacia la frente de Clive con el cañón de su revólver.

Clive dudó. Aparte del hecho de que la habían colocado en su cabeza las mujeres por las que sentía algún afecto ('Nrrc'kth y Annabelle Leigh), la Corona no tenía valor personal para él. Sin embargo, el hecho de que hubiese empezado a brillar al tocar su frente había convencido a los habitantes de aquel extraño Castillo de que Clive era su auténtico soberano, una creencia que seguramente podría utilizar en beneficio propio si conseguía salir vivo de aquella estancia.

—¡Deprisa! —dijo el desconocido, moviendo la pistola—. No estoy de humor para esperar.

Como para dar énfasis a este punto, aplicó su dedo contra el gatillo del revólver.

Pero, al hacerlo, rompió por primera vez desde que se había levantado su contacto visual con Clive, y miró más allá de éste, hacia la puerta por la que había entrado.

¿Había algún indicio de nerviosismo en su mirada?

Clive levantó las manos para sacarse la Corona. Pero, aunque sus movimientos eran lentos, su cerebro era un torbellino. Si el hombre quería la Corona, debía tener algún significado, algún sentido, más allá del ámbito del Castillo.

«¿Podría ser la clave de los misterios de la Mazmorra?»

Clive se resistía cada vez más a ceder la Corona.

—¿Me verá obligado a matarlo? —preguntó el desconocido en un tono tan cortés como el que podría haber empleado para preguntarle a Clive si prefería el té con uno o dos terrones de azúcar.

Clive levantó la Corona de su cabeza. Tenía interés por ver si seguiría brillando; había presumido que cuando se la sacase volvería a ser invisible otra vez, como lo había sido cuando la llevaba Annie.

Sosteniendo la Corona frente a él, avanzó hacia el hombre. Mientras se adelantaba, intentó calibrar la fuerza y la agilidad del adversario y se preguntó si podría arreglárselas para hacerle caer la pistola y luchar con él cuerpo a cuerpo.

—Alto ahí —dijo el hombre, moviendo la pistola una vez más. Con su mano libre levantó el gran libro en el cual había estado escribiendo—. Ponga la Corona aquí —ordenó.

Clive colocó la Corona encima de la cubierta del libro y puso los músculos en tensión, preparándose para realizar su maniobra. Pero, para su absoluta sorpresa, el hombre cerró los ojos, susurró una palabra y empezó a desvanecerse.

—¡Espere! —chilló Clive. Y se lanzó hacia el desconocido.

Pero ya era demasiado tarde: hombre, Corona, libro y revólver se habían esfumado. Los brazos de Clive se cerraron en el vacío y él cayó de bruces sobre el escritorio lleno de papeles.

—Un tipo muy curioso —dijo una voz familiar a sus espaldas—. Seguramente tendría mucho éxito en los teatros de nuestro país, con todo esto de la desaparición. Me pregunto si es un truco difícil de aprender. ¿Está bien, mi comandante?

Clive se volvió y vio a su antiguo ordenanza, el sargento mayor Horace Hamilton Smythe, de pie en el umbral de la puerta. Horace cruzó la habitación y alargó una mano para ayudar a Clive a ponerse en pie.

—Salvando mi dignidad, estoy completamente bien —dijo Clive—. Aunque habría apreciado que hubiese podido llegar unos momentos antes.

—Lo siento, mi comandante —dijo Horace, totalmente inexpresivo—. Hicimos lo que pudimos. Pero es que usted nos arrastró a una persecución endiablada.

Clive meneó la cabeza.

—Un final un tanto brusco a mi coronación, debo confesarlo —dijo, refiriéndose a la improvisada ceremonia que había tenido lugar en la sala de audiencias del Castillo—. Pero cuando oí a aquel villano de N'wrbb a mis espaldas, tuve la absoluta

certeza de que no estaba allí para bien.

Un grito de frustración interrumpió la respuesta de Horace.

—¡La Corona! ¡Has perdido la Corona!

Provenía de 'Nrrc'kth, quien, junto con los otros miembros del círculo más cercano a Clive, había seguido a Horace al despacho. Luego pareció que la mujer iba a desfallecer. Pero la musculosa anciana llamada Gram llegó a tiempo para sostener a su pupila. Con su rostro, ya de por sí blanco como el hielo, más pálido que nunca, 'Nrrc'kth repitió estúpidamente:

—Clive, has perdido la Corona.

—Debías haber tenido en cuenta que fue ella quien la encontró —dijo Annabelle Leigh. La joven de cabello oscuro estaba apoyada contra el marco de la puerta.

A Clive le sorprendió ver a la chica que había conocido como Usuaria Annie. Arriba, en la sala de audiencias del Castillo, le había parecido exhausta; había creído que su agotamiento era debido, casi con toda seguridad, a un uso excesivo del Baalbec A-nueve, una máquina computadora alimentada por su propio cuerpo. Clive no pudo imaginar que Annie hubiese tenido fuerzas suficientes para seguir la carrera suicida a través de los pasillos del Castillo, carrera que había llevado al grupo hasta aquella estancia. Luego se dio cuenta de que Finnbogg, el poderoso enano de mandíbulas de mastín que ahora se agazapaba junto a ella, jadeando y mirándola con adoración con sus enormes ojos pardos, debía de haberla llevado a cuestas.

—El episodio completo habría podido evitarse si hubieses matado a N'wrbb cuando tuviste la oportunidad.

Clive miró a su derecha. Chang Guafe, la más reciente adquisición de su grupo, parecía irradiar desaprobación. Clive se esforzó para reprimir un escalofrío. La criatura (el ciborg, si recordaba correctamente el término de Annie) era una monstruosa amalgama de carne, sangre y partes mecánicas. Constituía un combatiente soberbio. Pero Clive empezó a sospechar que, entre los muchos componentes de Chang Guafe, no se podía encontrar ni piedad ni compasión.

—Creo que será mejor aplazar esta discusión para más tarde —dijo Horace—. Por lo que estoy oyendo, pronto vamos a tener compañía.

Clive miró más allá de Chang Guafe. Horace se encontraba ahora junto a Annie, en el umbral de la puerta por donde habían entrado. Oyó que de más allá provenía un murmullo de voces furiosas.

—¿Los nuestros? —preguntó esperanzadamente.

Es posible, dijo una voz en su cabeza. *Pero es más probable que sean los súbditos restantes de N'wrbb.*

Clive se volvió hacia la fuente del ruido y asintió.

Chillido también asintió. Sus ojos escarlata (ojos de araña) refulgían con la luz de gas. Sobrepasaba los dos metros diez, elevándose claramente por encima del pequeño marinero español llamado Tomás, que estaba junto a ella.

—'Nrrc'kth —dijo Clive—, usted es la Señora del Castillo. ¿Conoce otro medio de

salir de aquí?

Cuando 'Nrrc'kth movió la cabeza negativamente, sus ondas de cabello verde brillaron contra sus hombros de blanco de cal.

—Estamos muy adentro de las catacumbas —dijo—, muy abajo. Nunca había estado aquí.

Clive echó un vistazo a la pieza, maravillado de nuevo por aquel despacho Victoriano oculto bajo las profundidades de aquel extraño castillo. Aunque la habitación poseía dos puertas más, no tenía ni idea de adonde conducían y no tenía interés alguno en arrastrar su grupo hacia un callejón sin salida donde podrían ser aniquilados.

—Horace, ¿tiene usted alguna idea de cuántos son allí fuera?

Horace Hamilton Smythe se asomó por la puerta.

—Todavía no puedo ver nada, mi comandante —dijo—. Pero, por lo que oigo, es una tropa que hace un bonito número.

—Bien, vamos a probar las otras puertas —dijo Clive, y a la vez se preguntó durante cuánto tiempo lo seguiría el grupo sin cuestionar su mando. Estaba seguro de Horace, por supuesto, pero algunos de los demás podían presentar problemas. Por un instante, la idea de que uno de ellos pudiera ser realmente un jefe mejor para el grupo relampagueó en su mente. Pero el pensamiento era tan ajeno a su instrucción como oficial británico que no tuvo más consecuencias y se esfumó en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, Clive fue dolorosamente consciente de que si Neville hubiese estado allí en lugar de él mismo, nunca se habría planteado la cuestión del mando; Neville habría estado al cargo, y eso habría bastado.

—Chillido, Chang Guafe, comprueben las puertas.

La elección era natural, ya que para ninguna de las dos criaturas tenía importancia el hecho de que estuviesen cerradas. La de Chang Guafe no lo estaba. La de Chillido sí; pero la mujer-araña simplemente tomó el marco con las tres manos (la cuarta la había perdido durante la batalla frente al Castillo) y arrancó de cuajo la puerta del muro.

—Tapiada —dijo, con un tintineo de mandíbulas—. No hay salida por aquí.

Chang Guafe había tenido mejor suerte. La puerta del ciborg se había abierto y había dado paso a un pequeño guardarropa; éste tenía otra puerta en su fondo, que daba acceso a un estrecho corredor.

Clive no se sorprendió. No podía imaginarse a su hermano sin guardarse para sí mismo una vía de escape.

—Chang Guafe, usted primero. Horace, sígalo. Luego usted, 'Nrrc'kth. —Y continuó desplegando a su grupo, con Finnbogg y Annabelle Leigh en el centro y él mismo y Chillido cubriendo la retaguardia. Incluso en mitad del frenesí, Clive tuvo tiempo de sentirse satisfecho por aquella disposición. Las aún inexploradas habilidades mecánicas de Chang Guafe hacían que fuese lógico situarlo a la cabeza de la retirada; Clive sabía, por ejemplo, que, si quedaban atrapados en un túnel a oscuras,

el ciborg les podría proporcionar luz artificial. Y la habilidad de Chillido para alterar su química interna y convertir en venenosos los pelos-púas que recubrían su cuerpo, combinada con su destreza en lanzarlos, hacía de ella un soldado letal. Con la maestría de espadachín de Clive, los dos podrían mantener a raya a los atacantes durante más tiempo que nadie del grupo. Su única y auténtica preocupación era Tomás. Al observar al marinero bajito había descubierto que, a pesar de su bravura en el hablar, el hombre no era un auténtico soldado de combate. Pero ahora no había tiempo para pensar más en ello. Ya casi tenían encima a la tropa que bajaba trotando por el pasillo, y Clive no podía hacer nada más.

Empujó a Tomás hacia adelante, cerró la puerta y echó el cerrojo. Dudaba de si lograría contener el tropel durante más de cuatro o cinco segundos.

Pero, en una situación como aquélla, cuatro o cinco segundos podían significar la diferencia entre la vida y la muerte.

2

Infierno verde

En la noche de San Juan de 1845, año en que Clive y Neville cumplían diez años, su padre los llevó al campo a visitar unas propiedades pertenecientes a un amigo de la familia. Detrás de la antigua casa solariega se extendía un inmenso laberinto de seto, plantado casi un siglo antes. En las primeras horas del atardecer, lord Tewkesbury acompañó a sus hijos a la entrada del laberinto y les dijo que si lo deseaban podían ir adentro a jugar. Neville se entusiasmó con la idea, pero Clive se mantuvo cauteloso; y no se sorprendió cuando, apenas cinco minutos después de entrar en el laberinto, Neville echó a correr dejándolo atrás y desapareció.

Incluso sin Neville, o quizás a causa de la ausencia de Neville, Clive descubrió que era agradable pasear a través de los refrescantes corredores verde oscuro que el elevado seto creaba. Pero, al pasar las horas que siguieron a la desaparición de Neville, Clive inició una lenta pero firme progresión emocional: desde la angustia, pasó por la rabia, el miedo y el terror, hasta llegar a la sensación de haber sido elegido, por razones que en ese momento no lograba entender, para degustar anticipadamente el sabor del infierno.

La angustia fue fácil de superar; la vida con Neville había convertido aquel sentimiento en una experiencia casi diaria. Con la rabia no fue muy diferente. Pero al ir pasando el tiempo, al avanzar tambaleando de callejones sin salida a pasillos cortados, el joven Clive empezó a sentir una clase de miedo menos familiar. No le espantaba la posibilidad de la muerte (una emoción que, incluso a los diez años, había experimentado más de una vez al seguir fielmente a su impetuoso hermano en un contratiempo tras otro). El miedo de Clive era ahora más bien a vivir sin poder salir nunca de aquel lugar. Era un miedo que se intensificaba cada vez que volvía a atravesar la misma pequeña gruta (en un claro de hierba donde una lasciva estatua de Pan guardaba una gorgoteante fuente cuya agua saltaba a una taza recubierta de musgo); y además parecía que nunca llegaba a ella por el mismo camino.

Una parte de Clive sabía que aquel miedo era irracional. Pero este conocimiento no hacía del miedo algo menos imponente. Ni, por supuesto, lo hacía el hecho de que era capaz de creer racionalmente que su padre estaría dispuesto a dejarlo en el laberinto hasta que encontrase la salida por sí solo, y a dejar que pasase la noche allí solo, si lo consideraba necesario.

Dos veces oyó a su hermano que se reía en algún lugar de más adelante. Una vez

la voz de Neville le llegó directamente a través del seto. Luego Neville pareció desaparecer por completo.

Mientras el atardecer continuaba su curso, Clive descubrió algunos de los secretos más inquietantes del laberinto. Al dar la vuelta a una esquina de aspecto totalmente inocente se encontró frente a una estatua repugnante. Sus rasgos demoníacos, aterrorizadamente acrecentados por las sombras alargadas, parecían insinuar que lo aguardaba algo, la oscura promesa de una transformación terrorífica que tendría lugar en plena noche. Una vez encontró una pequeña puerta, que le llegaba sólo hasta el hombro. Presa de la repentina esperanza de que la puertecilla lo iba a liberar del infierno verde, Clive la abrió de un tirón y lanzó un chillido cuando algo de pelo y huesos saltó hacia él. El descubrimiento de que no era más que un artefacto montado en un muelle no consiguió detener los temblores que lo sobrecogieron.

Oyó una risa. ¿Otra vez Neville? ¿O era alguien más? Había llegado ya tan lejos en aquella experiencia que le era muy fácil creer que alguien o algo podía haber permanecido escondido allí durante años sin ser descubierto, sin más indicio de su existencia que el triste hecho de que un chiquillo entraba de vez en cuando en el laberinto y no volvía a salir nunca más.

Echó a correr. Oía la risa en todas las esquinas que doblaba y una débil voz que lo llamaba:

—Clive... Clive, te esperamos.

¿Quién lo esperaba? ¿Neville y su padre? ¿O las criaturas del laberinto?

Corrió más deprisa. Las sombras se hicieron más profundas. Las hojas susurraban y murmuraban a su alrededor, y no lograba discernir si era sólo a causa de la brisa del atardecer o de algo más que pasaba entre las ramas. Encendido por el miedo, empezó a balancearse de un lado a otro, y al poco rato tenía cara y manos cubiertas de arañazos. Jadeaba por el esfuerzo, respiraba a golpes bruscos que frotaban ásperamente su garganta. Las lágrimas le corrían mejillas abajo y su sal le producía escozor en los arañazos. El olor de rosas y el hedor de podredumbre se entremezclaban en el aire pesado del atardecer. Tropezó con una piedra y al dar con el suelo vomitó.

Permaneció tendido y lloró.

Oscurecía.

—¡Clive, Clive!

La voz que le murmuraba con apremio desde el otro lado del seto era una voz que no había oído nunca antes. Alzó la cabeza del suelo.

—¿Quién eres? —dijo con un murmullo.

—Algún día lo descubrirás. Pero ahora mismo tenemos que sacarte de aquí. Levántate.

Clive hizo lo que le ordenaban.

—Sigue recto hasta llegar a la segunda abertura de la derecha. Sigue recto, luego a la izquierda, luego a la derecha. Esto te llevará de nuevo a la Gruta de Pan. Espérame

allí.

Clive se sacudió la hojarasca y el polvo y echó a andar. Estaba oscuro y costaba ver. Insectos alados revoloteaban a su alrededor y chocaban contra él, y los más pequeños se pegaban en el sudor de su cuello y en los vómitos que todavía tenía pegados a la barbilla, a pesar de sus repetidos intentos por limpiárselos.

Llegó a la gruta. Una luna gibosa iluminaba la parte superior del seto, creando charcos de plata y sombras propias. En la luz argentada Pan parecía mirar con una lascivia más perversa que nunca. Cuando vio la estatua a la luz de la luna, Clive sintió que algo se agitaba en el fondo de su estómago; pero no fue hasta años más tarde cuando reconoció aquello como el primer síntoma de su sexualidad adolescente.

Se acercó a la taza recubierta de musgo y con el agua gorgoteante se lavó la cara y las manos. Contra su piel sudada y herida la sintió refrescante y dulce. Se sacó la camisa, se limpió más a fondo, se sacudió el agua y luego usó la camisa para secarse el agua que le quedaba.

¿Dónde estaba su amigo desconocido?

Como una respuesta a su pensamiento, la voz le llegó desde el otro lado del seto:

—Es bueno que no te lo tenga que decir todo. Precisamente te traje aquí para que te lavaras. Cuando tu padre te vea, tienes que aparecer tan sosegado y normal como te sea posible.

Algo en aquella voz hizo que Clive se sintiera seguro, y al abrocharse la camisa percibió que el temblor en sus dedos ya había disminuido.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo.

—Puedes tener la luna frente a ti —dijo la voz sin hacer caso de su pregunta—. O puedes tenerla en el hombro izquierdo.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Clive. Pero no hubo respuesta.

Miró de frente a la luna y echó a andar. Si doblando una esquina la luna pasaba a situarse en su hombro izquierdo, entonces la doblaba. Cuando no era así, seguía recto. Dos veces más la voz le habló, pero no dijo nada de importancia; simplemente habló para asegurarle que lo estaba haciendo bien.

Al cabo de media hora, llegó al final del laberinto. Ya estaba a punto de salir, cuando la voz se dirigió a él por última vez.

—¡Clive! —Él se detuvo para escuchar—. Dos cosas. Primera: acuérdate siempre de buscar el diseño.

Clive asintió. Cuando la voz dejó de hablar, dijo:

—¿Qué más?

—¡Aprende a jugar al ajedrez!

La orden fue tan inesperada que Clive soltó un bufido.

—¿Quién eres? —le preguntó por tercera vez. No hubo respuesta.

Salió del laberinto. Su padre estaba sentado en un banco de hierro forjado, con las piernas cruzadas y el bastón en el regazo, sosteniendo la pipa entre los dientes. Un hilo de humo ondulaba alrededor de su cabeza. Detrás de lord Tewkesbury, el césped

segado a ras del suelo se desplegaba como un mar de plata. Neville estaba en un extremo del banco, sonriendo satisfecho. Detrás de Neville se hallaba una chica con un vestido largo blanco. Cuando Clive salió del laberinto, empezaron a aplaudir.

Fue en aquel momento cuando Clive aceptó definitivamente el hecho de que, por una razón que ignoraba, siempre tendría que trabajar más duro que Neville. Tanto si era un castigo por los pecados de una vida anterior, como si era la conjunción de estrellas en el día de su nacimiento, como si simplemente era el mundo que afirmaba su arbitrariedad, las cosas siempre serían más fáciles para su hermano. En aquel único momento Clive odió a su gemelo con una pureza de sentimiento que nunca volvió a alcanzar.

Al día siguiente empezaba a aprender a jugar al ajedrez.

Aquello había ocurrido hacía casi veintidós años. Clive nunca supo quién lo había sacado del laberinto, aunque durante años había escuchado atentamente por si oía de nuevo aquella voz, esperando poder dar las gracias a su desconocido benefactor. Más tarde, cuando emprendió la carrera militar, hizo lo imposible para olvidar por completo el incidente. El miedo era impropio en un oficial. Pero ahora, mientras descendía a toda velocidad por los retorcidos túneles que serpenteaban bajo el Castillo de N'wrbb, perseguido por una tropa de furiosos secuaces de aquel señor blanco como el hielo, Clive se sintió de súbito como se había sentido en el laberinto aquella noche de verano. Parecía haber peligro en todas partes y sentía que ninguna esquina era segura, que ningún pasillo carecía de riesgos.

Y luego, repentinamente, se dio cuenta de que no sólo aquellas catacumbas eran muy parecidas al terrible laberinto, sino que el mundo entero también era como un laberinto.

Clive Folliot no era un hombre timorato, pero hacía tiempo que había aprendido que las emociones nunca mueren. Como la fiebre que remite, podían esfumarse de la memoria sin desaparecer del todo. En algún lugar del corazón o de la cabeza, en la sangre o en los huesos, permanecían aguardando la señal que las llamaría de nuevo a la vida. Más resistentes que Lázaro, no necesitaban la llamada de ningún maestro para resucitar; bastaba para ello con el estímulo de un suspiro, de un sonido o de un olor familiar.

Así sucedió al correr a través del zigzagueante túnel; el terror de la infancia de Clive reemergió a trompicones a la vida, y Clive sintió el asfixiante estrangulamiento del antiguo miedo, del miedo a quedar atrapado en aquel terrible lugar para siempre. El sentimiento fue tan súbito y sobrecogedor como una zambullida en aguas heladas y, por un instante, quedó sin aliento.

Chillido, que se hallaba a sus espaldas, vio que se tambaleaba. Lo cogió por el codo con su restante brazo inferior y consiguió mantenerlo en pie. No fue hasta días más tarde cuando Clive captó la ironía de aquello: lo que lo había ayudado a luchar contra ese terror paralizante había sido el contacto amable de la criatura más horrorosa de las que su imaginación hubiese podido conjurar aquel atardecer en el laberinto.

Siguieron corriendo.

El pasillo por el que avanzaban tenía las paredes de una materia cristalina de azul oscuro. No era más recto que una serpiente en movimiento, y se curvaba ora a la izquierda, ora a la derecha, de tal forma que era imposible decir a qué distancia se encontraban de sus perseguidores. En el centro del techo, una delgada banda de un material azul claro, de la anchura de una mano humana, alumbraba débilmente. Aquélla era la única luz.

Hacia adelante Clive vio un punto en donde el pasillo se bifurcaba. Dejaría a Chang Guafe la elección del camino.

El ciborg se dirigió a la derecha.

Esto le pareció bien a Clive. En aquellos momentos, una dirección parecía tan buena como la otra. O al menos así lo creyó hasta que él mismo alcanzó la bifurcación; allí, al echar una ojeada a la izquierda, divisó a lo lejos a un hombre de anchas espaldas y de pelo espeso y castaño que doblaba una esquina.

¿Neville? No podía asegurar que fuera su hermano gemelo. Pero tampoco podía apostar que no lo fuera.

—¡Alto! —chilló, intentando con una sola orden detener a la vez a Neville y al resto de su banda.

—¿Qué ocurre? —tintineó Chillido, que se había detenido junto a él.

—Creo que he visto a Neville —jadeó Clive—. Tenemos que seguir este camino.

Chillido miró hacia la derecha.

—Los demás siguen corriendo. No sé si conseguirás que se detengan.

Clive dudó; y en el mismo instante se dio cuenta de que la duda podía ser su perdición. Ya que el primero de sus perseguidores apareció a la vista.

Soltó un suspiro.

Eran un grupo mayor de lo que había esperado.

3

El durmiente

Empezó a gimotear. Era un sonido poco habitual en un hombre a quien en una ocasión habían llamado «el alma más valerosa en dos continentes». Él había reído estruendosamente al oír aquel comentario. Pero el explorador belga que lo había pronunciado lo había hecho porque estaba en condiciones de afirmarlo, y, cuando fue repetido en una reunión de los más notables aventureros del día, éstos simplemente cabecearon y sonrieron.

Naturalmente, de aquello hacía ya mucho tiempo; mucho tiempo antes de que el sueño sin fin hubiese empezado.

Gimoteó de nuevo, reviviendo, como lo hacía en períodos regulares, la batalla que constituía la última memoria de cualquier relación con la seguridad de sentirse vivo. La pesadilla era vivida y tan horripilante que, al luchar para liberarse de ella, siempre era empujado hasta la misma frontera de la conciencia: hasta la frontera, nunca más allá de ella.

No era la pesadilla lo que lo hacía lloriquear, empero; era el dolor interminable que la acompañaba.

De vez en cuando, cuando intentaba despertarse, tenía momentos de lucidez. Pero su mente rebelde siempre rechazaba llevar a cabo la transición; en efecto, el simple pensamiento de despertarse parecía poner en marcha un mecanismo que lo sumergía de nuevo en el sueño: algo dentro de él decidía que el sueño era preferible a la confrontación con el dolor en un estado de vigilia.

No todo era malo. A veces los sueños eran bañados por un cálido placer que casi se acercaba al orgasmo. Pero más a menudo eran terroríficos, más horrorosos incluso que las pesadillas que había sufrido de niño después de ver a su padre destrozado y muerto por un inmenso felino.

De nuevo gimoteó al intentar huir de su extraño letargo. Por alguna razón, parecía ser más necesario que nunca que él despertase.

Pero le resultaba imposible..., hasta que el dolor empezó de firme, un dolor tan intenso que le arrebató la escapatoria del sueño como si le arrancara la costra de una herida. Ahora deseaba refugiarse de nuevo en los sueños: se daba cuenta de que los sueños habían sido un refugio para el dolor, para el dolor que no había cesado desde que la criatura que los había atacado al cruzar el puente del gran abismo de Q'orna se lo había tragado. Pero, tal como el dolor lo había llevado hasta aquel

estado, su creciente intensidad lo forzaba ahora a salir de él.

Cuando la presión en su cabeza se agudizó todavía más, fue como si un relámpago le abrasase el cerebro. Gimió, preguntándose si iba a morir o si en realidad ya estaba muerto.

Y el lento estrujamiento se incrementó. Intentó gritar, pero no produjo nada. Ningún sonido.

¿Cuánto tiempo hacía que no oía nada?

¡Oh, Dios, el dolor! Sentía como si le machacasen el cerebro. Su cuerpo temblaba y él trataba de soltarse, de arrancarse, de liberarse de lo que fuera que le causaba aquella terrible agonía.

No ocurrió nada. No tenía la sensación de movimiento. De hecho, aparte del dolor, no tenía ninguna sensación de estar atado a un cuerpo.

«Tal vez los cristianos tuvieran razón», pensó en uno de los momentos lúcidos que llegaban entre los clímax de agonía. Era un pensamiento atroz. Pero una vez concebido, no se iba. ¿Era aquello el Infierno? ¿Aquella agonía podía ser destinada a durar eternamente?

Recordó a los misioneros salmodiando «El Señor tu Dios es misericordioso». Siempre le había parecido divertido que aquellas palabras solieran ser el prelude de una descripción gráfica de los horrores que aguardaban a los que no se comportaban exactamente como exigía su dios misericordioso.

Una vez lo habían azotado por reírse del dios misericordioso de los misioneros.

«¡Piedad!», pensó en su desesperación, antes de que la nueva ola de dolor rasgase un grito sin sonido en una garganta que ya no estaba segura de existir.

Si estaba vivo, habría deseado estar muerto. Pero no podía asegurar que su muerte no hubiese acaecido aún.

«¡Piedad!», suplicó de nuevo en su mente.

Pero el dolor, indiferente a su súplica, tan sólo continuaba su presión.

4

Batalla azul

Clive se había puesto nervioso, y se maldecía por haberse puesto nervioso. Sus amigos habían desaparecido por un pasillo. Alguien, que muy bien podía ser Neville, había desaparecido por el otro. Y una banda de gnomos sedientos de sangre (los esbirros de N'wrbb) se precipitaron contra él.

«Izquierda o derecha
huye o escapa.
¡Si te quedas, ataca!»

El recuerdo de la rima infantil, que Neville cantaba siempre que quería arrastrar a su hermano gemelo a pelearse, resonó en sus oídos.

Consiguió apaciguar los nervios y se maldijo por su estupidez. ¿Cuánto de aquel dilema provenía del hecho de haber abdicado de su posición como conductor del grupo y de haber colocado a Chang Guafe al frente de la procesión? En su momento había parecido buena idea. Pero había dejado en manos del ciborg la toma de decisiones: exactamente lo que Clive no debía hacer si quería mantener el mando.

Y estaba decidido a ser el jefe. En realidad, había permitido que los acontecimientos lo arrastraran durante demasiado tiempo, tanto allí en la Mazmorra como en el mundo real.

—Hacia la izquierda —gritó a Chillido, tomando él mismo aquella dirección.

La arácnida gigante hizo tintinear sus mandíbulas con inquietud, pero obedeció la orden de Clive.

Tras ellos, los gnomos llegaron como un torrente impetuoso.

—Prepárese a luchar —jadeó Clive mientras corría por el resbaladizo y zigzagueante pasillo azul.

Era una orden innecesaria: Chillido estaba siempre preparada para luchar.

Llegaron a una parte en donde el pasillo se estrechaba, y allí, a una orden de Clive, dieron media vuelta y presentaron batalla. El corazón le dio un vuelco al ver el número de enemigos. Para peor, los gnomos iban acompañados ahora por un grupo de guerreros altos y pelirrojos, vestidos sólo con *kilts*^[4], y correaes de cuero cruzados en sus anchos y velludos pechos.

Su número parecía aplastante. Pero Clive sabía que no podían seguir huyendo

indefinidamente y prefería luchar en aquel estrangulamiento, en donde no más de tres o cuatro enemigos a la vez les podían hacer frente, antes de que los cogieran en algún lugar más espacioso en donde podrían verse rodeados.

Chillido asestó el primer golpe. No fue físico, sino auditivo; y Clive esbozó una sonrisa al ver que, cuando su camarada arácnida soltaba su extraño y ululante grito de batalla, el desánimo cundía entre sus enemigos. Muchos de ellos se detuvieron para llevarse las manos a los oídos, intentando protegerse de las ondas de aquel sonido trepanados. Otros, más valientes (o posiblemente más sordos), continuaron avanzando.

Clive sacó su espada y entró en combate. «¡A *monsieur*, D'Artagnan le habría encantado esta situación!», pensó para sí mientras su espada penetraba el corazón de un gnomo que blandía un hacha. El libro de Alejandro Dumas sobre los legendarios franceses había sido una de las lecturas preferidas de Clive de muchacho, y a menudo se había imaginado enfrentándose contra unas fuerzas similares, superiores e implacables. Pero no en un lugar tan raro, contra una variedad de enemigos tan singular.

Otro gnomo trepó por encima del cuerpo de su camarada caído. Clive dio un salto atrás; el hacha del hombrecito había descrito un arco horizontal que lo habría segado por las rodillas, de haberse mantenido en el lugar. Clive se lanzó de nuevo hacia adelante, espada en ristre, pero el guerrero ya había desaparecido, levantado del suelo por el brazo inferior de la poderosa Chillido. Clive sintió un salpicón de líquido caliente en la cara cuando el hombrecito, lanzado por Chillido, chocó contra el muro azul. Al mismo tiempo, otro gnomo tuvo la desgracia de tropezarse con la espada de Clive. Gritó y murió. Clive arrancó la hoja ensangrentada del cadáver del gnomo y la ensartó en otro de sus compañeros.

Junto a Clive, Chillido continuaba luchando con su formidable eficacia habitual. Mientras sus dos brazos superiores estaban atareados combatiendo a los gnomos que encabezaban el grupo, usaba su brazo inferior para arrancarse pelos largos y rígidos como púas del abdomen y lanzarlos al enemigo. Impregnadas de un veneno de acción rápida que podía tumbar a un hombre en cuestión de segundos, aquellas armas parecían particularmente efectivas contra los gnomos, y sus cadáveres ennegrecidos e hinchados se veían no sólo a los pies de la araña sino que aumentaban en número más atrás, diseminados entre la masa de aullantes guerreros.

Y el extraño grito de batalla de la araña continuaba resonando.

Por desgracia, no todas las especies tienen la misma química biológica. Así, la primera vez que uno de los proyectiles de Chillido se incrustó en el hombro de uno de los guerreros altos y pelirrojos, éste simplemente sonrió, se lo arrancó y lo tiró por encima de su hombro.

Esta acción arrancó a Chillido un alarido de indignación, tan agudo que amenazó con agrietar los muros azules del pasillo donde estaban luchando. Unos pocos gnomos se amedrentaron y huyeron. Otros corrieron a ocupar sus puestos. Y los

guerreros pelirrojos iniciaron su propio avance, pasando por encima de los gnomos que habían caído a causa de las toxinas de Chillido, o simplemente apartándolos de su camino. Sus ojos azules y espadas plateadas parecieron brillar con la misma sed de sangre. Clive tragó saliva. El más bajo de los pelirrojos era unos buenos treinta centímetros más alto que él, con un alcance de brazo proporcionado a su estatura. Si la táctica de Clive no daba resultado pronto, era probable que las cosas terminaran allí mismo.

La mayoría de los gnomos se había retirado. Clive decapitó a un último combatiente persistente (cuya hacha había estado a punto de abrirle de par en par el estómago) y, cuando el gnomo cayó al suelo en dos partes, sintió náuseas. Muerto, el rostro que contemplaba se había vuelto infantil. De repente le pareció algo horroroso combatir contra individuos mucho más pequeños que él mismo. Pero esos hombres —si hombres eran— dieron a entender sin lugar a dudas que, si hubieran tenido la oportunidad, no habrían tardado en cortarlo en rodajas de muy buen grado.

Ahora, otros estaban a punto de tener aquella oportunidad.

Sintió que le tocaban el hombro.

Valor, Clive Folliot, le transmitió mentalmente Chillido, usando su capacidad para comunicarse sin palabras, capacidad que había creado para cada miembro de su grupo la primera vez que establecieron contacto físico. *Valor. Voy a probar otras toxinas contra esos hombres, ¡hucha con coraje!*, Luego se oyó su grito de combate; pero Clive no sólo lo oyó, sino que lo experimentó; pero lo experimentó sin comprenderlo, ya que, aparte de la excitación sexual, lo que Chillido sentía cuando entraba en combate era tan completamente ajeno a su sensibilidad inglesa que incluso comunicado directamente, sin la confusión de las palabras, no podía entenderlo.

Pero algo pareció infundirle una rabia y una pasión que le dieron tanto la fuerza como una indiferencia temeraria por su propia vida, la clase de indiferencia que permite a un hombre combatir con brillantez... hasta el momento de su caída.

Un grito de guerra se abrió paso desde lo más profundo de su interior:

—¡Por Dios, por san Jorge, por Inglaterra! —Y, blandiendo la espada por encima de su cabeza, arremetió y asestó el primer golpe. Y sintió un arrebatador embriagador de satisfacción cuando un fornido guerrero de dos metros diez cayó por su embestida.

Ahora la estrechez del pasillo los ayudaba todavía más que cuando habían combatido contra los gnomos, ya que los pelirrojos eran demasiado corpulentos para que dos de frente pudieran luchar con eficacia. A pesar de eso, su número era tan elevado (y su propia embestida en la batalla tan poderosa) que Clive y Chillido se vieron forzados a ceder terreno.

Una y otra vez, el espeluznante grito de la arremetida resonaba en el semioscuro pasillo azul. Una y otra vez caía un guerrero, sólo para que otro ocupase su puesto. Una y otra vez se veían empujados lenta e inexorablemente hacia atrás, hacia la curva que (según se percató de pronto Clive) se abría hacia una gran sala redonda.

La desesperación se apoderó de Folliot. Una vez que entrasen en aquel aposento,

la batalla (y, lo más seguro, su propia vida con ella) llegaría a su fin. En el espacio abierto, los altos pelirrojos serían capaces de rodearlos a ambos. Y entonces podrían acuchillarlos por la espalda con la misma facilidad con que un niño arrancaría un par de margaritas.

—¡Adelante! —gritó a Chillido. Y ésta levantó a un guerrero con sus poderosos brazos superiores y lo lanzó contra sus compañeros, con lo cual consiguieron ganar algunos palmos de terreno al enemigo. Pero el número de éstos era aplastante y de nuevo se vieron compelidos a retirarse hacia el espacio abierto.

Clive intentaba contrarrestar el impulso de mirar repetidamente por encima de su hombro, ya que sabía que cada vez que lo hacía descuidaba la guardia. A pesar de lo cual, en la siguiente pausa momentánea dio una ojeada furtiva atrás que casi le hace tirar su espada de desesperación: estaban tan sólo a centímetros de la sala.

El pelirrojo que estaba más cerca de Clive vio la expresión de su rostro y sonrió fríamente, revelando una boca repleta de puntiagudos dientes, más apropiados a un animal carnívoro que a un hombre. El pelirrojo aprovechó su oportunidad. Clive se tambaleó, pero, antes de que tocase el suelo, Chillido alcanzó a cogerlo y de un tirón lo ayudó a ponerse en pie. Al instante siguiente, un relámpago de plata pasó junto a ella y le abrió de nuevo el punto por donde le habían cortado el brazo; la araña chilló de rabia y de dolor. Clive sintió un vértigo momentáneo al ver el icor verde que rezumaba de su herida. Entonces se llenó de una furia renovada que le dio fuerzas para embestir otra vez y despachar al guerrero que había herido a Chillido.

Ahora un nuevo matiz tiñó el grito de batalla de la criatura arácnida, un matiz más agudo, de odio y de dolor mezclados: fue un terrible sonido que rasgó el aire y chirrió a lo largo de las aristas del pasillo.

Pero Chillido flaqueaba. La espada de Clive quedó atrancada en el correa de cuero del siguiente guerrero, quien lo empujó hacia atrás mientras la sangre le chorreaba del costado. La sala estaba a centímetros tras ellos.

Y por fin la táctica de Clive hizo efecto.

De detrás del enemigo llegó un nuevo sonido; una voz cavernosa, grave y profunda, que canturreaba lo que con poco esfuerzo podía identificarse como la versión de Finnbogg de «Dios Salve a la Reina», una de las canciones que el enano de mandíbulas de mastín solía cantar cuando se lanzaba a la batalla.

Y se lanzó a la batalla, arremetiendo contra la retaguardia con un ferocísimo ataque combinado de dientes y de puños que envió a los gnomos volando en todas direcciones, bien porque huían de aquel vengador repentino, bien porque Finnbogg, luchando como un loco en medio de ellos, los lanzaba al aire.

Y detrás de Finnbogg fueron apareciendo los demás: Horace y Usuaría Annie, Chang Guafe y Tomás, Gram y 'Nrrc'kth. Cogidos en la trampa que se acababa de accionar, los gnomos de pelo negro y los gigantes pelirrojos luchaban con desesperación. Pero el ímpetu del ataque carnívoro de Finnbogg había creado una confusión sólo equiparable a la causada por el estilo frío y metódico con que Chang

Guafe seleccionaba y despachaba a sus víctimas.

Clive, en el momentáneo respiro que obtuvo cuando sus oponentes inmediatos fueron distraídos por lo que sucedía a sus espaldas, se dio cuenta de que la táctica había creado un nuevo problema. La situación favorable que les había proporcionado el estrecho pasillo, aunque no era exacto decir que se volvía contra ellos, hacía casi imposible acabar aquella batalla sin la completa destrucción de uno de los dos bandos. A menos que de un modo u otro pudiesen conseguir la rendición de los enemigos, tendrían que continuar luchando hasta que no quedase ninguno en pie. Tenía confianza en que su grupo ganaría, pero no estaba tan seguro de que pudieran hacerlo sin graves daños. Por otro lado, él no deseaba perpetrar una matanza inútil. La sangre por sí misma no lo atraía.

—¡Tirad las espadas! —gritó Clive—. ¡Tirad las espadas y os podréis ir!

Pero en medio de aquel caos nadie oyó su voz. El estrecho pasillo resonaba con los aullidos de Chillido, el cantar grave de Finnbogg, los gemidos de los heridos y el estrépito del acero contra el acero. Los muros azules se manchaban de rojo y el olor caliente de la sangre llenaba el aire.

Clive creyó que iba a desfallecer.

—¡Soltad las espadas! —gritó de nuevo, sin saber siquiera si los pelirrojos podían llegar a entenderlo. La batalla continuaba furiosa. Entre Chang Guafe y Finnbogg, la acción en la retaguardia se había convertido en un caótico tumulto. Los pelirrojos iniciaron la retirada, pero el paso estaba obstruido. Se volvieron y se lanzaron de nuevo hacia Clive y Chillido. Ésta, enloquecida por el olor de la batalla, agarró al primero que se le acercó y lo alzó hasta su rostro. Lo degolló con las mandíbulas, y el chorro de sangre le manchó el pelo. Clive, que hasta entonces había permanecido junto a ella, se apartó y se apoyó contra el muro, abriendo un paso en el túnel. Los pelirrojos aprovecharon aquella oportunidad y emprendieron la huida, pasándole por delante como un torrente. Chillido, distraída con su última víctima, al principio no hizo nada para detenerlos. Pero cuando descargó el bulto del hombre al que acababa de despachar, chilló de rabia.

—¿Por qué los dejás escapar? —gritó, agarrando a otro de los pelirrojos. Clive oyó un crujido tan horroroso que le hizo pensar que debía de haberle roto un brazo, o los dos.

Casi todos los enemigos habían huido ya.

—Quietos, Finnbogg —gritó Clive cuando pasaba corriendo el último de los hombres. Finnbogg, que había estado mordiéndoles los talones con sus macizas mandíbulas, llegó hasta la altura de Clive y se detuvo como si lo hubiesen frenado con una correa invisible. Empezó a ladrar como un sabueso, mordiéndolo en el aire y gruñendo, pero sin moverse ni un centímetro.

Chang Guafe, que había estado luchando junto a Finnbogg, casi tropieza con el furioso enano.

—Estúpido —dijo Chang a Clive. Su voz fue tan fría como siempre, pero latió en

ella algo que era lo más cercano al sentimiento de la ira que Clive había percibido en el ciborg—. ¿Por qué los dejaste ir?

—Nuestra guerra no es con ellos —dijo Clive—. Es con N'wrbb. No ganaríamos nada matándolos.

—Ni perderíamos nada —replicó Chang Guafe, con un criterio tan práctico que Clive supo que nunca podría explicar sus propios sentimientos al ciborg. Clive pasó la mirada de Chang Guafe a Finnbogg. El enano volvía a estar en pie, lo cual situaba su cabeza unos pocos centímetros por debajo del hombro de Clive. Un gruñido amenazador continuaba agitándose en su pecho mientras observaba el pasillo por donde habían huido sus enemigos. Clive miró hacia la derecha. Chillido, temblando de cólera, con el guerrero pelirrojo inconsciente todavía colgando de sus brazos superiores, tenía los ojos clavados en Clive, con expresión airada y atónita. Clive balanceó la cabeza. ¿Cómo podría dar a entender sus sentimientos de tal forma que no pensasen que estaba loco de atar o que era un blando y un cobarde?

Fue un alivio para él que los demás se reuniesen con ellos en aquel momento. La aparición de Horace, Annie y Tomás pareció devolverle el sentido de la realidad al aportarle una conexión con su propio mundo, mucho más sensato que aquella enloquecida Mazmorra. Gram y 'Nrrc'kth llegaron tras ellos; su extraña combinación de forma humana con piel de alabastro y pelo esmeralda constituía una especie de puente entre lo que un inglés consideraría «personas auténticas» y el singular aspecto del resto de los compañeros. Se apercibió de que los fornidos antebrazos de Gram estaban cubiertos de sangre y comprendió, con cierto sobresalto, que había participado plenamente en la recién finalizada batalla.

De mutuo acuerdo se dirigieron al espacio abierto que Clive había intentado evitar por todos los medios sólo pocos momentos antes. Era una sala de forma casi perfectamente circular, de unos seis o siete metros de diámetro, construida con el mismo material liso y azul que los pasillos. La banda de material luminiscente que corría a lo largo del techo del corredor se prolongaba hasta el centro de la estancia, donde se encontraba con otras cuatro bandas similares, cada una de las cuales conducía a otro pasillo. Presumiendo que no iban a volver atrás, tenían cuatro caminos a elegir.

Pero todavía no iban a hacer la elección. Estaba claro que en el aire flotaba una confrontación. Clive deseaba insistir en seguir adelante en la búsqueda de Neville. Pero, quien fuese que había visto corriendo pasillo abajo (Neville o simplemente alguien que se le parecía de espaldas), podía haberse ido a cualquier parte durante el tiempo que habían perdido luchando con los secuaces de N'wrbb.

—Eres un tonto sentimental, Folliot —dijo Chang Guafe—. No había nada que ganar perdonando la vida a aquellos hombres, y mucho que perder.

Antes de que Clive pudiese responder, Usuaría Annie hizo uso de la palabra.

—Carga su sangre en tu propio karma, borg. A mi antepasado le basta con esta respuesta.

—¿Karma? —preguntó el ciborg.

—Tu cuenta corriente cósmica —dijo Annie—. Las cosas que haces ahora y aquí y por las que tendrás que pagar en la vida posterior.

Clive sintió que su estómago sufría una leve sacudida cuando Chang Guafe cambió la disposición de algunos de sus componentes metálicos que iban de su ojo derecho a su hombro derecho.

—Confundir la esperanza con la realidad crea ilusiones y desatinos —dijo el ciborg por fin—. Aquellos guerreros sólo eran gente. No volverán a vivir. Ni tú, ni yo, ni Folliot.

—Razón de más para evitar una matanza innecesaria —dijo Clive.

Una pequeña antena metálica emergió del cuello del ciborg e hizo un ajuste en el pliegue metálico que recubría su mejilla.

—La gente sólo es gente —dijo Chang Guafe, con aquel trabajo en marcha—. Siempre habrá más allí de donde vinieron éstos. A largo plazo, unos cuantos más o menos no supondrán ninguna diferencia. Pero a corto plazo puede que sí. Puede que en este mismo momento estén reagrupándose, preparándose para volver a atacarnos. O quizá nos tropecemos con ellos por el camino. El sentimentalismo y la guerra no se pueden compaginar. Cuando te atacan, es la guerra. Eres un sentimental, Folliot, lo cual hace de ti un pobre guerrero.

Clive dudó, y no supo cómo responder. En un sentido, el ciborg tenía razón. Pero Clive no había pretendido nunca ser un guerrero. Él era un guardia del Imperio. Lo cual no era lo mismo, en absoluto.

¿O sí lo era?

—Quizá sea un pobre guerrero, pero un mejor hombre —apuntó 'Nrrc'kth.

—Inferior por definición —replicó Guafe—. Los hombres son meramente productos rudimentarios de las fuerzas de la naturaleza. Cualquier raza con suficiente inteligencia daría los pasos necesarios para mejorarse.

—¿Es así como Dios ha decidido ponerme a prueba? —gimoteó Tomás—. ¿Obligándome a escuchar esta blasfemia interminable? —Se sentó, se tapó los oídos y empezó a murmurar una plegaria en español.

—Pobrecita cosa —dijo Gram, conteniendo la risa y pasándose una mano manchada de sangre por el pelo blanco—. Me pregunto si nunca dejará de creer que aquel dios suyo ha creado todo esto para castigarlo por sus pecados pasados. Parece mucho trabajo para un hombrecito como él.

Clive se dio cuenta de que era el momento de afirmarse. En realidad, ya había pasado el momento; si Neville hubiese estado allí, la discusión nunca habría llegado tan lejos.

—La cuestión es —dijo secamente— que puesto que estoy al mando del grupo, seré yo quien tome las decisiones. Y ahora mismo tenemos cosas más importantes que hacer que discutir de moral. Para empezar...

—La moral es una invención —interrumpió Guafe—. La práctica es un hecho. Los

jefes deben ser prácticos. Tú no lo eres, por lo tanto no puedes mandar.

Clive dudó, intentando decidir cómo convencer al ciborg de que la compasión y el pragmatismo pueden coexistir. Consideró brevemente la posibilidad de citar la fábula de Esopo «El león y el ratón», pero descartó al instante la idea. Al final, lo salvó de sí mismo Horace, quien interrumpió la discusión para informar a Chang Guafe de que nada era menos práctico que un debate acerca del mando cuando la situación estaba en peligro.

Al instante Clive comprendió lo que Horace intentaba hacer. Si Chang Guafe lo hubiese arrastrado a un debate filosófico, Clive habría perdido, aunque hubiese argumentado con brillantez. Un auténtico jefe, alguien como Neville, no habría dejado que salidas fuera de tiempo lo distrajesen. «Más de diez años», pensó Clive, «y Horace continúa salvándome de mi ineptitud». Y es que estaba seguro de que Smythe había oído el peligro y había intervenido a propósito para salvarlo. Pero, cuando intentó agradecer al sargento su ayuda, éste se comportó como si su actitud hubiese sido completamente inintencionada.

Lo que le preocupaba a Clive era la persistente sospecha de que Horace trataba de mantenerlo al mando del grupo por unas razones propias e inescrutables. En efecto, desde que el sargento y él se habían encontrado por primera vez a bordo del *Empress Philippa*, Clive no había sabido nunca a ciencia cierta en qué tipo de intrigas particulares estaba metido su antiguo compañero. En aquellos días, Horace había estado viajando disfrazado de mandarín chino. El propósito que se ocultaba tras aquella mascarada continuaba siendo un enigma, al igual que los motivos por los cuales Horace había asumido otras personalidades mientras proseguía su viaje.

Pero, cualesquiera que fuesen los misterios que escondía, Horace Hamilton Smythe era un hábil aliado. Cuando volvió la espalda a Chang Guafe, lanzó un firme saludo a Clive y dijo, en su mejor estilo militar:

—¿Qué ordena ahora, mi comandante? —lo cual acabó decisivamente, aunque sólo fuera por el momento, con el conflicto que se había creado acerca del mando... y depositó la carga de la responsabilidad firmemente en manos de Clive.

«En efecto: ¿y ahora qué?», se preguntó, mirando la extraña sala azul en torno de él. No tenía ni la más remota idea de adonde podía haber ido el hombre al que perseguían. El material con el que los pasillos estaban contruidos era duro y liso y en él no quedaban marcadas huellas de ningún tipo.

En otras ocasiones, cuando la indecisión los detenía, habían recurrido al diario de Neville en busca de ayuda. Tanto si era por ciencia o por magia, su hermano desaparecido continuaba enviando mensajes por medio de aquellas páginas, aunque por lo general eran tan crípticos que la mayoría de las veces tenían un uso limitado. De cualquier forma, cuando habían cogido a Clive para llevarlo al Castillo de N'wrbb, había dejado el libro a...

—Horace —dijo de pronto, volviéndose ansiosamente hacia Smythe—, ¿tiene todavía el diario de mi hermano?

El rostro de Horace pareció perder su firmeza.

—Lo siento, mi comandante —dijo apesadumbrado—, pero lo perdí en una de nuestras batallas. Intenté recuperarlo. Pero es difícil mantener la atención en otra cosa que no sea uno mismo cuando hay tres o cuatro tipos que intentan triturarlo a uno para hacer de él carne para perro.

Clive asintió. A pesar de aquella contrariedad, cogió a Horace por el hombro.

—Comprendo. Y, créame, usted es mucho más valioso para nosotros de esta forma de lo que sería en forma de carne para perro. Aunque, debo decirlo, ahora mismo desearía tener un perro.

La idea sorprendió simultáneamente a los dos hombres.

—Finnbogg —dijo Clive, volviéndose hacia el enano, que todavía gruñía—. ¿Qué tal eres para seguir un rastro?

—Muy bueno, muy bueno —dijo Finnbogg con entusiasmo—. El poderoso Finnbogg tiene un olfato poderoso.

Puede oler lo que nadie más puede oler, seguir lo que nadie más puede seguir..., exactamente igual que en el cuento de Blanca Nieves y de Nariz Roja.

—Un día tienes que contármelo —dijo Annie, que disfrutaba siempre con las versiones que hacía el enano de los cuentos familiares.

—Pero había muchos hombres aquí —insistió Clive—. ¿Podrás distinguir un olor entre todos los demás?

—Sí, sí —afirmó Finnbogg—. ¡La nariz de Finnbogg tiene mucho poder!

—Un hombre pasó por aquí antes que nosotros —explicó Clive—. No era un enano. No era uno de los gigantes pelirrojos. Tendría un olor diferente. Mira si lo puedes encontrar.

Finnbogg se alejó hasta el túnel. Se puso en cuatro patas y empezó a olfatear. De vez en cuando sacudía la cabeza, haciendo que su gran papada se columpiase y lanzase baba en todas direcciones. En la tenue iluminación, sus enormes hombros y sus colmillos curvados hacia arriba daban al enano un aspecto verdaderamente imponente. Clive recordó la primera vez que vio a la criatura, al llegar al puente de Q'oorna, y el alivio que sintió al descubrir que era amistoso. Nunca habrían cruzado el puente sin la ayuda de Finn. Además, habían perdido a Sidi Bombay en la travesía...

Un gruñido de Finnbogg interrumpió los pensamientos de Clive. El enano regresó resollando por el pasillo y se encaminó hacia Clive y Horace, tumbando a su paso a Tomás (que se encontraba arrodillado rezando con fervor), como si éste no hubiera existido.

—Vamos —dijo Clive levantando a Tomás y poniéndolo en pie pero dirigiéndose a todo el grupo en general—, movámonos.

Siguieron a Finnbogg hacia el pasillo. Clive empezó a sentir una inquietud creciente al percatarse de que el camino zigzagueante los conducía a más y más profundidad por las catacumbas del palacio de N'wrbb. Y entonces se apercibió de la

ya familiar espiral de estrellas, marcada en varios puntos del camino. El dibujo parecía estar difundido tanto en la Gran Mazmorra (que era el lugar por donde había entrado en aquel mundo, o mundos) como en las mazmorras menores con que habían tropezado a lo largo del camino.

Y continuaban descendiendo. Clive sintió que el estómago le tocaba la espalda, anunciándole en términos certeros que era tiempo de comer.

Se esforzó por no hacer caso de él. El grupo estaba cansado; a la mayoría de ellos les dolían las heridas recibidas en las recientes batallas. Sólo Finnbogg, obsesionado por seguir la pista del misterioso fugitivo de Clive, parecía animoso.

Pero, aparte de las frecuentes súplicas de Tomás a su Dios para que lo librase de aquel sueño, había pocas quejas. «Habrían sido buenos soldados británicos», pensó Clive para sus adentros mientras Finnbogg los conducía hacia otro pasillo azul. Se preguntó dónde estaban en relación con la torre maestra de N'wrbb. ¿Habían conseguido establecer alguna distancia entre N'wrbb y ellos? ¿O simplemente marchaban en círculos por debajo del Castillo? De nuevo le vino a la cabeza el laberinto de seto de la infancia y se preguntó si encontrarían alguna vez la salida.

Se consoló, ante la idea aparentemente lógica de que, por cuanto estaban siguiendo una pista, tenían que llegar, al final, a una parte u otra.

Pero incluso aquel consuelo desapareció cuando el pasillo azul que estaban siguiendo se abrió a otra sala; allí Finnbogg olfateó el suelo con angustia creciente hasta que, derrotado, se sentó en sus posaderas y aulló hacia el techo.

—¡Desaparecido! —gritó—. Rastro de hombre, desaparecido. Finnbogg ha fracasado. El poderoso Finnbogg ha fallado a Clive. Oh, un día oscuro, oscuro, para Finnbogg...

Clive miró a la sala en derredor suyo y de repente se le ocurrió que la frase «¿Dónde infiernos estamos?» era, en aquellos momentos, una expresión muy adecuada, más de lo que nunca habría imaginado.

5

Solo

«Yo soy un hombre».

Repetía la frase como una letanía. En realidad, era una plegaria para recobrar el juicio. Desde que había despertado (¿cuánto tiempo hacía?), el recuerdo de su especie, la especie humana, era lo único que le parecía real.

¿Qué más había allí? Cuando abría los ojos, solamente veía una luz acuosa y amarillenta. De vez en cuando, unas formas oscuras se movían ante él, como los puntos que se mueven por delante de nuestros ojos cuando miramos una luz. La única diferencia era que estas formas eran mayores y se movían de un modo que parecía más intencionado.

Aquellas pocas formas eran todo el alcance de sus percepciones. No podía oír nada, oler nada, sentir nada.

Así pues, después de todo, quizá no estaba despierto.

Quizá ni siquiera estaba vivo; sólo una conciencia incorpórea flotando en el éter. ¿Esto hacía de él un fantasma? Pero no parecía correcto. Siempre había oído decir que los fantasmas se podían mover, al menos para causar problemas.

Pero, por lo que podía apreciar, no tenía nada para moverse. El incansable dolor parecía indicar que continuaba en posesión de brazos y piernas, de pies y manos. Pero, si era así, no tenía ningún control sobre ellos.

Hacía tiempo que había abandonado cualquier esfuerzo por gritar. Nunca le salía sonido alguno.

La soledad nunca le había preocupado antes. Había viajado durante semanas, a veces durante meses, por las regiones más inhóspitas de los dos hemisferios, lugares en donde era un hecho dado que no habría nadie con quien hablar.

Pero siempre supo que aquellos días tenían un final. Ahora no tenía aquella certeza. Todo lo que podía pensar era que permanecería solo para siempre.

Habría llorado, si hubiese sabido cómo.

Necesitaba a alguien, a cualquiera, para... ¿para qué? ¿Para hablarle? No parecía ser capaz de hablar con nadie.

Necesitaba estar en contacto.

La nueva ola de dolor llegó arrollándolo.

Pero esta vez no importaba, al menos no tanto. Porque justo antes de que la ola se desplegara, una voz se puso a susurrar en su mente.

Aguanta firme, valiente. Estoy contigo.

6

Ma-sand «click»

Como si estar perdido en un laberinto de catacumbas bajo una fortaleza medieval en un mundo desconocido no fuese suficiente, Clive pronto tomó conciencia de que se enfrentaban a un nuevo problema.

Chillido estaba en celo.

En realidad, Clive pensaba que sería capaz de componérselas con una araña humanoide (¿o era una humana aracnoide?) de dos metros diez, excitada sexualmente, si no fuese porque uno de los talentos especiales de Chillido era la comunicación enfática y él ya citado hecho de que había atado a varios miembros del grupo en una telaraña no de seda sino espiritual. Esto significaba que a menudo podían percibir lo que los demás sentían, bien que en términos generales: ira, alegría o miedo eran las sensaciones comunicadas más comúnmente. También significaba que, cuando quisiesen, cogiéndose las manos, podían experimentar una especie de comunión mental que superaba cualquier cosa que Clive hubiese experimentado jamás, o incluso oído contar; una especie de telepatía que estaba a leguas del espiritismo descrito por su amigo George du Maurier en las charlas de medianoche que solían mantener ante la chimenea del club.

Pero, por lo general, evitaban aquella forma de comunicación, ya que era un contacto que no permitía secretos. Cada uno no sólo lo veía todo del otro, sino que lo compartía todo (¡jodo!). Desde la primera vez que lo había experimentado, Clive sentía una agitación embarazosa cada vez que uno de sus pensamientos más bajos emergía a la superficie de su mente. Tenía anhelos de los que no estaba orgulloso y fantasías que, con seguridad, no eran apropiadas para ser compartidas con sus amigos.

Todo lo cual ya era bastante desastroso. Pero ahora, Chillido, la comunicadora, estaba emitiendo ondas de impulsos sexuales que creaban nuevas agitaciones en la sangre de Clive y presumiblemente en la sangre de cada uno de los de su alrededor.

Se dio cuenta del problema por primera vez cuando intentaba compaginar la necesidad de conservar el mando con la realidad de que no tenía ni la más remota idea de cuál de los túneles a su disposición podía conducirlos de nuevo a la superficie. Lo inesperado de aquella situación le recordaba un día de cuando tenía trece años. Neville y él habían ido a visitar un museo de Londres. Dentro, mientras deambulaban contemplando los cuadros, quedó paralizado al sentir ante uno de los cuadros una

reacción no en el cerebro sino en la ingle. Fue a la vez una experiencia tan desconcertante como placentera, y que lo asustó en gran manera. Sintió como si una parte íntima de su cuerpo hubiese tomado de improviso vida propia, independiente de su control.

Al pasar el tiempo, había aprendido a identificar, y hasta cierto grado a controlar, sus impulsos sexuales. Pero ahora, allí, contemplando los túneles, sentía un ardor en la ingle tan inesperado y tan impropio como lo había sido aquel día en el museo. Hacía tiempo que había aceptado que su cuerpo rebelde introdujese furtivamente pequeñas sacudidas de deseo en sus pensamientos. Pero normalmente esto sucedía en momentos de ocio, no cuando tenía que enfrentarse a decisiones de vida o muerte.

Intentó apartar de sí aquella sensación.

Pero persistía. En realidad, se incrementaba. Clive estaba perplejo. Sabía que el erotismo era imprevisible, que atacaba en lugar y momento insospechados. Pero había estado entrenándose en controlarlo durante casi veinte años. Cuando era un adolescente, aquella clase de sensación había sido indomable. Ahora se consideraba capaz de alejarla de sí mismo, con la idea de saborearla plenamente algunas horas más tarde. Pero aquella sensación no desaparecía. El ardor en su pelvis continuó acrecentándose y Clive sintió que se ruborizaba.

—Ma-sand «click» —dijo Chillido, con un leve gemido.

—¿Qué? —interrogó Clive.

—Ma-sand «click» —repitió ella—. Es una condición que tiene lugar cuando nuestro ciclo de apareamiento coincide con una gran batalla. El deseo que sentimos no tiene igual. Es una condición que nos hace ser deseadas, y temidas.

Mientras habló no paró de temblar. La herida de su costado empezó de nuevo a rezumar fluido verde.

Clive echó una mirada en torno. Sólo Chang Guafe parecía no estar afectado por la condición de Chillido. Annie estaba pálida y con los ojos muy abiertos, y la frente le relucía empañada de sudor. Tomás estaba arrodillado otra vez, suplicando librarse de aquella nueva tentación. Finnbogg no paraba de corretear en una agonía de indecisión, mientras que Horace permanecía inmóvil, con los ojos cerrados apretados con fuerza, como si estuviera luchando contra algún diablo interior. A diferencia de los de Horace, los ojos verdes de Gram estaban desorbitadamente abiertos y tenían la vista fija en el sargento, con hambre evidente.

Clive se preguntó si la anciana tendría la misma cualidad que su nieta. Dio una mirada a 'Nrrc'kth, súbitamente consciente de que en aquel momento representaba el peligro más amenazador. Recordaba bien la primera noche que pasó en el Castillo de N'wrbb, y el poder de su contacto. Parecía tener una cualidad afrodisíaca propia, como si su química orgánica hubiese sido diseñada para excitar el deseo del hombre. El roce de los labios de ella con su piel había sido suficiente para atraerlo a un acto pasional, nunca culminado, que tuvo como resultado el que ambos fueran lanzados a la prisión subterránea. Ahora ella lo miraba con una expresión que recordaba el

primer encuentro. Clive desvió la vista con inquietud.

Tenía que poner a su grupo en movimiento. Pero ¿cómo? ¿Qué camino debían seguir?

La lujuria que emanaba de Chillido, al ser recreada en su propio cuerpo, le impedía pensar con claridad.

—Chillido —dijo con desesperación—. ¿Puede detener eso?

La mujer araña movió la cabeza con tristeza.

—Ma-sand «click» tiene que seguir su curso. —Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, empezando por el delgado dorso y avanzando a sacudidas a través del gran abdomen. Sus cuatro poderosas patas temblaron con el impacto de su deseo y la herida de su costado escupió unas gotas de icor verde.

Con un estremecimiento de repulsión, Clive comprendió que, en la intensidad de su demanda, la arácnida lo estaba considerando como a un posible compañero de apareamiento. Intentó ocultar lo profundo de su repugnancia, pero fue evidente que, por la mirada herida que retorció sus rasgos extraterrestres, ella había interpretado su reacción. ¡Malditas criaturas, que podían leerle a uno la mente! ¡Un hombre necesitaba cierta intimidad, en especial en una situación como aquélla!

Por otro lado, un poco de telepatía podía proporcionar alguna información útil, como comprendió horrorizado Folliot cuando la reactivación de su contacto con Chillido llenó su mente con imágenes de su raza en un frenesí copulatorio. Atrapada en las garras de la ma-sand, Chillido estaba reviviendo su última gran pasión, que había terminado, como ocurría siempre con la ma-sand, con la hembra consumiendo al macho. De repente, la mirada de deseo que había lanzado en dirección a Clive tomó un nuevo significado y él tembló ante lo que implicaba.

—No te sientas disgustado, ¡oh, Folliot! —suplicó Chillido—. Es lo propio de nuestra biología.

Otra ola de pasión le recorrió el cuerpo, haciendo que su gran abdomen se contrajera y se distendiera por el deseo.

—¡Biología! —dijo Chang Guafe, con su habitual voz inexpresiva más cerca de la repugnancia de lo que nunca había oído Clive—. El colmo de la ineficacia. Folliot, ¿nos vas a sacar de aquí o tenemos que detenernos a esperar que acabe la orgía?

El ciborg tenía razón: la situación estaba degenerando rápidamente. Si Clive no hacía algo para desviar la energía erótica que se estaba produciendo en la sala, era probable que aquello culminase en una escena que haría que algunos de los turbadores libros prohibidos que había leído en su juventud le pareciesen simplemente ingenuos.

Pero ¿qué camino debía tomar? No podía pensar, no se podía concentrar. Lo único que en verdad quería hacer era llevarse a una de las mujeres (Annie, 'Nrrc'kth o Gram, en aquel momento no tenía mucha importancia) a algún recodo de los pasillos y realizar maravillosos e inenarrables actos, hasta que aquel deseo insoportable quedara satisfecho.

Se cogió la cabeza entre las manos con fuerza, lleno de desprecio por sí mismo. ¡Por el amor de Dios! ¿En qué estaría pensando? ¡Annie era su propia tataranieta!

¡Si al menos tuviera un plano, una clave, alguna clase de guía para seguir!

Las palabras que alguien le había susurrado en el laberinto de seto mucho tiempo atrás parecieron resonar de nuevo en sus oídos: «Acuérdate siempre de buscar el diseño».

El diseño. ¿Qué diseño? ¿Tenía relación con la norma que alguien le había dado en el laberinto? Ahora se la susurró a sí mismo.

«Puedes tener la luna frente a ti. O puedes tenerla en el hombro izquierdo».

Aquello estaba muy bien, pero lo malo es que allí no había luna. «Quizá sea mucho mejor», pensó, respirando profundamente e intentando aplacar la nueva ola de deseo que se abatía sobre él. «Sólo empeoraría las cosas». Su mente, que, contra su voluntad, rememoraba gran parte de su historia erótica, estaba sacando a la luz citas y encuentros que la presencia de la luna y de las estrellas hacían mucho más emocionantes. Ciertamente, era innegable que las luces brillantes en un cielo oscuro tenían un efecto excitante en él.

¡Luces brillantes en un cielo oscuro!

Sin luna, sin ninguna clase de luna. Pero ¿no podría...? Ah, ¿no podría una espiral de estrellas interpretarse como una luna? No de un modo literal, claro está. Pero sí como un círculo de luces en el cielo. ¡Un círculo de luces en el cielo!

«Puedes tener la luna frente a ti, o puedes tenerla en el hombro izquierdo».

Clive arrancó a correr por la sala como un demente, y se fue deteniendo ante cada pasillo.

—Aquí no, aquí no, aquí no —murmuraba, mientras su voz se hacía cada vez más y más desesperada. Los demás apenas se daban cuenta de su agitación, tan absortos estaban en sus necesidades íntimas.

Encontró la espiral de estrellas en la pared situada entre los dos últimos pasillos.

—Puedes tener la luna frente a ti, o puedes tenerla en el hombro izquierdo —susurró. Luego se volvió hacia los demás—: ¡Por aquí! —ordenó en un tono que normalmente habría reservado para formar a la tropa. Sin esperar a ver si los demás lo seguían, emprendió la marcha por el corredor de la derecha, conservando las estrellas a su izquierda.

La ética de la biología

Mientras corría a lo largo de uno de los pasillos azules, Clive pensó que en realidad no sabía si había descubierto una clave para huir de aquel laberinto subterráneo. Pero comprendió que el mero hecho de poseer una estrategia, aun cuando estuviera equivocada, era tranquilizador. Se preguntó (pensamiento blasfemo) si el sentido de seguridad que provenía del hecho de tener un plan (cualquier plan) había sido un factor decisivo en algunas de las idioteces militares que había presenciado en los diez últimos años. Igualmente intrigante para él era el modo en que los demás miembros del grupo, una vez que él había empezado a marchar por los pasillos azules, se habían dispuesto en fila tras él, confiando por completo en que sabía lo que estaba haciendo.

No obedecieron de inmediato, claro. Fue Horace, leal como siempre, quien primero siguió el camino marcado por Clive.

—Un asunto raro, el de allí atrás —le dijo a Clive cuando llegó a su altura.

Gram vino después. Aunque Clive hubiera preferido creer que ella sólo respondía al cumplimiento de su orden, fue lo bastante honesto para admitir que probablemente la decisión de Gram de seguirlo se debía, al menos en parte, a su última fijación por el sargento Smythe. Y, a pesar de la gravedad de la situación, Clive encontró divertido observar la perplejidad de su camarada ante una mujer de anchas espaldas, pelo esmeralda y edad incierta que lo escrutaba con intenciones amorosas.

Annie y Tomás la habían seguido a corta distancia, éste desgranando las cuentas de su rosario, aquella todavía pálida y sin aliento. Cuando Clive miró hacia atrás, la contemplación de los ojos negros de Annie, con la boca ligeramente abierta y el pecho anhelante, le causó tanta impresión como la pintura de aquel día en el museo. Le costó un enorme esfuerzo volverse de nuevo y continuar adelante.

Poco después, un aullido melancólico le anunció que Finnbogg se había añadido a la procesión. «Pobre chico», pensó Clive. «Si esto lo ataca tan enérgicamente como hacía con sus antepasados, debe de sentirse absolutamente desesperado, ¡en especial sin ninguna hembra Finnbogg a la vista!»

Una voz en su cabeza le susurró:

Sólo quedan la mujer alta y el ciborg, oh, Folliot. Yo iré la última. Quizá, si me quedo rezagada, podré evitar contagiar mis necesidades a los demás.

Parece la mejor solución, respondió Clive, a pesar de saber que aquel contacto mental con la mujer araña reanimaría el fuego en su ingle. Cerró los ojos y respiró

profundamente varias veces. Ayudó algo, aunque no mucho.

De este modo, el pequeño ejército de Clive se colocó de nuevo en formación. El cambio más importante en su manera de marchar fue que, mientras que antes avanzaban en grupo cerrado, ahora iban separados por largos intervalos. «Somos como alpinistas en una pendiente cero, en una horizontal», pensó Clive, «sólo que, en vez de estar atados por una cuerda, estamos enlazados por hilos mentales».

¡Cuánto le habría gustado esto a su viejo amigo Du Maurier!

Las razones para espaciarse tanto eran muy simples. Cada uno de ellos intentaba alejarse en lo posible de los demás y a la vez resistir a un impulso que, de sucumbir a él, los habría humillado profundamente.

Clive sabía, de anteriores conversaciones con Annie, que el punto de vista de ésta en el tema era mucho más liberal que el suyo. Por eso había sido un alivio para él que su tataranieta no hubiese sugerido que cada uno dejase de lado sus inhibiciones y satisficiera sus impulsos allí mismo, en la sala azul. Tal vez había todavía esperanzas para ella.

En realidad, era Chillido quien más lo preocupaba, aunque lo sorprendió descubrir que podía sentir compasión por un ser tan extraterrenal. Era difícil creer que la mujer araña no se sintiera profundamente turbada, tanto por el trance que estaba sufriendo como por el hecho de haber propagado (o mejor, impuesto) sus anhelos sexuales al resto del grupo. Incluso ahora, Clive podía «ver» (aunque intentaba no hacerlo), a través de la extraña conexión que ella había creado, cómo la apasionada criatura arrastraba su crispado abdomen por la sala, en una agonía de deseo.

No llores por Chillido, oh, Folliot, transmitió la araña en su curioso estilo arcaico. Hace tiempo que los míos han aprendido a aceptar su biología. Nosotros no odiamos lo que somos, como parece hacer vuestra especie.

Tras la última frase se insinuaba una auténtica perplejidad que irritó a Clive. ¿Quién era aquella criatura para cuestionar la moralidad de su planeta? Para su desilusión, cuando más tarde trató de comentarlo con Annie, ésta respondió con un bufido burlón y le preguntó quién era él para creer que todos los del planeta debían sentir lo mismo que él acerca del sexo. Aquella era una respuesta típica a los interrogantes que había planteado a su joven descendiente; Annie tenía una facilidad espantosa para hacer que Clive se sintiera culpable sólo por el mero hecho de existir.

Clive empezó a preguntarse cuánto duraría normalmente la ma-sand. ¿Era una breve llama de pasión o algo de más largo plazo? Tembló ante la idea de que pudiera ser equivalente a la de una perra en celo, pues se prolongaría aproximadamente durante una semana. Luego se percató de que continuaba pensando en términos de su propio mundo. Por lo poco que sabía, la ma-sand podía durar meses. ¿Y si la biología aracnoide era tal que, una vez puesta en marcha, aquélla no se calmaba hasta que la víctima (ya que así consideraba a Chillido en aquella condición) fuese capaz de satisfacer su deseo?

La cuestión quedó sin sentido en el momento en que una sensación de calidez deliciosa inundó el cuerpo de Clive, y comprendió con horror que estaba compartiendo la satisfacción sexual de Chillido.

¿Qué había ocurrido? Por sus últimos contactos con Chillido, había parecido evidente que ésta era incapaz de autosatisfacer sus deseos. Por los jadeos que resonaron en el pasillo, a sus espaldas, Clive supo que los demás también habían experimentado lo mismo. Echó una mirada por encima de su hombro y se apresuró a volver la vista hacia adelante: se había sentido como un mirón espiando en un momento íntimo.

¿Pero cómo había llegado la criatura a consumir su deseo? ¿Y qué había del frenético festín que sabía que le había de seguir? La última pregunta tuvo una respuesta casi inmediata: Clive sintió que su estómago se contraía con una punzada de hambre que sobrepasaba cualquier otra que por el mismo motivo jamás hubiese experimentado. Su cuerpo dio un salto atrás en un espasmo de vaciedad. Chocó contra el muro. Si hubiera habido algo orgánico a su alcance, en el acto se lo habría llevado a la boca. Para horror de una parte independiente de su cerebro que parecía observar todo aquello desde el exterior, Clive consideró realmente la posibilidad de volverse hacia sus compañeros con el único propósito de encontrar algo (¡cualquier cosa!) para satisfacer aquel hambre infernal.

Cerró los ojos y se arrojó contra la pared, sacudido por la necesidad y por el horror a la misma existencia de aquella necesidad.

Y luego, casi como un milagro, el hambre pareció desvanecerse. «¡Si además su memoria se esfumase con ella!», pensó Clive.

Pero no fue así, y no sería así: no podía apartar de sí la idea de saber lo cerca que había estado de hacer algo cuyo simple recuerdo, en los fríos momentos posteriores al hambre, lo enfermaba físicamente.

No podía volverse y mirar cara a cara a los demás. El hecho de que aquella necesidad no fuese propiamente suya, sino que procediese de una criatura en las garras de los imperativos biológicos, no hacía nada para aliviar su vergüenza. Debería haber sido capaz de resistir, pero sabía que, si el hambre hubiese continuado, no lo habría conseguido, no habría podido conseguirlo. Sin embargo, fue capaz de evitar que su mente rebelde pusiera palabras al acto. A pesar de lo cual, el cuadro, la imagen de lo que había querido hacer para calmar aquella hambre salvaje, no desaparecía.

Sacudió la cabeza sintiendo odio por sí mismo.

Tu repulsión hacia mí es como una daga en mi corazón, oh, Folliot, comunicó telepáticamente Chillido. Sin embargo, sé que no soy perversa. ¿No puedes perdonarte a ti mismo... y perdonarme a mí?

Usted es lo que es, respondió Clive en silencio. Yo no puedo comprenderlo, pero intentaré olvidarlo. No puedo hacer otro tanto por mí mismo. No sería... aceptable.

¡Qué extraña criatura eres!, replicó. El mundo es como es. Un árbol no es moralmente superior a un volcán, ni la muerte a la vida.

Lo que hacemos, según lo que somos, es lo único que cuenta, contestó Clive. *Creo que yo podría haberlo hecho mejor.*

Entonces no te puedo ayudar, respondió Chillido. *Sólo puedo ofrecer mis disculpas. Tero te diré una vez más que, a causa del respeto que te profeso, a causa de otras cualidades que posees, no te voy a desafiar a un combate a muerte cuando nos enfrentemos de nuevo. En cada momento que dedicas a injuriarte por lo que acabas de sentir, me repudias a mí y a todos los de mi especie. No soy una criatura malvada, oh, Folliot. Pero tú me cubres de desprecio.*

Usted es lo que es, pensó al final. *Y yo soy lo que soy.*

Bien pensado, respondió ella antes de romper el contacto.

Clive consideró un momento la posibilidad de llamarla y volver a conectar, ya que su curiosidad acerca de cómo se las había arreglado para resolver la ma-sand era también una especie de hambre. Pero se contuvo. Por ahora le bastaba haberse librado de aquellos terribles apetitos. Se detuvo unos instantes para recuperarse y luego continuó adelante, confiando en que los demás lo seguirían. El pasillo se bifurcaba y, nuevamente, utilizó la espiral estrellada como guía.

Sin mirar atrás, percibió que los demás lo iban alcanzando, intuición que al cabo fue confirmada por la voz del sargento mayor Horace Hamilton Smythe, no muy lejos de él.

—Bien, mi comandante —dijo el sargento en un tono cuidadosamente neutral—, en la Tierra, de donde yo vengo, a esto lo llamarían una experiencia interesante.

Clive estalló en carcajadas.

—Horace —dijo cuando recuperó el aliento—, si hubiese sido meramente «una experiencia interesante», entonces o bien su vida era mucho más excitante de lo que yo creía, o bien usted proviene de una familia con un genio positivo para el eufemismo.

—Supongo que hay un poco de todo —dijo Smythe con cautela.

Clive se puso frente a su viejo amigo y le cogió los hombros.

—Sargento Smythe, usted es una roca. Y una roca es exactamente lo que necesitamos ahora.

Smythe sonrió y ladeó un tanto la cabeza.

—Me alegra haber sido de utilidad, mi comandante.

Se situó junto a Clive y esperaron a que los demás fuesen llegando. De momento nadie habló, pero fue reconfortante estar de nuevo juntos. Clive comprendió. Habían sido obligados a compartir algo intensamente personal, y ahora necesitaban tiempo para restablecer las barreras.

Esperó hasta que vio aparecer a Chillido; y continuó esperando hasta que ella se acercó lo suficiente para ver que él le hacía una señal con la cabeza; luego se volvió y reemprendió la marcha, preguntándose, por enésima vez, cuánto tiempo les llevaría encontrar la salida de aquel laberinto.

Al rato también se preguntó cuánto tiempo tardarían en volver a encontrar

comida y bebida. El hambre que empezaba a sentir ahora no era sino un pálido eco del apetito que Chillido había propagado no hacía mucho. Pero Clive sabía que, a diferencia de aquel arrebato de necesidad, esta hambre continuaría aumentando. Y, si no podía aplacarse, entonces, más pronto o más tarde, los tumbaría, a él y a todos.

Clive ordenó un alto para descansar, pero se sobresaltó al ver que Horace, después de desplomarse contra uno de los curvos muros azules, soltaba un grito de asombro total y se sentaba completamente tieso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Clive.

Aunque la voz de Clive se perdió en la confusión de preguntas similares del resto del grupo, fue a él a quien Horace dirigió su respuesta:

—Es Sidi Bombay, mi comandante —dijo atónito—. ¡Está vivo!

Horace cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos. Cuando levantó de nuevo la cabeza, sus ojos estaban rojos de desesperación.

—Está vivo, pero se encuentra en una situación horrible, horrible.

8

Lazos de sangre

A primera vista, la idea de que Sidi Bombay pudiera estar vivo era absurda. Clive había visto con sus propios ojos cómo desaparecía en las fauces del horror de múltiples tentáculos que los había atacado en el abismo de Q'oorna.

Pero también había visto el cuerpo de Neville tendido en un ataúd, y Neville no estaba muerto; ahora estaba convencido de ello. Así que quizá fuera también posible que Sidi hubiese sobrevivido a lo que pareció su destino fatal.

Verdaderamente, reflexionó Clive, había veces en que parecía que todo era posible en aquel mundo de locura.

Recordó, con cierta añoranza, la primera vez que se había encontrado con Sidi. Clive estaba sentado en el exterior de la *boma*, de su campamento africano, fumando una pipa y contemplando el cielo nocturno, mientras pensaba en la extraña aventura que había emprendido para complacer a su padre. Si entonces hubiese sabido lo que le acarrearía la búsqueda de su hermano desaparecido, ¿habría continuado? ¿O habría dado media vuelta con la cola entre las piernas, pero permaneciendo en el mundo en donde había nacido?

Clive no sabía cómo responder a aquellas preguntas. Pero sabía que había tratado con altivez a ese hombre esquelético y de piel oscura que lo había sobresaltado al aparecer, como por arte de magia, en medio de la noche africana.

Y había quedado atónito al ver que Horace saludaba al hombre de turbante y chilaba blanca como si fuera un hermano perdido de hacía mucho tiempo. «Hace mucho tiempo que nos conocemos, Sidi y yo», le había asegurado Horace en más de una ocasión. «No encontrará a muchos como Sidi Bombay». Y, en efecto, aunque durante gran parte del tiempo que Sidi había pasado con Clive había continuado siendo tan enigmático como en su primera aparición, el viejo indio los había servido con lealtad en su viaje hacia el interior de África. Luego, por razones que aún permanecían ocultas, los había conducido a la Mazmorra. En realidad, nunca le quedó absolutamente claro si Sidi, en aquella etapa del viaje, sabía (más que Horace) lo que estaba haciendo. Y Clive nunca había conseguido desprenderse de la sensación de que sus dos ayudantes habían tomado, de un modo u otro, el control de la expedición y la habían dirigido hacia aquella extraña puerta que los llevó de la Tierra al primer nivel de la Mazmorra. Sin embargo, una vez en la Mazmorra, a menudo los dos habían parecido tan desconcertados por los acontecimientos como el mismo

Clive. Tal como ahora lo veía, el verdadero papel de Sidi Bombay y de Horace Hamilton Smythe en aquella aventura era uno de los misterios más inquietantes de que Clive era testigo en la Mazmorra.

Por otra parte, Sidi había encontrado la muerte defendiendo a Clive y a su grupo. O, si Horace tenía razón, lo que pareció ser su muerte.

Un instante después del sorprendente anuncio de Horace, todos estos pensamientos, y otros más, se arremolinaron en la mente de Clive, y dieron paso por fin a un torrente de imágenes: Sidi dando órdenes a los porteadores con su natural combinación de soltura y autoridad; Sidi siguiendo el rastro de una gacela, haciendo menos ruido que una pluma arrastrada por el aire; el rostro de Sidi yerto en una estática mueca de combate mientras blandía su cayado contra unas fuerzas aparentemente invencibles; Sidi sosteniendo con extrema delicadeza una flor rarísima en su mano, con su feísimo rostro agrietado por una sonrisa radiante; y, por encima y más allá de todo, Sidi usando su garra cibroide para llevar a cabo su increíble ascensión a la criatura de locura que los había atacado en el abismo de Q'oorna.

Clive movió la cabeza, intentando sacudirse aquellas imágenes para poder concentrarse en el momento presente.

—¿Por qué dice eso? —preguntó a Horace, que estaba sentado en el suelo del túnel, parpadeando de asombro.

—Porque así es —dijo Horace.

—Bien, ¿cómo lo sabe? —inquirió Clive, con algo de exasperación.

—Tranquilo, abuelito —dijo cortante Usuaría Annie—. A lo mejor, cuando uno hace tiempo que está en la Mazmorra se vuelve un poco raro.

—Finnbogg añora a Sidi —gritó Finnbogg, correteando y dando brincos salvajes—. Finnbogg de Finnbogg quiere que Sidi vuelva.

Los restantes miembros del grupo, que nunca habían conocido al esquelético indio, observaron aquella escena con diversidad de expresiones, variando desde la total indiferencia de Chang Guafe hasta la tenue diversión de Gram. Clive repitió la pregunta, esta vez con una pizca más de suavidad.

—No lo sé, mi comandante —respondió Horace, moviendo perplejo la cabeza—. No hice más que apoyar la cabeza contra el muro, y allí estaba él, claro como la luz del día.

Apoyó de nuevo la cabeza para demostrarlo, pero esta vez no encontró nada.

—Vaya, qué raro —musitó Horace, balanceando la cabeza. Sus ojos se iluminaron—. Aquí está —susurró asombrado—. ¡Aquí está! —Se puso en pie de un salto y contempló el muro como si estuviera embrujado—. No sé lo que es, mi comandante —susurró con voz ronca—, pero cuando toco este muro de determinado modo puedo percibir a Sidi con tanta claridad como si estuviera aquí mismo, delante de mí. Es un misterio, mi comandante, es un misterio y nada más. Un misterio total. Es como si en aquellos instantes algo penetrara en mis sesos.

Clive miró con desánimo al hombre que era su mano derecha, al hombre que

nunca desfallecía. Se arrodilló y pasó las manos por la parte del muro en donde se había apoyado Horace. No sabía lo que buscaba. ¿Una trampa, quizá? Cualquier cosa que explicase la tajante afirmación de Smythe.

No encontró nada extraordinario, salvo una pequeña mancha de sangre allí donde Horace había aplicado su cabeza.

—Parece que tiene una herida, sargento —dijo Clive.

—Así estamos todos, mi comandante. El día fue un poco movido.

—¡Yepa! —dijo Annie, divertida—, la misma cara de pasmados las pusisteis en mil novecientos noventa y nueve.

Clive dio una mirada a su banda hecha harapos y se percató de que Smythe tenía toda la razón. Sólo el ciborg parecía relativamente indemne. Clive se menospreció por no haberse detenido antes a tratar los problemas médicos. Recordó la herida de Chillido y dirigió su mirada hacia la araña. La cavidad vacía de donde había salido su brazo parecía haberse recubierto de una especie de sustancia quitinosa.

No te riñas, oh, Folliot, envió ella a Clive. No ha habido tiempo ni para retomar el aliento.

Asintió a Chillido en señal de agradecimiento y volvió de nuevo su atención a Horace.

—Déjeme echar un vistazo a esa herida, sargento.

Horace se levantó y se dio la vuelta. Clive pasó los dedos por el espeso pelo moreno de Smythe hasta que encontró el corte que había dejado la marca de sangre en la pared. Al menos tenía ocho centímetros de longitud. Había cicatrizado parcialmente, y en aquella parte muchos pelos se habían pegado a la costra; el resto de la herida estaba abierta.

—Convendría darle algunos puntos de sutura —dijo Annie, que se le había acercado—. Pero primero deberíamos afeitar el pelo de alrededor de la herida.

—Permitidme —dijo Chang Guafe, separándose del grupo y avanzando en dirección a Horace.

Antes de que Clive pudiera responder, el ciborg ya había alargado un tentáculo metálico.

—¡Cristo! —chilló Horace: la rapidez de lo que había seguido al alargamiento del tentáculo arrancó de sus labios un juramento poco frecuente en él.

Clive parpadeó. El cuero cabelludo de Horace había sido limpiado de pelo en un radio de dos centímetros alrededor de la herida. La acción dejó un claro de piel desnuda en su nuca de unos cinco centímetros de ancho por unos doce de largo. Al mismo tiempo, Chang Guafe le había arrancado la costra, dejando así una herida abierta que formaba como un valle escarlata en el centro de la reciente área calva.

—Ahora es mi turno —tintineó Chillido. Cerró los ojos un momento, como perdida en sus pensamientos. Luego se arrancó un pelo-púa de su abdomen. Pasó la espina por los labios de la herida y luego la desechó—. Esto desinfectará la zona —dijo en respuesta a la mirada interrogativa de Clive—. Sin embargo, habrá que cerrar la

herida para que cicatrice correctamente.

Chillido se retiró hasta la pared y dio unos golpecitos en ella con su abdomen. Luego, sin mover el resto del cuerpo, giró su abdomen unos quince centímetros a la derecha. Se apartó de la pared, se volvió y se agachó para recoger el grueso hilo de seda que había producido.

—Ahora no te muevas —ordenó al acercarse a Horace, quien había observado todo aquello con cierta agitación. La araña aplicó la seda a la nuca de Horace hasta cubrir la herida, después de haber juntado sus bordes—. La seda aguantará durante unos seis días —dijo—. Cuando caiga, el corte estará casi curado.

—Muchísimas gracias, señorita —dijo Horace en su mejor tono de colegial—. Y a usted también, maestro Guafe —añadió, volviéndose al ciborg.

—No hay de qué —replicó Chang Guafe—, pero te pediría que no confundieses el pragmatismo con el sentimentalismo.

—Me aplicaré mucho para aprender a evitar esa confusión —dijo Horace gravemente.

Complacido por el final feliz de la intervención, Clive ordenó efectuar una curación general. Las heridas de los restantes miembros del grupo resultaron ser más numerosas, aunque (con excepción del brazo de Chillido) menos graves de lo que había previsto. En su propio caso, el problema más importante era un dolor agudo en la mandíbula, recuerdo del combate con uno de los altos pelirrojos. Sólo Tomás había escapado relativamente ileso, una situación que Clive imputó a la posición favorita del íbero en toda batalla: muy atrás en la retaguardia. Por lo que se refería a Chillido, ésta rechazó a Clive sus torpes intentos de condolencia por la pérdida de la extremidad y señaló que no era tan desastroso para ella como lo hubiera sido para cualquiera de los demás.

Por el raballo del ojo, Clive percibió que Horace se había sentado en el suelo en la misma posición que antes. El sargento inclinó su cabeza contra la pared y cerró los ojos intentando concentrarse. Repitió esta operación una y otra vez con resultados que parecían ser cada vez más frustrantes.

—Lo he perdido —dijo con amargura Horace a Clive, que se había arrodillado junto a él—. Cualquiera que fuese el medio de contacto, ya no existe.

—Eso es bueno —dijo Clive.

Horace puso una expresión realmente colérica, expresión que Clive había visto raras veces, o ninguna, en el sargento, y menos dirigida a él.

—Es usted más duro de lo que creía, comandante Folliot.

—Duro no —contradijo Clive—. Pragmático, como diría nuestro amigo Chang Guafe. Es obvio que Sidi no está aquí, así que evidentemente usted no ha contactado con él. Parece claro que el hecho de sentir su contacto proviene de una combinación de intensa añoranza y de haber recibido un fuerte golpe en la cabeza. Ambos, usted y yo, hemos visto antes ese tipo de alucinaciones en el campo de batalla.

—Pero esto es diferente —dijo Horace muy despacio, ya algo menos seguro de sí

mismo.

—Vamos, vamos, sargento Smythe —dijo Clive en tono animado—, hace unos momentos dije que usted era tan firme como una roca. No haga que ahora me retracte de lo dicho.

Horace se ruborizó y desvió la mirada.

—Terriblemente seguro de ti mismo, ¿verdad? —dijo una voz femenina a sus espaldas. Clive se volvió y vio a Usuaría Annie, que los observaba—. ¿No se te ha ocurrido pensar que Horace podría tener razón?

Clive dudó, pero decidió no aceptar el reto.

—Supongo que podría —dijo fríamente—. ¿Por qué no lo discutes con él?

Clive se levantó y se apartó resentido.

—Británico cabezota —oyó que ella decía.

Mientras Clive recomponía de nuevo el grupo, aprendió algo que debería conservar en mente para referencias futuras. Por cierto, habían necesitado el descanso, pero ahora les costaba muchísimo arrancar de nuevo. Una vez que empezaran a seguirlo, no habría problemas en continuar la marcha. Pero de momento le estaba costando muchas energías convencerlos con buenas palabras para que se pusieran de nuevo en movimiento. 'Nrrc'kth, que había permanecido silenciosa hasta entonces, fue la más renuente.

—Tengo que comer antes de continuar —dijo con tono apremiante.

Clive estaba profundamente enfrascado en la desagradecida tarea de explicar que no había comida para nadie, cuando lo interrumpió un grito de Horace:

—¡Lo encontré de nuevo!

Se volvió y vio que el sargento Smythe estaba en pie, con una mano aplicada contra la pared del túnel. De repente, los ojos del sargento se pusieron en blanco, las rodillas se le doblaron y él se desplomó al suelo. El recorrido de su mano contra el muro dejó un rastro de sangre.

Clive corrió hacia el sargento caído.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó a Annie, que se encontraba cerca de él, con sus negros ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Murmuró algo acerca de volver a encontrar a Sidi Bombay —susurró Annie— y se hizo un corte: cogió el cuchillo y se rajó la palma de la mano. Luego aplicó la mano contra la pared. Entonces llegaste tú.

Clive se arrodilló junto a Horace y lo zarandeó con suavidad. Los ojos del sargento parpadearon durante unos segundos y luego se abrieron.

—Lo encontré, mi comandante —murmuró.

—¿Qué quiere decir, Horace? ¿Cómo lo encontró?

—Sangre, mi comandante. La sangre llama a la sangre, es inevitable. Somos hermanos de sangre, Sidi y yo. Usted no lo sabía, y supongo que le sorprende. Pero es la verdad, y comparto la sangre con Sidi Bombay más a gusto que con cualquier otro hombre. La sangre es la clave. Lo supe cuando descubrí que el contacto había tenido

lugar al apoyar la herida contra el muro. Tenía que volver a establecer contacto con él. Así que me hice otra herida.

Clive levantó el brazo de Horace y le abrió los dedos de la mano herida, que mantenía cerrados en un puño. Un horroroso corte le atravesaba diagonalmente la palma desde la base del dedo índice hasta la muñeca.

—Vamos a coser esto —dijo Clive amablemente.

—¡No, mi comandante! —replicó Horace con ferocidad, cerrando con fuerza la mano a la vez que agregaba—: Si esta herida es el único enlace con Sidi, tiene que mantenerse abierta.

Clive dudó. La expresión de los ojos de Horace mostraba a las claras que darle una orden directa sería arriesgarse a la insubordinación. Era perfectamente consciente de que su posición como jefe del grupo se fundaba en la lealtad inquebrantable del sargento Smythe. No podía permitirse el lujo de presionarlo demasiado. «Trate siempre de evitar acorralar a un hombre en una situación donde su única salida sea pasar por encima de usted», le había dicho una vez un oficial de más edad, y había demostrado ser un consejo utilísimo. Cambió de táctica.

—¿Dónde está Sidi?

—No lo sé, mi comandante. Lo he encontrado pero no está aquí.

—Horace —replicó Clive con tono firme—, creí que, cuando me contó su historia del encuentro con los Ransome y Philo Goode, habíamos dejado atrás las idioteces espiritistas. No es bueno para usted aferrarse al pasado.

—Me duele tener que oírle decir esto, mi comandante —dijo Horace apesadumbrado—. Aunque supongo que tendrá sus buenas razones. No importa, mientras viva le seré tan fiel como me sea posible.

Los demás se reunieron a su alrededor para escuchar la conversación.

—Déjame probar —dijo Chillido.

Se acercó a Horace y le dijo que colocase de nuevo la mano contra la pared. Luego ella extendió una mano y tomó la otra de Horace. Casi al instante soltó un grito sobresaltado y rompió el contacto.

No se puede localizar a Sidi, oh, Folliot, dijo a la mente de Clive. Pero el contacto es verdadero y claro: un túnel directo hacia una clase de dolor que nunca experimenté. Smythe es un hombre de coraje, para restablecer este contacto voluntariamente.

Clive asintió en señal de comprensión. Se preguntó si le había enviado el mensaje sólo a él o había incluido a los demás en su red de pensamiento.

Se arrodilló junto a Horace. Este tenía los ojos cerrados con fuerza, y su cara estaba retorcida en una mueca de dolor.

—Basta —dijo Clive con suavidad, quitándole la mano de la pared—. Basta por ahora. No hay nada que usted pueda hacer por él.

—Oh, sí que hay algo, mi comandante: encontrarlo y sacarlo de su horrible situación. El viejo Sidi lo haría por mí. Yo no puedo hacer menos por él.

—¿Y cómo va a hacerlo, sargento Smythe?

—No lo sé, mi comandante. Pero juro por mi madre que encontraré a Sidi Bombay o moriré en el intento.

9

Doble lazo

De nuevo avanzaban, lo cual era bueno, aunque Clive no estaba seguro de cuánto tiempo podría mantener al grupo en movimiento. La comida y el agua se estaban convirtiendo en problemas cada vez más apremiantes, sobre todo porque 'Nrrc'kth repetía una y otra vez que no podía dar un paso más sin comer ni beber.

Clive no tenía ni la más remota idea de cuánto tiempo habían estado marchando por los túneles azules, ni dónde se encontraban en relación con su punto de partida. Era totalmente posible (¡descorazonador pensamiento!) que se hubiesen desplazado en círculos, bajo los cimientos del Castillo de N'wrbb, y que no saliesen muy lejos del lugar por donde habían empezado la huida.

«¡Si es que salimos alguna vez de aquí!», pensó torvamente Clive.

Lo conseguiremos, oh, Folliot, envió Chillido dándole ánimos. Tengo plena confianza en ti.

¡No haga eso!, replicó Clive enojado.

¿Hacer qué?

Meterse en mi cabeza sin mi permiso. Es exasperante.

Chillido manifestó incompreensión y Clive se resignó al hecho de que, simplemente, había algunas cosas que era inútil transmitir entre especies. Pero decidió aprovechar la situación para satisfacer su propia curiosidad.

Aunque sea excesivamente personal, envió, preguntándose, mientras lo hacía, si Chillido podía captar los matices o tan sólo los sentimientos generales, ¿qué ocurrió en la sala azul? ¿Cómo logró terminar la ma-sand?

Chillido indicó sorpresa.

Me imaginé que lo sabías. Después de todo, sólo había una posibilidad.

Le tocó a Clive indicar sorpresa.

El entendimiento no viene por sí solo, replicó Chillido. Estás atrapado en tus inhibiciones, oh, Folliot, un problema que tienes que resolver tú mismo si quieres sobrevivir en la Mazmorra. El ciborg solucionó mis problemas con la estimulación manual. Era el único con fuerza suficiente para protegerse del festín frenético posterior al clímax sexual.

Clive intentó desesperadamente ocultar su conmoción.

No trates de esconder tus emociones, oh, Folliot, fue la respuesta. Comprendo que castrado te ha dejado tu educación, así que trataré de no tomar tus reacciones de modo

personal.

Ahora me está juzgando, respondió Clive.

Cierto, aunque sólo juzgo tu manera de juzgar. Una interesante paradoja, ¿no?

Antes de que Clive pudiese retomar la discusión, ya habían llegado a algún lugar. O, se corrigió Clive, al menos a algún lugar diferente. Después de horas de túneles azules, a su derecha vio no la típica bifurcación sino una puerta de madera. Cogió el pomo y, para su total sorpresa, la puerta se abrió con toda facilidad.

—Creí que aquí no estaban permitidas las cosas simples —dijo Annie, que estaba a sus espaldas.

—No te preocupes —respondió Clive—, seguramente nos espera un pequeño ejército de monstruos bicéfalos a la vuelta de la esquina. —Asomó la cabeza al túnel del otro lado de la puerta. Parecía excavado en la roca, más que en el raro material azul al cual ya se habían acostumbrado—. Además no hay luz aquí. Eso debería mantener el interés de la hazaña.

Clive se volvió y vio que los demás ya se habían apiñado a su alrededor.

—¡Al fin! —exclamó 'Nrrc'kth, mirando la salida con una expresión que rayaba en la lujuria—. Corramos, amor mío. 'Nrrc'kth tiene hambre.

Clive ignoró la reacción de Annie frente al término cariñoso de 'Nrrc'kth. Tenía algo mucho más preocupante que considerar: no había ninguna espiral de estrellas junto a la puerta.

Aunque no había hablado de ello a nadie (por cierto, ¿lo sabría Chillido?, se preguntó repentinamente), los había conducido hasta allí basándose sólo en la espiral de estrellas y en la clave que le habían dado de niño. No había sido más que una corazonada, pero parecía haber funcionado.

¿O *había*, funcionado? Pero quizás había sido una casualidad, y tal vez habrían podido encontrar la salida mucho antes, y por otro camino.

Un par de preguntas empezaron a emerger a su cabeza. Para empezar, ¿había sido efectiva su clave? Si era así, aquel punto adonde los habían conducido las estrellas ¿era una vía de escape o simplemente un punto de paso en su viaje por la ruta estrellada?

—¿Cuál es el problema, abuelito? —preguntó Annie, con tono burlón.

Decidió no morder el anzuelo y responder con sinceridad a la cuestión:

—No estoy seguro de si ésta es la dirección que deberíamos seguir.

—¡Debemos seguirla! —exclamó 'Nrrc'kth—. De otro modo nos quedaremos todos en los túneles para siempre. O al menos yo, ya que cuando muera abandonaréis mi cadáver, y moriré si no como pronto.

—¡Vaya, no hay para tanto! —soltó Annie—. Si los demás aguantamos, tú también puedes.

—No, ella no puede —dijo Gram en tono amenazador—. En nuestro mundo, las mujeres de palacio son cuidadas y educadas de modo diferente de las demás. Mi sobrina no busca crear problemas. Se limita a constatar un hecho.

—Estupendo —musitó Annie—. Una flor delicada. Sacarla viva de aquí va a ser

como arrastrar un renacuajo a través del desierto con una correa.

—¡Cállate! —soltó Clive, sorprendido de su propia reacción—. Horace, quiero que se adelante a explorar el terreno. A ver lo que descubre. Muévase en silencio y procure regresar sin que nadie lo siga.

—A la orden, mi comandante —dijo Horace, con sumisión apagada.

Clive miró extrañado a su viejo compañero, ya que había esperado que acogería la orden con su habitual entusiasmo. Pero Horace no le dio tiempo a preguntar el motivo de su respuesta sumisa; había desaparecido ya por el túnel recién descubierto. Regresó casi al instante.

—Dos curvas y luego una puerta, mi comandante. La puerta no está cerrada. Da al exterior.

El grito de alegría de Annie fue un ejemplo de la reacción demostrada por todos, excepto por Chang Guafe y (para asombro de Clive) por el sargento mayor Horace Hamilton Smythe; efectivamente, Horace tenía una expresión muy sombría.

—¿Qué ocurre, sargento? —le preguntó—. ¿Algo terrible al otro lado de la puerta que no nos haya dicho todavía?

—No, mi comandante. En absoluto. Todos los soles brillan a más no poder. La hierba es verde. Todo muy bonito.

—¿Dónde estamos, en relación con el Castillo?

—Detrás; El túnel va a parar a una especie de cueva, en una zona rocosa a unos cincuenta metros del foso.

—¿Hay alguien por los alrededores?

—No, por lo que he podido ver. Tiene un aspecto bastante tranquilo. Me parece que los enemigos deben de estar muy abatidos; lamiéndose las heridas, por decirlo de algún modo.

—¿Hay comida? —preguntó 'Nrrc'kth.

—Por lo que he podido ver, no, señora —dijo Horace—. Pero no he explorado mucho tiempo. Quería informar rápidamente al comandante.

—Parece mejor de lo que esperábamos, Horace. Lo que más temía era que saliésemos de nuevo al interior del Castillo.

—Cierto, mi comandante.

Clive miró a su amigo con impaciencia.

—Entonces, ¿a qué vienen esas caras tan largas?

Horace dudó antes de hablar.

—Es Sidi Bombay, mi comandante. Si salimos de aquí, nunca tendré la posibilidad de volver a establecer contacto con él.

Clive iba a hablar, pero se contuvo. Estaba ante una situación delicada. Si forzaba la salida, Horace no tendría otra elección que seguirlo. ¿O sí la tendría?, se preguntó Clive de repente. ¿Era posible que su amigo y camarada se rebelase contra su mando y se marchase por su cuenta en busca de Sidi Bombay?

¿Y si no se rebelaba? Una de las cualidades más destacadas de Horace era la

lealtad. Si Clive lo obligaba a ser desleal con un camarada, ¿qué consecuencias traería?

El problema de ser jefe, oh, Folliot, es que no tienes a nadie que tome las decisiones por ti.

¡Basta ja de leer mi mente!, replicó Clive, casi sin proponérselo.

La respuesta de la arácnida fue como una risa contenida en el interior de su cabeza.

No he penetrado en tu apreciada intimidad, oh, Folliot. Simplemente observaba tu dilema. Cuando la situación es obvia, leer la mente no es necesario.

Lo siento, transmitió Clive. Pero, a menos que tenga alguna sugerencia, preferiría que me dejase solo, para poder decidir mejor qué hacer.

Las sugerencias imponen, las preguntas guían.

Clive transmitió desconcierto.

¿Te importa si hablo con el sargento, oh, Folliot?

Clive envió como respuesta el equivalente mental a un encogimiento de hombros.

¡Pídemelo, pues!, replicó ella. Este mensaje desprendió impaciencia, como si ella estuviera tratando con un niño más bien rebelde.

—Chillido —dijo Clive—, usted es la única que ha experimentado el contacto de Horace. ¿Haría el favor de hablar con él?

—Con mucho gusto —respondió ella, y se alejó del grupo para situarse junto a Smythe—. ¿Has entrado en contacto recientemente? —preguntó a éste, con sus feroces mandíbulas tintineando por la emisión del discurso oral.

—No, señorita —dijo Horace—. Pero supongo que este momento es bueno como cualquier otro. —Miró su mano derecha, que había mantenido cerrada. La abrió bruscamente, cogió los dedos con la otra mano y los echó hacia atrás, obligando a la mano a formar un arco. El gesto obtuvo el resultado deseado: el corte que cruzaba la mano se abrió de nuevo. Apretando los dientes, aplicó la mano al muro—. ¡Oh, Dios! —exclamó cuando el impacto de la conexión sacudió su cuerpo.

De inmediato, Chillido alargó la mano y tomó la que quedaba libre de Smythe. La retuvo tenazmente, luchando a cada momento contra el impulso de romper la conexión.

—¡Basta! —dijo ella al final. En el intervalo, Clive había contado hasta siete.

Horace quitó la mano de la pared.

Chillido lo contempló, y su desconcierto pareció auténtico.

—¿Te parece que tu amigo está más cerca que antes? —le preguntó.

Horace negó con la cabeza.

—¿Más lejos?

Volvió a negar.

—Entonces, ¿en qué dirección vas a iniciar su búsqueda?

—No puede decirlo exactamente, señorita.

—¿Está en los túneles azules?

—No lo sé.

—¿Puedes llegar a él a través de los túneles azules?

Horace aparentaba estar cada vez más descorazonado.

—No lo sé.

Chillido hizo sonar sus mandíbulas en una muestra evidente de comprensión por la pena de Horace.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Volverás atrás o seguirás adelante? En la próxima bifurcación, ¿tomarás hacia la derecha o hacia la izquierda?

—¡No lo sé! —exclamó Horace, frustrado.

—Entonces, ¿cómo encontrarás a tu amigo? Aquí no hay agua ni comida; ¿cuánto tiempo puede durar tu búsqueda?

—No mucho —admitió Horace, reluciente.

—¿Qué querría tu amigo que hicieras?

Horace se volvió y contempló el túnel azul durante unos minutos. Permaneció inmóvil, salvo por un ligero movimiento de hombros, que se le encogían a intervalos regulares.

Cuando se dio la vuelta, tenía la expresión un poco más tranquila.

—Bien, supongo que el comandante tenía razón. No tiene demasiado sentido quedarse aquí, ¿no?

Clive se le acercó.

—Estoy atado por el juramento de buscar a mi hermano, Horace. Según sus palabras anteriores, usted ha jurado hacer lo mismo por Sidi Bombay. Ahora yo voy a hacer otro juramento: si no hemos encontrado a su amigo al final de nuestra expedición en busca de Neville, yo regresaré y lo ayudaré en su búsqueda con la misma fidelidad con que usted me ha ayudado en la mía.

—El Señor lo bendiga, mi comandante —dijo Horace con cierto alivio—. Pongámonos en marcha. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos, como solía decir mi madre. Aunque, si no le importa, por el momento preferiría cubrir la retaguardia.

—De acuerdo, como quiera, sargento Smythe.

Cuando Clive se volvió para encabezar a su grupo y conducirlo fuera del túnel, Annie se le acercó furtivamente y le dijo:

—Muy conmovedor, muy leal. Aunque recuerdo que una vez también hiciste una solemne promesa a su tatarabuela. ¿No te angustia ir por la vida repartiendo promesas a diestro y a siniestro, promesas que luego puede que no seas capaz de cumplir?

Pero antes de que Clive pudiera replicar, ya se había escabullido de nuevo, y se había colocado junto a Finnbogg, quien, como siempre, se sentía en el éxtasis cuando ella le prestaba atención.

10

Con la mujer, triple lazo

—Poco interés tiene un mundo en donde el sol no se pone, mi comandante —dijo Smythe.

Estaban sentados en el interior de la boca de la caverna, esperando a que el círculo giratorio de estrellas que iluminaba aquel mundo se apagase, fenómeno que ocurría según un horario que se aproximaba bastante al del día y la noche.

—Uno nunca puede decir qué hora es —prosiguió Horace— o cuánto falta para que oscurezca.

Lo último era una cuestión especialmente apremiante, ya que habían decidido que sería demasiado expuesto abandonar la cueva durante las horas diurnas. Los torreones del Castillo de N'wrbb acechaban siniestramente desde su izquierda, y a un vigía (o a un observador casual) le sería sumamente fácil localizar a la banda, si ésta intentaba dirigirse al bosque, el cual se encontraba a unos cuatrocientos metros en dirección opuesta.

—Yo no puedo esperar hasta que oscurezca —gimoteó 'Nrrc'kth—. Tengo que comer algo ahora mismo.

No obstante, cuando Chang Guafe, disparando un tentáculo mecánico, capturó un animalito peludo, que había cometido el error de corretear por delante de la cueva, y lo ofreció a 'Nrrc'kth, ésta declinó aceptarlo.

—No debe de estar tan hambrienta como cree —dijo Horace con acritud.

Por lo que se refería a Clive, el hambre era un problema secundario comparado con la sed que le abrasaba la garganta, una sed que el hecho de tener el foso de N'wrbb a menos de un minuto de su escondrijo hacía todavía más enloquecedora. Aunque ciertamente no tenía deseos de arriesgarse a beber del foso: durante los minutos en que la batalla había transcurrido delante del Castillo, había visto demasiadas criaturas extrañas salir a su superficie cuando alguien caía en sus aguas. Tenía la impresión de que si uno se detenía para beber en aquellas aguas perdería su rostro antes de disfrutar del primer sorbo.

—¿No hay ningún modo de calcular el tiempo? —preguntó a 'Nrrc'kth, que había gozado de libertad en aquel nivel de la Mazmorra durante más tiempo que nadie del grupo.

Negó con la cabeza, lamentándolo.

—El círculo de estrellas crece y mengua con ritmo propio —dijo, como si repitiera

de carrerilla un verso de un poema aprendido mucho tiempo atrás.

—¿No hay campanario que toque las horas? —preguntó Tomás desde el rincón en donde estaba sentado pasando las cuentas de su rosario.

—No encontrarás ni un campanario en el reino de N'wrbb, chaval —soltó Gram con un bufido—. Ni tampoco una iglesia.

Tomás se santiguó y musitó otra oración, ahogada por los gruñidos de Finnbogg, que dormía tendido a los pies de Annie. Clive lanzó una mirada de aviso a su nieta, y ésta, con la mano, tranquilizó al enano soñador.

Clive se volvió y se asomó al exterior de la cueva una vez más. Todavía le escocía el sarcasmo que Annie le había soltado cuando estaban a punto de salir del laberinto azul.

Sólo Guafe parecía satisfecho. Clive se preguntaba el motivo, hasta que por fin se dio cuenta de que el ciborg había desconectado la mayoría de sus funciones.

«Después de todo, imagino que ser un ente mecánico debe de tener sus ventajas», pensó taciturno.

La voz de Chillido entró chirriando en su mente:

Estás apesadumbrado, oh, Folliot. Sin embargo, acabamos de llevar a cabo una feliz huida bajo tu mando. ¡Tendrías que estar rebosante de alegría!

La inactividad me pone de mal humor, respondió Clive; lo cual es muy raro, porque normalmente soy un hombre más bien reposado. Quizá la aventura constante crea adicción, como el opio.

Chillido indicó interrogación.

En nuestro mundo, es una droga, respondió Clive; y es muy difícil dejar de tomarla, una vez que se ha empezado.

Sí, nosotros tenemos cosas semejantes. Pero percibo que hay algo más en tu mente, amigo mío. No he intentado descubrirlo porque sé que te habría molestado. Pero incluso así...

Clive sonrió.

No hay forma de escapar de usted, ¿verdad? Tan sólo estoy poniendo en tela de juicio mi habilidad para mandar el grupo. Si usted no hubiese intervenido, habría perdido a Horace en los túneles.

No te subestimes, oh, Folliot. No ha sido ningún fracaso por tu parte que yo resolviera el problema. La delegación de tareas es una de las claves del arte de gobernar. Por ese motivo, hice que me lo pidieras en voz alta, para que los demás vieses que la decisión era tuya.

¡Pero no lo era!, replicó Clive con amargura.

Claro que lo era. La sugerencia fue mía, pero la decisión de dejarme actuar fue tuya. Si te hubieras negado, no habría interferido.

¿Por qué me ayuda de este modo?, preguntó Clive.

¡Ah!, rio Chillido, te gustaría conocer todos mis secretos, ¿no, oh, Folliot? Pero ¿acaso no tengo yo también derecho a alguna intimidad?

¡Lo único que me faltaba: otro misterio!

Todas las hembras son misteriosas, oh, Folliot. Seguro que la vida te lo ha enseñado.

Ciertamente, ciertamente, son misteriosas, amiga Chillido. Pero si fuesen tan predispuestas a colaborar como usted, entonces la vida de un hombre sería mucho más fácil.

La respuesta de ella resonó claramente divertida:

¿Has olvidado que, cuando las circunstancias son adecuadas, hago un festín de mi compañero de cópula?

¡Y una lección más!, replicó Clive antes de romper la conexión. «¡Uno no debería discutir de moralidad con una araña!»

Horace lo tocó con el codo:

—Creo que está oscureciendo, mi comandante.

Clive alzó la vista. No era fácil asegurarlo, pero parecía posible que las estrellas circulares hubiesen empezado su mengua diaria. En el tiempo que Clive tardó en recorrer diez veces el espacio entre la boca y el fondo de la cueva, el hecho pasó de posibilidad a realidad.

Abandonaron la cueva en plena oscuridad y se dirigieron al bosque. El círculo de luces del cielo había disminuido su brillantez hasta convertirse aquéllas en meros puntos estelares, y el nivel de iluminación era ahora similar al de una clara noche terrestre con luna en cuarto creciente. Poco después de entrar en el bosque, oyeron el fluir de un riachuelo. Cuando hubieron saciado su sed, 'Nrrc'kth encontró unos arbustos con bayas; afirmó que eran comestibles, y procedió a consumir tantas que Clive temió que le sentaran mal. Prácticamente todos los demás comieron la misma fruta, aunque con más moderación. Chillido y Chang Guafe se fueron juntos a dar una vuelta. Cuando regresaron, al cabo de una media hora, la mujer araña comunicó a Clive que ambos habían conseguido su comida apropiada.

Clive prefirió no entrar en detalles.

A pesar del estado general de fatiga, Clive insistió en que debían continuar hasta dejar más distancia entre ellos y el Castillo. Continuaron y, cuando por fin fue claro que ya no podían dar ni un paso más —en especial 'Nrrc'kth—, acamparon en un pequeño claro que bordeaba otro riachuelo.

Entonces, y sólo entonces, Clive se permitió enfrentarse al hecho de que no tenía ningún plan sobre qué hacer luego. Habían llegado hasta allí en persecución de Neville, y ahora no sabía en absoluto dónde podría encontrarse su hermano, ni siquiera qué dirección podía haber tomado. Según las palabras de N'wrbb, era seguro que Neville había estado en el Castillo. Pero, si era así, ¿por qué no había hecho nada para intentar liberar a Clive cuando lo habían encerrado? ¿Era posible que no lo hubiese sabido? No lo creía. Neville siempre sabía lo que ocurría. ¿No lo preocupaba? Tal vez. Dios sabía que entre los dos poco amor se podía perder. Pero, si este último era el caso, ¿por qué todos aquellos misteriosos mensajes en el diario, empujándolo a seguir adelante?

¿O simplemente N'wrbb había estado mintiendo?

Clive sonrió. Era una explicación demasiado ingenua.

Dirigió una mirada a 'Nrrc'kth. A pesar del tiempo que habían pasado juntos en la cárcel, había tenido pocas ocasiones para hablar con ella. Tan protectora como fuerte, Gram había mantenido a su sobrina muy aislada mientras la joven se recuperaba de los malos tratos recibidos en manos de N'wrbb. Durante aquel ínterin, Clive había estado ocupado en los planes de fuga.

Bien, ningún momento mejor que el presente.

—'Nrrc'kth —dijo, sentándose junto a ella—, ¿estaba realmente mi hermano en el Castillo?

—Había un hombre que se te parecía mucho —dijo 'Nrrc'kth—. Mi consorte siempre lo llamaba general Folliot. No vivía en el Castillo, pero nos visitaba muy a menudo.

—¿Desde cuándo lo conocía?

'Nrrc'kth pareció desconcertada. Clive comprendió enseguida que cualesquiera que fuesen las unidades de tiempo con que ella respondiera (días, meses, años) no tendrían el mismo valor para él.

—Todo el tiempo que estuve allí —dijo al fin.

Clive consideró la respuesta por unos momentos, pero, fuera cual fuese el punto de vista con que lo enfocase, era incapaz de determinar la duración que alcanzaba. Por todo lo que ella le había contado anteriormente, Clive estaba muy seguro de que habían traído a 'Nrrc'kth a la Mazmorra poco tiempo antes de que su hermano hubiese desaparecido en África. ¿Era «el general» su hermano auténtico o alguien que se había caracterizado como Neville? Y si éste era el caso, ¿cuál era el motivo para una charada tan estrafalaria?

—¿Tiene alguna idea de adonde iba cuando no estaba con ustedes?

—A todas partes —dijo 'Nrrc'kth con cierta firmeza—. N'wrbb siempre estaba impaciente por recibir al general porque llevaba muchas noticias. Era un gran viajero.

Ella alargó la mano y acarició el brazo de Clive. El contacto le produjo un escalofrío; era un contacto distinto de cualquiera que hubiera experimentado jamás.

—Estoy asustada, Clive —le susurró. La luz de la hoguera campestre danzaba en sus ojos verdes y relucía en su pelo esmeralda. Aquella mujer parecía ser parte del mismo bosque, aunque era evidente que no estaba educada para sobrevivir en aquellas circunstancias—. N'wrbb no permitirá que me vaya tan fácilmente. Intentará seguirme y atraparme. ¿Me protegerás?

—Con mi vida —respondió Clive, preguntándose cuántos juramentos como aquél podría pronunciar antes de quedar definitivamente atrapado en uno de ellos. Desde algún lugar a su izquierda, oyó que Annie soltaba un bufido de burla.

'Nrrc'kth movió la cabeza con aquiescencia, provocando que el pelo verde frotase sus hombros de alabastro en un murmullo provocativo.

—Hay un pueblecito llamado Go-Mar al otro lado del bosque —dijo—. Sé que el

general pasaba muy a menudo por allí porque, cuando venía a quedarse unos días, solía traer noticias a N'wrbb acerca de cómo estaban los ánimos en el pueblo.

Clive sintió que lo inundaba una ola de esperanza. Seguramente, si iba a aquel pueblo podría encontrar de nuevo la pista de Neville.

—Hábleme más del lugar —dijo a 'Nrrc'kth.

Ella frunció el entrecejo.

—Lo gobierna uno de los hombres de N'wrbb. Mi consorte tiene muchos aliados en Go-Mar. Pero también tiene muchos enemigos, por lo cual siempre está impaciente por tener noticias de allí. Creo que es el lugar más cercano donde podemos descansar y conseguir comida auténtica. Pero no podremos quedarnos; está infestado de espías de N'wrbb. ¿Comprendes, Clive, que ahora nos hemos convertido en fugitivos? —Sacudió la cabeza con pesar—. Deberías haber matado a N'wrbb cuando tuviste la oportunidad. Ninguno de los dos estaremos a salvo hasta que él esté muerto.

—No es mi estilo —dijo Clive.

Ella lo contempló como si intentara descifrar el funcionamiento de una mente que le era totalmente ajena.

—Todavía te deseo —le susurró al final, y él comprendió que se refería a su cita interrumpida, que había sido la causa de que los arrojaran a las catacumbas de N'wrbb, con lo que había empezado toda aquella cadena de penalidades.

—Éste no es un buen momento para nosotros —respondió Clive, intentando ser lo más diplomático posible. La química del contacto de 'Nrrc'kth continuaba inflamando su pasión. Pero el tiempo transcurrido desde su primer encuentro había sido suficiente para cuestionarse la sensatez de una relación íntima con la esbelta mujer extraterrestre.

Clive le acarició el pelo con las puntas de los dedos, y luego se marchó al lugar que había preparado para dormir.

Chang Guafe, escéptico acerca de la capacidad de los demás para permanecer despiertos, se ofreció a hacer el primer turno de guardia. Clive cayó rápida y profundamente dormido. Pero no por mucho tiempo. Surgiendo de un extraño sueño de laberintos y catacumbas, una inquietud lo envolvió y acabó por despertarlo. Al abrir los ojos, vio a Usuaría Annie sentada frente a él. Estaba apoyada en el tronco de un gran árbol y balanceaba una daga plateada en sus dedos. La luz de las estrellas, que encontraba su camino a través del follaje del bosque, se reflejaba en el filo de la navaja.

—¿Por qué no duermes? —dijo en voz baja, para no despertar a los demás.

—Tengo la cabeza llena de dudas —respondió, levantando la daga y observando el filo.

—¿Como cuáles?

Ella se encogió de hombros.

—Se me ocurrió que tal vez debiera matarte ahora, mientras tenga la oportunidad.

—Preferiría que no lo hicieras —replicó él, preguntándose si ella hablaba en serio.

—Yo también preferiría no hacerlo —admitió—. Pero ahora las cosas se han complicado mucho, ya sabes. Has dejado a mi tatarabuela con un paquete. Así que ya has colaborado con tu granito de arena a los fondos genéticos de la familia. El camino que conduce a mí ha empezado. Pero ¿y si sales vivo de la Mazmorra? ¿Regresarás para casarte con ella? Eso cambiaría por completo la estructura familiar. Y, si tal cosa ocurriese, ¿qué pasaría conmigo? ¿Me desvanecería?

—No lo sé.

—Por supuesto, el hecho de que yo exista en el momento presente significa que probablemente tú no saldrás de aquí, a menos que en verdad seas el malnacido que dice mi familia que eres, y que nunca vuelvas con mi tatarabuela. Así que digamos que no sales. ¿Y por qué no sales, abuelito Clive? No sales porque esta noche yo te mato, para que no puedas provocar un embrollo en mi árbol genealógico.

Se pasaba el cuchillo de una mano a la otra. Clive sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Annie le había contado lo suficiente durante su viaje como para saber que, en el mundo del cual ella provenía, la violencia era algo cotidiano. ¿Había penetrado la violencia suficientemente en su idiosincrasia para que matar a su propio antepasado fuese un acto sin importancia?

—La cuestión es que, mientras vivas, eres una amenaza para mí. En el momento en que dejes de existir me habré sacado un peso de encima para siempre. —Apretó la empuñadura del cuchillo y sonrió—. Me pregunto si sería el primer caso de «tatarabuelicidio» de la historia. Creo que a los griegos les encantaría. ¿Qué te parece?

—¿Hablas en serio? —preguntó, intentando mantener la voz inalterada.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Me has preguntado qué tenía en mente. He aquí la respuesta.

Clive miraba de reojo el cuchillo.

—¿Has reflexionado profundamente en ello?

—Siempre que tengo un momento —dijo ella—. Por lo general, estoy demasiado atareada luchando para mantenerme viva, no cuento con demasiado tiempo para pensar. Claro que me pregunto qué parte de culpa tienes tú... y qué parte tiene el mierda de tu hermano.

Clive habría arqueado una ceja, pero la luz era demasiado débil para que ella lo viera.

—Continúa, por favor —dijo con suavidad, sin objetar sus palabras.

—Sí, continuo —contestó burlescamente—. Dios, Clive, he intentado decidir cómo llamarte. Tatarabuelo es demasiado largo. Abuelito es mejor, pero no parece quedarte del todo bien. ¡Ahora creo que lo tengo! Te pareces más a una tía solterona que a cualquier otra cosa de las que se me ocurren. ¿Qué tal «tía Clive»? ¿Qué opinas?

—Preferiría que continuases probando.

Ella rio.

—¡Auténtica flema británica! Es tan fácil predecir lo que harás, Clive... Supongo

que así te sientes más cómodo, aunque para mí no sea más que aburrimiento.

Clive agradeció a aquella oscuridad que ella no pudiera ver cómo se ruborizaba, y fue un gran alivio que, a diferencia de Chillido, no pudiera leer su mente sin tocar su mano. Los sentimientos de Clive respecto a Annie eran una mezcla poco virtuosa de orgullo paternal, atracción sexual, enojo y, al menos por el momento, espanto. No deseaba compartirlos con su joven descendiente.

—Dijiste que muchos de los peligros con los que has tropezado han sido por mi culpa —dijo él—. Pero recuerdo que la cárcel en donde nos encontramos por primera vez no era precisamente el lugar más seguro de la Tierra.

—Eres tan terrestre, Clive... ¡Ya no estamos en la Tierra! ¿O es que todavía no ha entrado en tu británica cabecita? Además, ¿quién salvó el pellejo a quién cuando fue el momento de salir de aquella cárcel? (¿O debería decir, más académicamente, la vida?) Además, no estábamos hablando de eso. En este asunto estamos metidos todos, supongo. Pero el quid de la cuestión es ¿por qué? Quiero decir, ¿no te choca como cosa muy rara, con toda la gente que hay por ahí, que yo tenga que terminar rondando con mi tía Clive? En absoluto puedo imaginarme por qué los que están a cargo de este tinglado tendrían algún interés por la pequeña Annabelle Leigh, si no fuera a causa del tío Neville, que parece el tipo más importante del mundo. Así que, de vez en cuando, me pregunto: «¿Annie, por qué estás aquí?». Y normalmente obtengo dos respuestas: A. «¿Por qué hay aire?», o B. «Mala línea de sangre». A decir verdad, la última de esas respuestas tiene un poco más de sentido.

Clive se pasó el dedo por la barbilla, que todavía le dolía un poco a causa de un golpe recibido en la última batalla.

—Yo también me pregunto qué extraña vuelta de la fortuna nos ha traído aquí. Aunque, en sí, ser el hermano de Neville ya ha sido una auténtica mala suerte. Y no estoy dispuesto a cargar con las consecuencias de los errores cometidos por él. Annie rio.

—Vaya, tía Clive, creo que esto podría ser lo más humano que nunca he oído de tus labios. Todo este tiempo me he preguntado si no eras un ciborg disfrazado.

—Ay, pequeña Annie, sólo carne y sangre: totalmente expuesto a los pecados de la carne, y últimamente también a los de la sangre.

—Escucha, pariente, voy a hacer un trato contigo. No me llames «pequeña Annie» y dejaré de llamarte «tía Clive». ¿De acuerdo?

—Excelente pacto —concedió Clive.

Annie dejó el cuchillo.

—Estabas planeando tirarte a 'Nrrc'kth, ¿no?

Clive dudó, esforzándose una vez más en interpretar los extraños giros lingüísticos que realizaba Annie en su idioma común.

—Si eso quiere decir lo que creo que quiere decir, entonces no. Y, lo que es más, no creo que sea el tipo de cosas que una señorita deba discutir con su tatarabuelo.

Annie lanzó una carcajada.

—Bien, pues si vas a dormir solo, abuelito, ¿te importa si me acurruco junto a ti como solíamos hacer antes de que se descubriera nuestro parentesco? Hace frío y está oscuro en los bosques por la noche.

Clive señaló con unos golpecitos el terreno junto a él. Annie se tendió a su lado y apoyó la cabeza en su pecho.

—¡Dios, cómo odio este lugar! —murmuró ella.

Clive le pasó el brazo alrededor del hombro y resistió el impulso de prometerle que la sacaría de allí. Había hecho demasiadas promesas ya. Y ésta era la única que realmente no creía poder cumplir. La atrajo un poco más hacia sí.

—Yo también lo odio —dijo con voz ronca—. A pesar de lo cual, siempre estaré agradecido a este lugar por haberme permitido conocer a la señorita Annabelle Leigh, de San Francisco.

—Eres un tonto, Clive —susurró ella. Luego él notó que su cabeza se hacía más pesada en su hombro, y su respiración regular le indicó que Annie se había dormido.

El descanso no le llegó tan fácilmente a Clive Folliot, quien permaneció despierto durante largo rato, contemplando el círculo de estrellas e intentando permanecer indiferente a la calidez que desprendía la mujer que yacía junto a él.

11

L'Claar

Penetró en su mente con suavidad, y su contacto fue como hielo en una quemadura, como agua en una lengua reseca, como una vela en una habitación oscura, como olor de salmuera para un marinero que ha permanecido demasiado tiempo en tierra firme.

Estoy aquí, valiente, susurró ella, tal como había hecho ya muchas veces. *No estás solo.*

Se recuperaba. La primera vez que ella fue a él, no pudo responderle nada. Sólo la intuición la había convencido de que todavía estaba vivo, de que aún era (tal como lo expresó) salvable.

Oh, venerable, ¿no hablarás conmigo?

Había intentado hablarle durante mucho tiempo, pero el dolor interminable había expulsado las palabras de su mente. Pasaba los intervalos entre sus contactos intentando reunir palabras, intentando recordar cómo usarlas, intentando encontrar algún modo de responder.

Su temor más grande era que ella abandonase el intento y no volviese. Cada vez que finalizaba su conexión, experimentaba un pánico que superaba incluso las olas de dolor sufridas durante lo que le había parecido varios miles de eternidades.

Con un frenesí arrebatador intentaba recordar las palabras que había reunido con tanto esfuerzo desde después del último contacto. Conocedor en profundidad de los sueños, identificaba el miedo y la frustración que sentía con los parámetros habituales del sueño: necesidad imperiosa de correr desesperadamente, pero incapacidad total de avanzar más deprisa que arrastrándose. Expresaba su pensamiento en imágenes y sensaciones, más que en palabras.

Palabras. Una palabra. Quién. Hela aquí, el principio de la frase cuya formación le había costado tanto trabajo. ¿Dónde estaba el resto? ¿Por qué no podía encontrar las palabras?

Pero la primera palabra demostró ser un cebo: atrajo a las demás. Emergieron de la oscuridad de lo que una vez había sido su mente, se ensartaron y formaron el mensaje:

¿Quién eres tú?

El gozo con que fue acogido su logro casi le sustrajo el dolor.

Ella respondió a su pregunta.

Yo soy L'Claar. ¿Y tú?

Como si el hallazgo de aquellas primeras palabras hubiese abierto una brecha en la cárcel donde las restantes permanecían cautivas, la respuesta llegó al instante y como un repentino estallido de luz solar. Las habría gritado, si hubiese podido. Pero sólo las pensó con cada fibra de su cuerpo, de lo que le quedaba de su cuerpo.

¡Me llamo Sidi Bombay!

Jarros volando

—La ira de N'wrbb es algo terrible.

'Nrrc'kth estaba de pie bajo un árbol que se asemejaba vagamente a un alerce; hablaba al grupo entero.

—Os puedo asegurar que mi antiguo consorte nunca perdonará ni olvidará nuestra fuga. Tendremos que permanecer en constante alerta, ya que nos buscará para hacernos regresar y castigarnos.

—¿Hasta dónde llega su influencia? —preguntó Clive—. Seguramente, cuando nos hayamos alejado lo suficiente, quedaremos fuera del alcance de sus garras.

—Me temo que no —respondió 'Nrrc'kth—. Su influencia llega muy lejos, porque en la Mazmorra tiene mucho poder y muchos amigos.

Clive frunció el entrecejo. ¡Como si no tuvieran suficientes problemas! Después de consultar con Horace, por fin decidió que pasarían las horas diurnas en el bosque, y luego, una vez que hubiese oscurecido lo bastante para ocultarlos, se pondrían en camino hacia el pueblo. Para hacer más corta esta etapa de su viaje se dirigieron al otro extremo del bosque, después de borrar todo rastro del campamento.

A poco de emprender la marcha, Finnbogg, al olfatear, descubrió un estrecho camino, en realidad no mucho mayor que un sendero, que cruzaba el bosque en zigzag en la dirección aproximada que estaban siguiendo. Esto generó una breve discusión acerca de si habían de confiar en que el camino los sacaría del bosque y acerca de las posibilidades de encontrarse con otros viajeros.

Finalmente Clive decretó que, ya que no había otro modo de orientarse en los bosques, seguirían el camino, pero andando paralelos a su recorrido con la esperanza de evitar así que alguien los viese.

El bosque estaba plagado de animalitos. Pronto Chillido y Chang Guafe demostraron ser excelentes, aunque poco ortodoxos, cazadores, y hacia mediodía ya habían recogido suficiente caza para hacer un abundante banquete.

Según los cálculos de Clive, cuando divisaron el final del bosque hacía menos de una hora que habían acabado de comer. Se retiraron un poco hacia el interior y montaron otro campamento, a suficiente distancia tanto del camino como del campo abierto, para que no pudieran ser observados por ningún viajero casual. El resto del día pasó lentamente. Algunos echaron cabezaditas. Otros caminaron sin descanso alrededor del campamento. Annie y 'Nrrc'kth parecían acecharse una a otra como un

par de gatos; pero así evitaron, para alivio de Clive, hablarse. Gram se había sentado a horcajadas en un tronco y se entretenía tallando con su daga un crucifijo, una copia del de Tomás, de tamaño mayor.

Clive se alejó del grupo. Los árboles lo tenían fascinado, ya que mientras el propio bosque se parecía mucho a los que había visto en Inglaterra durante su juventud, había sutiles diferencias en cuanto a la forma de sus elementos individuales. Encontró un bosquecillo de algo que se parecía mucho a robles y otro de árboles muy semejantes a fresnos. Pero la especie más abundante le era por completo desconocida. Se trataba de unos árboles repletos de hojas amarillas verdosas, casi perfectamente redondas, que producían unas nueces pequeñas y dulces; en aquel nivel de la Mazmorra, según 'Nrrc'kth, la clase campesina las utilizaba en abundancia como alimento.

Recogía un puñado de nueces cuando apercibió a Horace, quien, apoyado en un árbol cercano, miraba al suelo con expresión sombría. Clive reflexionó brevemente sobre si había de interrumpir o no la intimidad del sargento. Por fin lo llamó con un suave «hola». Horace parpadeó y recorrió el entorno con la mirada vacía, como si acabara de salir de un trance.

—Hola, comandante —dijo—. Aquí me tiene, pensando en mis cosas.

—Ya veo —dijo Clive—. Y, a menos que me equivoque, tienen que ver con Sidi Bombay. Horace sonrió con tristeza.

—Ah, no hay forma de ocultarle nada, mi comandante.

Clive consideró un momento si debía señalar o no que había muchas cosas del pasado que Horace había conseguido ocultarle, pero decidió no hacer ningún comentario. En lugar de ello tomó asiento bajo otro de los nogales y dijo:

—¿Le parece bien si charlamos un poco, o prefiere guardarlo para sí mismo?

Smythe extendió los brazos y abrió las manos, con las palmas hacia arriba.

—No hay mucho que decir que usted no sepa ya, mi comandante. Ahora veo que Chillido tenía razón cuando me convenció para que abandonase los túneles azules. Pero no puedo evitar sentir remordimientos. Y, además, el misterio del asunto me corroe por dentro. Quiero saber qué son esos túneles. No es lo que uno esperaría encontrar bajo aquella especie de Castillo. ¿Quién los construyó? ¿Y por qué? ¿Y qué tienen que ver con Sidi Bombay?

Clive movió la cabeza dubitativamente.

—No lo sé, sargento. Pero no es por falta de pensar en ello, porque me he estado haciendo las mismas preguntas desde que encontramos la salida al laberinto. No sé cómo se puede sobrevivir a lo que le ocurrió a Sidi en el abismo de Q'oorra. Pero usted me asegura que está vivo, y yo lo creo. Y también creo algo más. —Hizo una pausa y se pasó las nueces de una mano a la otra—. Por más vasta y extraña que sea la Mazmorra, parece haber algún hilo que mantiene al grupo unido. Y no sólo unido, sino que va tirando de él. —Sacudió la cabeza—. Sé que suena terriblemente esotérico, pero usted me conoce de mucho tiempo y sabe la opinión que tengo sobre este tipo de

cosas. No creo que esto sea el reino de los dioses, Horace. Pero algo desconocido está en marcha en la Mazmorra, algún poder, tal vez una gran inteligencia, tal vez un grupo de hombres, o de cosas que pasan por hombres; de cualquier forma, algo más poderoso de lo que podamos imaginar nunca. No pretendo ni siquiera empezar a comprender de qué se trata. Pero creo que habrá una explicación racional para todo esto; estoy tan seguro de ello como de que estoy aquí.

Se inclinó contra el árbol y, antes de proseguir, miró un momento en la lejanía.

—Tampoco puedo dejar de creer que este poder tiene algún plan para nosotros. No estoy hablando de destino o de hado ni de ninguna de esas tonterías. Por lo que he observado, quienquiera que sea que esté detrás de todo no hace más que jugar con nosotros, del mismo modo en que nosotros jugaríamos con un niño. Y la conclusión es que creo que Sidi está vivo, y que vamos a encontrarlo tarde o temprano; quizás incluso antes de encontrar a Neville. Porque, sea cual sea la razón, Sidi Bombay está unido irremediabilmente a nosotros, y nosotros a él. Creo que quien sea, o lo que sea, que nos ha traído aquí quiere que estemos juntos. Pero mucho me temo que cuando encontremos a su viejo amigo, tengamos que mover Cielo y Tierra para sacarlo de su situación. Pero, encontrarlo, seguro que lo encontraremos.

Se levantó y se sacudió el polvo y las hojas de los pantalones de cuero que le había regalado N'wrbb C'rrd'f antes de haberse ganado su odio.

—Ah, una cosa más, sargento Smythe. Cuando empezamos todo esto, sólo estaba buscando a mi hermano perdido. Pero las cosas han llegado demasiado lejos. Estoy harto de que me arrastren y me empujen continuamente sin tener en cuenta ni por un instante mi voluntad. No sé por qué me han traído aquí y no sé quién está detrás de todo esto, pero juro por Dios que voy a descubrirlo, o moriré en el intento.

Horace había alterado por completo la expresión de su rostro. Tenía las comisuras de los labios apretadas, como si intentara evitar que se agrietaran en una sonrisa. Los ojos le parpadeaban sin cesar.

—Comandante Folliot, hace años que esperaba oírlo hablar así. Ya se lo dije: un soldado sabe cuando un oficial tiene lo que debe tener. Pero a veces uno no puede imaginarse qué es lo que va a impulsar sus cualidades. Siento como..., bueno, mi comandante, no sé exactamente lo que siento, excepto que es como si yo tuviera un don especial para ver lo que hay en el interior de cada uno, aunque lo mantenga oculto incluso de sí mismo. Espero de verdad que podamos regresar a casa, al menos para que pueda cobrarle las cinco libras al tonto de McGinty.

Clive arqueó una ceja, y Horace pareció que estaba a punto de ruborizarse.

—Una apuesta particular, mi comandante —explicó—. Prefiero no hablar de ello; sólo le diré que yo apostaba por usted.

Clive no supo si reír o sentirse insultado. Al cabo, dio unos golpecitos en el hombro de Horace y dijo:

—Espero que pueda cobrar las cinco libras, sargento. Por el bien de los dos.

Pero, al expresar este deseo, recordó las cuestiones que le había planteado Annie

la noche anterior, y se preguntó qué significaba para su joven descendiente que él encontrara efectivamente el modo de salir de la Mazmorra.

Empezaba a oscurecer cuando Clive y Horace regresaron a donde los demás esperaban. Chillido estaba sentada en la parte más alejada del círculo; chupaba la sangre del cuerpo decapitado de uno de los animalitos parecidos a conejos que ella y Chang Guafe habían estado cazando durante el día.

¿Todo va bien, oh, Folliot?, le transmitió por telepatía nada más verlo.

Tan bien como se podía esperar, respondió Clive. Y por aquí, ¿cómo han ido las cosas?

La respuesta de Chillido insinuó diversión: El ciborg se ha pasado la mayor parte del día con los circuitos cerrados, la tensión latente entre las dos mujeres ha ido en aumento; creo que a 'Nrrc'kth no le ha gustado mucho encontrar esta mañana a Usuaría Annie durmiendo a tu lado. Tomás y Gram han tenido una discusión acerca de religión que ha finalizado cuando Gram lo ha amenazado con atravesarle el corazón con la cruz que estaba tallando. Finnbogg ha estado melancólico; como tú, parece que le cuesta mucho soportar la inactividad. Por lo que a mí respecta, he echado de menos tu compañía, pero me las he arreglado para pasar el tiempo llenándome el estómago. Hubiera preferido haber terminado antes de que tú llegases, porque me doy cuenta de que mis hábitos alimentarios te repugnan tanto como mis características sexuales. Pero una hace lo que puede.

Clive, a quien, en efecto, la vista de la mujer araña agarrando el cuerpo del pequeño roedor que aún pataleaba le había revuelto el estómago, intentó echar de sí aquella reacción, pero de inmediato comprendió que era inútil. Chillido sabía siempre cuándo estaba fingiendo.

¿Hay algo de intimidación en su mundo?, preguntó, más bien en tono de queja.

En realidad, no.

Las cosas deben de ser difíciles, pues.

Ella le envió el equivalente mental a un encogimiento de hombros.

Simplemente, somos más honestos los unos con los otros. La idea de vivir a tu modo me llena de una soledad sobrecogedora. Todos tan separados, tan ignorantes de los demás...

Clive pudo sentir su escalofrío como si fuese propio.

Sin embargo, si yo pudiese leer su mente como usted hace con la mía, dejaría de atormentarme con preguntas acerca de por qué me ayuda tanto, dijo él en tono de burla.

Si tú pudieras leer mi mente como yo hago con la tuya, no necesitaría tener mis secretitos, replicó Chillido casi con regocijo.

El *tete-á-téte*, a larga distancia fue interrumpido por los tirones que daba Horace a la manga de Clive.

—¿Está usted bien, mi comandante? —preguntó.

—Estoy bien, descuide, sargento Smythe. Tan sólo estaba manteniendo una

pequeña charla con Chillido.

—Comprendo, mi comandante. Bien, ya casi es hora de que nos movamos. Pensé que a lo mejor quería hacer los honores, por decirlo de alguna forma.

—Gracias, sargento Smythe. Lo haré.

Así pues, bajo la luz de las estrellas, el grupo, de una variedad más singular de lo que Clive pudiera haber imaginado nunca, emprendió la marcha paralelo al camino que lo conduciría a un pueblo desconocido; allí Clive esperaba encontrar de nuevo el rastro de su escurridizo gemelo.

Varias horas más tarde, entraban en Go-Mar, hambrientos y con los pies doloridos. 'Nrrc'kth ahora se sostenía de nuevo por su propio pie, aunque durante la mayor parte de la segunda mitad del trayecto había viajado a cuestas de Chang Guafe. Chillido se había ofrecido para compartir la carga, pero 'Nrrc'kth se había negado horrorizada. Finnbogg, que seguramente era el más fuerte de todos, intentó también colaborar. Por desgracia, era bajo y 'Nrrc'kth tan alta que, la cogiera como la cogiese, siempre alguna parte de su cuerpo quedaba tocando el suelo. Así, pues, el trabajo quedó principalmente en manos del ciborg, quien no pronunció ninguna queja al respecto, para alivio y sorpresa, combinados, de Clive.

A diferencia del pueblo que habían encontrado antes de llegar al Castillo de N'wrbb (un pueblo que parecía haber sido arrancado de la mismísima Inglaterra rural), Go-Mar parecía una fantástica mezcla de estilos y formas. Casas de estilo Tudor (tan familiares que llenaron a Clive de una nostalgia casi dolorosa) se apretujaban contra tiendas y viviendas de influencia evidentemente árabe y construcciones semejantes a las pagodas representadas en las pinturas que había visto del lejano Oriente. Pero la mayoría de edificios eran absolutamente nuevos para él. Pasaron por delante de un puñado de agujas altas y esbeltas que parecían lanzar destellos a la luz de las estrellas, como si estuvieran construidas con madreperla. No lejos de estas torres había un grupo de perfectas esferas, de un negro tan puro que a Clive le recordaron al instante a Q'oorna, el primer mundo con el que habían topado al entrar en la Mazmorra. No lejos de allí, se alzaba una construcción muy diminuta que lo desconcertó en gran manera, hasta que dedujo que no era más que una entrada a una vivienda edificada en el subsuelo.

Lo único común a la diversidad de edificios era el hecho de que estaban todos fortificados. Las pocas ventanas que consiguieron localizar eran pequeñas y tenían los postigos cerrados. La mayoría de puertas estaban reforzadas con gruesas tablas cruzadas; las únicas excepciones a esta regla eran las puertas fabricadas con un material que Clive no había visto nunca antes.

El pueblo no tenía murallas ni tenía guardias apostados. A primera vista, era más tranquilo de lo que Clive había imaginado. Decidió que era debido a que su viaje había sido más largo de lo que creía y que el pueblo entero estaba durmiendo. Pero, al poco rato llegaban ante una taberna donde las luces brillaban, y donde las estruendosas carcajadas y algo que se parecía vagamente a música sonaban a través de

las únicas ventanas abiertas que habían visto por allí.

—¡Comida! —exclamó 'Nrrc'kth.

—Cerveza —musitó Horace casi con reverencia.

Tomás se puso a pasar las cuentas de su rosario.

Clive iba a decir algo pero se interrumpió al ver abrirse la puerta y salir volando un fardo gimoteante de brazos y piernas, que aterrizó de bruces contra el pavimento.

Luego llenó la puerta la silueta de un corpulento individuo de piel azul. Se puso a gritar con tremenda furia al que acababa de aterrizar, y en un idioma que no tenía similitud con nada de lo que Clive hubiera oído antes. Por eso le chocó de un modo especial que, en medio de la retahíla de invectivas que soltó el tipo, oyera clara y distintamente tres palabras inglesas. La primera fue «libras», lo que le hizo sospechar que el miserable que yacía por los suelos no tenía dinero para pagar la cuenta. La segunda y la tercera fueron «el general».

Aquellas palabras casi lo dejan sin aliento. ¿Había estado Neville allí recientemente? ¡Por cierto, en la Mazmorra no podían existir muchos hombres con aquel título!

Estaba a punto de entrar disparado en la taberna para preguntar qué sabían de Neville, cuando se dio cuenta de que tenían un pequeño problema.

—'Nrrc'kth, ¿qué usan como dinero en este pueblo? —preguntó.

Los ojos verdes de la mujer se abrieron de sorpresa.

—No tengo ni idea —respondió—. Como consorte de N'wrbb, nunca tuve que comprar nada.

Clive dirigió una mirada al grupo, que se apiñaba a su alrededor.

—¿Tiene alguien algo que pueda pasar por dinero aquí?

Después de un momento de silencio algo incómodo, Gram dio un codazo a Tomás.

—Vamos, sácalo ya —ordenó.

Tomás refunfuñó, pero como ella lo sobrepasaba en más de treinta centímetros y cincuenta kilos, acabó sucumbiendo a su feroz mirada. Metió la mano en el interior de su camisa y sacó una pequeña bolsa de piel y la lanzó a Clive.

Al recogerla, Clive oyó el claro tintineo de las monedas.

Antes de poder preguntar a Tomás de dónde la había sacado, Gram habló de nuevo:

—Ahora, el resto —dijo secamente.

Tomás hizo una mueca de dolor; luego introdujo de nuevo la mano bajo su camisa y sacó dos monederos más. Gram se quedó mirándolo. Él la miró con aire desafiante. Con una rapidez de movimientos tal que Clive se perdió los detalles de la acción, Gram se acercó al menudo español por detrás, le retorció los brazos en la espalda con una de sus poderosas manos y le introdujo la otra, la derecha, en la parte delantera de los pantalones. Mientras Tomás aullaba de rabia y de vergüenza, ella tanteó en el interior por unos momentos y por último retiró la mano esgrimiendo un

portamonedas.

—Sabía que te habías metido uno aquí —dijo triunfante. Empujó a Tomás a un lado, añadió la bolsa a las otras dos y las entregó a Clive.

Tomás se alejó del grupo, mirando con furia a Gram y murmurando de un modo que Clive tuvo la clara impresión de que la mujer de piel pálida había cogido algo más que el monedero cuando había metido la mano dentro de sus pantalones.

—¿De dónde los has sacado? —le preguntó, sosteniendo los cuatro monederos entre sus manos.

—Son míos —dijo Tomás.

—Los robó a los hombres de N'wrbb durante la batalla del foso —dijo Gram—. ¡Deberías haber visto al pillín! Durante la mayor parte del tiempo se mantenía fuera de la acción, y cuando se presentaba la oportunidad, saltaba en medio y atacaba al enemigo por la espalda. Bien, esto no tiene importancia. La guerra es la guerra. Pero siempre tenía la oreja atenta por si caía una bolsa con monedas. Asombraba lo valiente que era cuando el dinero tintineaba al tocar el suelo.

—La avaricia no parece encajar en la teoría de que la Mazmorra es un lugar en donde Dios lo ha desterrado para someterlo a prueba —comentó Clive, intentando ocultar su diversión.

—Un viejo hábito —replicó Tomás fríamente—. Y una de las muchas razones por las que el Señor me envió aquí, estoy seguro. ¿Me los puede devolver vuestra merced?

—Sería un crimen dejarlo caer en la tentación —dijo Clive, y lanzó una de las bolsas a Horace y otra a Annie. Introdujo la tercera en su jubón, sopesó la cuarta en su mano y la lanzó a Tomás, quien la contempló con intenso deseo antes de santiguarse y entregarla a 'Nrrc'kth. Y, por la expresión de su rostro, Clive concluyó que la avaricia no era el único pecado terrenal de que Tomás continuaba siendo presa.

Volvió de nuevo la atención a la taberna. La idea de una cerveza fuerte y de comida caliente en un local acogedor era excitante, en especial después de varias semanas de rancho carcelero. Estaba a punto de dirigirse hacia las puertas, cuando se dio cuenta con cierto pesar de que, si realmente N'wrbb iba en su busca, el grupo en conjunto era demasiado llamativo para entrar en un lugar público. Incluso en la Mazmorra, sería difícil pasar por alto a un grupo que incluía un ciborg, una araña de dos metros diez de estatura, un enano de metro veinte con cabeza de bulldog y una mujer altísima de pelo verde y belleza etérea.

—Sé lo que está pensando, mi comandante —dijo Horace, que se encontraba a su derecha—. Juntos destacamos más que un collar de perlas en un babuino.

—Ésa es la idea, sargento, aunque yo no hubiera sabido expresarla con tanto ingenio. ¿Cómo vamos a solucionarlo?

—Preferiría quedarme fuera —dijo Chang Guafe—. Este tipo de locales tienen pocos atractivos para mí.

—Gracias —dijo Clive.

—Yo también me quedaré fuera —dijo Chillido.

Clive dudó. Había contado con la capacidad de la mujer araña de comunicarse sin palabras, para ayudarlo si no encontraba a nadie con quien poder hablar directamente. Pero estaba fuera de cualquier duda que Chillido era el miembro más notable de la banda. Clive aceptó el ofrecimiento y concluyó que tendría que contar con la facilidad para los idiomas de Annie como último recurso. Gram estaba indecisa; era claro que tenía enormes deseos de entrar en la taberna y saborear una buena cerveza, pero estaba igualmente decidida a mantener a su sobrina alejada del lugar. Por su parte, 'Nrrc'kth fue inflexible en cuanto a no querer quedarse fuera con Chillido y con Chang Guafe, a menos que la acompañase alguien con quien fuese más agradable la espera. Al final, la vena protectora de Gram ganó, y se quedó con 'Nrrc'kth. Los cuatro se retiraron al callejón lateral. Con la promesa de traerles comida y cerveza, Clive, Horace, Usuaría Annie, Finnbogg y Tomás entraron en la taberna.

—¡Yepa! —exclamó Annie, cogiéndose del brazo de Clive cuando pasaban por la puerta—. He aquí la cantina de *La Guerra de las Galaxias*.

—Error de ensamble —replicó Clive, sorprendiéndola con la misma jerga que ella había utilizado para mantenerlo a distancia al principio de conocerse.

Annie sonrió.

—Lo siento, abuelito. Me refería a una escena de una de mis viejas películas favoritas de niña. Los protagonistas entraban en un bar repleto con toda la variedad de criaturas casi humanas que te puedas imaginar.

Clive asintió. Ciertamente, era la exacta descripción del espectáculo que se presentaba ante sus ojos. El local era bajo y estaba lleno de humo. Vigas sin pulir gruesas como su cintura cruzaban el techo. Otras vigas, casi tan grandes como las anteriores, corrían en diagonal, desde el techo a las paredes, haciendo el papel de puntales. Y por todas partes había seres que Clive no podía calificar de personas por más amplia que fuese esta definición; eran seres que, según la expresión de Annie, «constituirían un asunto de Estado Mayor».

A codazos tuvieron que abrirse paso hasta la barra, donde un hombre de pelo amarillo servía bebidas. Tenía las orejas puntiagudas y dos agujeros donde Clive habría esperado encontrar una nariz; pero, aparte de eso, parecía bastante humano. Clive levantó la mano, con los dedos extendidos, para indicar cinco bebidas. El hombre extendió el brazo, con la palma de la mano abierta hacia arriba.

—¿Pago por adelantado? —inquirió Clive.

El hombre encogió los hombros y con la otra mano dio unos golpecitos a la palma abierta. Clive sacó una moneda de la bolsa ahora en su poder y la depositó en la mano del tabernero. Este negó con la cabeza, tocó la moneda con un dedo extraordinariamente largo y señaló dos puntos más en la palma. Clive meditó un momento acerca de si regatear o no, pero decidió que no valía la pena y depositó dos monedas más.

Menos de un minuto después tenían ante sí cinco jarras llenas de cerveza fuerte

que, según Horace, posiblemente fuera la que más a gusto hubiera bebido nunca.

—Con eso no quiero decir que sea de muy buena calidad —explicó a Clive—, sino que ha sido el período más largo que he pasado sin beber una.

Y mientras el resto se puso sin demora a beber a grandes tragos el contenido de sus jarras, Tomás permaneció contemplando la suya durante algún rato. Por fin la levantó a sus labios con una expresión tan devota como si de una oración se tratara, y empezó a beber. Y no paró hasta vaciarla. Hizo un ademán al tabernero indicando que quería otra. El desnarizado tabernero, seguramente satisfecho de que Clive tuviera un adecuado instrumento de intercambio comercial, se la sirvió sin previo pago. Otra vez Tomás la contempló durante buen rato y luego la vació de un solo y largo trago.

Clive, que estaba ocupado buscando en la sala a alguien que tuviera el aspecto de hablar inglés, no se dio cuenta de que Tomás ordenaba ya su tercera jarra. Horace y Annabelle sí, pero se distrajeron cuando Clive les comentó que alguien los miraba de un modo sospechoso. ¿Era uno de los hombres de N'wrbb? ¿O quizá, como ya había sucedido más de una vez, alguien que había conocido a Neville y no estaba seguro de si Clive era la misma persona? La última posibilidad significaba poder obtener alguna información, pero también implicaba el peligro de que fuese alguien a quien Neville hubiese causado un daño u otro. Clive se frotó la barbilla, donde todavía sentía molestias.

El hombre, un robusto energúmeno con un hacha colgada en su cinto, se levantó de la silla. Empezaba a avanzar en su dirección cuando estalló una pelea al otro lado de la taberna. Para desolación de Clive, parecía centrarse en torno a Finnbogg y a Tomás.

Cuando más tarde se aclararon las cosas, supo que alguien en la barra había hecho un gesto a Tomás que éste había considerado ofensivo. Tomás, que había terminado su cuarta jarra de potente cerveza, le había respondido con un torrente de insultos, cuyo significado era evidente para todos los idiomas. Segundos después, se atizaba el primer puñetazo y, a partir de aquí, todo fue cuesta abajo.

Pero lo único que veía ahora Clive era a Tomás en el suelo, delante de la barra, enzarzado en violenta pelea con un tipo mucho más corpulento que él. Finnbogg, ladrando furiosamente, mantenía a raya el semicírculo de semiborrachos que los rodeaba. Absorto por la batalla que tenía frente a sí, Clive perdió la pista de lo que sucedía a sus espaldas, y fue un empujón propinado por Horace en el último instante el que, tirándolo al suelo, lo salvó de ver su cráneo partido en dos: un hacha había atravesado el aire silbando hasta empotrarse en la barra.

Los instintos de Clive se habían agudizado durante el tiempo que había pasado en la Mazmorra. Sin un instante de duda, rodó sobre sí mismo, levantó el pie y lo hundió en los genitales de su atacante. El energúmeno lanzó un aullido de dolor y se dobló en dos. Clive, que ya se había puesto de rodillas, le agarró la nuca con las dos manos y le aplastó la cabeza contra el suelo. El ruido de su alrededor le indicó que la confusión

iba en aumento, pero estaba momentáneamente aturdido por las palabras que había oído decir a su atacante antes de que perdiera el conocimiento:

—Maldito seas, Folliot.

Hizo rodar el cuerpo inerte y le abofeteó la cara intentando reanimarlo.

—No hay tiempo para eso, mi comandante —dijo Horace, tirando de su brazo—. Es mejor que salgamos de aquí. No hace falta atraer su atención más de lo necesario.

Clive levantó la cabeza y la agachó de inmediato al ver un taburete de tres patas que volaba disparado hacia su cráneo.

Horace tenía razón, como siempre. La taberna entera parecía haberse convertido de repente en una única y masiva pelea.

—¿Dónde está Annie? —preguntó, apartando de un golpe a uno que le iba a saltar encima y que tenía escamas en lugar de piel.

Horace señaló a sus espaldas. Clive se volvió a tiempo de ver cómo Annie lanzaba una jarra de barro cocido que se destrozó contra la cabeza de uno que estaba a punto de tirar un cuchillo. Finnbogg brincaba delante de ella, gruñendo furiosamente a quien osase acercarse demasiado. Dos hombres yacían en el suelo, delante del enardecido enano. Clive pudo distinguir el mellado extremo de un hueso mutilado sobresaliendo de una manga: era evidente que aquel tipo había caído presa de las macizas mandíbulas del enano. Los demás se mantenían a distancia.

—Vamos a recogerlos y salgamos de aquí —dijo Clive.

Horace asintió. Sin esperar a Clive, se abrió paso entre la masa, en dirección a Tomás. Clive se volvió y se dirigió hacia Annie. El suelo estaba resbaladizo de cerveza, y el aire, espeso de gritos y maldiciones. Mientras se abría paso entre la confusión de hombres y mujeres, se percató de que, en aquella situación, la mayor ventaja que tenía él sobre los demás era haber dispuesto de tiempo para una sola jarra de cerveza. Aplastó una contra otra las cabezas de los dos últimos que le cerraban el paso; estaban muy bebidos y murmuraban algo sobre el «gran perro». Clive gritó a Finnbogg que le dejase paso.

El enano-can, que se ponía casi ciego de rabia ante la posibilidad de que alguien se atreviese a amenazar a su querida Annie, tardó unos momentos en reconocer a Clive. Cuando al fin comprendió, se apartó con un gruñido profundo, y luego ocupó de nuevo su posición de defensa.

—¡Sube a mi espalda! —gritó Clive. Annie saltó y le rodeó la cintura con las piernas y el cuello con los brazos. Luego Clive llamó a Finnbogg. Con el mastín de potentes mandíbulas limpiando el terreno, los borrachos camorristas se apartaron ante ellos como las aguas del Mar Rojo ante la orden de Moisés. A pesar de lo cual, Annie tuvo que usar la espada de Clive para asestar un par de golpes.

Horace los esperaba en la puerta. Con un brazo protegía a Tomás y con el otro blandía una espada ensangrentada. Se hicieron una señal mutua con la cabeza y salieron con rapidez.

Pero no fue suficiente para salvarlos. Al darse cuenta de que el principal

instigador de la pelea se les escabullía, algunos bribones se desembarazaron de la confusión del interior de la taberna y se precipitaron afuera, reclamando a gritos la cabeza de Tomás.

«Son más de los que podemos hacer frente», pensó Clive con desesperación, justo antes de que Chillido saliese repentinamente del callejón, emitiendo su espeluznante grito de guerra, y se situara de un salto entre perseguidores y perseguidos. La visión de la araña gigante frenó lo suficiente a los borrachos para que Gram y Chang Guafe pudieran arremeter en un contraataque desde el flanco. Clive aprovechó la confusión para establecer contacto con Chillido.

Hay una reserva casi interminable de borrachos sedientos de sangre en el interior. No podemos luchar contra todos ellos. Haga que los demás me sigan.

Será como deseas, oh, Folliot, respondió, aunque preferiría quedarme a luchar.

¡Chillido!

Sólo expresaba una preferencia. Márchate ya. Voy a establecer contacto con el resto al instante.

Clive tocó a Horace y a Annie y señaló una calle adyacente. Luego se echó a Tomás a los hombros y empezó a correr, confiando a Chillido el repliegue del resto del grupo.

Quince minutos después aún avanzaban a toda prisa por callejones, y con cautela daban la vuelta a las esquinas. Por desgracia, la multitud que iba tras ellos se había casi doblado en número porque, en dos de las calles de su recorrido, habían pasado por delante de más tabernas, cuyos clientes noctámbulos estaban más que dispuestos a agregarse a una persecución, sin tener en cuenta para nada cuál era la presa.

Clive, que había pasado la carga de Tomás a Chang Guafe, no estaba seguro de que pudiesen mantener durante mucho tiempo cierta distancia entre ellos y la muchedumbre. Entonces, como para demostrar que no hay situación mala que no pueda ser peor, se cruzaron con un par de jinetes a caballo que los debieron de reconocer, puesto que empezaron a gritar:

—¡Alto! ¡En nombre de N'wrbb Crrd'f, alto!

Los caballeros se lanzaron a la persecución, pero quedaron atrapados en la masa que iba a pie tras ellos. La confusión proporcionó a Clive y a los suyos suficiente tiempo para volver una esquina y alcanzar la escalera que descendía hacia el interior de un edificio. Se detuvieron a la mitad de ella, y desde allí vieron una puerta que se abría y oyeron una voz que les gritaba:

—¡Neville! ¡Rápido! ¡Escóndete aquí dentro!

Emmy Storm

Clive estaba acostumbrado a que lo atacaran cuando lo confundían con Neville. Por eso fue una gran sorpresa que alguien, pensando que era su hermano, le ofreciera cobijo. Pero cuando la voz que los llamaba resultó pertenecer a una mujer baja, ligeramente rolliza y de un pelirrojo encendido, que abrazó con efusión a Clive exclamando «¡Oh, Dios, cuánto te he echado de menos, amorcito mío!», el alivio de encontrar cobijo dio paso a una turbación embarazosa. ¿Qué ocurriría si descubría que no era Neville? ¿Se pondría a chillar? ¿Pediría ayuda? ¿Los echaría fuera, a las garras de la turba?

Sin embargo, Clive comprendió que a la mujer le resultaría algo difícil llevar a cabo esto último, a no ser que tuviese muchos amigos. No quería quedarse donde no fuesen bien recibidos; pero, bien recibidos o no, tenían que aprovechar la oportunidad que les brindaba aquel escondrijo hasta que los perseguidores hubiesen pasado de largo.

—Ah, Neville, Neville —ronroneó la mujer—, ¿dónde te habías metido esta vez? —Con las manos frotaba arriba y abajo la espalda de Clive, y continuaba con el rostro apretado contra su pecho.

Clive dudó. El vestíbulo donde se encontraban sólo estaba débilmente alumbrado por un par de quinqués. A pesar de que él y Neville no eran idénticos, en aquellas circunstancias podían ser confundidos con facilidad. ¿Debería simplemente continuar con el error?

Decidió que no. Un tal engaño iba en contra de su forma de ser. Además, si Neville había tenido realmente algún tipo de relación con aquella mujer, habría demasiados aspectos de su personalidad en donde ella podría descubrir el fraude.

En aquel mismo instante, la turba pasaba con gran griterío por la calle. Quizás aquél no fuese el momento adecuado para sacarla de su equivocación. Clive la abrazó y la estrechó con fuerza.

—Oh, Neville —arrulló ella.

Clive contó los segundos. El ruido de la multitud empezaba a disminuir. Bien. Borrachos y a oscuras, continuaban la persecución, ignorantes de que su presa había encontrado refugio.

Esperó unos pocos latidos más y luego deshizo su abrazo e intentó desatar las manos de la mujer, que se unían alrededor de su cintura.

—Me temo que ha habido un error, señora —le susurró al oído.

—Oh, Neville, no te burles de mí. Cada vez que nos vemos empiezas a decir tonterías. ¿Por qué no te dejas de chiquilladas y das un buen beso a la pobre Emmy?

—Fíjese bien en mí —dijo Clive con amabilidad. Al mismo tiempo envió un mensaje a Chillido: *Diga a Horace que esté preparado para ayudarme a hacerla callar, por si esta mujer se pone a gritar.*

Así se hará, oh, Folliot. Como era habitual, su comunicado llevaba significaciones secundarias; el submensaje que crujió en la mente de Clive parecía esta vez teñido de diversión.

—Fíjese bien en mí —dijo con más firmeza Clive a la mujer.

La mujer se separó de él y le examinó con atención el rostro. Ella no era excepcionalmente bella, pero su nariz respingona y las pecas que salpicaban sus mejillas lo llenaron de una repentina añoranza por las Tierras Altas de Escocia, donde, de joven, solía pasar los veranos.

La tristeza que había llenado sus ojos azules mientras observaban el rostro de Clive, fue reemplazada por una súbita comprensión.

—¡Tú eres Clive! —le anunció con cierta alegría.

A Clive le complació que su hermano se hubiese preocupado de mencionar su existencia a aquella mujer, y enseguida se irritó consigo mismo por haberse sentido complacido.

—Es cierto —dijo con gentileza—. Neville es mi hermano.

—Oh, ya lo sabía —dijo la mujer alegremente—. Me ha hablado de ti en varias ocasiones. Bien, no os quedéis aquí. Pasad al salón.

Le cogió la mano y empezó a tirar de él hacia el interior. Todavía asombrado por su reacción, la siguió, sin embargo, con mucho gusto. El resto del grupo, encabezados por Finnbogg, que era el transporte actual del aún inconsciente Tomás, entró tras ellos.

Emmy los hizo pasar a través de un par de gruesas cortinas rojas. Clive observaba el entorno asombrado. Salvo por cierta tosquedad en los acabados, la decoración del salón parecía haber sido transferida directamente de su país. La gran sala estaba amueblada con sillas y sofás acolchados, tapizados con una tela oscura de textura aterciopelada. Tapetes bordados recubrían las mesitas que había junto a casi todas las sillas. En cada mesita había un quinqué, con la mecha corta, flanqueado por dos o tres vasos bajos y una botella de un líquido ámbar oscuro.

A pesar del aspecto muy hogareño que aquellos muebles comunes proporcionaban al salón, era evidentísimo que no era el salón de un hogar. Clive tardó sólo unos momentos en recordar dónde había visto por última vez una estancia como aquella. Cuando el recuerdo se hizo claro, enrojeció.

—¿Está pensando lo mismo que yo, mi comandante? —interrogó Horace, que se había detenido a la derecha de Clive.

—¿No es encantador? —preguntó Emmy con animación—. Un poquito de

Inglaterra en esta atroz Mazmorra. Eh, ¿por qué no me presentas a tus amigos, Clive? ¿Tiene alguien hambre? —ofreció, mirando uno a uno a los miembros del grupo con repentino interés.

—Yo sí —dijo 'Nrrc'kth enfáticamente.

Emmy se acercó a la pared y tiró de un grueso cordón rojo. Clive oyó sonar una campanilla en algún lugar distante. Al cabo de pocos segundos, un hombre alto de piel verde, vestido sólo con un taparrabos, entró en el salón a través de otra cortina.

Emmy se dirigió a él con un nombre que empezaba por «Mar» y terminaba con una especie de sonido burbujeante producido con el labio superior levantado y soplando a través de los dientes incisivos. Cuando ella acabó con las instrucciones, el criado asintió y desapareció. Y reapareció después, empujando un carrito cargado de fruta y queso, al tiempo que Clive acababa de presentar al resto de sus amigos.

Emmy, con la ayuda de Mar/fsssh, dispuso varias sillas en un círculo amplio. Los del grupo que tenían forma básicamente humana agradecieron las sillas. Los demás (Chillido, Chang Guafe e incluso Finnbogg) eligieron su propio modo de descansar: Chillido se colocó detrás de un sofá y se inclinó en él, apoyando los brazos en el respaldo; Chang Guafe se echó en una otomana y se dispuso a recomponer su rostro, y Finnbogg se hizo un ovillo en el suelo, a los pies de Annie.

—¿Qué me decís ahora? —preguntó Emmy—. ¿No es encantador?

Clive admitió para sí mismo que, dado que ella les proporcionaba una comida excelente en una atmósfera de extrema paz y tranquilidad, era, en efecto, muy encantador.

—La mayoría de las chicas ya se han ido a la cama, por esta noche —dijo Emmy—. Estaba a punto de cerrar cuando he oído jaleo afuera. ¡Qué suerte que yo estuviera en la puerta!

—Sí, una suerte, evidentemente —dijo Clive, ensartando una tajada de un fruto rosado que tenía la textura del melón pero que sabía más bien a pera en almíbar—. Apreciamos su hospitalidad en lo que vale.

—Haría esto y más por el hermano de Neville Folliot —contestó Emmy con una sonrisita—. Y haré mucho más, si eres tan bueno en la cama como lo es él.

Las reacciones del grupo al comentario de Emmy fueron variadas pero claras: Clive palideció, Horace lanzó una tosecilla discreta, Annie se tragó una carcajada y 'Nrrc'kth emitió un sonido con su garganta que fue muy parecido a un gruñido.

¿Forma esto parte del ritual humano de acoplamiento?, le preguntó Chillido en privado.

¡Normalmente no!, respondió Clive.

Emmy miró a su entorno.

—¿Dije algo inconveniente? —Casi al instante sus mejillas empezaron a ruborizarse—. ¡Maldita sea mi lengua! —se lamentó—. Tienes que perdonarme, Clive. Hace tanto tiempo que trabajo en esta jodida Mazmorra que he olvidado los modales de casa. Bien, dejemos este asunto por un ratito. ¿Por qué no me cuentas lo que has

estado haciendo?

—Buscando a mi hermano, la mayor parte del tiempo —dijo Clive—. Aunque esta empresa nos ha traído más problemas que alegrías.

—No envidio tu tarea —dijo Emmy—. Neville se mueve más rápido que cualquiera de los hombres que he conocido. Juraría que alguien lo persigue.

Clive pensó un momento. ¿Podría ser la causa de las peregrinaciones de su hermano? ¿Había alguien que intentaba darle alcance? Esto explicaría por qué nunca se detenía a esperarlos. Pero, si era así, ¿quién lo perseguía?, ¿y por qué?

—¿Le comentó algo al respecto? —interrogó Clive.

—¡Apenas nada! —dijo Emmy—. Llegaba disparado como un rayo, me volvía loca en un momento y otra vez desaparecía, antes de que tuviera ocasión de charlar cuatro palabras con él.

Mientras hablaba, sus ojos recorrieron el cuerpo de Clive. Era evidente que lo estaba comparando con su hermano.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Neville? —le preguntó Clive.

Emmy cerró los ojos y empezó a contar con los dedos.

—Hará unos seis meses, creo, aunque es difícil decir cómo pasa el tiempo en este lugar.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Usuaría Annie. Emmy cerró los ojos.

—El Destripador lo hizo —dijo al cabo de un momento.

—¿Te refieres a Jack el Destripador? —inquirió Annie, agitándose incómodamente en la silla.

Emmy asintió.

Clive se volvió hacia Annie:

—¿Es ese Jack Destripador alguien que conoces?

—¡Claro que no! —Entonces se volvió hacia él—: Pero tú sí que deberías conocerlo. O al menos eso creo. Mierda. Nunca he sido buena para las fechas. ¿De qué año dijiste que venías?

—Del mil ochocientos sesenta y ocho —le respondió Clive.

Annie se dirigió a Emmy:

—¿Y qué año era cuando tú llegaste aquí?

—Mil ochocientos ochenta y ocho —dijo Emmy.

—Bien, eso lo explica todo, abuelito; el siglo es correcto, pero la década no. Jack el Destripador era un maníaco asesino; empezó a destripar a fulanas unos veinte años después de que tú partieras para la Mazmorra.

El primer instinto de Clive fue protestar que sólo hacía un mes, o dos a lo sumo, que estaba en la Mazmorra. Sabía que Annie había llegado del futuro, por supuesto, al igual que los soldados nipones con que se habían topado. Pero los había considerado anomalías, gente arrancada de otra época y trasladada a la de Clive. Hasta ahora había conseguido convencerse de que en la Tierra todavía se encontraban en 1868. Pero allí estaba Emmy, la primera persona que había conocido en aquel lugar, proveniente de

un tiempo muy cercano al suyo, muy cercano y sin embargo muy lejano. De repente quedó paralizado ante una desconcertante visión del tiempo: como una cinta sin fin, extendiéndose hacia adelante, hacia el futuro, y hacia atrás, hacia el pasado. ¿Acaso los Señores de la Mazmorra tenían la capacidad de desplazarse cinta arriba y abajo y de secuestrar a cualquiera en cualquier punto de la cinta? ¿Y qué propósitos tenían para él y su banda? Si alguna vez conseguía escapar, ¿qué año sería en el mundo real?

Luego se dio cuenta de que Emmy les estaba hablando:

... casada durante poco tiempo. Mi esposo era un jodido gandul, pero me dio un apellido encantador, ¿no creéis? También era bueno para los negocios. Los marineros siempre solían decir que su idea del cielo era «un refugio en la Storm^[5]». Naturalmente, esto no fue hasta que el pariente me dejó. Cuando a una le aprieta el hambre hace lo que sea para sobrevivir, ya sabéis. Yo tenía una buena carrera, hasta que la casa en donde trabajaba ofendió a cierto politicucho; terminé de patitas en la calle justo cuando el viejo Jack estaba empezando su carrera. Durante un tiempo estuve muy asustada, os lo aseguro. Quiero decir que no era nada seguro salir a la calle de noche, al menos a practicar el oficio, no sé si me explico. Pero una chica tiene que comer, ¿o no?

Emmy se ajustó la bata rosa y miró a su alrededor esperando alguna confirmación.

—Bien, la cuestión es que una noche voy y salgo a dar una vuelta cuando un caballero empieza a charlar conmigo. Hablamos un rato; pero el tipo es un poco rarillo y no puedo decir si hacemos trato o no. A veces ocurre, claro, sobre todo con los tímidos. Bueno, pues, de repente me doy cuenta de que nos encontramos en una calle apartada y que no hay nadie a la vista. Aquella noche había una niebla tan espesa que si no te agachabas no te veías los pies. De golpe y porrazo, me coge por los brazos y me dice: «Ya la tenía en la lista, señora Storm».

La mirada de Emmy Storm se llenó de terror por el recuerdo de lo que sucedió después.

—Bien, sabía que era el final de mi existencia. «¡Tú eres Jack!», grité. De un tirón me solté de su apretón y eché a correr. Pero me tenía atrapada en un callejón sin salida. Llegué al final y me di la vuelta. Jack andaba hacia mí, lentamente, lentamente, una simple silueta en la niebla. Su capa negra ondulaba tras él y la niebla se arremolinaba delante. Podía ver con toda claridad el cuchillo en su mano; lo sostenía hacia adelante. Y era de los largos, podéis creerme. Pero aquello no era lo peor. Lo peor era la risa. No una risa abierta, sino disimulada, como de alguien que está al corriente de una broma particular.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y con las manos se frotó los brazos.

—Se acercó más y más. Su aliento apestaba a café. Me puso el cuchillo en el cuello. Grité y apoyé la espalda fuertemente en la pared... ¡pero la pared no estaba! —Soltó una risita, pero fue un sonido debilitado por el recuerdo—. El rostro de Jack el Destripador fue la última cosa que vi de la Tierra. Supongo que ésa es la razón por la

que estar aquí no me resulta tan desagradable como a otros. —Ahora la sonrisa fue más genuina—. En mi vida vi un rostro más pasmado que el de Jack cuando me escurri de sus garras. Supongo que yo también debí de poner una cara de espanto cuando miré a mi alrededor y me encontré en este lugar. Pero no tardé en acostumbrarme. Yo siempre caigo de pie. Es lo que solía decirme Will Storm, poco antes de dejarme. «No me preocupas, Em. Tú siempre caes de pie». Y supongo que ahora los tendré bastante hundiditos, aquí. Ya parece como si éste fuera el hogar de toda mi vida. Lo único que aún no comprendo es por qué me trajeron aquí.

Clive se encogió de hombros.

—¿Y por qué nos han traído a cada uno de nosotros?

—No lo sé, te lo puedo asegurar —dijo Emmy—; pero, según Neville, nadie viene a parar aquí por accidente.

—¿Quiere decir con eso que eligen a las personas según razones especiales? —preguntó Clive, incorporándose y mirándola fijamente.

Emmy encogió los hombros.

—Bueno, eso es más o menos lo que pareció dar a entender Neville.

—¿Qué más le dijo Neville de la Mazmorra? —inquirió Clive.

—No demasiado. Además, hay muchas cosas que ya casi todos saben, como por ejemplo que existen nueve niveles. —Miró a Clive—: Lo sabías, ¿no?

Clive negó con la cabeza, sintiéndose avergonzado por su total ignorancia.

—Muy bien, pues —dijo Emmy con animación—. Cada día se aprenden cosas nuevas, ¿no, pichoncito?

—Entonces, ¿en qué nivel estamos? —preguntó Annie.

—Yo diría que en el segundo nivel —dijo Horace—; esto es, suponiendo que Q'oorra fuese el primero.

—Oh, sí, lo es —dijo Emmy—. Al menos así me lo contó Neville. Pero yo nunca estuve allí. Aquí fue donde caí, y aquí es donde me quedé.

—Una buena decisión —dijo Annie—. Q'oorra no es lo que se llamaría un rincón paradisíaco cósmico.

—'Nrrc'kth —dijo Clive—, ¿sabía algo de esto?

La esbelta mujer levantó la cabeza del melón que estaba consumiendo ávidamente y negó con la cabeza.

—N'wrbb no discutía conmigo de asuntos de Estado.

—Yo sí que lo sabía —dijo Finnbogg.

—Sí, estoy seguro de que sí, Finn —respondió Clive, declinando comentar lo que había aprendido tiempo atrás: era imposible discernir lo que Finnbogg sabía de lo que inventaba.

Se dirigió de nuevo a Emmy.

—Usted suponga que lo ignoramos casi todo —dijo—. Lo cual, por desgracia, se acerca bastante a la verdad. La mayoría de nosotros caímos en el primer nivel. Y, con la excepción de Finnbogg, no hace tanto tiempo que estamos aquí.

Sin embargo, tampoco podía estar seguro de que Finnbogg hubiera llegado a la Mazmorra mucho tiempo atrás; era difícil afirmarlo, aunque la última vez que habían hablado de aquel tema el enano había declarado que hacía diez mil años que lo habían traído allí. «¿Y Chillido?», se preguntó. «Antes de encontrarse con nosotros, ¿cuánto tiempo hacía que estaba aquí?»

Demasiado tiempo para mi gusto, oh, Folliot, transmitió ella. Pero no lo suficiente para conocer las respuestas necesarias.

¡Le dije que no hiciera eso!, espetó Clive.

Ella envió uno de sus especiales encogimientos mentales.

Oí que mencionabas mi nombre...

Ignorante del diálogo privado, Emmy continuó, respondiendo a la pregunta de Clive:

—¿Qué más puedo contarte? Debes tener cuidado con los chaffris, por supuesto. Meterse con ellos es un mal asunto.

—¿Qué son los chaffris? —interrogó Clive.

—No tengo ni la más remota idea, pichoncito —respondió Emmy—. Pero me has pedido que te cuente las cosas que todo el mundo sabe. Bien, ésta es una: «Ten cuidado con los chaffris». Son cosas que aprendes al vivir aquí. Naturalmente, los rens son los que mandan. Oh, ¡qué difícil se me hace esto, Clive! No sé qué más contarte.

—Empiece por los rens. ¿Quiénes son?

—Lo que te acabo de decir. La gente que gobierna el lugar. Bueno, no sé si son exactamente «gente». En realidad, no he visto nunca a ninguno de ellos. Además, no conozco a nadie que haya visto a alguno. Es algo que todo el mundo sabe: los rens mandan en la Mazmorra.

—Creí que eran los q'ooranos —dijo Clive. Emmy soltó un bufido.

—Es como decir que los irlandeses gobiernan en Inglaterra. Q'oorana no es más que el terreno que eligieron los rens para construir la Mazmorra.

—¿Por qué razón la construyeron? —preguntó Clive con avidez.

—Oh, no lo sé, cariño. ¿Por qué un pájaro hace un nido? ¿Por qué hay estrellas en el cielo, no las de este asqueroso pueblo, sino las que llamarías reales? Bueno, ¿captas la idea? Lo que quiero decir es que es algo que hicieron y ya está.

—Bien, ¿quiénes son?

—Vaya, si te lo acabo de decir. Los que construyeron la Mazmorra.

Clive se dio por vencido.

—¡Vaya, por Dios, no sé dónde tengo la cabeza! —exclamó Emmy, golpeándose la frente con la palma de la mano—. Olvidaba algo que te va a ser de gran ayuda.

—¿Qué es? —preguntó Clive con afán.

—El diario de tu hermano. Me lo dejó y me dijo que te lo diera si alguna vez venías por aquí.

Clive quedó sin aliento. Annie iba a decir algo pero Clive le pidió silencio con un gesto.

—¿Dónde está?

Ella dijo con una risita:

—Arriba, en mi habitación.

—¿Podría ir a buscarlo, por favor? —dijo Clive, intentando mantener la compostura.

La expresión remilgada de Emmy pasó a ser claramente lasciva.

—¿Por qué no subes y le echas un vistazo tú mismo, pichoncito?

Annie apenas pudo contener la risa. Pero 'Nrrc'kth emitió de nuevo un sonido ronco con la garganta.

—Preferiría consultarlo aquí abajo —dijo Clive, incómodo.

Emmy hizo un signo negativo con la cabeza.

—Neville dijo que te lo debía dar a ti en persona. Creo que será mejor que subas. —Se volvió a los demás—. Mar/ fssh acomodará a tus amigos. Nos veremos por la mañana.

Entonces cogió a Clive por el brazo y lo condujo fuera del salón.

La Cueva de Cerbero

Emmy Storm cerró la puerta de su habitación.

—¿No es encantador? —dijo, volviéndose hacia Clive y apretándose contra él.

—Está bastante bien —respondió.

Ciertamente estaba bien. Una elegante cama con cuatro columnas y dosel de telas colgantes dominaba la habitación. La cama estaba sobre una tarima, dos peldaños por encima del suelo. A la derecha de la tarima se levantaba un armario alto, lleno de símbolos cuidadosamente esculpidos, cuyo significado Clive no supo descifrar, aunque parecían contener mensajes ocultos. A su derecha había una cómoda con los mismos motivos. Ambos, cómoda y armario, tenían sus acabados ricos y elegantes. Junto al tocador había un lavabo de pie, que sostenía una palangana y un precioso jarrón de mármol. La colcha de la cama parecía estar fabricada en seda; el papel de la pared no era muy diferente del que Clive había visto en París unos cinco años antes.

—¿Dónde consiguió todo esto, señora Storm? Porque la Mazmorra no parece ser un lugar en donde uno pueda cuidar el estilo de sus muebles.

—¿Tienes que llamarme señora Storm? —le preguntó Emmy con gracioso enfado. Jugaba con los cordones del jubón de Clive y le pasaba los dedos a modo de peine por el cabello espeso y castaño que le caía hacia la espalda—. Es tan ceremonioso...

Él se aclaró la garganta.

—Lo siento..., Emmy.

—Eso está mejor, pichoncito mío —dijo, besándole el mentón—. Respecto a tu pregunta..., digamos que tengo clientes de categoría. Tipos poderosos, ya sabes a cuáles me refiero. Algunos están tan encariñados conmigo que de vez en cuando me traen regalitos.

—¿Pero realmente entran y salen de la Mazmorra para adquirirlos? —preguntó Clive, con la súbita esperanza de que, después de todo pudiera existir un medio de escapar de allí.

—¡Chitón! —replicó Emmy en voz baja—. Aquí no hay que hablar de esas cosas.

—Pero nadie puede oírnos, ¿verdad? —dijo Clive.

Emmy miró a su alrededor con temor.

—¿Quién sabe lo que puede ocurrir en la Mazmorra? De cualquier forma, no te traje aquí para hablar de esos asuntos. —Se soltó el cinturón de la bata—. Hay hombres que vienen de muy lejos para estar conmigo, Clive, y pagan muy bien. Pero,

para ti, hermano de Neville Folliot, paga la casa, y bien pagado estará sólo con que seas la mitad de bueno que tu hermano.

Hasta aquel momento, Clive había experimentado un deseo creciente por la señora Storm; había contado realmente con la posibilidad de una relación cuando la siguió por las escaleras hacia su habitación. Pero la invitación a competir contra Neville en otra prueba más tuvo el mismo efecto en su libido que una súbita zambullida en un arroyo helado de montaña. Su deseo desapareció y fue reemplazado por una cólera que apenas fue capaz de contener.

—Mi hermano y yo somos muy diferentes, señora Storm. Mis hazañas para encontrarlo tienen mucho más que ver con una promesa a nuestro padre común que con cualquier tipo de devoción fraternal. Le agradecería que me entregase el diario.

Emmy Storm se apartó de él. Sus ojos azules registraron una sucesión de emociones que empezaron por un brusco asombro, se abrieron paso hacia la tristeza y por fin acabaron en enojo.

—Neville me dijo que eras un insolente —siseó ella—. Pero no me dijo que llegases hasta ese extremo.

—El diario, señora Storm.

Mientras Clive la observaba dirigirse al tocador, se le ocurrió pensar en Chillido; esperaba que no hubiese estado escuchando aquella conversación privada.

¿Qué conversación?, preguntó la voz familiar en el interior de su mente.

No importa, replicó. Váyase. Se lo contaré luego.

El encogimiento de hombros ya habitual fue seguido por un momentáneo sentimiento de vacío que le notificó su ausencia. Volvió de nuevo su atención a Emmy, que había abierto el último cajón de la cómoda. Apartó un montón de ropa interior y sacó un volumen, cuyo aspecto le era familiar. Estaba encuadernado en cuero negro. Clive contuvo la respiración, apenas capaz de creerlo. Ya tres veces había perdido y recobrado misteriosamente el diario de Neville. Apenas parecía posible que el milagro volviese a suceder. Y es que, reflexionó Clive, considerando la historia pasada del valioso libro, a lo mejor volverlo a encontrar una y otra vez fuese algo inevitable.

Emmy Storm puso el libro en sus manos, y, al levantar la vista hacia Clive, éste vio lágrimas brillantes en las pestañas de sus grandes ojos azules. ¿De verdad la había herido tanto? ¿O sólo estaba fingiendo para conseguir lo que quería? Con la mano le limpió las lágrimas. Ella inclinó la cabeza y le besó suavísimamente el envés de la mano; luego se acercó y le apoyó dulcemente la cabeza en el pecho.

Una hora después, tendido junto a ella y contemplando el vaivén de su respiración, Clive tuvo que hacer enormes esfuerzos para evitar preguntarle si había colmado sus esperanzas. Emmy le acarició las mejillas con las puntas de los dedos. Él descansó la mano en su vientre y se durmió.



Unos golpes estruendosos en la puerta y la voz del sargento Smythe lo despertaron.

—¡Mi comandante! ¡Despierte, mi comandante! Hay problemas.

Clive saltó de la cama y se puso el atuendo vagamente medieval que le habían regalado en el Castillo de N'wrbb Crrd'f. Mientras que el cuero suave de las botas continuaba intacto, el resto de la vestimenta había sufrido daños considerables durante sus recientes aventuras. Los pantalones pardos, también de cuero, estaban rotos por la rodilla. El jubón escarlata estaba ahora estampado con numerosas manchas de sangre seca. Algunas eran de su sangre, pero la mayoría pertenecían a sangre de otros. Cogió el diario de Neville y abrió la puerta.

—¿Qué ocurre, Horace?

La expresión de Smythe parecía todavía más agitada que su voz.

—Tenemos compañía, mi comandante. La casa está muy bien fortificada y Mar/fssh intenta contenerlo. Pero las puertas no van a aguantar mucho, si realmente quiere atravesarlas.

—Por todos los santos, sargento Smythe, ¿de quién está usted hablando?

—Véalo usted mismo, mi comandante —dijo Horace, señalando una ventana al final del pasillo.

Clive echó a andar a grandes zancadas por el pasillo hacia la ventana.

—¡Que no lo vean! —avisó Horace.

Apartó un poco una cortina de damasco y espió hacia la calle que se encontraba bajo la ventana. N'wrbb Crrd'f estaba allí, aporreando la puerta con el pomo de su espada. Detrás de aquel hombre alto, casi grotescamente flaco, permanecía en formación una compañía de unos cien soldados.

Clive soltó un suspiro y, por un breve instante, se preguntó si el cielo le enviaba un castigo fulminante por haber sucumbido a los pecados de la carne con Emmy Storm.

—¿Están ya levantados los demás, sargento?

—Hace rato, mi comandante. Y ya han desayunado.

Clive se dirigió de nuevo a la habitación. Emmy ya estaba fuera de la cama, deslizándose dentro de su bata rosa.

—¿Hay alguna puerta trasera? —le preguntó Clive.

Ella pareció sorprendida.

—Claro que sí, pichoncito. No es que por aquí a nadie le importe mucho lo que hacen los demás. Pero estaba tan acostumbrada a tener una salida secreta para los clientes que querían escurrir el bulto sin ser vistos que cuando compré el local hice construir una.

—Eres un ángel, Emmy Storm —dijo Clive, besándole la frente.

—Eso es lo que dicen todos. Vamos, te enseñaré el camino, si me cuentas lo que

ocurre.

—Sargento —dijo Clive—, ¿dónde están los demás?

—En la cocina —respondió Smythe—. Mar/fsssh nos mandó allí cuando empezó el jaleo.

—Bien hecho —dijo Emmy, y empezó a bajar las escaleras—. Así estaréis más cerca de la salida. Os voy a acompañar hasta ella.

Al pasar por delante del vestíbulo, Clive pudo oír a Mar/fsssh excusándose pacientemente con N'wrbb: que le era absolutamente imposible abrir la puerta sin el previo permiso de la señora de la casa; que ya había mandado a alguien a buscarla, pero que la señora se ponía de muy mal humor cuando la despertaban a horas intempestivas, y que era muy posible que el pobre desafortunado encargado de llamarla regresase con varios hematomas y quizá también con algunos huesos rotos... Clive casi deseó poder quedarse a escuchar el resto del recitado del hombre de piel verde, recitado que era evidente que iba a continuar sin variación algún tiempo más, haciendo caso omiso de los furiosos gritos del otro lado de la puerta.

—Es muy bueno en su trabajo —dijo Emmy, invitándolos a pasar a la cocina.

Los miembros de la banda de Clive estaban allí, y también un número de hembras de varias especies; la mayoría charlotteaban con excitación. Algo olía de un modo delicioso, y Clive lamentó tener que perderse el desayuno por tan poco.

—Por aquí —dijo Emmy, pasando de la cocina a una pieza que debía de cumplir las funciones de despensa. Introdujo la mano en uno de los armarios. Clive oyó un chasquido: una sección del muro giró sobre bisagras invisibles y reveló un pasillo de paredes recubiertas con madera oscura.

—Este pasillo da al callejón que hay detrás de la casa. Al otro lado del callejón hay un edificio abandonado. Podéis esconderos allí hasta que oscurezca. Hasta ese momento no será seguro para vosotros cruzar el pueblo. Más tarde mandaré a Mar/fsssh con comida. ¡Idos!

—¡Bendita seas, Emmy Storm! —dijo Clive. La acercó hacia sí y la besó, consciente, mientras lo hacía, de que Chang Guafe lo consideraría una acción de total inutilidad. Inició la marcha por el pasillo y no volvió la vista atrás, ni siquiera cuando oyó que la puerta secreta se encajaba de nuevo en su lugar con un golpe seco.

* * *

Hacía bastante rato que Clive sostenía el diario de su hermano en las manos sin tener verdaderamente las suficientes agallas para abrirlo. Aunque parecía observar con atención las letras doradas que decoraban las cubiertas de simple cuero negro, apenas veía el diario. Su mente estaba demasiado ocupada evocando el recuerdo de la primera vez que tuvo entre sus manos el misterioso libro.

Había sido en la cima de un precipicio, en Q'oorna. A su lado estaban Horace Hamilton Smythe y Sidi Bombay. Aún no sabían que aquello era Q'oorna; sólo sabían que habían pasado de su mundo a un lugar terroríficamente nuevo. Y, como si aquello no hubiese sido bastante, habían encontrado un ataúd en la cima del precipicio; Horace lo había abierto, y el cadáver de Neville había aparecido ante sus ojos. Los dedos de Clive temblaban ante el recuerdo. Aquel mismo diario había estado agarrado en las manos yertas que yacían sobre el pecho de su hermano gemelo muerto. Al abrirlo, habían encontrado un mensaje de Neville. Había sido todo muy extraño. Y algún tiempo más tarde, al volverlo a abrir, habían encontrado un nuevo mensaje, escrito después de que se hubieran llevado el libro. Hasta la fecha, habían aparecido cuatro mensajes en total. Dos veces, y ahora una tercera, el diario había vuelto misteriosamente a él después de creerlo perdido. Que Neville no estaba muerto, Clive lo tenía ya por seguro. Pero, con qué truco lograba añadir nuevo material al diario, Clive no podía dilucidarlo.

Pasó los dedos por la cubierta de cuero negro. ¿Qué tipo de mensaje contendría esta vez? ¿Algo que les proporcionaría ayuda, o uno de aquellos mensajes enloquecedoramente crípticos que reflejaban muy bien el trato que Neville había dado a Clive? ¿Se ocultaría alguna ayuda bajo la máscara de la burla que a veces se elevaba hasta el nivel de la tortura?

Soltó un suspiro y abrió el libro; por experiencia sabía que estaría borrado hasta la página donde se hallaría estampado el último mensaje.

A veces, en el pasado, el color de la tinta había tenido relación con el contenido del mensaje; por ejemplo, se había usado tinta verde justo antes de encontrarse con los seres de cabello verde, N'wrbb y 'Nrrc'kth.

Esta vez la tinta era azul.

«Hermanito, me asombros. Como nuestro padre, no tenía ni idea de lo habilidoso que puedes llegar a ser; tal vez lo suficientemente habilidoso para penetrar aún más en los misterios de la Mazmorra. Sigue hasta donde puedas, ya que cada nivel más profundo está más cerca del corazón de toda esta locura. Alcánzame si puedes, y te lo agradeceré siempre.

El siguiente nivel te espera. Pero has perdido el camino fácil y, ¡ay!, pocas esperanzas tengo de tu llegada, ya que la otra ruta es la misma definición del suicidio. Incluso sobrevivir es peligroso porque, si a pesar de todo consigues pasar a través de la Cueva de Cerbero, tanto los rens como los chaffris tendrán inevitablemente conocimiento de tu existencia.

Aquí todo es peligro, Clive. Todo es peligro».

Clive mantuvo los ojos fijos en el mensaje durante largo rato. Luego cerró el libro.

—Bien —dijo Annie—. ¿Qué dice esta vez el hermano mayor?

—Nada que anime mucho —respondió Clive—. Parece que si vamos en busca de Neville tendremos que penetrar en el próximo nivel de la Mazmorra.

Chang Guafe estaba sentado en un rincón, reduciendo la longitud de uno de sus brazos.

—Entonces, podemos continuar el viaje juntos —dijo éste.

A Clive, que estaba al corriente del deseo de Chang Guafe de encontrar a los responsables de su llegada a la Mazmorra, esta frase le produjo reacciones contradictorias. El ciborg continuaba poniendo en tela de juicio su capacidad de mando. Pero aportaba una fuerza considerable a su grupo, fuerza que sin duda necesitarían con frecuencia en el camino que les quedaba por delante.

—¿Es la venganza realmente práctica? —preguntó Clive, pensando si podría poner en un aprieto a la criatura mecánica.

—Es práctico tener una meta —dijo Guafe—. Hace que uno prosiga el camino.

Clive suspiró y deseó no haber tocado nunca aquel tema. No estaba de humor para discutir de filosofía con alguien de otro planeta. Agradeció a Horace que desviara el tema volviendo de nuevo la atención al diario de Neville.

—Pero ¿qué dice su hermano, mi comandante? —inquirió.

Clive citó el mensaje de Neville con toda la exactitud de que fue capaz, sabiendo, aun sin mirar, que cuando volviese a abrir el libro, el texto habría desaparecido.

'Nrrc'kth levantó la mirada, aterrorizada.

—¿La Cueva de Cerbero? —preguntó.

Clive asintió.

—Incluso mi consorte hablaba de ese lugar en términos recelosos —advirtió la mujer de piel blanca.

—También Neville —dijo Clive—. Pero, a menos que alguien tenga una idea mejor, es allí adonde nos dirigiremos.

Tomás, todavía con los ojos nublados por la juerga de la noche anterior, propuso simplemente quedarse en Go-Mar. Clive lo invitó a hacerlo si aquél era su deseo. El pequeño marinero lo consideró un momento, pero estaba claro que la perspectiva de quedarse solo en un lugar hostil era todavía más atemorizadora que seguir a la banda, fuera a donde fuese.

Para asombro de Clive, Emmy, cuando por la tarde les trajo la comida, haciendo el viaje ella misma en vez de mandar a Mar/fsssh, les dijo que tenía informaciones precisas acerca de cómo llegar a su próximo destino.

—Lo sé todo por un par de clientes que tengo, pichoncito —dijo alegremente. Pero cambió de tono cuando empezó a recordar lo que les había oído contar—. No es un lugar que te vaya a gustar, amor. Ni a nadie que quiera vivir mucho tiempo —añadió con voz grave.

—¿Por qué? —preguntó Clive—. ¿Qué vamos a encontrar allí?

—No puedo decirlo con seguridad —respondió Emmy—. En este aspecto son

muy confusos. Sólo dicen que es un lugar terrible. ¿Por qué no te quedas aquí conmigo durante un tiempo, en lugar de precipitarte a la caza de problemas?

—¿De verdad quieres que los nueve nos instalemos en el local de tu negocio y lo echemos a perder abarrotándolo un día tras otro? —inquirió Clive.

Emmy echó un vistazo disimulado a su alrededor.

—Me refería a ti solo, vida mía —le susurró al oído.

Clive hizo un signo negativo con la cabeza.

—Llegamos a tu puerta como un grupo, Emmy Storm, y nos vamos a ir de la misma forma, e incluso si hubiese llegado solo, no podría quedarme para disfrutarlo. Tengo muchas promesas que cumplir.

—Que es el principal problema con los hombres —dijo Emmy, sin rencor—. Los buenos están tan ocupados corriendo tras el cumplimiento de sus promesas que no tienen tiempo para una. Bien, no me gusta verte marchar, Clive Folliot, pero, si tienes que hacerlo, te diré la ruta que debes tomar.

Después de indicarles el mejor camino para salir del pueblo y de contarles todo lo que recordaba de la ruta que debían seguir posteriormente, Clive le puso en la mano una bolsa de monedas.

—No es por los servicios prestados —explicó con una sonrisa—, sino para cubrir los gastos de los daños que N'wrbb y sus hombres han causado al registrar la casa.

—Bien, ya que insistes, amor, voy a aceptarlo con mucho gusto —dijo Emmy, guardándose la bolsa entre sus generosos pechos, y besó a Clive en la mejilla—. Cuídate, Clive Folliot. El mundo anda hoy muy escaso de caballeros como tú.

Clive oyó una carcajada ahogada, pero no le fue necesario darse la vuelta para saber que provenía de su tatara-nieta.

Cuando llegó la oscuridad, siguieron las indicaciones de Emmy y huyeron de Go-Mar sin problemas.

* * *

Clive miraba a su alrededor con inquietud. El bosque por el cual deambulaban parecía la misma definición de la amenaza. Extrañas figuras revoloteaban por entre los árboles. En la distancia se oían gritos y aullidos. La pálida luz de las estrellas creaba grotescas sombras al pasar a través de las ramas retorcidas de los árboles nudosos. Sin embargo, no eran los misterios del bosque lo que lo preocupaba, sino el temor de que N'wrbb pudiera descubrir hacia dónde habían ido y continuase su persecución.

No obstante, hacía ya tres días que habían salido de Go-Mar, y desde entonces no habían visto ni oído nada de aquel hombre.

A pesar de eso, prosiguieron con su ensayado esquema de viajar de noche y dormir de día. La diferencia esencial es que ahora tenían una meta definida en mente:

la entrada al tercer nivel de la Mazmorra.

Con el dedo en la mandíbula, que aún le producía algunas molestias, Clive echó una mirada de reojo a Chillido. El material verde quitinoso que recubría el muñón de su brazo presentaba un aspecto algo hinchado. Se preguntó si se estaría desarrollando una infección. La idea lo inquietó. Sabía demasiado bien que muchos soldados sobrevivían a las batallas sólo para fallecer más tarde a causa de los efectos secundarios de una herida. Lo tranquilizó un poco el hecho de no detectar el ligero olor a podrido que solía acompañar aquella condición.

Pero ¿quién sabía cómo olería la gangrena de una araña?

No te preocupes por mí, oh, Folliot, le susurró en su mente. Me pondré bien. Me preocupa más lo que encontraremos cuando lleguemos a la Cueva de Cerbero.

Clive asintió.

También me preocupa a mí.

Estoy imaginándome cómo puede ser, transmitió ella. El nombre, ¿tiene algún significado para ti?

Sabiendo la afición de Finnbogg por coleccionar leyendas y cuentos populares y creyendo que podría sentir una especial afinidad con aquel material, Clive llamó al enano para que los acompañara. Finnbogg acudió en el acto. Incluso a la débil luz de las estrellas Clive pudo ver que sonreía desmesuradamente, como hacía siempre que alguien le prestaba atención.

—Aquí tenemos cierta información que creo que te va a interesar, viejo amigo. La cueva adonde nos dirigimos tiene un nombre que parece sacado de una antigua leyenda de mi mundo. Algunos creían que la entrada al Infierno estaba vigilada por Cerbero, un enorme perro de tres cabezas.

Un escalofrío recorrió a Finnbogg; al instante Clive comprendió que en la Mazmorra no era nunca sensato soltar ciertas informaciones tan a la ligera. En su tierra natal era razonable esperar que en una cueva con un nombre tan imaginativo hubiese una formación rocosa con cierto parecido a un perro, o a algo igualmente inofensivo. Allí..., bien, allí podía significar casi cualquier cosa. Tal vez la cueva estaba realmente guardada por alguna criatura monstruosa, de apariencia canina. Recordando los lugares por los que habían pasado y las criaturas con las que se habían topado, Clive apenas se sorprendería si descubrieran que la Cueva de Cerbero era la mismísima entrada al Infierno.

Aunque las indicaciones de Emmy para encontrar la cueva eran claras, habían quedado un tanto imprecisas por lo que se refería a la distancia. Clive empezaba a preguntarse cuánto tardarían en llegar efectivamente a su destino. Estaba todavía reflexionando acerca del misterio de qué descubrirían, cuando el cielo empezó a iluminarse de nuevo, y se detuvieron a descansar.

Clive pidió a Horace que distribuyera algo de comer. Con su larga experiencia como sargento mayor, había parecido razonable poner en sus manos las provisiones adicionales que Emmy les había proporcionado para el viaje. Complementando

aquellas provisiones con grandes cantidades de las nuececitas dulces a las cuales ya se habían acostumbrado, más algo de la caza que Chillido y Chang Guafe capturaban a lo largo del camino, esperaban hacer durar la comida hasta al menos tres marchas más.

Clive se estaba cortando una tajada de queso cuando Gram se le acercó y se sentó junto a él. Para su sorpresa, la musculosa mujer alargó el brazo y cogió su mano, invocando la red neuronal de comunicación de Chillido. Ella lo miró a los ojos y transmito su mensaje sin utilizar palabras habladas.

Estoy preocupada por 'Nrrc'kth. Sé que a menudo parece una carga para el grupo. Yo soy la primera en reconocer que está nerviosa y extremadamente tensa y sensible. Pero no fue por voluntad propia que vino aquí, ni por la mía, o la tuya. No se añadió a esta expedición para causar dificultades. La cuestión es que no sé cuánto tiempo más podrá aguantarlo.

¿Y qué quiere que haga yo?, preguntó Clive.

Gram se encogió de hombros.

Intenta no forzarla demasiado. No dejes que se sienta como una inútil por no ser tan fuerte como el resto de nosotros. Quizá deberías defenderla un poco de los demás.

Aquí, la intimidad de la conexión traicionó a Gram. Mientras trataba de ocultar sus verdaderas opiniones bajo generalidades, Clive comprendió enseguida que la rivalidad entre Annie y 'Nrrc'kth era una de las principales preocupaciones de la mujer. Arrastrada por este conocimiento llegó una profusión de pensamientos e imágenes relacionados entre sí (imágenes de Annie y él mismo vistas a través de los ojos de Gram), una sensación de diversión combinada con desaprobación y un deseo de que él prestase más atención a 'Nrrc'kth.

Gram retiró la mano.

—Maldita sea aquella mujer araña —dijo—. Debería haberlo pensado mejor antes de probar esta mierda de fantasía. Con hablar tengo suficiente, para mis gustos.

Clive aplacó un impulso de defenderse contra lo que interpretó como acusaciones por parte de la anciana y trató desesperadamente de reflexionar con calma. La suposición de que estaba dejando abandonada a 'Nrrc'kth le molestaba. Contuvo un momento la lengua y esto le dio la oportunidad de comprender que, dejando a un lado la realidad, su obligación era analizar la idea de que él le estaba fallando a 'Nrrc'kth.

Recordó el dicho de Chillido: «Las sugerencias imponen, las preguntas guían». Había sido eficaz con Horace. Quizá volviera a funcionar.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Clive.

—No es mucho lo que puedes hacer —respondió Gram—. Oh, quizá podrías tratar de evitar que Annie la acose tanto. Pero el problema real es este mundo brutal; ella no quiere formar parte de él, y aquí está ella. —Gram suspiró—. Quizá sólo necesite alguien con quien pueda hablar de ello y desahogarse. Tú pareces el adecuado.

—Haré lo que pueda —dijo Clive con suavidad.

—Sé que lo harás, pichoncito. —Gram le dio unos golpecitos en la mejilla intentando maliciosamente imitar a Emmy Storm—. Siempre haces lo que puedes por las chicas. —Luego puso de nuevo una expresión grave—. Tú eres un buen hombre, Clive Folliot. Lo estás haciendo muy bien.

Con un gruñido se levantó y se alejó a paso lento. Clive miró cómo se marchaba e intentó ordenar lo que parecía una docena de emociones en conflicto que se agitaban en su interior a causa de la reciente conversación.

Más tarde, cuando Annie le preguntó si podía dormir junto a él, Clive le comentó el caso de 'Nrrc'kth.

—Lo sé —suspiró ella—. Supongo que tendría que tomármelo con calma. Pero en serio, abuelo, esta mujer me saca de quicio. —Sonrió—. Odio tener que admitirlo, pero no eres el único que arrastra sus prejuicios culturales adondequiera que vaya. Me enseñaron a cuidarme por mí misma. Esas tías delicadas me ponen enferma.

Aunque Clive no entendió el significado concreto de alguna palabra, el sentido general fue claro.

—De todos modos —prosiguió ella—, en el futuro intentaré ser un poco menos dura con ella.

La siguiente caminata no proporcionó muchas oportunidades a Annie para poner a prueba su última resolución. Antes de que hubieran andado demasiado para que 'Nrrc'kth empezara a quejarse, llegaron al peñasco que les indicaba el lugar donde debían dejar el camino, según les había informado Emmy.

Clive se preguntó si la formación rocosa era natural o si los rens (o quien fuera que hubiese creado la Mazmorra) tenían en realidad sentido del humor.

El peñasco, que medía el doble de su altura, se parecía notablemente a la cabeza de un perro gigante.

Prepararon sus armas y empezaron a descender por el sendero. Finnbogg se sentía inquieto. Al preguntarle Clive por el motivo, él afirmó que tenía que ver con ciertos olores que olfateaba a lo largo de la pista.

El sendero cruzaba un ancho arroyo, que atravesaron con la ayuda de pasaderas. No mucho después, los árboles empezaron a escasear a la par que el terreno se volvía cada vez más rocoso.

Clive creyó oír los ladridos de un mastín en algún lugar hacia adelante.

—Permaneced juntos —avisó—. Chang Guafe y Chillido, acercaos y caminad junto a mí. Los tres vamos a ser los primeros en enfrentarnos a la cosa, sea lo que sea.

El sendero los condujo a un barranco rocoso, cuyas paredes se hacían más y más escarpadas a medida que descendían. Llegaron a un paso angosto casi obstruido por un desprendimiento. Rodearon el desprendimiento y descubrieron que el barranco se abría en un gran claro cerrado de apariencia casi bucólica. El rincón tenía casi cincuenta metros de diámetro. Cubría el suelo una hierba verdísima, salpicada con una extraordinaria variedad de flores silvestres; algunas eran pálidas, pero la mayoría

tenían unos colores vivísimos. A su derecha, un arroyo de agua clara saltaba de lo alto del barranco creando una cascada de casi treinta metros de altura. El agua caía en un pequeño estanque en la base de la cascada; el estanque se vaciaba en otro arroyo que cruzaba el prado y desaparecía en las rocas de la pared opuesta.

La pared del fondo del insólito claro era una extraña fachada de piedra, ligeramente más alta que el resto del barranco. En la base de aquella pared, adonde se dirigía un sendero serpenteante de grava, Clive distinguió una gran puerta de madera.

Los Finnboggs

Clive se detuvo frente a la puerta de madera, con Chillido a su derecha y Chang Guafe a su izquierda. La pared del barranco se elevaba por encima de ellos. Dudó unos momentos. ¿Cuál sería el protocolo en una situación como aquélla? Helos allí, en la entrada de la Cueva de Cerbero, y con la puerta cerrada. ¿Debería llamar y esperar a que alguien respondiera? ¿O simplemente abrir la puerta y arriesgarse a lo que fuera?

La buena educación británica prevaleció; Clive llamó.

Al instante se oyó un tremendo aullido al otro lado de la puerta. Clive dio involuntariamente un salto atrás, y se preguntó a qué tipo de criatura tendrían que hacer frente cuando la puerta se abriera.

Chillido se le acercó en el acto, para tranquilizarlo.

Valor, oh, Folliot, le envió. No estás solo.

Clive respondió casi con irritación:

He tenido sorpresa, no miedo.

Chillido replicó con un regocijo sin palabras y luego dirigió su atención a la puerta, que se abría en aquellos momentos.

Clive contuvo la respiración. Un gruñido grave acompañaba ahora a los aullidos. Un momento después una tercera voz empezó a ladrar. Clive se estremeció. Tres voces. ¿Estaba realmente preparado para encontrarse frente a las tres cabezas de Cerbero?

Dio un paso atrás, ya que la puerta se abría hacia afuera. Las voces crecían en volumen.

Clive se preparó para lo peor..., y apenas fue capaz de contener la risa cuando se reveló el misterio. ¡Cerbero, en efecto! Aunque ciertamente estaba frente a tres cabezas perrunas, éstas pertenecían a tres cuerpos diferentes, y de aspecto muy familiar.

La incrédula y absorta mirada fija de Clive recuperó su vivacidad cuando Finnbogg, al pasar disparado junto a él, casi lo tumba de un empujón. Finnbogg gritaba:

—¡Finnboggs! ¡Finnboggs de Finnbogg!

En efecto, era eso lo que tenían ante los ojos: un trío de hombres-canés. Con toda seguridad, eran de la misma raza (y tal vez también miembros de la misma familia) del fiel compañero canino del grupo de Clive.

Clive se hizo a un lado, ya que lo que parecía ser un encuentro jubiloso bullía como un torrente en la boca de la Cueva. Los cuatro enanos gritaban, reían, ladraban. Unos segundos más tarde rodaban por el suelo en una pelea fingida interrumpida de vez en cuando por gruñidos, pero más frecuentemente por ladridos de alegría.

Annie se le acercó y se situó a su lado.

—Tres cabezas de perro no es lo mismo que un perro de tres cabezas —dijo, cogiéndole el brazo.

—¿Qué expresión utilizaste hace pocos días? —preguntó Clive—. Algo acerca de «constituir un Estado Mayor»...

Annie sonrió y le apretó el brazo. Finnbogg continuaba rodando y pegando brincos en la hierba con sus recientes compañeros.

Clive percibió que Chillido suspiraba. Intentando no molestar, llamó a sus pensamientos, que estaban impregnados de una inmensa nostalgia por los de su especie. Con cierta turbación comprendió que, sin darse cuenta, era culpable de la misma indiscreción mental que tan a menudo le había censurado a ella. Intentó justificarse por la preocupación que sentía por ella, pero también comprendió que aquél era exactamente el motivo por el cual Chillido quería escuchar su interior: su preocupación por él. Se sintió avergonzado y, con suma delicadeza, rompió el contacto. Si ella se había percatado de lo ocurrido, fue lo suficientemente amable como para no mencionarlo más adelante.

Los sonrientes enanos estaban en pie de nuevo, dándose palmaditas en la espalda y olfateándose mutuamente, cosa que Clive interpretó como una forma canina de demostrarse afecto.

—¿Nos vas a presentar a tus amigos, Finn? —preguntó Clive después de lo que consideró un prudente intervalo de tiempo.

—Claro, claro —dijo Finnbogg, jadeante y feliz.

Emitió unos sonidos guturales y los otros tres enanos se alinearon en una posición semejante a la de firmes. Cuando estuvieron quietos, Clive se aperció de que diferenciarlos era más fácil de lo que había creído. Su parecido con Finnbogg no era, en realidad, mucho mayor que el de un ser humano con otro. Simplemente, la vista de Clive no estaba acostumbrada a diferenciar el tipo de facciones que distinguían a aquellas criaturas entre sí. Observó a los enanos con mayor detenimiento. El que estaba a la derecha de la fila tenía una nariz algo más ancha que los demás. El que estaba en el centro era más bajo y un poquito más delgado que sus amigos, aunque, en el caso de aquella curiosa especie, la palabra «delgado» era en realidad un término muy relativo; a Clive se le ocurrió, con cierto regocijo, que aquel individuo podía ser descrito con toda seguridad como el benjamín de la carnada. El tercer enano tenía una frente muy pronunciada, acentuada por unas hirsutas cejas que le sobresalían del rostro como el agua lisa de un estanque rizada por una ola encrestada.

—Finnbogs deben conocer a amigos —dijo Finnbogg a los enanos. Luego procedió a presentar a los ocho miembros del grupo de Clive. Para asombro de éste,

Finnbogg concluyó la presentación nombrando a sus tres parientes como Finnbogg, Finnbogg y Finnbogg.

—Pero ¿cuáles son los nombres de cada uno? —preguntó.

—Finnbogg —dijo Finnbogg.

—¿Los tres? —interrogó Clive con cierta sensación de perplejidad.

Ahora le tocaba a Finnbogg sentirse desconcertado.

—Todos Finnbogg —reafirmó.

—Pero ¿cómo os llamáis el uno al otro? —insistió Clive—. Seguro que no os llamáis entre vosotros por el mismo nombre.

Finnbogg pareció abatido.

—Finnboggs —dijo deprimido. Se encogió y se alejó como si temiese que Clive pudiera pegarle.

—Aquí, aquí, viejo amigo —lo llamó Clive—. No te voy a hacer daño. Sólo quiero que me aclares este lío de nombres. Tú eres Finnbogg. Si yo llamo a éste también Finnbogg, será un poco confuso, pero no tanto como para que no pueda entenderme. Pero si os llamo Finnbogg a los dos y luego a él y a él, entonces, ¿cómo vais a saber a quién estoy hablando?

—Finnboggs lo van a saber —gimoteó Finnbogg.

—¿Entre vosotros os llamáis Finnbogg? —inquirió Clive.

Finnbogg negó con la cabeza.

—Bien, pues, ¿cómo os llamáis el uno al otro?

Finnbogg se volvió hacia los tres otros enanos en busca de ayuda. Estaban de pie, con las manos cogidas en la espalda y la boca firmemente cerrada.

—Déjeme probar, mi comandante —dijo Horace, acercándose a Clive.

—Adelante, sargento Smythe.

Horace se volvió hacia Finnbogg. Lo cogió por el brazo-pata delantera y se lo llevó aparte del grupo. Los tres restantes enanos-canos continuaron inmóviles delante de su puerta. Era evidente que sus muestras de alegría por encontrarse con su camarada Finnbogg habían sido un momentáneo lapsus en su deber. Ahora que se habían calmado, nadie iba a entrar en la Cueva de Cerbero.

—Es la magia, mi comandante —dijo Horace al regresar al cabo de unos minutos con Finnbogg a remolque—. O quizá debería decir «el miedo a la magia». Mire, Finnbogg y sus amigos creen que si alguien sabe su auténtico nombre, tendrá poderes sobre ellos. He oído contar la misma historia en varios lugares durante estos últimos años. A decir verdad, no me sorprendería que la razón por la que al hermano Finn le gusta coleccionar cuentos y leyendas y material de este tipo sea porque cree que son reales. Tengo la impresión de que muchas historias coinciden con las creencias de su mundo.

Clive echó un vistazo al fornido enano, que permanecía alejado unos cinco metros. Tenía las manos cogidas en la espalda y su expresión era de sinceridad auténtica.

—¿Me está usted diciendo, sargento Smythe, que su verdadero nombre no es Finnbygg?

—No es exactamente eso, mi comandante. Sólo que no es su nombre más verdadero.

—Bien, ¿y cuál es?

Horace pareció sorprendido.

—No podría decírselo, mi comandante. No podría decírselo aunque él me lo hubiera dicho a mí, cosa que no ha hecho.

—¿Quiere usted decirme, sargento Smythe, que si usted supiera el nombre auténtico de Finnbygg, se sentiría atado por esta charlatanería supersticiosa y lo mantendría en secreto?

—No, mi comandante, me sentiría atado por mi palabra de honor. Si un hombre me confía un secreto (y considero a Finnbygg como un hombre en este sentido), no veo que me corresponda juzgar las razones por las que quiere que sea un secreto. En la vida, actuando de este modo, se entra en conocimiento de muchos más secretos, mi comandante.

Clive dudó; no sabía si estaba recibiendo una reprimenda o una lección, o ambas cosas a la vez.

—Bien, entonces, ¿cómo lo vamos a llamar?

—Creo que con «Finnbygg» será suficiente —dijo Horace—. Hace tanto tiempo que lo llamamos así... Tal vez sería un problema si los demás Finnbyggs se decidieran a acompañarnos, pero no creo que quieran hacerlo.

Clive se acercó a Finnbygg.

—Vamos a ver, viejo amigo —dijo—. Necesito saber algún detalle más acerca de este asunto del nombre. ¿Por qué os llamáis con el mismo nombre?

Mantener una conversación con Finnbygg no era una tarea fácil, incluso en las mejores circunstancias. Cuando aquélla acabó, Clive se sentía mareado con las historias acerca del planeta Finnbygg. Por lo que parecía, había sido invadido por hombres de otros mundos que capturaron a los Finnbyggs y los mandaron a diferentes planetas. Era difícil afirmar que el pueblo de Finnbygg abarcaba el mundo Finnbygg entero, o bien que no ocupaba más que un área restringida. Era difícil tener algo por cierto cuando uno hablaba con Finnbygg. Clive pudo deducir que los nativos cerraron filas ante los invasores y que en aquel tiempo (que Finnbygg databa en diez mil años atrás) habían desarrollado la táctica de referirse todos a sí mismos como Finnbygg.

Cuando Clive preguntó al enano si podía compartir con él su nombre real, fue recompensado con una mirada que indicaba que la pregunta era casi perversa, según las consideraciones de Finnbygg.

Clive cambió de tema.

—Tus hermanos parecen apostados para vigilar la Cueva. ¿Nos van a dejar pasar?

Finnbygg pareció aliviado de que la conversación volviera al tema que los había

traído allí.

—No es nada seguro —respondió—. Mejor comprobarlo antes.

Dejó a Clive y se fue a parlamentar con el trío de la puerta de la Cueva. Clive miró a su alrededor y vio con gozo que los demás habían aprovechado aquel respiro momentáneo para disfrutar de aquel entorno casi pastoral. 'Nrrc'kth y Gram estaban sentadas en la hierba hablando con Tomás, quien, como era habitual, estaba pasando las cuentas de su rosario. Chillido había trepado unos cinco metros por la pared del barranco, que Clive había considerado inescalable. En aquel momento colgaba a esa altura, con serena ecuanimidad, disfrutando evidentemente de la agradable temperatura del mediodía. Chang Guafe jugueteaba con sus componentes y parecía indiferente a los atractivos del paraje. Horace y Annie se habían acercado al arroyo. Ella se metió en el agua con extremo placer y caminó por el lecho; resbaló, cayó, se volvió a levantar y rio feliz chapoteando en el agua. El espectáculo llenó a Clive de deseos confusos..., deseos confusos que prefirió no aclarar.

Un aullido de tristeza proveniente de la Cueva interrumpió sus pensamientos. Se volvió y se sobresaltó al ver a los tres guardianes rodeando a Finnbogg. Creyendo que se trataba de un ataque contra el pobre camarada, salió corriendo a toda prisa para defender a su compañero. Pero no había corrido mucho cuando se percató de que los lloros y los gemidos eran por amor a Finnbogg y que lo que parecía un ataque era sólo que los tres estaban abrazando a su amigo.

Chillido, que avistó la escena desde su percha rocosa, estableció contacto con Clive.

Parece que lo consideran un alma perdida.

Una consideración alentadora, replicó Clive.

No todo temor es racional, oh, Folliot. Y descendió por la pared del precipicio; la falta de un brazo provocaba que sus movimientos no fuesen tan ágiles como deberían.

Clive continuó avanzando hacia el grupo de hombres-perro, ahora andando.

—¿Cuál es el problema, Finnbogg? —gritó. Pero, al hacerlo, se preguntó cuántos de ellos responderían.

Finnbogg I (ahora Clive pensaba en su compañero numerándolo así) consiguió zafarse del abrazo de los demás Finnboggs.

—Dicen que la Cueva es muy mala —contestó Finnbogg, e hizo una pausa para escuchar la agitación a sus espaldas—. No, no la Cueva. La Puerta. Los tres Finnboggs viven en la Cueva. La Cueva es buena. La Cueva es hogar. Pero la Puerta es mala. Muy mala. Deberíamos regresar, deberíamos olvidar esta idea mala.

—¿Por qué la Puerta es tan mala? —inquirió Clive.

Finnbogg emitió algunos sonidos con la garganta y luego escuchó.

—La Puerta es mala. Los Finnboggs no saben por qué. Sólo saben que es mala. Los chaffris se lo dijeron. «Vigilad la Cueva», dijeron. «Vigilad la Cueva. No dejéis pasar a nadie. La Puerta es muy mala, malísima».

—Me suena como si los chaffris tuviesen un interés especial en que nadie

traspasase la Puerta, mi comandante —dijo Horace.

—Justamente estaba pensando lo mismo, sargento Smythe. Finnbogg, di a tus amigos que tenemos que pasar, y que nos gustaría hacerlo como amigos.

Finnbogg pareció preocupado.

—Será difícil —dijo—. A los Finnboggs no les gusta tener que decidir. A los Finnboggs les gusta saber su deber, y luego cumplirlo. ¿Dónde está el deber? ¿En los chaffris o en los amigos?

—¿Por qué tienen una alianza con los chaffris? —preguntó Clive.

Finnbogg se volvió hacia el trío bajo y robusto que estaba de pie a sus espaldas y se enzarzó en otra breve conversación.

—A los Finnboggs les importan un rábano los chaffris —respondió, utilizando una expresión que había oído de Horace—. Lo que quieren los Finnboggs es que no nos hagamos daño.

—Diles que vamos a tomar nuestras precauciones —replicó Clive.

Otra conversación, ahora de más duración, entre Finnbogg y sus hermanos de raza acabó con una expresión sombría en los tres enanos; luego abrieron la puerta de la Cueva y se hicieron a un lado, dejando paso a los aventureros.

La Cueva de los Finnboggs tenía un tamaño similar al del salón de Emmy Storm. Estaba amueblada cómodamente, con tres camas, tres sillas y tres lavabos de pie. En realidad, con la excepción de una gran mesa de madera que dominaba el centro de la pieza, de cada mueble de alguna importancia había tres ejemplares. Clive observó algunos puntos donde era evidente que las paredes habían sido excavadas a mano; pero en su mayor parte parecían ser formaciones naturales. La piedra era rojiza, con vetas de color negro. El conjunto estaba iluminado por gran cantidad de velas que daban a la estancia un aspecto curiosamente acogedor.

Clive miró a su alrededor con admiración. Pero antes de que pudiese hablar oyó la voz de 'Nrrc'kth.

—Pregúntales si tienen comida.

Finnbogg tradujo la pregunta y los tres enanos respondieron como si les hubiesen dado una auténtica orden. En lo que pareció una cuestión de segundos, vaciaron la despensa y llenaron la mesa con cestas de comida. Había queso, fruta y pan en cantidad, pero lo que abundó más fueron las salchichas, gloriosas salchichas: las mejores, pensó Clive, que nunca había probado.

—Comida de Finnbogg —dijo Finnbogg con orgullo, pegando un gran mordisco a una de ellas—. ¡Comida de verdad!

—Comida de verdad —dijo Clive, manifestando su acuerdo, y colocó una mano cordial en el hombro de Finnbogg—. Comida de verdad, en efecto.

Más tarde, cuando Clive logró acallar su apetito, se inclinó hacia Finnbogg y le dijo:

—No veo nada malo por aquí. Por favor, pregúntales dónde está la Puerta, Finn.

La traducción de la pregunta a cargo de Finnbogg fue recibida con miradas tristes

y un estallido de ruidos guturales.

—Allí detrás —dijo Finnbogg, señalando hacia el fondo de la Cueva.

Una manta colgaba del techo en la dirección en que había señalado. Clive se encaminó hacia allí y levantó una esquina de la manta, esperando encontrar otro obstáculo, quizás una puerta maciza y atrancada.

Todo lo que vio fue una abertura hacia otra sala.

—Lo que sea que hay allí al fondo no puede ser muy agresivo —dijo. Iba a dar un paso hacia la abertura pero un aviso de Horace lo detuvo en seco.

—Yo que usted no lo haría, mi comandante —dijo el sargento mayor—. Nunca se sabe lo que puede salir de lugares así. Dejemos que el hermano Finnbogg explore un poco más por nosotros.

No obstante, según los Finnboggs, no había peligro alguno en entrar en la otra pieza. El peligro estaba en la misma Puerta.

Clive percibió la tensión del grupo, que se había reunido a su alrededor para echar un vistazo a la sala de al lado. Uno de los Finnboggs cogió un puñado de candelas y una vela encendida para prenderles fuego. Luego, el Finnbogg de la banda de Clive apartó la manta y se adentraron en la sala contigua.

Los muros de piedra, que habían parecido cálidos y acogedores a causa de unos muebles hogareños, de una multitud de velas y de una saludable y abundante alegría, ahora se tornaron misteriosos, casi amenazadores. La sala se estrechaba formando un túnel donde reinaba una oscuridad que sólo cedía brevemente al paso de sus candelas. La misma luz parecía acorralada, incapaz de expandirse más de algunos centímetros alrededor de la llama.

Esto no me gusta, comentó Chillido.

La agitación de la habitualmente impasible araña fue la principal causa de que Clive sintiese los nervios a flor de piel. Por supuesto, ella captó su reacción en el acto.

Te suplico que me perdones, oh, Folliot. No era mi intención alarmarte.

Bien, respondió Clive. *Usted me asegura que ya se ha calmado, pero no deje de avisarme cuando realmente sienta miedo.*

—Yo no me atrevería a asegurar que Chillido puede tener miedo —fue su réplica. Fue emitida en un tono de dignidad ofendida que habría divertido a Clive en circunstancias menos intimidatorias.

Al cabo de pocos minutos el pasillo se ensanchó y los condujo a una tercera sala. Mientras iban entrando, uno a uno, la acumulación progresiva de bujías iba proporcionando la luz suficiente para que Clive pudiera examinar su entorno.

La sala era más pequeña que las dos anteriores y tenía una forma casi circular, de unos cinco metros de diámetro. En el centro del suelo de piedra lisa, había una trampa de madera. Era cuadrada, de metro y medio de lado y de construcción robusta. Un asa maciza estaba clavada en el costado más próximo a ellos. Gruesas bisagras fabricadas con un material parecido al bronce unían la puerta con la piedra, en el costado opuesto. El grupo se situó alrededor de la trampa. Clive depositó su

bujía en el suelo y miró los rostros expectantes que lo rodeaban. Luego cogió el asa de madera y, afirmando bien los pies en el suelo, tiró de ella hacia arriba. Al principio la puerta se negó a moverse. Lo intentó una segunda vez, sin mejor suerte. Decidió que si un esfuerzo más no daba resultado encargaría la tarea a Chang Guafe; se agachó y tiró hacia arriba con toda la fuerza de sus muslos. Repentinamente, la puerta de madera quedó libre de lo que la mantenía encajada y se abrió de golpe; Clive tuvo que apoyarse en ella para evitar caerse por el agujero.

—¡Dios mío! —musitó, absolutamente atónito por lo que la puerta había dejado al descubierto.

Una, abajo

Clive había esperado algún tipo de escalera, o quizás un túnel, algo que los condujera hacia adelante, hacia el siguiente nivel de la Mazmorra. Por eso quedó absolutamente sorprendido cuando lo que vio al abrir la puerta del suelo de la Cueva fue el mismísimo tercer nivel de la Mazmorra.

Lo que hacía la vista particularmente impresionante era el hecho de que el siguiente nivel se situaba a más de mil metros bajo sus pies. Clive, que de joven había escalado montañas en Suiza, nunca había visto una caída de aquella magnitud. Su estómago pareció apretarse contra la caja de las costillas, como protesta ante el espectáculo. Las rodillas le flaquearon, y su cerebro simplemente rechazó la idea de que lo que estaba viendo era real.

Dejó que la puerta se cerrase de nuevo y se sentó en cuclillas. Se quedó con la mirada fija al frente. Sin embargo, no veía nada de la Cueva. El impresionante paisaje que se extendía al otro lado de la puerta llenaba su mente.

Las voces de los demás, que insistían en que les contase lo que había visto, lo volvieron a la realidad.

Se levantó, desconcertado. ¿Cómo podía explicar lo que había más allá de la puerta sin parecer un loco?

—Es como un agujero en el mundo —dijo al final—. Como si este suelo fuese el cielo del nivel siguiente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Annie. Parecía nerviosa; nerviosa como nunca antes la había visto Clive.

Éste se agachó de nuevo y dio unos golpecitos en la puerta.

—Al otro lado de esta puerta hay otro mundo. Pero no es un mundo al que se pueda entrar simplemente, andando. —Cerró los ojos, recordando lo que había visto—. Querría llamarlo abismo. Pero no lo es. Hay un mundo entero bajo nuestros pies. Sólo que... es muy lejos. —Hizo una mueca de frustración—. No puedo explicarlo. Tendrán que verlo ustedes mismos.

A una indicación de Clive, Chang Guafe se colocó a la izquierda de la trampa, y Chillido a la derecha. Una vez que tuvieron desencajada la puerta de su marco, se prepararon para abrirla por completo. De nuevo Clive advirtió a los demás que lo que iban a ver los dejaría atónitos. Les dijo también que temía que les impidiese proseguir su camino. Pero no se le ocurría otro método mejor de explicarles cómo era que

mostrárselo.

Tiró de la puerta. Luego, Chang Guafe y Chillido, que la tenían cogida por los bordes, la levantaron y la empujaron hacia arriba.

Contemplaron el pedazo cuadrado de cielo.

Lo que ocurrió luego fue demasiado rápido para que Clive lo captara al momento. Oyó gritar a Annie. Miró hacia atrás y vio que estaba desfalleciendo. Las rodillas se le doblaban y ella caía hacia el agujero.

'Nrrc'kth, que se encontraba a su lado, alargó el brazo para cogerla. Pero el peso de Annie hizo perder el equilibrio a la alta y esbelta mujer. 'Nrrc'kth arqueó el cuerpo y consiguió apartar a Annie del agujero.

Y luego desapareció.

El primer impulso de Clive fue cogerla, con lo cual él también se habría visto arrastrado hacia el otro lado del agujero. En realidad, al abalanzarse hacia ella perdió el equilibrio, y sólo en el último instante lo recuperó y evitó seguir a 'Nrrc'kth a través de la puerta abierta. Se arrodilló en el borde rocoso de la abertura, contemplando con desesperanza e impotencia el cuerpo de 'Nrrc'kth, que caía y caía hacia abajo, hacia el océano que se desplegaba en el fondo. Poco a poco, sus gritos disminuyeron. Al cabo de un tiempo Clive se percató de que los sollozos de Gram los habían reemplazado.

Se volvió y vio a la mujer de piel blanca arrastrando a Usuaría Annie hacia el agujero. Annie, ya consciente, pero evidentemente confusa y desorientada, apenas si oponía resistencia.

—¡Zorra! —gritaba Gram—. ¡Maldita hipócrita zorra!

Clive se puso en pie de inmediato. Horace llegó a coger a la mujer antes que él, pero Finnbogg, gruñendo y ladrando, ya estaba allí antes que ninguno de los dos. Y fue precisa la fuerza de los tres para reducir a la medio enloquecida Gram y tenderla en el suelo.

—¡Ha matado a mi niña! —gimoteaba estúpidamente Gram—. ¡Ha matado a mi niña!

Annie se sentó cerca de ella, con el rostro escondido entre las manos. Finnbogg se echó a sus pies, gruñendo protectoramente.

—¿Qué ha ocurrido? —le susurró Annie a Clive. A pesar del contenido de la pregunta, el tono de su voz hizo pensar a Clive que ella ya lo sabía. La expresión de sus ojos mientras le contaba lo sucedido le confirmó aquella suposición: ella ya lo sabía, pero había deseado estar equivocada.

—Nunca he podido soportar las alturas —murmuró ella—. Me dan un miedo atroz. Y esto... —echó un vistazo en dirección al agujero por donde 'Nrrc'kth había desaparecido—, esto no debería haber estado nunca ahí.

Apartó los ojos del lugar. Clive observó que sus hombros temblaban, y anheló cogerla entre sus brazos, abrazarla, consolarla. Comprendió que lo que lo retenía, al menos en parte, era el temor a lo que Chang Guafe pudiera decir. Además, tenía que pensar en cómo el grupo entero iba a afrontar la nueva situación.

Puso las manos en los hombros de Annie.

—No es culpa tuya —le susurró, preguntándose al mismo tiempo si era realmente cierto. Mantuvo las manos en ella unos momentos, impresionado por lo frágil que le pareció de súbito; luego se levantó y se acercó de nuevo al agujero.

Gram estaba ahora sentada en el suelo, apoyada en la pared de la parte más alejada de la sala. Horace y Chillido la vigilaban, uno a cada lado.

—Gram —dijo Clive con suavidad—, lo siento.

Ella no respondió. Clive se inclinó y le tocó el hombro. Pero la anciana estaba demasiado ensimismada en su dolor para responder. Estaba sentada como paralizada, con la vista fija en el vacío.

Clive dudó un momento; luego se levantó y se alejó. El dolor, fuese suyo o de Gram, era un lujo que en aquel momento no se podía permitir.

Tomás estaba sentado en cuclillas, a un metro del borde del agujero, rezando con gran devoción. Chang Guafe estaba en el mismo borde, sin parecer nada afectado por la tragedia que acababa de tener lugar, ni por el miedo a lo que debían afrontar.

—He examinado el agujero —dijo el ciborg—. Está construido de un modo fascinante. Fíjate, prueba esto. —Se agarró en el canto rocoso del agujero, extendió un tentáculo y lo pasó al otro lado del marco.

Clive, no tan seguro de su estabilidad como la criatura semimecánica, se tendió boca abajo antes de asomar la cabeza y los hombros por el agujero de borde rocoso.

Se sintió satisfecho de haber tomado aquella precaución, ya que la sensación de vértigo que le produjo contemplar directamente el océano que se desplegaba a más de mil metros más abajo podría haber bastado para hacerle repetir la caída en picado de 'Nrrc'kth. Escudriñó las aguas en busca de algún signo de la mujer, incluso a sabiendas de que era un esfuerzo completamente inútil. Nadie podía sobrevivir a tal caída. Y aunque su cuerpo hubiera quedado flotando en algún lugar del océano, sería demasiado pequeño para localizarlo desde aquella distancia.

Lo único que rompía la monotonía de aquella extensión acuática sin fin era un par de islas muy a lo lejos, hacia su derecha.

—Toca la otra cara del borde —dijo Chang Guafe—. Toca la parte de abajo.

Clive llevó un brazo a la altura de la cabeza, al mismo tiempo que la levantaba. El vértigo retornó. Hasta aquel momento, había estado tan absorbido por lo que había al otro lado de la abertura que no había observado el paso en sí mismo. La roca donde estaba tumbado pareció mucho menos sólida cuando percibió que sólo tenía unos cinco centímetros de espesor.

A una indicación del ciborg, pasó un brazo a través del agujero y lo dobló para tocar la parte inferior de la zona donde Clive estaba tendido. Y soltó una exclamación de asombro: había descubierto que no había parte inferior. Con la mano directamente bajo su pecho había esperado sentir la fría y lisa roca donde él yacía. Pero no estaba allí. Todavía lo sorprendió más el hecho de que ni él mismo estaba allí. Alargando todavía más el brazo hacia el otro lado del agujero, había tanteado hacia arriba y había

apretado la mano contra su propio pecho. Clive no había notado sino el vacío absoluto.

Con cautela, se arrastró hacia adelante y metió cabeza y hombros dentro del agujero.

La abertura por donde se asomaba aparecía como un agujero en el cielo. Mirando a izquierda y derecha sólo veía azul extendiéndose en todas direcciones; únicamente alguna nube rompía cada tanto la uniformidad.

Apoyó las manos en el borde de la abertura, se impulsó hacia arriba y se sentó; la cabeza le daba vueltas.

Horace se le acercó y se quedó en pie junto a él.

—Bien, mi comandante, ¿qué hacemos ahora?

—No lo sé, Horace. Parece que hemos llegado a un punto muerto. No se me ocurre ningún medio por el que podamos descender al siguiente nivel.

Sintió una palmada mental proveniente de Chillido. Pero, antes de que pudiera captar el mensaje que ella intentaba enviarle, unos arañazos y aullidos atrajeron su atención; provenían del túnel rocoso que comunicaba con la sala contigua.

—¡Desgracia! —gritó uno de los Finnboggs, entrando repentinamente en la sala —. ¡Gran desgracia!

El enano trató de explicar el problema, pero su dominio del idioma común de la Mazmorra era insuficiente para aquel cometido. Finnbogg I intervino y, después de una conversación que constó de breves y rápidos gruñidos, se volvió hacia Clive y dijo:

—Desgracia, cierto. El malo de N'wrbb ha llegado. Tiene muchos hombres. Quiere que le devuelvan a su mujer.

El aturdimiento pareció cernirse sobre la sala; al mismo tiempo, todos contemplaron el agujero por donde 'Nrrc'kth había desaparecido.

Siempre regresaré

¿Dónde estoy?

No era la primera vez que Sidi Bombay había formulado aquella pregunta a su amiga desconocida. En realidad, no era muy exacto decir «desconocida». Sabía que su amiga era del sexo femenino y que su nombre era L'Claar.

Aparte de esto, ella continuaba siendo un enigma... y enigmática.

Estás aquí, respondió ella, como siempre hacía cuando él pensaba la pregunta con suficiente intensidad para obligarla a responder.

Había seguido antes aquel círculo:

¿Dónde es aquí?

Donde estamos.

Era como razonar con un niño. Se sentía frustrado, pero contenía su ira, por miedo a alejar su único contacto con... ¿qué? ¿La realidad? ¿El mundo exterior? Bastaba con decir «su único contacto». Porque no había nadie más. Sólo Sidi y L'Claar.

Cuando la ola de dolor lo arrolló, ella se retiró.

Esto me entristece, le susurró en la mente cuando el dolor hubo desaparecido y pudo regresar segura. *Debería quedarme contigo. Pero no soy lo bastante fuerte. En lugar de eso, me retiro y lloro.*

Está bien..., respondió él, *si regresas.*

¡Siempre! ¡Siempre regresaré!

El pensamiento fue tan intenso que lo sorprendió.

¿Has sido abandonada alguna vez?

Lo inundó un pesar repentino y un sentimiento de pérdida agudísimo, tan agudo que le hubiera sido difícil decidirse a cambiar su recurrente dolor físico (que hasta el momento había parecido tan insoportable) por el peso que cargaba L'Claar.

¿Qué ha ocurrido?, preguntó él.

Pero ella se había ido.

Sidi lo sentía. Pero ya no se atormentaba.

Sabía que ella regresaría.

Al otro lado de la puerta

Clive se volvió hacia Finnbogg.

—¿Intentarán los Finnboggs detener a N'wrbb o lo dejarán pasar?

El jovial enano puso una expresión apenada.

—Los Finnboggs son leales. Los Finnboggs morirán antes que dejar entrar a un hombre malo en casa.

—Espero que no se tenga que llegar a eso —dijo Clive—. Pero si pueden mantener la puerta cerrada, o, todavía mejor, si pueden convencerlo de que nunca estuvimos aquí...

Finnbogg gruñó:

—Los Finnboggs nunca cuentan cuentos.

La afirmación era tan evidentemente falsa que Clive no supo qué responder. Necesitaba la ayuda de los Finnboggs. Pero no tenía tiempo de meterse en los embrollos de sus razonamientos. Antes de que pudiera responder nada, Chillido estableció contacto con él.

Mándalos cerrar la puerta y déjalo así.

Para ese entonces, Clive ya confiaba por completo en la mujer araña. Dio la orden. Cuando Finnbogg se fue corriendo por el pasillo, Clive se volvió para preguntar a Chillido qué tenía en mente.

Pero retuvo aquel pensamiento. Chillido estaba en un rincón de la cueva, encogida y apoyada en la pared. Tenía los ojos multifacéticos cerrados, y estaba tan profundamente concentrada en sus propios pensamientos que Clive temió interrumpirla.

De repente ella dio un gran salto hacia adelante. Clive soltó un grito de horror al ver que caía directamente por el agujero del suelo.

Las palabras de Chillido tintinearón en la mente de Clive con un indicio de regocijo.

No te preocupes, oh, Folliot. Tan sólo relájate y sígueme.

Al mismo tiempo que recibía las palabras vio el grueso hilo de seda que sujetaba a Chillido a la pared de la Cueva. Clive se tendió en el suelo, boca abajo, y se asomó al otro lado del agujero. Su amiga colgaba unos cinco metros más abajo, e iba cayendo muy despacio hacia el mar distante según soltaba más seda de sus hiladeras.

Clive se volvió hacia Horace.

—Vaya a buscar a Finnbogg —dijo—. Tenemos que actuar deprisa. No sabemos cuánto tiempo podrán los Finnboggs contener a N'wrbb y a sus hombres. Pero tenemos que descender antes de que puedan abrirse paso a la fuerza hasta aquí y cortar el sedal.

Horace asintió y desapareció por el pasillo. Clive echó una mirada a su alrededor.

—Usted primero, Tomás —dijo.

El marinero español lo miró asombrado.

—¿Abajo? —dijo con voz resquebrajada—. ¿Por la tela de una araña?

—Puede usted hacer eso o puede quedarse aquí y esperar a que N'wrbb le corte el gaznate —replicó Clive fríamente—. Con el tiempo que ha pasado subiendo y bajando por los aparejos de un barco, esto debería ser pan comido para usted. ¡Ahora muévase! El resto, acérquense y observen cómo lo hace.

Tomás cogió la cuerda y a gachas descendió hacia el otro lado del agujero. Hasta que Clive no vio el sedal en la mano de Tomás no se dio cuenta de que, mientras que era enormemente grueso para ser tela de araña, el hilo del cual estaba a punto de pender su vida era en realidad menos de la mitad de grueso que su dedo meñique. De pronto le pareció de una delgadez aterradoramente.

Annie levantó la vista como estupidizada.

—Clive, no puedo —susurró.

—Tienes que hacerlo.

Pero, al mismo tiempo que lo decía, sabía que ella sola nunca lograría llevar a cabo el descenso. La imagen de 'Nrrc'kth cayendo interminablemente a través del cielo pasó como un relámpago por su mente. No podía permitirse perder a nadie más del grupo de aquel modo. Y mucho menos a Annie.

Miró a su alrededor. Sólo había tres entre ellos a quienes consideraba lo bastante fuertes para llevarla a cuestras con seguridad durante tanto tiempo. Pero Chillido ya se había ido. Y Finnbogg, a pasar de lo poderoso que era, no sería capaz de sostener a Annie y apañárselas para descender: simplemente, sus brazos eran demasiado cortos.

Lo cual dejaba sólo una posibilidad. Clive se disponía a expresar la cuestión con toda la delicadeza de que era capaz, pero Chillido transmitió:

Este no es momento de diplomacias, oh, Folliot. ¡Toma el mando, o déjalo!

Clive percibió la impaciencia que latía en sus palabras y se ruborizó. Pero siguió el mensaje al pie de la letra.

—Chang Guafe —dijo tajante—, cargue a Annie. Siga a Tomás por la cuerda.

Sin mediar palabra, el ciborg se encaminó hacia Annie y le rodeó la cintura con un par de tentáculos metálicos.

—¡Clive! —gritó ella mientras el ciborg la levantaba en peso y se dirigía hacia el agujero—. ¡No puedo hacerlo!

—No tienes que hacerlo —dijo Clive—. Chang Guafe va a hacerlo por ti. Tú sólo tienes que cerrar los ojos y quedarte quieta.

Pero no podía dominar su gran miedo, y luchó para zafarse del apretón de Chang

Guafe. El ciborg se detuvo.

—Cargaré con ella —dijo—, pero no lucharé con ella. ¿Debo dejarla inconsciente, o debo abandonarla? Clive dudó sólo un segundo.

—Haga lo que sea necesario —repuso fríamente, intentando ocultar las violentas punzadas de emoción que sentía al ver los arrebatos aterrorizados de su descendiente.

—Clive, maldito hijo de...

De repente perdió los sentidos en brazos del ciborg. Estrechando los dos tentáculos que la cogían, Chang Guafe extendió un tercer tentáculo que formó una especie de lazo alrededor de la cuerda de seda de Chillido.

Para asombro de Clive, el ciborg se detuvo un instante antes de iniciar el descenso.

—Espero que nos veamos abajo —dijo con voz metálica.

Clive hizo una ligera indicación de cabeza y Chang Guafe se esfumó a través de la abertura.

Horace todavía no había regresado con Finnbogg. Aparte de Clive, en la sala sólo quedaba Gram. Continuaba sentada, encogida contra la pared, contemplando aturdida el suelo.

Clive estaba a punto de gritarle una orden, pero dudó. No supo el porqué de aquella duda, hasta que comprendió que esperaba un consejo de Chillido. Pero en aquellos momentos la mujer araña tenía una gran tarea propia que desempeñar.

¿Cuál era la mejor táctica con la doliente Gram? ¿Debía ordenar o tratar de convencer? Había poco tiempo para lo último, pero aún menos para una orden que resultara ineficaz.

Se arrodilló junto a la robusta mujer de pelo verde.

—Venga, vamos, Gram —dijo él con amabilidad—. Ahora le toca a usted descender por el agujero.

Ella ni se inmutó.

Clive le cogió la mano y tiró de ella hasta ponerla en pie.

La mujer se quedó quieta en el mismo sitio.

—Gram —la apremió—, no tenemos mucho tiempo.

Finnbogg y Horace llegaron cuando tiraba de ella hacia el agujero.

—Los Finnboggs están intentando distraerlos, mi comandante —dijo Horace—. Los retrasarán hasta que la paciencia de N'wrbb ya no aguante más, lo cual nos dará algún tiempo.

—Muy bien, sargento Smythe. ¿Por qué no bajan usted y Finnbogg ahora?

Smythe echó un vistazo a Gram y advirtió la renuencia de la mujer.

—¿Seguro que no necesita un poco de ayuda con esto, mi comandante? —Sin esperar respuesta de Clive, tomó el otro brazo de Gram y lo ayudó a arrastrarla hacia el agujero—. ¡Abajo, vieja moza! —dijo con tono jovial.

Clive se agachó para ayudar a Gram y, al mirar a sus compañeros que descendían a través del cielo, sintió un vértigo súbito. Gram agarró la cuerda con las manos, se

deslizó por el borde y se puso a seguir a los demás por el sendero de seda.

—Estoy preocupado por Gram, Horace —dijo en voz baja, cuando ella ya se encontraba unos metros más abajo.

—Yo no lo estaría, mi comandante —repuso Horace—. Puede que ahora se sienta muy triste, pero no creo que sea de las que se derrumban con facilidad. La primera vez que le falle la mano, se agarrará a la cuerda de Chillido como un bebé se agarra a la teta. No va a poder evitarlo. Está demasiado llena de vida para abandonarla así, aunque haya perdido algo muy querido. Bien, mi comandante, ¿quién es el siguiente?

En rápido orden, Finnbogg, luego Horace y por último Clive ocuparon sus puestos en la línea de descenso. Cuando estuvo a unos pocos metros por debajo del agujero, Clive levantó la cabeza. El paisaje era absolutamente de ensueño: el claro cielo azul se extendía en todas direcciones hasta donde la vista alcanzaba. La única excepción era el cuadrado de metro y medio de lado que flotaba encima de él como un hoyo en el cielo.

Apretó con fuerza la cuerda y miró directamente enfrente. Una ráfaga de viento empezó a hacerlo girar. Salvo por una nube de vez en cuando, todo lo que veían sus ojos, no importaba en qué dirección lo volteara el viento, era un azul que parecía no tener fin.

Luego dejó que la mirada descendiera por la larga cuerda blanca.

Finnbogg y Horace se encontraban inmediatamente debajo de él. Luego venía Gram. Bajaba con más lentitud de lo que Clive habría deseado, pero ya parecía más atenta. Esperaba que su actitud continuase mejorando. Estar colgando en un tramo del sedal de tela de araña, en mitad del cielo, no era precisamente una situación ideal para pensar en los problemas que surgirían si ella decidía que estaba demasiado deprimida para seguir.

Mientras los demás descendían mano tras mano, Chang Guafe se deslizaba por la cuerda. Para impedir una bajada demasiado rápida, el ciborg había extendido algún miembro mecánico desde la zona que Clive consideraba como la rodilla. La vista de la figura de Annie colgando a un lado de Chang Guafe era como un peso en el corazón de Clive.

A pocos metros bajo ellos estaba Tomás. A pesar de sus protestas sobre el miedo que lo trababa, el nervudo marinero correteaba cuerda abajo con tanta confianza que parecía que allí, colgado del cielo, se sintiese como en su casa.

Al final del largo sendero blanco, a más de treinta metros, pendía Chillido. Seguía cayendo a la par que soltaba más seda de su henchido abdomen.

«¿Hasta cuándo va a durar?», se preguntó, mirando el mar que se extendía por debajo de ella. Aún no podía ni estimar la distancia que les quedaba por recorrer.

Apoyó la cabeza en la cuerda, agradeciendo que estuviese recubierta de una sustancia pegajosa que evitaba, relativamente, que resbalase de las manos. En realidad, gran parte de sus esfuerzos parecían estar dirigidos no tanto a cogerse de la cuerda como a soltarla, a soltarla para poder continuar el descenso.

¿Va todo bien, Folliot?, preguntó Chillido.

Tan bien como cabe esperar, respondió Clive. Entonces le sorprendió cuan útil era poder comunicarse con ella, que estaba al otro extremo de la cuerda. ¡Qué instrumento tan fabuloso hubiera sido aquel contacto mental para las operaciones militares! *Y a usted ¿cómo le va la tarea?*

Tan bien como cabe esperar, respondió Chillido.

Ella no pudo esconder su preocupación. Sin enmarcarla realmente en palabras, él envió una pregunta.

Es una distancia grandiosa, contestó ella. *No sé cuánto puede durar mi seda.*

Clive miró hacia abajo y tragó saliva. Pensó en 'Nrrc'kth, cuyo cuerpo había desaparecido en aquellas aguas distantes. Miró a los demás y se dio cuenta de que todos, absolutamente todos, incluso Tomás y Guafe, se habían convertido en seres muy queridos para él.

Haga lo que pueda, replicó Clive.

La respuesta de ella fue casi cortante.

¡Es lo que estoy haciendo!

Continuaron el descenso.

* * *

Clive no tenía ni la más remota idea de cuánto tiempo continuaría. De vez en cuando miraba hacia arriba para calibrar la distancia que los separaba de la abertura. Se preguntó cómo se las estarían apañando los Finnboggs con N'wrbb. ¿Habrían conseguido convencerlo de que se fuera? ¿O, aun en aquellos momentos, estaban arriesgando sus vidas para mantener la puerta cerrada a su ejército? ¿Cuánto tiempo les quedaba antes de que alguien llegase y les cortase la cuerda, enviándolos al lejano mar del fondo, en una caída en picado?

Más tarde, levantó la vista y vio que alguien había cerrado la puerta. Un escalofrío le recorrió la espalda. Realmente había sido muy extraño aquel agujero en el cielo. Ahora Clive descendía por una delgada cuerda de seda que subía hacia arriba y que luego sencillamente desaparecía, como la soga de un truco hindú.

Empezó a soplar un fuerte viento. Llegaba a ráfagas, convirtiendo la cuerda en un péndulo. Clive era el punto fijo; Chillido hacía el papel de lenteja; al mirar hacia abajo Clive quedó impresionado por la trayectoria que la redonda silueta describía a través de los cielos.

Una exclamación de Gram casi le para el corazón. Miró hacia abajo y vio su robusta forma virtualmente abrazada a la cuerda.

—Ha sufrido un resbalón, mi comandante —gritó Horace—. Se cogió justo a tiempo. No creo que vuelva a ocurrirle. La vieja moza ha recibido el susto que

necesitaba.

—Tenía usted razón —dijo Clive, que comenzaba a sentirse un tanto mareado a causa del movimiento de vaivén de la cuerda. Aplicó la mejilla contra el sedal y deseó que la mandíbula le dejase de doler. Aquel descenso largo y silencioso le proporcionaba mucho tiempo para pensar en ella.

El único consuelo era que por fin podía percibir la sensación de estar avanzando, ya que la visión del mar había cambiado de una llanura vasta y casi lisa de verde azulado a una superficie agitada, rizada, con diferentes matices de color.

Los brazos y los hombros le dolían. Deseaba con desesperación poder permitirse algún descanso. Con cierto desengaño se percató de que, a pesar de que era un hombre de constitución fuerte y de que las experiencias en la Mazmorra lo habían endurecido considerablemente, parecía ser el que tenía más problemas físicos con el descenso.

Estudió las islas que había visto la primera vez que había asomado la cabeza por el agujero de la Cueva de los Finnboggs. ¿A qué distancia se encontrarían? Empezaba a preguntarse si él (o cualquiera de ellos) tendría la suficiente energía para recorrer a nado aquella distancia, si conseguían llegar sanos y salvos al mar.

—¿Todo bien, mi comandante? —preguntó Horace.

Con un sobresalto, Clive se dio cuenta de que se había dejado llevar por sus pensamientos y que al hacerlo había detenido su descenso. Horace se encontraba varios metros más abajo.

—Bastante bien, sargento Smythe —le respondió gritando.

Reemprendió el descenso una vez más. Tenía las manos doloridas y quemadas a causa del contacto constante con la seda pegajosa. Por fortuna, los calzones y las botas que le habían proporcionado en el Castillo de N'wrbb le protegían las piernas y los pies, los cuales, para sostenerse mejor, había de mantener enrollados en la cuerda. Clive agradecía en silencio a su enemigo aquel gesto amistoso, aunque se dijo que habría estado todavía más agradecido si en el atuendo hubiese incluido un par de guantes.

Estoy perdiendo fuerzas, oh, Folliot.

Como siempre que estaban mentalmente conectados, recogió no sólo el mensaje de Chillido sino también un conjunto de submensajes acerca de su condición y sensaciones. Por lo común no eran más que ruido de fondo. Ahora, no obstante, estaba impresionado por el agotamiento de la arácnida y un poco avergonzado por la excesiva preocupación por sí mismo, mientras ella se encontraba en tan mala forma.

Clive miró hacia abajo. Habían recorrido una distancia importante. Pero todavía estaban a decenas de metros por encima de las aguas.

¿Qué distancia puede recorrer aún?, preguntó él.

No lo sé. Siento que mis reservas se agotan. Pero es difícil decir si serán veinte o doscientos los metros de seda que pueda deshilvanar. Si descanso un poco, ayudará.

Entonces, descanse, contestó él.

Lo comunicaré a los demás, envió ella.

Así pues, se detuvieron allí, y allí permanecieron un tiempo. Constituían un octeto de una rara variedad, recogidos del tiempo y del espacio sólo para encontrarse reunidos colgando de una delgada cuerda de seda, una cuerda que salía de un agujero en el cielo y se alargaba dolorosamente hacia abajo, hacia un mar de apariencia interminable, en el tercer nivel de la Mazmorra.

Empezaba a oscurecer. Clive oyó un grito y comprendió que Annie había vuelto en sí. Ella soltó dos chillidos y luego se calló. Clive cerró los ojos y apoyó la frente contra la seda.

La oscuridad cayó rápidamente. Después de lo que pareció una eternidad de colgar en la negrura, Clive recibió por fin un mensaje de Chillido:

Ahora puedo continuar, oh, Folliot.

¿Podremos llegar hasta el final?, preguntó.

No lo sé; llegaré hasta donde pueda.

Entonces, no puede hacer más, replicó Clive, aunque estaba seguro de que ella ya había captado su reacción emocional, que era mucho menos serena que sus palabras.

Y así prosiguieron el lento descenso por la delgada cuerda. Comprendió que Chillido había enviado el mismo mensaje a cada miembro del grupo. Para su sorpresa, aquello lo hizo sentir ligeramente celoso. Había considerado a Chillido como su amiga particular. ¿Cuántas conversaciones mantenía con los demás de las cuales él no estaba enterado?

Pero retuvo aquel sentimiento porque sabía que si ella captaba su pregunta, la respondería casi al instante. Sin embargo, él había sido tan tajante en negarse a que ella le leyese la mente a menos que estuvieran comunicándose, que seguramente haría caso omiso de su pregunta y no respondería. Y era algo que no le quería preguntar abiertamente; parecería demasiado inseguro de sí mismo, demasiado infantil, demasiado como... ¿qué? ¿Un amante celoso? La idea era tan ridícula que soltó una estruendosa carcajada. El sonido se desvaneció en la noche.

Pero pronto fue reemplazado por otro sonido, uno que había estado aumentando poco a poco mientras descendían, tan lentamente que no pudo determinar el instante exacto en que lo empezó a oír.

Era el sonido del océano que palpitaba bajo ellos.

Y aún proseguían el descenso, hasta que Chillido volvió a establecer contacto con su mente.

Ya está, oh, Folliot. No tengo más seda en el vientre.

El oscuro mar sin huella

Intentando no prestar atención al escalofrío que le recorría el cuerpo, Clive empezó a hacer planes.

¿A qué distancia estamos del agua?, preguntó a Chillido.

No lo sé. Hace demasiado tiempo que está oscuro para que lo pueda determinar. Oigo claramente el oleaje y Tomás dice que huele el mar con tanta intensidad que lo ha puesto nostálgico. Pero, si el agua está no más lejos que la longitud de mi cuerpo o varias veces esta medida, no puedo decirlo.

¿Debemos dejarnos caer, o intentar aguantar hasta mañana por la mañana?

La respuesta de Chillido fue cargada de una desesperación sin palabras.

No tenemos el menor indicio de cuánto tiempo queda hasta la mañana. No sabemos tampoco lo que va a aguantar mi seda. No ha sido creada con el propósito de sostener a ocho personas durante horas y horas. Podría soltarse del extremo de arriba, o incluso podrían cortarla, si N'wrbb y sus hombres consiguen llegar al fondo de la Cueva por donde escapamos. Si ocurriese así, tú estarías en grave peligro, ya que al menos te encuentras treinta metros más por encima del agua que yo. Es probable que tu caída fuese fatal. Y lo mismo ocurriría con los que se encuentran cerca de ti.

Clive tembló. Aunque Chillido se encontrara a sólo tres metros de la superficie del agua, él estaba situado al menos a treinta y tres metros. Miró hacia abajo. Horace tenía que estar cerca de él, por debajo, pero no podía ver ni rastro del hombre. ¿No había luna de ningún tipo en aquel nivel de la Mazmorra?

Por fin tomó una decisión.

¡Nos dejamos caer!, transmitió a Chillido.

Lo comunicaré a los demás, respondió ella.

Clive colgaba en silencio en la oscuridad, esperando el siguiente mensaje de su aliada de siete extremidades. No pudo decir con certeza cuánto tiempo pasó antes de que las palabras crujieran en su mente.

Me lanzo ahora, oh, Folliot.

¡Buena suerte!, contestó él.

Lo mismo te deseo, respondió ella.

Y se soltó. Una ola de vértigo paralizó a Clive: comprendió que ella no había roto la conexión mental. Clive estaba compartiendo su caída. O, Dios, ¿podía durar tanto?

Luego, de improviso, la conexión se acabó, y la negrura ocupó su lugar. Oscuridad

interior, oscuridad exterior... Clive comprendió que Chillido había quedado inconsciente. Si era así, tenían que bajar a salvarla. ¡En aquel mismo momento podía estar ahogándose!

Pero ¿y si la caída era de tanta altura que todos quedaban inconscientes?

Y, aunque fuera así, ¿tenían otra alternativa, colgados en mitad de un cielo oscuro donde no había conexión real ni hacia arriba ni hacia abajo?

—¡Desciendan! —bramó—. Bajen tan aprisa como puedan. Alguien tiene que ayudar a Chillido.

Horace captó la orden y la gritó a Finnbogg, que pasó el mensaje a Gram, aunque de todas formas era posible que ésta ya hubiese oído el grito de Clive. El mensaje pasó de Gram a Guafe y de Guafe a Tomás.

Y allí se detuvo.

—No puedo —gimoteó Tomás—. Está oscuro y tengo miedo. No quiero soltarme.

La respuesta fue retransmitida a Clive, el cual empezó a bufar de cólera y desesperación. Ahora no tenía tiempo para intentar convencer con buenas palabras. Chillido estaba en apuros.

—Díganle a Chang Guafe que se deslice hasta donde está Tomás, y lo empuje hasta el final de la seda si es necesario —ordenó Clive.

El mensaje pasó de Horace a Finnbogg, y siguió cadena abajo.

Tomás lo oyó antes de que Chang Guafe empezase a moverse.

—¡No! —gritó aterrizado—. ¡No podéis hacerme esto! ¡No! ¡Nooo!

El último «no» se alargó en un grito continuo, rematado al final por una zambullida.

—¡Muévanse! —bramaba Clive—. Todos, bajen hasta el extremo de la cuerda y salten al agua. ¡Tenemos que volver a cogernos!

Él mismo empezó a descender, una vez más bajando mano tras mano a lo largo de la seda pegajosa.

Oyó otra zambullida. Debía de ser la de Chang Guafe con Annie.

Al poco rato oyó a Gram y a Finnbogg chocar contra el agua. Ahora había una ininterrumpida confusión de chapoteos y de voces. Los sonidos indicaban desesperación y Clive maldijo la oscuridad que le impedía ver cómo se las arreglaban los suyos.

—¡Nos vemos abajo, mi comandante! —dijo Horace.

Instantes después Clive llegaba al punto donde su pie perdía contacto con la seda. Mientras colgaba allí, solo, en la oscuridad, cogido únicamente con las manos en la cuerda y sin tener ni idea de la distancia que lo separaba del agua, sintió una súbita comprensión por el miedo que había inmovilizado a Tomás.

De poco servía que pudiese oír a los demás abajo. Lo que hacía tan impresionante la idea de soltarse de la cuerda era el hecho de no ver hacia qué caería.

Deseó que, como a los demás, le quedase alguien detrás, alguien que lo empujase a saltar.

Pero no había nadie.

Cerró los ojos (era ridículo, allí, en la oscuridad, pero le procuraba un cierto consuelo) y se soltó.

Ahora, mientras caía inexorablemente hacia el agua, no existía nada, sólo oscuridad a su alrededor. Su cuerpo reaccionó como si hubiese sido criado para vivir incontables milenios, ya que la carga de pánico pareció agudizar cada uno de sus sentidos y detener por completo el paso del tiempo.

A pesar de los esfuerzos para intentar caer de pie, Clive amerizó de espaldas. El impacto pareció expulsar cada partícula de aire de sus pulmones. Había tenido el tiempo justo para reflexionar que no era muy diferente del choque contra un muro de ladrillos cuando las aguas se le cerraron por encima y notó que se hundía rápidamente.

Con los pulmones vacíos, sentía unos deseos desesperados de tragar aire, pero sabía que aspirar sería fatal.

Se puso a patalear hacia arriba, pero se dio cuenta de que no podía asegurar qué dirección era hacia arriba. La oscuridad, la caída repentina y el dolor del impacto lo habían dejado totalmente desorientado. ¡Tenía que respirar!

Se obligó a detener todo movimiento, y sintió como si alguien le estrechase un cinturón alrededor del pecho.

Pero esperó. Sus pulmones estaban vacíos, de modo que debía hundirse.

Cuando por fin estuvo seguro de la dirección en que se desplazaba, echó a nadar en la dirección opuesta. Tenía una sensación terrible en la cabeza como si alguien hubiese conseguido entrar dentro de ella y desde dentro intentase abrirle boca y nariz.

¡Respira!, ordenaba su cuerpo. Pero Clive aún resistía, porque obedecer aquella orden sería fatal. Resistió y resistió y volvió a resistir hasta que repentinamente la cabeza rompió la superficie del agua y él se puso a absorber aire con grandes y sonoros jadeos.

Aire. Pero luz, aún no. ¿Dónde estaban los demás? Oyó un chapoteo a su izquierda.

—¿Horace? —llamó—. ¿Chillido?

Una gran ola lo levantó. Mareado por el movimiento, volvió a llamar. Ninguna respuesta.

¿Dónde habían ido todos? Otra ola lo levantó de nuevo: pareció que lo ascendían al cielo. ¿Había estado tan agitado el mar todo el tiempo? ¿O aquellas olas inmensas habían llegado con la oscuridad?

Pataleando en el agua describió un círculo.

—¡Finnbogg! ¡Annie! ¿Dónde estáis? ¿No hay nadie?

Ninguna respuesta.

Se volvió de nuevo y cabalgó una ola que lo lanzó a una zanja acuática.

¿Dónde estaban las islas que había visto antes? Si pudiera encontrar las islas, al menos podría intentar nadar en aquella dirección. Pero estaba totalmente

desorientado. Si echaba a nadar, tanto podía adentrarse en el océano sin huella como ir a tocar tierra.

Otra ola lo alzó. Pero, al mismo tiempo, una desesperación más aterrizadora que aquellas simples olas lo inundó. Parecía más de lo que podía soportar. Después del atormentador descenso, la pavorosa caída en picado, para acabar encontrándose solo en aquel mar oscuro y tumultuoso...

Y entonces incluso aquel pensamiento desapareció: unas manos invisibles le cogieron los pies y lo arrastraron hacia abajo.

El Pueblo del Mar

Clive despertó con el sonido de las olas chapoteando suavemente contra la arena. Permaneció unos minutos sin abrir los ojos, intentando recordar qué había ocurrido, dónde estaba.

Recordó el descenso, el pánico de encontrarse solo en el mar oscuro, el súbito terror de verse arrastrado bajo las olas por manos invisibles. Pero aquello era todo. ¿Qué había ocurrido después?

No lo podía recordar.

Se sentía entumecido y dolorido. Su mejilla estaba aplastada contra una superficie áspera. El olor de salmuera se entremezclaba con una fragancia rica, afrutada, que no podía identificar.

Abrió los ojos.

En la tenue luz, la luz de la madrugada (¿o había estado allí más tiempo del que pensaba?), pudo observar que la arena en la cual yacía era azul. Estaba tendido paralelo a la orilla, mirando al océano. Las olas que ahora se agitaban frente a él eran mucho más pequeñas que las monstruosidades en donde había caído la noche anterior. Pájaros de patas largas, con plumaje gris salpicado de rosado, avanzaban a zancadas sobre las crestas de las olas. De vez en cuando, una de las aves picoteaba en la arena con su largo y redondeado pico. Aquellas aves tenían al menos dos metros de estatura.

Movió los brazos. Su atuendo de piel estaba casi seco. Pero se había vuelto incómodamente rígido.

¿Dónde estaban los demás?

A modo de respuesta, oyó un gemido cerca. Con esfuerzo, se incorporó hasta sentarse en la arena azul; volvió la cabeza y vio a Horace, tendido en la playa, a poco más de un metro de él. Más allá del sargento se extendían los demás cuerpos.

¿Todos? Clive hizo un esfuerzo más y se puso de rodillas; empezó a contar. Todos, incluso Chillido. Entonces recordó que ella era la que más le había preocupado, pues no sabía si sobreviviría a la zambullida en el mar: su cuerpo no parecía apto para nadar. ¿O andaba por encima del agua?

Se puso en pie, aunque tambaleándose, para ir a inspeccionar cómo se encontraban los demás. Una voz proveniente de las olas lo detuvo.

—Están todos vivos.

Se volvió e intentó retener un grito de sorpresa. Un extraño personaje, parecido a un hombre, pero totalmente inhumano, había salido de las olas. El extraño que había hablado era alto, más alto incluso que los pájaros gigantes de la costa. Era difícil definir el color de su piel, ya que tenía un brillo metálico y, en la débil iluminación, parecía variar de azul a verde, y de verde a gris. El desconocido no tenía pelo. No obstante, una pequeña cresta que empezaba en el centro de su cráneo parecía recorrerle la espalda.

A pesar de que era evidente que se trataba de una criatura marina, el desconocido no era lo que Clive hubiese llamado un tritón, ya que tenía piernas, no cola. Aunque iba desnudo parecía no tener genitales; al menos, que fueran visibles. Clive presupuso que era un macho sólo por su ancho y plano pecho, sin insinuación de senos.

El hombre se hundió en el mar por un momento y luego surgió de nuevo.

—Tendrás que perdonarme —dijo—, pero no puedo respirar en el aire.

Hablaba una variante de la lengua franca que parecía dominar en todo rincón de la Mazmorra. Aunque el acento era raro, Clive comprendió el dialecto sin demasiadas dificultades. Su voz era un tanto ronca. Clive se preguntó si era debido a su uso principalmente subacuático, no aéreo.

—¿Quién es usted? —preguntó, dando un paso hacia el hombre. Al mismo tiempo percibió que la arena azul tenía un color muy semejante al del agua, con lo cual la línea en donde se encontraban mar y tierra era muy difícil de determinar.

—Me llamo... —aquí el hombre emitió un sonido chirriante con su garganta que Clive encontró imposible de reproducir. El hombre del mar sonrió—. Puedes llamarme Ka. Será más fácil, sin ser ofensivo.

La manera como pronunció «ofensivo» indicaba que el honor era un concepto muy importante para los de su especie. Clive anotó mentalmente que debía tener muy en cuenta evitar ofenderlo.

Oyó a algunos de los demás agitarse a sus espaldas.

—Tus amigos están despertando —dijo el hombre del mar—. Bien. Por eso he esperado, para asegurarme de que no sólo estaban todos vivos, sino también en buen estado.

—Pero ¿quién es usted? —preguntó Clive—. Quiero decir, sé que su nombre es Ka. ¿Pero quiénes son los de su especie? ¿Qué tienen que ver con nosotros? —Miró a su alrededor—. ¿Cómo llegamos hasta aquí?

—El Pueblo del Mar os trajo aquí, naturalmente —dijo Ka—. Os estuvimos observando durante casi todo el día de ayer mientras descendíais del cielo. Fue una visión asombrosa. Hemos visto a otros pasar a través de aquel agujero, con alas o con pequeñas máquinas que les permitían volar. Pero nadie ha bajado por una cuerda, nadie en la más distante memoria de nuestros antepasados, según el Camino Hablador.

—¿El Camino Hablador? —interrogó Clive.

Ka se hundió en el mar un momento y luego se levantó de nuevo. El agua cayó

por sus anchos hombros y por su piel de color metálico. El oleaje batía contra sus robustos muslos. El océano se extendía ilimitado detrás de él.

—El Camino Hablador guía al Pueblo del Mar consultando a nuestros antepasados acerca de lo que era, de lo que es y de lo que será. Ayer, tú y los tuyos causasteis una gran confusión al Camino Hablador.

Ka pareció casi divertido ante la idea de que el Camino Hablador se sintiera confuso.

Clive sintió una mano en su hombro. Volvió la cabeza y vio a Annie, de pie junto a él. El pelo negro, todavía mojado, se le pegaba a la cabeza formándole como un casco. Tenía sus grandes y redondos ojos negros abiertos de par en par, asombrada ante la vista de Ka. Horace se encontraba junto a ella. Ya casi todos los demás estaban en pie.

Clive se dirigió de nuevo a Ka, inseguro en cuanto al tiempo de que disponía antes de que el hombre desapareciese bajo las olas para siempre.

—¿Cómo confundimos al Camino Hablador? —preguntó.

—¡Cayendo dentro de nuestra propia casa! —respondió Ka, como si fuera la pregunta más estúpida—. Ocho individuos pataleando por encima de nuestras cabezas, a punto de morir exactamente encima de nuestra zona habitable... Algunos de los nuestros se sintieron ofendidos, ya que les pareció muy grosero. Pero el Camino Hablador decidió que no teníais culpa ni era vuestra intención ofendernos. Sólo estabais desesperados. Después de un largo debate, decidimos salvaros.

—¿Decidieron? —inquirió Clive. Ka se zambulló de nuevo en el agua. Clive esperó a que el hombre del mar emergiera para terminar su pregunta—. ¿Por qué tienen que decidir si salvan o no a alguien que se está ahogando? ¿No es algo instintivo para ustedes?

Ka negó con la cabeza y frunció el entrecejo.

—Nos relacionamos poco con los hombres de tierra firme —dijo él—. La mayor parte de ellos nos temen, aunque por ningún motivo razonable, puesto que nunca les hemos hecho daño alguno intencionadamente. Pero si uno de nosotros queda cogido en sus redes, están más predispuestos a matarnos, o a arrastrarnos hasta la costa, que es lo mismo, que a dejarnos en libertad. Por supuesto, es muy raro que alguien del Pueblo del Mar quede atrapado en una red. —Dijo lo último encolerizado, como si la idea de ser pescado fuese una gran ofensa—. No nos gusta la gente de la tierra —prosiguió—. Pero nuestros antepasados nos dicen que sois de un lugar diferente y que no nos habéis causado ningún daño. —Hizo una pausa—. También nos indican que uno de vosotros tiene que jugar un papel capital en la guerra que se desarrolla en la Mazmorra.

—¿Qué guerra? —preguntó Clive con avidez—. ¿Cuál de nosotros?

Pero Ka movió la cabeza:

—Ya he contado demasiado —dijo con voz ronca—. Nosotros no nos mezclamos en el asunto. Vienen los isleños. ¡Tengo que partir!

—¡Espere! —llamó Clive.

Pero era demasiado tarde. En vez de hundirse simplemente bajo las aguas, Ka se dio la vuelta, dio un salto describiendo un arco por encima de una ola y se zambulló en el mar azul verdoso.

Cuando emergió de nuevo a la superficie, se encontraba ya a unos veinte metros de la playa; por encima de las olas sólo aparecieron la cabeza y los hombros.

—¡Buena suerte, Folliot! —gritó.

—¡Espere! —volvió a llamar Clive—. ¿Cómo sabe mi nombre?

Pero Ka había desaparecido.

Clive se dirigió a Annie.

—Ni siquiera he tenido tiempo de darle las gracias —dijo desolado.

Ella le cogió el brazo; iba a hablar, pero antes de que hubiese pronunciado un par de palabras un tumulto a su espalda interrumpió la frase.

Dieron media vuelta: varios cientos de personas se detuvieron donde la playa terminaba y la hierba empezaba.

Pararrayos

El grupo más numeroso de aquella gente era de baja estatura; el más alto apenas llegaba al metro y medio. Pero estaban bellamente formados, como si los ideales de belleza corporal de los griegos hubiesen sido recreados en miniatura. Tenían el pelo negro, los ojos oscuros y la piel brillante, del color de una pina madura. Sólo vestían taparrabos, nada más, incluso (constató Clive con interés) las mujeres.

Repartidos entre los isleños se hallaban los tipos de anomalías que Clive había esperado encontrar en la Mazmorra: una mujer alta de piel azul, con tres pechos; una criatura altísima que se parecía más a una mantis religiosa que a un ser humano, y un ser redondo y bajo, recubierto casi por entero de piel de color lavanda. Pero el más sorprendente de todos, a los ojos de Clive (en especial porque tenía un aspecto tan anormalmente normal), era un hombre muy distinguido, de mediana edad. Tenía la piel rojiza, el pelo espeso y plateado y un imponente bigote. Vestido con el traje adecuado no habría parecido fuera de lugar en la Cámara de los Lores. Incluso le daba cierto aire de elegancia al mono blanco que vestía en aquel momento. El hombre de apariencia distinguida saludó a Clive con una inclinación de cabeza, pero no dijo nada. Los restantes se golpearon el pecho con los puños y gritaron varias veces:

—¡Ave, guerreros celestiales!

De repente, como obedeciendo a una señal preestablecida, se lanzaron hacia adelante.

Clive puso los músculos en tensión dispuesto a la batalla. Pero aquella gente sonreía. Y, riendo alegremente, levantaron a Clive y a sus amigos a hombros y se alejaron de la playa con ellos a cuestas.

Sintió que Chillido tintineaba en su mente:

Un recibimiento inesperado, oh, Folliot.

¡Inesperado, por cierto!, dijo Clive. Pero la sorpresa mayor es estar vivo en estos momentos. Dudó un instante y luego añadió: Estaba muy preocupado por usted. Temía que no sobreviviese a la caída, o a las aguas.

La respuesta telepática de ella fue más emocional que verbal.

El grupo de Clive, a hombros de los hombrecillos, subía por un sendero que serpenteaba entre muros de exuberante vegetación, compuesta principalmente por enormes helechos. A los ojos de Clive, el contraste entre los minúsculos hombres de la tribu y los helechos hacía que éstos parecieran todavía más altos de lo que eran en

realidad. El follaje estaba mojado, a causa del rocío o de la lluvia nocturna, y gotas de agua helada caían en el rostro de Clive mientras la triunfante procesión zigzagueaba cuesta arriba. Además de los helechos, había árboles altos y delgados y una gran abundancia de bejucos. De éstos colgaban grandes racimos de flores de formas rarísimas que creaban grandes manchas de color por toda la jungla. Él aire desprendía la intensa fragancia de frutas que ya había percibido en la playa. Levantó la mirada y vio que algo con alas, ni pájaro ni insecto, pasaba volando fugaz por encima de sus cabezas.

Por fin llegaron a un pueblo consistente en una agrupación circular de chozas de techo de paja. Los lugareños los dejaron en el suelo, formaron un gran círculo a su alrededor y gritaron de nuevo:

—¡Ave, guerreros celestiales!

Luego una de las mujeres avanzó hacia ellos. Como las demás, era pequeña y tenía una silueta exquisita. El pelo largo y negro le caía por los hombros como una cascada de agua negra. Su único adorno era una banda de plumas escarlatas alrededor del brazo derecho.

Empezó a hablar. Como el de la criatura marina, su idioma era una variante de la lengua común de la Mazmorra. Sin embargo, esta rama del idioma parecía estar más alejada del tronco que las demás y Clive no entendió apenas nada. Las palabras que captó, no obstante, atrajeron su interés en gran manera, ya que, tejidas entre un discurso de considerable longitud y entusiasmo, fueron repetidas muchas veces, las palabras eran rens, chaffris y el Gran Señor.

Clive se volvió hacia Annie. A diferencia de Chillido, que necesitaba un contacto físico inicial para establecer su sistema único de comunicación no hablada, Annie tenía un innato don lingüístico, don acrecentado por su conexión con el Baalbec Anueve.

—¿Podrías descifrarme lo que ha dicho? —le pidió.

Annie sonrió.

—No del todo. Pero creo que he captado el significado general. Parece que nos consideran dioses del cielo. Como Ka y su gente, ayer estuvieron observando cómo descendíamos por el hilo de Chillido, hasta que la oscuridad acabó por impedir su visión. —Bajó la voz—. Probablemente tampoco vieron nuestra caída final en el agua, porque en ese caso estarían menos impresionados. Algunos de ellos se encontraban cerca de la playa y te vieron hablando con Ka, lo cual cimentó aún más su creencia. Piensan que para tener amistad con uno del Pueblo del Mar hay que ser absolutamente extraordinario. Parecen creer que Ka y su especie son monstruos feroces. Desde su punto de vista, has sido increíblemente valiente o fuerte para hablar con uno de ellos sin apenas mostrar alteración.

Clive miró a la mujer que había hablado. La parte más alta de su cabeza apenas le llegaba a la cintura. Recordando el imponente aspecto de Ka, comprendió por qué aquel pueblo pequeño debía de temer tanto al Pueblo del Mar.

—¿Qué decía de los rens, de los chaffris y del Gran Señor? —preguntó, arrancando la mirada de los pechos bellísimamente formados de la diminuta mujer.

Annie movió la cabeza.

—No he tenido suficiente tiempo para descifrarlo.

—Quizá yo pueda ser de alguna ayuda —dijo el hombre alto de pelo plateado. Había permanecido en pie detrás de la multitud, apoyado en una choza. Al oír su voz, aquellos hombrecitos y mujercitas le dejaron paso respetuosamente.

—Mi nombre es Green —dijo el hombre, extendiendo la mano para estrechar la de Clive. Clive sintió que aquellos ojos claros y profundos penetraban en el interior de los suyos—. Tengo una casa cerca de aquí —prosiguió—. Es algo diferente de estas chozas. Creo que le gustará. —Hizo una pausa y luego añadió—: Y tengo un juego de ajedrez muy interesante. Quizá le agradaría jugar una partida conmigo.

Clive sonrió. La idea era terriblemente seductora. Parecía tan simple, tan hogareña... Se volvió a los demás.

—¿Qué dicen a esto? ¿Debemos aceptar la invitación del señor Green?

—Usted me ha interpretado mal —se apresuró a decir Green. Su voz fue agradable pero firme—: La invitación es sólo para usted, comandante Folliot.

Clive dudó. Chillido le envió un toque mental.

Creo que sería sensato aceptar, cariño mío.

Clive estaba demasiado absorto por la nueva situación para prestar mucha atención al término afectuoso con el que Chillido se había dirigido a él.

Quizá sí, respondió. Sin embargo, tengo mis temores en lo que respecta a dividir al grupo, la última vez que lo hice terminé en las catacumbas de N'wrbb y ustedes tuvieron que rescatarme.

Eso parece ser la función de gran parte del asunto, replicó Chillido.

¿Ser rescatado?, preguntó Clive algo indignado.

No. Funcionar como... como... El mensaje falló y Clive percibió la sensación como de alguien que busca la palabra precisa. Al cabo de un instante, el resto le llegó en forma de una imagen, una imagen evidentemente extraída de su propio subconsciente.

Era la imagen de un pararrayos.

De cualquier forma, continuó ella, esta invitación parece mucho más de fiar que la de N'wrbb.

Clive indicó que estaba de acuerdo y agregó que, aunque sólo fuera por curiosidad, habría acabado por aceptar la invitación de Green.

—¿Ocurre algo? —preguntó el hombre de mediana edad.

Clive se ruborizó y se preguntó cuánto tiempo había estado sin prestar atención a nadie mientras se comunicaba con Chillido. Estaba tan acostumbrado a mantener conversaciones privadas con la mujer araña mientras iban andando que había olvidado que los demás no estaban al corriente de sus charlas.

—Dispense —se disculpó—. Estaba considerando su invitación. —Hizo una pausa

—. Creo que aceptaré.

Horace Hamilton Smythe arqueó una ceja pero no dijo nada.

—Bien —replicó Green con aire jovial—. Creo que no se arrepentirá.

Clive puso a Horace al mando del grupo y siguió al misterioso señor Green hacia las afueras del pueblo, hacia la jungla.

Refugio Verde

Durante un tiempo, mientras andaban a través de la jungla, ni Clive ni Green hablaron. El sendero continuaba subiendo, rodeando lo que parecían ser afloramientos de basalto. Pasaron junto a algunos estanques y junto a un alto y estrecho salto de agua que golpeaba el suelo con tal fuerza que Clive pudo sentir su rociada aun a diez metros de distancia.

—Es un paraje realmente maravilloso, señor Green —dijo Clive al cabo de un rato.

—Simplemente Green —dijo el otro hombre, con una insinuación de sonrisa en su voz.

—Usted dispense...

—Mi nombre es Green. No señor Green. Simplemente Green. —No comprendo.

—No tiene que comprender nada. Yo no tengo que comprender por qué usted se llama Clive Folliot para saber que es su nombre y para complacerlo llamándolo por él. Lo mismo sucede conmigo. Mi nombre es Green, y le agradecería que lo utilizase con propiedad.

—Así será —repuso Clive, un tanto rígido—. De cualquier forma, esta isla es absolutamente encantadora..., Green.

—Me alegro de que opine así. Por eso elegí retirarme aquí. Espero que dure. Tondano es uno de los pocos lugares que la guerra no ha afectado.

—¿La guerra? —preguntó Clive.

—Ah, helo aquí —anunció Green, haciendo caso omiso de la pregunta de Clive, tal como si nunca se hubiera formulado—. Mi hogar. «Refugio Verde^[6]», como me gusta llamarlo.

Clive lo contempló y vio que era un hogar precioso. Desde que habían entrado en la Mazmorra había visto muchas cosas sorprendentes, pero la mayoría de ellas desagradables. Exceptuando las mujeres, en ninguna parte había visto algo tan cautivante y encantador como el Refugio Verde.

La construcción tenía varias plantas. La mayor parte era de piedra; también había mucho cristal. Una corriente de agua pasaba por el interior de la casa y saltaba por la cornisa de piedra, creando un salto de agua que rivalizaba con el que había visto en el camino. La casa parecía tan robusta como una sólida mansión inglesa, tan etérea como un castillo de los elfos. En determinados lugares parecía hundirse bajo tierra,

casi como si fuera parte del mismo terreno.

—¿Le gusta? —preguntó Green, con un orgullo más que evidente en su voz.

—Sí —dijo Clive—. Es maravilloso.

Siguieron un sendero que se desviaba del principal y que los llevó a una puerta construida con una madera oscura y esculpida con intrincados dibujos geométricos. La puerta no tenía pomo, y por un momento Clive se preguntó cómo iban a entrar. Entonces Green extendió un brazo y colocó la mano en la jamba. La puerta se deslizó hacia un lado y se introdujo en la pared. Green condujo a Clive hacia el interior de la casa propiamente dicha, pero éste aún tenía la vista dirigida hacia aquella maravilla.

—Lo primero que voy a hacer es proporcionarle algunas ropas —dijo Green—. Creo que esas miserias que lleva han prestado con creces su servicio.

Clive bajó la vista hacia los atavíos de cuero que había recibido en el Castillo de N'wrbb. Ya estaban rotos y sucios al llegar a la Cueva de los Finnboggs. Ahora, además, estaban rígidos y manchados de sal.

—Se lo agradecería mucho —dijo.

Green tocó un panel y otra puerta se hizo a un lado, revelando una pequeña habitación.

—Dentro encontrará varios trajes como el que visto yo. Puede que le parezcan pequeños, pero se ensancharán hasta adaptarse a su medida. Cuando se vaya, le daré otros trajes para el resto de su grupo. —Se apoyó en el marco y se asomó por la puerta—. Aquella abertura, la de su derecha, da a una sala donde podrá bañarse si lo desea. Cuando esté listo, toque este panel y la puerta se reabrirá.

Se hizo a un lado y Clive entró en la habitación. La puerta se deslizó y se cerró tras él, lo que le causó un momentáneo sobresalto de pánico.

«Mal síntoma, amigo Folliot», dijo para sí. «Todo el que se asusta cuando se cierra una puerta ha estado en prisión más de lo que es propio de un caballero».

Buscó por toda la habitación y encontró un montón de vestidos blancos. A causa del encogimiento y de la rigidez del cuero de su atuendo, tuvo cierta dificultad para sacárselo. Sólo después de haberse despojado de sus ropas y de permanecer desnudo en el centro de la habitación se dio cuenta de lo terriblemente incómodas que se habían vuelto.

Cruzó la otra abertura que Green le había indicado y se encontró con una pequeña piscina; estaba bordeada de piedra y la alimentaba un arroyo que descendía a través de uno de los muros. Pero no logró ver por dónde desaguaba. Junto a la piscina-bañera había jabón y toallas. Lleno de agradecimiento, se sumergió en el agua caliente y burbujeante.

Cuando media hora después Clive emergió de la pequeña habitación, totalmente limpio por primera vez durante varias semanas, y vestido con un mono blanco, más cómodo de lo que nunca había llevado, Green no estaba a la vista.

Clive descendió al pequeño vestíbulo. Encontró al hombre en la primera pieza que cruzó en su camino, sentado en un cojín y contemplando con mirada absorta un gran

recipiente de cristal repleto de peces de colores.

—¡Ah, ya está listo! Venga, le enseñaré un poco la casa mientras nos dirigimos a la sala de juegos.

Las piezas de Refugio Verde eran abiertas, espaciosas y elegantes. Grandes paneles de cristal proporcionaban a algunas de ellas una sensación vaporosa que le recordaba a Clive un palacio de cristal. Otras habitaciones parecían no tener ninguna pared. La segunda habitación de esta clase daba encima de un pequeño estanque; en sus aguas quietas y claras flotaban grandes flores amarillas.

—Es maravilloso —dijo Clive—. Pero ¿qué sentido tiene una robusta puerta en la entrada de la casa si todas las habitaciones están abiertas de par en par?

Como respuesta, Green tocó un panel de la anchura de una mano en la pared, junto a la puerta. Al instante una cortina gris oscureció el estanque.

—La casa está muy bien fortificada —explicó Green—. Pero la vida aquí, en Tondano, es tan pacífica que a veces olvido mantener mis defensas preparadas. —Meneó la cabeza—. Una estupidez por mi parte.

Todas las estancias estaban decoradas con extraños artefactos, claramente importados de muchas culturas. Mientras proseguían a través de la maravillosa casa, Clive empezó a sospechar que quizás aquellos objetos de artesanía distribuidos con tanta profusión en paredes y estantes provenían también de distintos mundos. En una sala cogió un cubo de cristal de unos quince centímetros de lado; y quedó absolutamente sorprendido al observar que contenía una perfecta imagen tridimensional de sí mismo. Se sobresaltó tanto que lo soltó en el acto. Se sintió ridículo y enrojeció. Pero pronto su turbación se convirtió en recelo.

—¿Dónde obtuvo esto? —preguntó a Green.

—Lo hice yo.

—¿Por qué tiene mi imagen en su interior?

—Porque es usted quien lo ha estado sosteniendo —respondió Green—. No es más que un espejo de fantasía. Pero tiene un bonito truco: una vez que alguien lo ha cogido, la imagen continúa reflejando sus acciones al menos durante un cuarto de hora después de haberlo dejado.

Clive observó el cubo de cristal. Su imagen reflejada lo miraba, y el rostro de la imagen mostraba la sorpresa y la confusión que sentía en aquellos momentos.

—Lo que lo hace particularmente interesante —dijo Green con animación— es que no es preciso que el sujeto esté presente en la habitación para mostrar lo que está haciendo. Una cosa muy práctica para la casa, cuando se tienen niños.

—¿De dónde es usted? —preguntó Clive, colocando de nuevo el bloque en el lugar que le correspondía.

—De aquí y de allí. He viajado un poco durante mi vida.

—¿De la Tierra? —insistió Clive.

—Vamos a ver, jovencito —dijo Green con severidad—; lo he traído aquí para jugar una partida de ajedrez, no para que me interrogara. Le agradecería que cuidase

sus modales.

Giró sobre sus talones y continuó andando, esperando evidentemente que Clive lo siguiera. Pero otro objeto había atraído la atención de éste; era algo tan simple y común como exótico era el cubo.

Era una fotografía en blanco y negro, enmarcada en un marco de plata, que se apoyaba en un pedazo de piedra negra pulida. Los detalles eran distintos (el pelo era un poco más espeso y le faltaban las gruesas lentes), pero no había error posible: aquel rostro agradable y rechoncho y aquellos agradables ojos que contenían cierta malicia pertenecían al padre Timothy F. X. O'Hara, el viejo sacerdote, gran bebedor de cerveza, que había ayudado y curado a Clive hasta recobrar la salud, después de sus desventuras en la costa oriental de África.

Con gesto ansioso cogió la fotografía del lugar donde descansaba y echó a correr tras Green.

—¿Dónde la consiguió? —le preguntó.

—Es un regalo —contestó Green con suavidad—. De un viejo amigo.

—¡Pero yo conozco a ese hombre!

—No lo dudo —replicó Green—. Sin embargo, esto no le da derecho a tomarse tantas libertades con mis pertenencias. Le agradecería que la dejase allí donde la ha encontrado.

—Pero él me mintió —dijo Clive.

—Lo cual no me sorprende más que la idea de que usted lo conozca —repuso Green—. Ahora, por favor, ponga la foto donde la encontró.

Clive fijó sus ojos en los de Green. La mirada que topó con la suya fue sólida, inquebrantable, pero no sin un indicio de compasión.

Al cabo de unos instantes, se encogió de hombros y fue a colocar la fotografía en el lugar donde la había hallado.

—El padre O'Hara cuidó de mí en África, cuando sufría de agotamiento total —dijo Clive pausadamente al dirigirse hacia donde Green lo esperaba—. Fue muy bueno conmigo. Pero cuando le conté algo acerca de ciertas cosas que había visto (el círculo de estrellas, la tromba de agua), intentó convencerme de que yo estaba confundido. ¿Por qué lo haría?

—Yo no hablo por los demás —dijo Green—. Puede haber sido por simple amabilidad. Puede haber sido por algo mucho más complejo. Le sugiero que se lo pregunte usted mismo.

—¿Y cómo voy a hacerlo?

—De tiempo en tiempo pasa unos días aquí —repuso Green—. A lo mejor tiene la suerte de que venga antes de que usted se vaya. Es decir, suponiendo que tenga planeado marcharse de esta isla. —Y arqueó una de sus pobladas cejas, indicando que le estaba haciendo una pregunta.

—En efecto, tenemos intención de marcharnos de aquí, lo antes posible —dijo Clive, todavía ensimismado en la idea de que el padre O'Hara tuviera libre acceso a la

Mazmorra.

—¿Y por qué motivo se quieren ir? ¿Piensa que acaso es posible que exista otro lugar, en este rincón del infierno, sólo la mitad de agradable que la isla de Tondano?

—Estamos buscando... —pero Clive se interrumpió—. ¿Por qué lo quiere saber? —A pesar de la súbita ola de sospecha, intentó mantener calmo el tono de su voz.

Green rio.

—De veras me pregunto cuánto tiempo va a comportarse de este modo. Es usted un ingenuo, Clive Folliot. A veces aparenta ser tan joven que no parece que tenga treinta y tres años.

—¿Cómo sabe mi edad?

—Sé mucho acerca de usted —dijo Green con severidad—, y acerca de una gran cantidad de cosas que le conciernen. Por ejemplo, vea esto. Supongo que le alegrará volverlo a tener entre sus manos.

Introdujo una mano en un bolsillo de su traje de una sola pieza y sacó el negro libro de aspecto familiar.

—¡El diario de Neville! —exclamó Clive, y de improviso se sintió turbado al darse cuenta de que ni siquiera se había dado cuenta de que lo había perdido. Lo más probable era que se le hubiese caído del bolsillo la noche anterior, cuando saltó del hilo de Chillido. O quizá mientras se debatía en las aguas—. ¿Cómo llegó a sus manos? —preguntó con recelo.

Green volvió a encogerse de hombros.

—No todo el mundo en la isla tiene miedo de Ka y de los suyos. Ellos me lo dieron. Y yo se lo doy a usted en señal de confianza (algo que le sugeriría que exigiese en la Mazmorra a cualquiera que le hiciera demasiadas preguntas).

Clive sintió que se ruborizaba.

—¿Va a decirme qué es todo esto? —preguntó.

—¿Vamos a jugar al ajedrez? —replicó Green.

—Como quiera —dijo Clive con brusquedad.

Green lo condujo a otra sala, claramente diseñada para los momentos de ocio. Para entrar en ella bajaron tres peldaños de madera. Por el suelo había esparcidos grandes cojines. En el centro de la sala había una zona hundida, a la que se llegaba bajando otros tres peldaños. En el centro de esta superficie en desnivel había una gran mesa circular con el dibujo de un tablero de ajedrez impreso en la parte superior.

—¡Vive usted como un sultán! —exclamó Clive.

Green rio.

—Con un poco más de sosiego, me temo. Tener tantas mujeres me atosigaría. Pero me gusta un poco de comodidad en la vida. ¿Es usted tan espartano que le ofende?

—En absoluto —aseguró Clive—. En absoluto.

Clive observó que la zona de juego estaba alfombrada con un material que nunca había visto. Lo que a primera vista creyó ser una alfombra oriental (gruesa, suave y

lisa como la seda) estaba decorada con un dibujo que, tal como pronto advirtió, cambiaba de un modo gradual pero constante. El dibujo continuaba siendo oriental, pero los motivos y los adornos variaban sin cesar; variaban tan despacio que en realidad no podía percibir el progreso, pero tan definitivamente que, si miraba con atención, desviaba la vista unos segundos y luego volvía a mirar, podía detectar la diferencia. A veces era una alteración del color, a veces de la gradación. No obstante, a pesar de sus elementos continuamente cambiantes, el conjunto nunca quedaba desequilibrado, el dibujo no parecía perder nunca su integridad.

Estaba fascinado y habría podido seguir absorto observando el cambiante dibujo si el discreto carraspeo de Green aclarándose la garganta no hubiese llamado su atención. Éste sostenía ahora un par de cajas de madera. Extendió las manos, invitando a Clive a elegir una de las cajas.

«Casi como elegir las armas para un duelo», pensó Clive, recordando la extraña historia que el sargento Horace le había contado de su duelo en el río Mississippi.

Observó las cajas con atención, pero ambas parecían idénticas. Miró el rostro de Green, pero tampoco allí encontró ninguna pista. Decidió dejarlo a la suerte y cogió la caja más cercana a su mano derecha.

Green sonrió.

—Creo que le gustará este juego —dijo, deslizando la tapa de su propia caja y mirando las piezas de su interior. Se fue al otro lado de la mesa circular, se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas, delante de la mesa y se recostó en los cojines.

Clive tomó su puesto frente a Green y empezó a colocar las piezas.

Los peones eran muy curiosos, pero parecían perfectamente adecuados para un juego de ajedrez en la Mazmorra. Reflejaban una gran variedad de tipos físicos, la mitad vagamente humanos, la otra mitad se semejaban tanto a un hombre como un murciélago a un elefante.

Fue cuando empezó a sacar las demás piezas que los dedos de Clive se pusieron a temblar.

Primero vinieron las torres. Al sacar una de la caja, se dio cuenta con un sobresalto de que era una clara representación de la Torre Negra de Q'ooraa. Clive cerró el puño alrededor de la pieza; luego cerró los ojos: los recuerdos del primer día de su permanencia en la asombrosa estructura, excavada enteramente en una mole de basalto negro, lo sobrecogieron. La Torre Negra tenía una base anchísima, inconmensurable, y luego se extendía hacia arriba en una aguja que se estrechaba interminablemente. El recuerdo de la altura de la aguja aún le producía vértigo. Evocó su presencia hombro con hombro con Horace Hamilton Smythe y Sidi Bombay, en la gran sala de la Torre, donde se habían enfrentado a una muerte casi cierta en manos de una abigarrada horda de guerreros. Y lo más importante: su encarcelamiento bajo la Torre, donde había conocido a su tantas veces nieta, Annabelle Leigh.

Clive abrió el puño y quedó con la vista fija en la Torre que descansaba en la palma de su mano. Un momento después levantó los ojos hacia Green, con una

pregunta a flor de labios. Pero el hombre de pelo plateado estaba atareado colocando sus propios peones y mostraba a las claras que no quería que lo interrumpiesen.

Clive volvió de nuevo su atención a las piezas. Colocó las torres en el tablero; luego, al sacar los caballos, contuvo el aliento: descubrió que eran dos copias perfectas de Horace Hamilton Smythe, esculpidas en una piedra verde semejante al jade.

Los alfiles, esculpidos en ónix, representaban a Sidi Bombay. A diferencia de los caballos, no eran idénticos entre sí. Uno mostraba a Sidi como el hombre de edad avanzada que Clive conocía. La otra figura era más alta, más musculosa: tal como debía de haber sido Sidi treinta años antes.

—Ah —dijo Green—. He aquí un personaje muy conocido en ciertos círculos de la Mazmorra.

Clive levantó la cabeza. Green lo estaba mirando con expresión desafiante.

Clive aceptó el reto. Sin mediar palabra, metió la mano en la caja y sacó una de las piezas restantes.

¿Rey o reina?, se preguntó mientras la sostenía en la mano. Era la reina. Estaba tendida en su palma, boca abajo. Al hacer rodar la pieza para examinarla, soltó un grito de asombro y casi la deja caer.

La reina, esculpida en una piedra blanca desconocida, era una perfecta imitación de su madre.

La colocó en el tablero y miró la pieza restante con una mezcla de miedo y curiosidad.

¿Quién sería el rey?

Pero cuando sacó la última pieza, no encontró nada más que una simple columna, lisa y blanca; su único adorno era una corona de cinco puntas esculpida en la parte superior.

—¿Qué significa esto? —preguntó Clive, colocando la pieza en el tablero, junto a las demás.

Green le sonrió.

—Las piezas de ajedrez siempre han sido simbólicas. Están abiertas a muchas interpretaciones.

—¿Por qué me trajo usted aquí? —inquirió Clive—. ¿Para atormentarme con preguntas sin respuesta?

Green frunció el entrecejo.

—No se dé tantos humos. Tengo multitud de cosas más importantes que hacer que pensar en sistemas para torturarlo. El objetivo final de todo esto es inducirlo a pensar. Últimamente no ha reflexionado usted mucho, y si no empieza pronto a hacerlo, Clive, no va a sobrevivir a esta aventura.

La primera reacción de Clive fue de cólera. ¿Quién era aquel tipo para criticar lo que había hecho durante las últimas y peligrosas semanas? Había sobrevivido, ¿no? ¿No era un milagro? ¿Qué quería aquel hombre de él?

Pero antes de que pudiera expresar ninguno de aquellos interrogantes, Green se

inclinó hacia él. Con voz baja e intensa, susurró:

—¡Piense, Clive, piense! Aprendió a jugar al ajedrez cuando era un niño. Lo aprendió muy bien. Haga uso de lo que sabe.

Y, de repente, la cólera de Clive se encendió.

—¡Pero ya no me acuerdo de las malditas reglas! —gritó golpeando el tablero con el puño repetidas veces y con tanta fuerza que varias piezas cayeron al suelo—. ¿Cómo puedo jugar si no recuerdo las reglas?

—Regla número uno —dijo Green, con un leve indicio de compasión en su voz—, descifrar las reglas.

—¿Quiénes son los rens y los chaffris? —replicó Clive casi al instante, aferrándose a la pregunta que durante los últimos días había llegado a parecerle casi capital para el misterio de la Mazmorra.

Green hizo una pausa.

—Son dos razas antiguas —dijo al final—. Muy antiguas, muy poderosas, muy... tristes. —En la última palabra su voz se convirtió casi en un sollozo.

—¿Por qué tristes? —preguntó Clive, inclinándose hacia adelante con atención.

—Perder la cordura siempre es triste.

—¿Es usted de los rens?

Green negó con un movimiento de cabeza.

—¿De los chaffris?

De nuevo negó con la cabeza.

—Entonces, ¿qué es usted?

—Un espectador —dijo Green casi melancólico—. Sólo un inocente.

Tan ensimismados estaban ambos en su conversación que ninguno de los dos se había percatado de que Horace Hamilton Smythe había entrado a hurtadillas en la sala. Por eso tuvieron una sorpresa mayúscula cuando Horace saltó al pozo de juego y atravesó el vestido blanco e inmaculado de Green con un largo y grueso cuchillo que se hundió en su corazón.

Es tiempo de Cosecha

Flotaba, envuelto en dolor, esperando a que ella llegase. Pero cuando llegó, cuando su mente se extendió para tocar la de él, fue tímida, como si tuviese miedo de que él se enfadase. La idea lo dejó asombrado. ¿Cómo podría enfadarse con ella? Sin ella, él estaría perdido más allá de toda redención.

¿Qué ocurre, queridísima?, inquirió él, luchando para mantener sus pensamientos amables a pesar del dolor abrasador.

Ella intentó ocultar su aflicción. Pero fue inútil. Él conocía sus pensamientos y sus sentimientos demasiado bien para cualquier tipo de disimulación. Cuando ella temblaba, como ahora, era como si él sintiera el temblor en su propia piel. Era raro, considerando que estaba tan desconectado de su cuerpo que ni siquiera podía localizar sus brazos o sus piernas; éstos simplemente eran parte de la experiencia total etiquetada como dolor; y dolor era, aparte de los pensamientos compartidos con L'Claar, todo lo que existía dentro de su piel.

De súbito, se asustó. Ella era su consuelo y su refugio. Pero, cuando esta vez la mente de ella alcanzó la de él, su agitación lo afectó como algo casi físico.

No es nada, mintió ella, y él se sintió herido, porque hasta aquel momento no habían existido mentiras entre los dos.

¡No!, pensó él casi con desesperación. *Jamás me mientas. Estamos demasiado unidos. Me hace demasiado daño.*

Todo es dolor, respondió ella.

Entonces, no nos causemos más de lo necesario.

Pero decírtelo me causará dolor a mí, dijo ella.

¿Te dolerá más que guardarlo para ti sola?

Él sintió el suspiro como si fuese suyo.

Es tiempo de Cosecha, replicó ella por fin, *y temo por ti.*

¿Qué Cosecha?

La Cosecha de Almas.

¿Qué quieres decir?, preguntó él.

Pero la respuesta a aquella pregunta estaba encerrada tan lejos, a tanta profundidad, que, por más unidos que estuviesen, él no pudo alcanzarla.

Y Sidi Bombay, que durante una eternidad había creído que no le quedaba ya nada por perder excepto L'Claar, descubrió que tenía miedo por él mismo.

Regresaré, susurró ella en su mente, mientras se arrancaba de él y lo dejaba retorciéndose en las agonías del infierno en que había caído, fuera éste cual fuese.

La mente de Horace Smythe

Clive saltó por encima de la mesa de juego, que se derrumbó bajo su peso, esparciendo las misteriosas piezas de ajedrez en todas direcciones. Agarró a Horace con fuerza y lo apartó del cuerpo convulso de Green.

Horace no ofreció resistencia. Cuando Clive le arrancó el cuchillo de las manos y lo lanzó a la otra parte de la sala, simplemente parpadeó aturdido y, con una voz quejumbrosa que Clive encontró todavía más aterrorizadora que el acto de violencia que había cometido, dijo:

—¿Mi comandante?

Sin preocuparse por responder, volvió su atención hacia Green. El hombre de pelo plateado yacía de espaldas en el montón de cojines, con la respiración jadeante y la mano crispada en el pecho, en el lugar donde Horace le había clavado el cuchillo.

Clive se arrodilló con delicadeza junto al hombre mayor. Apartando la mano protectora, recibió su tercera sorpresa en menos de pocos minutos. En lugar de la masa pegajosa de sangre caliente que cabía esperar, encontró un círculo rojo, no mayor que una pequeña moneda. Si el cuchillo había penetrado efectivamente la ropa (y de eso estaba seguro), ninguna señal lo demostraba ahora. De un modo u otro, la fibra se había cerrado de nuevo, zurciendo completa y perfectamente el orificio que tenía que haber abierto el cuchillo.

«Si los seres humanos pudieran arreglarse con tanta facilidad...», pensó. Cogió una mano de Green y colocó la otra en la mejilla del malherido.

—Escúcheme —jadeó Green—, no tengo mucho tiempo.

—No morirá —dijo Clive estúpidamente.

—¡Ya sé que no voy a morir! —replicó Green, con tono cortante a pesar de la debilidad de su voz—. No llevo este maldito traje para nada. Pero, a pesar de su protección, estoy muy malherido. Pronto tendré que buscar ayuda.

—Yo iré... —dijo Clive. Miró por encima del hombro su Horace, quien ahora contemplaba sus temblorosas manos con una expresión de profundo horror.

—¡Cállese y escuche! —lo interrumpió Green, exasperado. Cerró los ojos con una mueca de dolor y su mano oprimió la de Clive—. El vestido me llevará. De hecho, ya está intentando llevarme ahora. Sólo podré resistir un minuto o dos más. Hay muchas cosas que quería contarle. No habrá tiempo. Bien, lo primero que tiene que saber es esto: no hay que culpar a su amigo por lo que acaba de suceder. Está sujeto a un

control exterior, a través de ciertos mecanismos que le fueron implantados en su cerebro. Sin duda tales mecanismos lo han ayudado a esquivar las defensas de la casa.

La voz de Green se debilitaba por momentos. Hizo un ademán a Horace:

—Venga aquí —le dijo sin fuerzas.

Horace se acercó a ellos. Clive, que estaba arrodillado junto a Green, echó un vistazo a su viejo amigo y en él vio a alguien que tenía todas las apariencias de ser un desconocido. Horace tenía el rostro ceniciento y sus ojos se habían convertido en profundos pozos de culpabilidad.

—Lo voy a absolver —dijo Green con cierto enojo— si retira esa estúpida expresión de su rostro. —Su mano apretó la de Clive una vez más—. *Escuche*. Los implantes pueden ser dominados. Tiene que permanecer alerta, siempre alerta a los extraños impulsos que parecen llegar de ninguna parte. Cuando esto ocurra sentirá una ligera jaqueca, y quizás un hormigueo en el cuero cabelludo. Concéntrese. Intercepte las órdenes que le transmiten. No es difícil, una vez que se sabe lo que está ocurriendo. La vulnerabilidad radica en la ignorancia. Por tanto, tiene que permanecer alerta. De otro modo...

Sufrió un espasmo y su mano se cerró en la de Clive como un torno mecánico.

—No tengo más tiempo —susurró.

Y Clive observó, sin poder hacer nada para evitarlo, cómo se desvanecía en el aire. Le recordó al hombre de los sótanos del Castillo de N'wrbb, el que se encontraba en lo que suponían que era el despacho de Neville; aquel hombre se había esfumado casi de idéntica manera. La mano de Clive se cerraba ahora alrededor del vacío.

Se quedó mirando hacia los cojines, donde aún se podía ver la huella del cuerpo de Green; en sus oídos zumbaban las últimas palabras que, entre ahogos, el hombre había conseguido pronunciar, palabras que parecían estar suspendidas en el aire incluso después de la desaparición de Green: «Usted aprendió a jugar al ajedrez por una razón».

Después de breves momentos se volvió hacia Horace.

Su viejo amigo lo miró con desolación.

—No sé lo que ocurrió, mi comandante —dijo con voz baja y quebrada—. Lo último que recuerdo es que estaba en la playa con la señorita Annie, hablando sobre si podríamos construir una balsa para continuar el viaje. Y luego me encontré de bruces en el suelo, con un cuchillo en la mano, usted abalanzado encima con un aspecto de mil demonios, y este pobre hombre pasando por lo que parecían ser los últimos momentos de su vida.

Clive suspiró y se puso en pie. El mundo parecía girar en torno de él como un torbellino. Se sentía como alguien que cree estar en pie encima de una firme roca y descubre de repente que está sobre un pozo de arenas movedizas.

Ciertamente, había recibido advertencias. La conducta de Horace desde el momento en que se había encontrado con Clive en el *Empress Philippa*, había sido, en ciertas ocasiones, de lo más misterioso. Pero en la Mazmorra había actuado con tanta

solidez que a Clive le había sido muy fácil dejarse resbalar de nuevo en la costumbre (establecida mucho tiempo atrás) de confiar en Smythe por completo. Incluso los pocos momentos en que el sargento había parecido totalmente ensimismado, contemplando el horizonte con la mirada vacía, Clive los había atribuido a su preocupación por Sidi Bombay. Ahora se preguntaba si durante aquellos momentos Horace recibía instrucciones de la misteriosa fuerza que lo había empujado a cometer aquel calamitoso acto.

Horace se puso en posición de firmes, esperando a que Clive eligiera el castigo que considerase merecido.

Pero ¿cómo podría merecer un castigo? La misma víctima había absuelto de culpa a Horace.

—¿Nueva Orleans? —dijo Clive con suavidad.

Horace comprendió la pregunta.

—No lo creo, mi comandante. Creo que ocurrió antes de eso.

—¿Una aventura que todavía no me ha relatado? —preguntó Clive.

Horace suspiró.

—Durante los períodos en que estaba de permiso, realicé ciertas actividades de las que no estaba autorizado a hablar, mi comandante. Supongo que ahora ya no tendrá mucha importancia. Quiero decir, no creo que a nadie le preocupe si hablo de ellas aquí.

—¿Por qué no se limita a la situación presente, sargento Smythe? —Dio una ojeada a los cojines—. No tengo quehaceres inmediatos. ¿Por qué no me cuenta todo lo que sabe acerca de lo que está pasando?

Apiló algunos cojines contra la pared del pozo de juego e indicó a Horace que hiciera lo mismo.

—Por mala fortuna, no hay mucho que contar, mi comandante —dijo Horace sentándose—. Bueno, hay la historia que le iba a contar, pero sólo una pequeña parte parece tener algo que ver con lo que acaba de suceder.

—¿Por qué no me cuenta la historia y deja que juzgue por mí mismo?

Horace asintió. Con voz baja, todavía temblorosa, empezó su narración.

—Era el invierno de mil ochocientos cincuenta y ocho (diez años atrás, en nuestro mundo) cuando cierta persona del gobierno, alguien para quien ya había trabajado antes, me pidió que realizase un viaje al Tíbet para recoger algunas informaciones. Parecía ser que la Corona tenía indicios de que se estaba tramando una rebelión en la India, y una de nuestras fuentes indicaba que la ofensiva principal vendría del norte.

»Bien, como ya sabe el comandante, tengo cierta habilidad en los disfraces. Empecé de chico, cuando me pasaba el día rondando por los teatros. Allí hacía algún trabajillo para los que actuaban, y ellos solían enseñarme a hacer algunos números, sólo como diversión. Buena gente, los del teatro. Me enseñaron mucho de lo suyo: un poco de música, un poco de declamación, algunas acrobacias y cosas así. Le sorprendería saber lo útil que después me ha sido en la vida.

»Sea como sea, el saber actuar y el hecho de haber aprendido algo de tibetano durante mi destino en la India algún tiempo antes, me debió de designar, supongo, como el personaje ideal para averiguar qué estaba sucediendo realmente en aquel rincón de mundo.

»Así que me dieron un pasaje y me enviaron a la India.

»A poco de llegar, me disfracé de nativo y emprendí mi camino hacia el Tíbet. No creo que sea necesario entrar en detalles ahora, mi comandante, pero fue una aventura total, se lo aseguro. La mayoría de la gente «sabe» que no muchos blancos se han adentrado tanto en el Tíbet. Pero unos pocos hemos estado allí más a menudo de lo que la gente piensa.

»Le puedo asegurar, comandante Folliot, que es un país extrañísimo. Gente extraña, idioma extraño, ideas extrañas. ¡Y aquellas montañas! En la Tierra no hay nada semejante. Se empinan hacia el cielo como si quisieran arañarlo. No soy supersticioso, mi comandante, pero una cosa puedo afirmar: si todavía queda algún dios de los antiguos por el mundo, debe de tener su escondite en aquellos parajes. Bueno, al menos es lo que creo yo.

»Bien, cuando uno intenta seguir una pista de un asunto como aquél, la regla general es simple: siga el dinero. Por lo general es mucho más fácil decirlo que hacerlo. Pero suele funcionar, y eso es lo que cuenta. Y funcionó muy bien, hasta que llegué al monasterio.

»Nada más llegar, supe que en el lugar había algo raro. Pero esto no es una sorpresa en el Tíbet; uno siempre espera que las cosas sean raras.

»Pero aquella rareza no era la habitual del Tíbet. Era algo más misterioso. Por entonces conocía lo suficiente del país como para saber que el estilo de decoración de aquel monasterio, las estatuas, los relieves en las paredes..., bien, no parecían propios de allí.

»Yo nunca me habría dirigido al monasterio si el compañero con quien viajaba no lo hubiese sugerido. Habíamos pasado muchos días a la intemperie y nos quedaba poca comida. Cuando me dijo que sabía de un sitio donde poder descansar y comprar algunas provisiones, me pareció una buena idea. Tenía mucha confianza en aquel tipo. Un pequeño *sherpa*^[7], que valía por una docena de hombres corrientes. Al menos, es lo que pensaba por aquellos días. Ahora ya no estoy tan seguro.

»Sea como fuere, no hacía mucho que estábamos en el monasterio cuando caí enfermo. Demasiado frío y demasiada mantequilla de yac, pensé. Ahora me pregunto si no era algo más, algo que aquellos monjes me pusieron en la comida. Entré en un estado febril. Casi fue como un trance, mi comandante. Oh, Dios, nunca tuve sueños como aquéllos. Toda clase de historias de criaturas espeluznantes trinchándome. Unas pesadillas que podrían llegar a matar a un hombre, no sé si me comprende.

»Cuando al final salí de aquel espantoso trance, tenía el dolor de cabeza más terrible de toda la historia de la humanidad.

»Pues bien, después de eso, sucedieron cosas muy curiosas. El sherpa y yo

permanecimos en el monasterio durante otras dos semanas, más o menos, hasta mi recuperación total. Pero después de aquella aventura, de tiempo en tiempo tengo lapsos en que pierdo la conexión con el mundo. Estoy muy tranquilo, y de repente me encuentro que ha pasado un espacio de tiempo del cual no puedo recordar nada. A veces sólo ha durado diez minutos. Una vez se prolongó durante un mes y medio, lo cual me asustó mucho, se lo aseguro.

»Y la cuestión es que nunca me sucedió estando de servicio. Me aterrorizaba la idea: me figuraba que si me llegaba a ocurrir me echarían del ejército. Durante largo tiempo pensé simplemente que estaba de suerte. Aunque luego vi que carecía de sentido: tenía demasiada suerte, ¿me comprende?

»Es curioso cómo uno puede ocultarse las cosas a sí mismo. Si hubiera pensado en ello con atención, seguramente habría descubierto de qué se trataba. Pero no quería pensar en ello, ¿comprende? Además, yo había mejorado algo después de lo sucedido. Quiero decir, sabía hacer cosas que eran nuevas para mí, como tocar el piano. ¡Oh, sabía tocar el piano a la perfección! Y aprendí a tocar Mendelsohn y otros semejantes como si nada.

»De cualquier forma, creo que eso fue lo que ocurrió. ¿Recuerda que le conté lo de Nueva Orleans, lo de mi participación en aquel duelo...? Me pregunto si no fue la primera vez que se activaron los mecanismos, o lo que sea. El círculo de estrellas en la empuñadura del revólver de Philo Goode..., bien, quizás era una especie de señal o algo así.

Horace estaba sentado con la cabeza hundida entre las manos. Tenía los dedos crispados entre su pelo, como si buscara los misteriosos implantes.

Levantó la vista hacia Clive con ojos atormentados.

—No lo sé, mi comandante —dijo—. Con lo que ahora tengo en la cabeza, quizá debería simplemente cortarme el cuello y acabar con todo.

Una serpiente en la hierba

Clive dijo con un bufido:

—Esta especie de autocompasión es tan impropia del Horace Smythe que conozco que casi me pregunto si no proviene de los implantes. ¡Deje de poner esa cara, si es que puede, venga! ¡Vamos, hombre! Green dijo que usted podía controlarlo, y va a controlarlo ahora que conoce su existencia. Además, usted y yo tenemos otras cosas que hacer. Prometí ayudarlo a encontrar a Sidi Bombay y no tengo intención de retractarme. Así que hagamos planes y pongámonos de nuevo en movimiento.

A pesar de aquellas palabras cordiales, Clive sabía que nunca podría confiar de nuevo por completo en su viejo amigo. Era una idea que implicaba mucha soledad.

Decidieron registrar la casa en busca de algo que pudiera serles útil para sus viajes. Pero, aparte de algunos productos alimenticios, los objetos que llenaban Refugio Verde eran demasiado misteriosos para ser de mucha utilidad.

Aunque Clive sólo comprendió la auténtica razón para no llevarse nada cuando regresó al pozo de juego y cogió la reina blanca que tanto se parecía a su madre. Deseaba muchísimo quedarse con aquella figura. Después de dudar unos momentos y de colocarla al fin de nuevo con cuidado en el tablero, fue consciente de que no quería tomar nada porque esperaba que Green regresase.

Se volvió hacia Horace.

—Tenemos que irnos ahora. Será mejor que veamos cómo se las apañan los demás.

Horace parecía algo nervioso.

—¿Va a contarles lo que sucedió, mi comandante?

Clive dudó. Su primer impulso fue ocultar el incidente, fingir que no había sucedido nada. Pero la banda estaba demasiado unida para aquel tipo de secretos. A largo plazo sólo crearía divisiones en el grupo. Y, además, tenían derecho a saberlo. Por desagradable que fuera el hecho, a partir de entonces viajar con Horace iba a representar cierto grado de riesgo. El hombre quizá fuese en verdad capaz de controlar cualquier orden que le comunicasen a través de los implantes de su cráneo. Pero ¿y si cometía algún error? ¿Y si, tan sólo por una vez, los rens, o los chaffris, o quien fuera que había colocado aquellos mecanismos infernales en su cabeza, conseguían enviarle una instrucción que no podía evitar cumplir? ¿Quién perdería la vida entonces?

¿Y los isleños? ¿Cómo reaccionarían ante la desaparición de Green? ¿Los acusarían, a él y a Horace, de asesinato, y los encerrarían otra vez en una cárcel?

Sin embargo, al pensar con detenimiento en ello, advirtió que Tondano no parecía un lugar donde hubiera alguna cárcel. ¿Cómo castigaban a los malhechores?

Miró a Horace.

—No vamos a decírselo a los isleños —dijo—. Al menos por ahora. Sin embargo, debemos contárselo a los nuestros.

Horace enrojeció, pero no puso ninguna objeción.

Cuando iban a salir de Refugio Verde, Clive se detuvo y decidió ir a recoger algunos vestidos blancos de la habitación en donde se había aseado. Creyó que no sería incorrecto, ya que el mismo Green había tenido la intención de proporcionarle vestidos para el resto del grupo.

—Venga aquí, Horace —dijo—. Lávese y luego pruébese uno de estos trajes.

El sargento mayor fue más rápido con sus abluciones de lo que había sido Clive, y en menos de un cuarto de hora ambos caminaban ya por el sendero que descendía de Refugio Verde, completamente limpios y vestidos con un mono blanco.

Cuando llegaron al pueblo, estaba vacío. No obstante, pudieron oír a su gente gritando y riendo un poco más allá, hacia su izquierda. Siguiendo los ruidos se abrieron camino a través de varios metros de helechos gigantes y fueron a dar ante una escena que parecía extraída del Edén.

Unas tres docenas de isleños estaban tomando un baño en lo que era básicamente una versión aumentada de la piscina en donde Clive y Horace se habían lavado. Un salto de agua, del doble de altura del que él y Green habían dejado a un lado en su camino hacia Refugio Verde, alimentaba aquella piscina comunal. El salto estaba dividido en dos partes. Primero había una caída larga y temblorosa que finalizaba en un ancho estanque formado en la roca. De aquí, el agua se derramaba por encima del borde y descendía por una pendiente a la piscina principal. Aquella gentecilla se reunía en la pendiente de roca y se dejaba deslizar por ella hasta caer en la piscina, con gran acompañamiento de gritos y risas.

Los saltos de agua estaban situados a unos ocho o diez metros de donde Clive y Horace se habían detenido. La piscina debía de tener unos diez o doce metros de diámetro. Flores rosadas y amarillas salpicaban su clara superficie. En el lado opuesto a ellos, la jungla crecía en la misma orilla. En el suyo, los árboles quedaban separados del agua por una pendiente de unos cinco metros de anchura.

Las flores crecían espesas y variadas a lo largo del borde de hierba. Pequeños animales entraban y salían de la jungla, en apariencia prestando poca atención a la actividad humana. Clive apercibió un rebaño de bellísimos ciervos, de tamaño proporcionado a los pequeños isleños, y otras muchas criaturas que, aparte del hecho de que tenían cuatro patas y piel peluda, eran completamente ajenos a cualquier animal que Clive hubiese visto nunca.

La belleza de la escena estaba realzada por el hecho de que los isleños nadaban

desnudos, un espectáculo del cual Clive disfrutó con gozo hasta que se dio cuenta de que Annie estaba nadando con ellos, y en la misma condición.

—¡Annie! —gritó—. ¡Sal de allí ahora mismo! Al sonido de su voz, ella se volvió y lo saludó con la mano.

—¡Hola, Clive! ¿No es maravilloso? ¡Venga, ven!

—¡Puedes estar segura de que no! —dijo gritando—. ¡Lo que vas a hacer será salir de inmediato!

—¡No seas pelma! —replicó—. ¡Lo estoy pasando de maravilla!

Y dicho esto hundió la cabeza bajo el agua y echó a nadar hacia la orilla opuesta. Clive pudo ver su cuerpo desnudo desplazándose a través del agua clara. La visión fue deliciosamente erótica. Tragó saliva, despedazado de nuevo por las emociones contradictorias que lo asaltaban siempre que era consciente de la sensualidad de Annie. A veces deseaba no haber descubierto nunca que era su descendiente.

Sacudió la cabeza. ¡Una ignorancia de aquel tipo era lo que había causado tantos problemas a Edipo!

Dudó unos momentos, sin saber si intentar sacarla a la fuerza de la piscina o alejarse de allí. La imagen de forcejear con una Annie mojada, resbaladiza, para introducirla dentro de uno de los vestidos blancos, apareció espontáneamente en su cerebro. Cerró los ojos con fuerza e intentó expulsar aquella imagen de sí.

Su inútil esfuerzo fue interrumpido por un grito.

Abrió los ojos y vio que una serpiente enorme se había deslizado en el interior de la piscina. Había enrollado dos anillos en el cuerpo de Annie e intentaba sacarla del agua y llevársela a la jungla.

La gente pequeña saltaba fuera del agua. Chillando y gritando, Annie se debatía entre los anillos de la serpiente. El pataleo de sus piernas levantaba arcos de gotas cristalinas que volaban en todas direcciones.

Sin un instante de duda, Clive echó a correr a grandes saltos hacia la orilla. El lugar donde los isleños habían amontonado sus ropas estaba a pocos pasos del agua, y Clive avistó algunos cuchillos y machetes entre las ropas tiradas. Tomó un arma en cada mano y continuó su carrera rodeando la orilla; en su furioso avance tropezó y tumbó a dos asustados isleños que se habían cruzado en su camino.

—¡Ayúdenme, estúpidos! —gruñó. Pero no tuvo tiempo de ver si alguno de ellos hacía algo diferente de huir. Clive habría preferido hacer la maniobra de aproximación al monstruo por la cabeza. Pero, para ello, habría tenido que pasar por la resbaladiza superficie rocosa y cruzar varios metros de jungla. En lugar de eso, decidió ir por la izquierda.

En mitad del recorrido por el borde de la piscina, el tupido follaje que llegaba hasta la orilla lo obligó a saltar al agua para continuar. El tiempo pareció detenerse. Sus sentidos estaban extraordinariamente alerta: registraba cualquier detalle, cualquier sonido, con mayor claridad y nitidez que de ordinario. Distinguía incluso individualmente las gotas (las que producía Annie en su lucha contra el monstruo)

que pasaban volando junto a él. Percibía cada una de las variaciones en el sonido que producía el cuerpo del animal al azotar las aguas. Ahora, el perfume de cada flor parecía más intenso.

En los pocos segundos que tardó en dar la vuelta a la piscina, logró captar una imagen más clara de la serpiente. El cuerpo del reptil era ancho como su propio tronco, y la cabeza, de la medida de su pecho. Las escamas eran rojas, verdes y pardas; la más grande era del tamaño de la palma de su mano. Era imposible determinar la verdadera longitud del animal, ya que el extremo de su cola estaba oculto en algún lugar de la jungla, a su izquierda. El cuerpo salía del follaje y se adentraba en una parte de la piscina. Todavía en el agua, daba dos vueltas al cuerpo de Annie, y de allí continuaba hasta enrollarse en un árbol; su pérfida cabeza se apoyaba en una de sus ramas. La serpiente contemplaba a Annie casi impasible, como si esperara que los esfuerzos que llevaba a cabo para liberarse (que ya eran muy débiles) cesasen.

Con un alarido, Clive se lanzó al aire. Aterrizó en el cuerpo de la serpiente. Lo cabalgó, apretándolo fuertemente con las piernas, y empezó a acuchillar al monstruo con las armas que había cogido en la orilla. La serpiente onduló su cuerpo en violentas convulsiones y se arqueó en el aire para tratar de tirar a Clive.

Él continuaba agarrándose, aunque estuvo a punto de soltarse cuando la inmensa cola azotó las aguas de la piscina. El cuerpo lo arrastró bajo el agua y lo volvió a sacar a la superficie. Clive perdió un cuchillo, apretó los dientes, estiró el brazo hacia adelante y hundió el otro cuchillo en el cuerpo ondulante. Usando el arma como asidero, empezó a avanzar por la espalda de la serpiente. El movimiento creó una doble acción: mientras Clive se deslizaba hacia adelante, el cuchillo lo hacía hacia atrás. Sangre espesa y roja empezó a brotar de los numerosos pequeños cortes que abría en la carne de la serpiente.

La cola daba latigazos a izquierda y derecha arrastrando a Clive a ras de la superficie del agua. Este continuó avanzando por su cuerpo.

De pronto se percató de que Horace se había unido a la lucha.

Clive se encontraba ahora a poca distancia de Annie. Ésta todavía estaba consciente, pero sus movimientos eran débiles y pronto quedaría inerte. Al verla, Clive se llenó de un furor renovado. Trepó un poco más; luego soltó a la serpiente, se dejó caer y nadó hacia el borde de la piscina. Después caminó hasta situarse entre Annie y la cabeza de la criatura. Se preguntó si sería venenosa, y recordó vagamente que las grandes serpientes mataban por constricción. Caminó en dirección a sus ojos.

Quizás era éste el momento más aterrador de su vida. La serpiente vio que alguien se le acercaba. Sus ojos parecían estar hechos de fuego y hielo. Abrió las mandíbulas: Clive calculó que podía tragarse de un solo bocado y sin dificultad alguna su cabeza y sus hombros.

La gran cabeza se lanzó delante, más deprisa, pensó, de lo que debería ser capaz. Clive saltó a un lado evitando por milímetros ser atrapado en sus enormes fauces.

Ahora la cabeza ondulaba frente a él, a un lado y a otro, sostenida en el aire por el

grueso y poderoso cuerpo, que se enroscaba a un árbol y luego se introducía en el agua, donde tenía a Annie abrazada por sus anillos.

La furia espontánea que lo había lanzado impetuosamente al ataque cuando vio a Annie atrapada en aquellos lazos escamosos, se había agotado. De repente, Clive sintió que su corazón palpitaba con violencia en su pecho, como si quisiese salirle por la boca.

La serpiente parecía esperar el momento preciso para asestar su golpe. Un frío terrible recorrió el cuerpo de Clive. Recordó cuentos horrorosos de serpientes que hipnotizaban a su presa. Entonces los había desdeñado como falsos. Pero aquello había sido en otro tiempo, en otro mundo. ¿Quién sabía de lo que era capaz aquella monstruosa criatura?

Sacudió la cabeza para aclararse los pensamientos. Al instante, la serpiente se lanzó hacia adelante. Si hubiese hecho diana en la cabeza de Clive habría sido su fin: simplemente se la habría metido en la boca junto con sus hombros, la habría mantenido atenzada durante el tiempo necesario para cortarle la respiración y luego habría dejado caer el cadáver o se lo habría tragado entero.

Pero Folliot se movió hacia un lado justo a tiempo para que la serpiente errase su blanco. La mandíbula inferior tocó su hombro derecho, y fue como el golpe de un ariete. Tambaleándose, entró de nuevo en el agua.

—Resista un poco más, mi comandante —dijo una voz detrás de él—. Manténgala ocupada un poco más, hasta que podamos sacar a Annie.

Miró a su izquierda y vio a Horace y a varios isleños luchando con los anillos que abrazaban a Annie.

Aquella distracción momentánea le fue casi fatal. De nuevo la serpiente lanzó la cabeza. Clive se hizo a un lado en el último instante posible y las fauces golpearon el agua como una bala de cañón. Clive se lanzó sobre su cuello. La serpiente se levantó por encima del agua y empezó a azotar con furia el aire, intentando sacarse a Clive de su lomo. Este sentía que se agitaba como un látigo en el aire, varios metros por encima de la piscina. Con ambas piernas y una mano enlazadas en el convulso cuerpo, alzó su brazo derecho y de un corte abrió el cuello de la serpiente. De la herida brotó un surtidor de sangre, que pareció rivalizar con el mismo salto de agua y tiñó la clara piscina de un escarlata profundo.

La serpiente cayó hacia adelante y golpeó el agua con un estrepitoso estruendo. Clive fue despedido de su espalda: sintió que el espasmo reflejo del inmenso cuerpo lo disparaba hacia un lado.

—¡Lo hemos conseguido, mi comandante! ¡La hemos salvado! —oyó gritar a Horace.

Y entonces Clive perdió los sentidos.



Cuando Clive volvió en sí, estaba tendido en una de las chozas del pueblo que habían visto al llegar. Annie yacía en un lecho de hojas junto a él. Todavía estaba desnuda. Clive miró su cuerpo y vio que él también lo estaba.

Rápidamente cogió una hoja y se la puso en la ingle.

Sentía dolor en una docena de puntos de su cuerpo.

Oyó un ruido. Levantó la vista y vio a una docena de isleños apiñados en el umbral de la puerta.

Cuando se dieron cuenta de que miraba en su dirección, empezaron a reír y a gritar de alegría.

Uno de ellos, una mujer anciana, se adelantó.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

Clive asintió.

—¿Dónde están mis ropas?

Ella pareció desconcertada.

—¡Mis ropas! —repitió él, alargando el brazo y tirando de un extremo de su taparrabos.

—¿Uniforme? —preguntó ella.

Clive sintió una gran excitación. Aquella palabra, tan corriente en su pasado, difícilmente podía tomar parte de la lengua franca de la Mazmorra. Ciertamente, podía provenir de muchos lugares. Sin embargo...

—¿Conoce a Neville? —inquirió él.

La mujer sonrió.

—¡Neville! —dijo radiante—. ¡Clive, Neville! ¡Grandes Señores del Cielo!

—¡Ha estado aquí! —exclamó Clive triunfante—. Después de todo, vamos detrás de la pista correcta.

—¡Vaya familia más importante la mía! —dijo Annie sarcásticamente.

Clive giró la cabeza y vio a su joven descendiente incorporada, apoyada en un codo. Sonreía, como si aquella conversación con la isleña fuese altamente divertida. Él se apresuró a apartar la mirada.

—Uniforme —repitió—. Para mí y para ella. Por favor.

—¡Uniforme! —dijo la mujer—. Traeré uniforme para el Gran Señor y para su esposa.

Annie estalló en carcajadas.

Clive se tumbó y permaneció con los ojos clavados en el techo de paja.

Pocos minutos después la mujer regresaba a la estancia con un par de trajes de tela blanca, de los que Clive y Horace habían obtenido en Refugio Verde.

—Otro uniforme de Gran Señor Folliot muy manchado de sangre —explicó ella, entregándole uno de los trajes. Dio el otro a Annie y luego se volvió de nuevo hacia él

—. Tú, uniforme. Después hablamos.

—¿Se quiere dar la vuelta, por favor? —dijo él.

La mujer pareció no comprender.

—¡Dese la vuelta! —replicó Clive, haciendo un ademán giratorio con la mano.

Annie soltó unas risitas y se levantó. Clive volvió el rostro hacia la pared.

—Me visto en un minuto, abuelito —dijo—. Luego sacaré a la señora de aquí para que te puedas vestir.

—Gracias —dijo Clive con cierta crispación. Continuaba mirando a la pared.

—¡Ya está! —dijo Annie, después de lo que pareció una eternidad—. Ahora, salgamos.

Clive esperó un momento y luego se volvió. Miró hacia la puerta. Para su alivio, vio que la multitud ya no estaba. Se preguntó si se habían ido por intercesión de Annie. A veces parecía que la chica era capaz de entender sus sentimientos, a pesar de lo mucho que podía reírse de ellos.

Mientras accionaba los extraños mecanismos que abrochaban el traje, Clive reflexionó que la primera tarea que debería emprender sería averiguar qué sabían de Neville los isleños. Agachó la cabeza para salir por la puerta y allí fuera encontró al resto de su grupo y a varias docenas de isleños; lo estaban esperando. Los isleños empezaron a vitorear con entusiasmo, golpeando el suelo con bastones y pataleando en señal de aplauso.

Clive quedó absolutamente perplejo.

Chillido fue en su ayuda.

Has realizado una gran hazaña, oh, poderoso Folliot, envió ella. El pueblo de Tondano te aclama como héroe. Te convertirás en el tema de sus leyendas.

Eso si no descubren lo que ha ocurrido también hoy, más temprano, pensó Clive sin poder contenerse. Era la brecha que ella necesitaba; Clive había abierto la puerta de la mente sólo una rendija, y ella, en un solo instante, había reunido todos los detalles del episodio de Refugio Verde.

Eso es malo, transmitió. Pero quizá no tan malo como crees. Hemos sabido que los isleños no tienen mucha relación con Green. Lo conocen como a uno que va y viene sin cesar. Están acostumbrados a su ausencia durante semanas y semanas. A lo mejor, cuando empiecen a echarlo en falta, habrá regresado ya de donde ha ido a curarse. Más tarde discutiremos el problema de Horace. Por ahora, no te preocupes, oh, Folliot. ¡Relájate y disfruta de la celebración en tu honor!

Clive decidió que era un buen consejo y respondió mentalmente con una promesa de hacer exactamente lo que ella había sugerido. El grupo se apiñó en torno a él, sonriendo y dándole palmadas afectuosas en la espalda. Incluso Chang Guafe parecía impresionado por lo que Clive había llevado a cabo, aunque opinase que la hazaña había sido un tanto «impragmática», a lo cual Annie respondió que se fuese a paseo.

Todos, excepto Chillido y el ciborg, vestían los monos blancos que les había proporcionado Green. Era tan poco común ver a todos los miembros del grupo

limpios, aseados y vestidos con ropas sin roturas, que Clive no dejaba de mirarlos absorto, intentando adecuar sus nuevos aspectos con las imágenes que tenía de ellos en su cabeza. Tomás incluso había encontrado el medio de rasurarse la mayor parte de su barba. Clive pasó los dedos por entre la suya, de color castaño, y decidió que la conservaría algún tiempo más.

—Vamos, mi comandante —dijo Horace, cogiéndolo por el brazo—. En la playa se está preparando algo que creo que puede interesarle.

Gram se situó a la derecha de Clive. Tenía un aspecto raro con su nueva vestimenta, ya que el blanco de tiza de su piel apenas contrastaba con el blanco de la tela, y el verde de su pelo destacaba con más intensidad que nunca. Parecía tremendamente impresionada por lo que Clive había realizado, y éste supo por ella lo que había ocurrido después de haber perdido los sentidos.

—Horace y los tondanos te llevaron a ti y a la chica al poblado —explicó—. Luego Mai-lo (o sea, la curandera local, la anciana que estaba contigo en la choza) os curó lo mejor que pudo. Estuviste de suerte: el traje que te dio el hombre mayor era de una tela muy resistente. Cuando Mai-lo salió nos contó que estabas muy magullado pero que casi no tenías heridas. La muchacha no tuvo tanta suerte. A pesar de que la piel de la serpiente era suave como la de un cordero, al arrastrarla por encima de las piedras y de las ramas le produjo unas heridas muy feas. Mai-lo pasó mucho tiempo untándolas con sus ungüentos para evitar la infección.

Clive no pudo evitar percatarse de que Gram se negaba a referirse a Annie por su nombre. Se preguntó si aquella mujer llegaría nunca a hacer las paces con Annie por el papel que ésta había tenido en la muerte de 'Nrrc'kth.

Horace, que también marchaba a su lado, continuó la historia.

—Una vez que usted y la señorita Annie fueron examinados, busqué a Chillido y le pedí que estableciera contacto con los demás. Luego repartí los trajes que nos llevamos de Refugio Verde. Mai-lo les dio a ustedes algo que, según dijo ella, los curaría más rápidamente, pero que los mantendría dormidos durante unas horas. Más tarde, cuando estuvimos todos aseados, nos reunimos en el poblado a esperar que saliesen de su estado de inconsciencia.

La gratitud de los tondanos conmovió a Clive, sentimiento que se transformó en asombro cuando alcanzaron la playa de arena azul y descubrió que los lugareños habían pasado toda la tarde preparando una fiesta y un banquete enormes en su honor: el principal plato del festín sería, naturalmente, la gran serpiente. Al caer la noche los tondanos empezaron a asarla en las inmensas hogueras que habían dispuesto a orillas del mar.

Al principio Clive consideró enojosa la situación, ya que estaba impaciente por continuar investigando qué sabían de Neville los isleños. Pero parecería una descortesía obligarlos a entrar en el tema mientras estaban tan ocupados en celebrar su victoria. Por fin decidió que podía esperar hasta la mañana siguiente. Aquella decisión pareció aliviar un tanto la tensión de su cuerpo. La búsqueda obsesiva de su

hermano había centrado su atención durante tanto tiempo que la idea de malgastar una noche descansando y divirtiéndose con sus amigos parecía casi inmoral.

El cielo se iba oscureciendo. Algunas hogueras, después de arder algún tiempo con gran llama, quedaron reducidas a brasas; los isleños alimentaban sin cesar las demás para que proporcionasen luz a la fiesta. La carne de la serpiente desprendía un aroma sorprendentemente sabroso mientras se asaba sobre las brasas, y el olor se mezclaba con el del océano. Clive se sentó a escuchar el oleaje: las olas avanzaban hacia la playa empujando la arena y se retiraban de nuevo hacia el mar, con un murmullo que constituía el ruido de fondo de las risas y voces de los tondanos.

Después de las recientes batallas y trabajos aquello era casi demasiado placentero para poder soportarlo.

Al cabo de un tiempo, Annie se le acercó para hablarle.

—Quería darte las gracias —dijo ella, acomodándose en la arena junto a él.

—No tiene importancia —dijo él—. Lo haría por cualquier otra descendiente.

Intentó mantener el tono ligero en su voz, pero se sentía incómodo; no sabía cómo responder a aquella joven tan estrechamente emparentada con él y sin embargo tan extraordinariamente diferente en su manera de entender el mundo. Habría sido mucho más fácil de haberse podido liberar de la imagen de su cuerpo desnudo y reluciente bajo la luz del sol, centelleante de gotas cristalinas de agua que resbalaban por su piel. Pero aquel cuadro parecía grabado en la corteza de su cráneo con un hierro candente.

—Clive...

Él se volvió. La luz de las llamas parecía capturada por sus ojos negros. ¡Qué belleza!

Annie le tocó ligeramente el brazo y le susurró:

—Somos diferentes, eso es todo.

Él asintió.

Y la fiesta continuó. Más tarde Clive pudo contemplar a Annie, que se había añadido a los tondanos, bailando alrededor de las hogueras. Ella estaba radiante, libre, sensual.

Clive deseó poder hacerlo también. Pero cuando aquellas personillas se llegaron a él y empezaron a tirarle por los brazos, suplicándole que tomara parte en su danza, rio y dijo que no sabía.

Finnbogg se le acercó y se sentó a su lado; con aquel traje blanco tenía un aspecto curiosamente civilizado.

—¿El poderoso Folliot se siente infeliz? —le preguntó.

Clive movió la cabeza negando.

—Infeliz no, Finn. Sólo confundido.

El enano asintió enérgicamente, provocando un gran balanceo en su papada.

—Finnbogg sabe lo que es eso. Finnbogg está confundido muy a menudo, puedes estar seguro.

Clive rio.

—¿Qué te preocupa, viejo amigo?

—Los demás Finnboggs. No sé lo que les ha ocurrido. No sé si están a salvo, o muertos.

Clive aplacó su risa. A pesar de lo cómico que era Finnbogg, la preocupación del ser perruno por su carnada era tan profunda y tan real como la que pudiera sentir él mismo por los suyos.

—Comprendo —dijo, reposando una mano en el hombro de Finnbogg—. Yo también he dejado a alguien en casa por quien estoy muy preocupado.

Finnbogg suspiró y contempló el océano.

Clive siguió su mirada y ésta lo llevó a pensar en Ka y en su pueblo. Se preguntó qué estaría haciendo ahora el hombre del mar. ¿Cómo sería la vida bajo el agua?

Chillido paseaba por la arena con un pedazo de carne caliente de serpiente en las mandíbulas. No llegó a establecer contacto con él pero, cuando pasó por delante, Clive percibió una agradable onda de satisfacción.

Un poco más tarde, regresó y se unió a Clive y a Finnbogg, que aún permanecían sentados en el mismo lugar. Poco a poco los demás se agruparon a su alrededor. Era bueno.

Los lugareños seguían cantando y danzando en la playa iluminada por antorchas y hogueras.

Clive se preguntó si aquel nivel de la Mazmorra tendría luna o estrellas.

Más avanzada la noche, cuando la mayoría de antorchas se habían apagado ya y las hogueras eran sólo brasas y cenizas, Clive recordó de repente un detalle de los acontecimientos matutinos en Refugio Verde.

—¡El diario! —exclamó—. El diario de Neville. Green me lo devolvió y yo lo puse en el bolsillo del otro vestido. Horace, ¿sabe si le ha ocurrido algo al diario?

—No se preocupe, mi comandante —dijo Horace, conteniendo una sonrisa—. Aquí mismo lo tengo.

Metió la mano en un bolsillo de su vestido y extrajo el familiar volumen negro.

Lo pasó a Clive, quien lo contempló unos momentos absorto antes de abrirlo. El misterio de Neville se había diluido en las celebraciones de la jornada.

Pasó las hojas del libro con avidez.

En efecto: ¡había un nuevo mensaje!

Se dirigió a la antorcha más próxima, y los demás lo siguieron. La luz era tan débil que tuvo que entrecerrar los ojos para descifrar la escritura.

—Bien, ¿qué dice? —preguntó Gram, quien parecía haber tomado afecto a Horace en el curso del día.

Clive dudó un instante, y luego leyó el mensaje en voz alta.

«Hermano:

Tu capacidad y la de tu grupo para encontrar recursos para todo continúa asombrándome.

Quizá consigamos salir de este terrible embrollo a pesar de todo.

He encontrado el camino hacia el siguiente nivel. Se llama la «Puerta del Oeste».

Si puedes llegar hasta allí, a lo mejor nos encontramos en el cuarto nivel de la Mazmorra.

Recuerda, Clive: aquí no hay nada cierto. Todo es peligro y traición. Aprende de los demás. No confíes en nadie.

Búscame y sabrás cosas asombrosas».

—¿Es todo? —preguntó Tomás.

—Es suficiente —dijo Clive—. Sabemos nuestro próximo destino. Nos dirigimos a la Puerta del Oeste.

—Está muy lejos —dijo una voz desconocida.

Clive miró hacia su izquierda. Mai-lo, la anciana que le había llevado su «uniforme», se encontraba cerca del grupo, apenas dentro del círculo de la luz de la antorcha. Su rostro expresaba tristeza.

—¿Cómo dice? —preguntó Clive.

—La Puerta del Oeste está muy lejos. Lejísimos, y hay mucho peligro. Quédate en Tondano, Folliot Matador de Serpientes. Quédate con el agua clara. Quédate con la buena comida. Quédate con la gente amable. La gente amable es feliz. Folliot será feliz. No te vayas, como el otro Señor del Cielo. No abandones a la gente.

Clive cerró los ojos un momento.

—¿Dónde está la Puerta del Oeste? —inquirió.

La anciana señaló a lo lejos, hacia el otro lado del mar.

—Lejísimos.

Clive se volvió a los demás.

—Mañana empezaremos a construir una balsa.

Volvió la cabeza y contempló la oscura silueta de la isla que surgía tras él en medio de la noche. El perfume de las flores llenó sus pulmones. Cerró los ojos y balanceó la cabeza.

—Y que Dios se apiade de nosotros —murmuró.

—Amén a esto, mi comandante —dijo Horace Hamilton Smythe, con la voz espesa por el recuerdo del terrible acto que había cometido por la mañana—. Amén a esto, ciertamente.

Intrépida Aventura

Al día siguiente, muy temprano, Clive fue en busca de Mai-lo para averiguar lo que sabía de Neville. Como fuera que Clive no tenía todavía la fluidez necesaria en el dialecto isleño de la lengua franca de la Mazmorra, pidió a Annie que lo acompañase.

—¡Neville! —repitió Mai-lo con reverencia cuando Clive mencionó el nombre de su hermano—. Gran Señor del Cielo, como Clive.

—¿Descendió del cielo igual que nosotros? —preguntó Clive.

La mujercita negó con la cabeza.

—Neville llegó en la gran máquina voladora. Con alas como *kleetah*, voló a ras del mar.

—¿Alas como qué? —interrogó Clive, volviéndose hacia Annie en busca de ayuda.

—Me has cogido en ésta, abuelito —dijo—. ¿Qué es una *kleetah*, Mai-lo?

—La *kleetah*, viene del norte, va hacia el sur. Nunca se detiene para hacer una visita.

—Bien, aquí lo tienes —dijo Annie—. Ahora ya sabes qué es una *kleetah*.

—Bien, no tiene importancia —dijo Clive—. Lo importante es Neville.

—Neville —replicó Mai-lo con reverencia.

—¿Cuánto tiempo hace que estuvo aquí? —preguntó Clive.

—Mucho antes de que Mai-lo naciera —respondió la mujer.

—¿Por qué no intentas interrogarla tú? —dijo Clive volviéndose a Annie—. No estoy teniendo mucha suerte.

Annie se sumergió en una conversación con la mujer; Clive captó fragmentos de variantes lingüísticas que ya había oído antes, durante el viaje, pero que no había asimilado realmente. De vez en cuando, Annie introducía la mano en el interior de su atuendo para ajustar el Baalbec A-nueve y murmuraba, al mismo tiempo, pequeños conjuros como «input», y «analyze».

Sin embargo, cuando finalizó se dirigió a Clive y le dijo:

—Para mí no tiene más sentido que para ti. Según lo que cuenta, la visita de Neville es una vieja leyenda que corre entre la gente de su pueblo. Llegó del cielo, realizó algunas buenas obras...

—Eso no es propio de Neville —musitó Clive.

—Venga, abuelito, no te hagas el duro. Como te iba diciendo, realizó algunas obras buenas y luego se largó.

—Bien, lo que nos faltaba —dijo Clive—; otro misterio más. Esta mañana, cuando me he levantado, no deseaba otra cosa. Vámonos. Vamos a construir una balsa.

—Yo te sigo —dijo ella.

Pero Tomás, tal como se vio después, no estaba dispuesto a seguirlo.

—Una vez ya me metí en un lío semejante —dijo cuando Clive los reunió en la playa para empezar a hacer planes—. Cuando aquel estúpido de Cristóbal Colón nos dijo que íbamos a cruzar el océano hasta llegar a las Indias, yo pensé para mis adentros: «Este hombre está loco». Pero en aquel tiempo yo no tenía nada de qué vivir. Por un sueldo, estaba dispuesto a apostar por aquella locura. Pero aquí..., aquí tenemos lo suficiente para vivir. Esta isla es buena y agradable. Vuestras mercedes no saben lo que es zarpar hacia un océano que quizá no tenga fin. Navegar, navegar y navegar, sin saber adonde se va o si se va a llegar a algún sitio. No saben lo horroroso que puede llegar a ser.

—Nadie lo va a obligar —repuso Clive, con voz cortante. El discurso de Tomás lo había molestado, en especial porque había renovado sus propias dudas acerca del plan de continuar el viaje.

¿Por qué parecía tan imposible la alternativa de quedarse a vivir pacíficamente en aquella isla, en lugar de arriesgar sus vidas en una búsqueda que probablemente resultaría inútil?

—¿Por qué no lo obligas a ir? —inquirió Gram—. De no ser por nosotros, el mequetrefe aún estaría encerrado bajo el Castillo de... —Un escalofrío le recorrió la espalda y no pudo llegar a pronunciar el nombre del hombre que había deseado a 'Nrrc'kth como su consorte—. Necesitamos a alguien que conozca el mar. Tomás es el único de aquí que tiene experiencia marinera. Así pues, ¿qué hay que discutir? El viene, tanto si quiere como si no.

Tomás se protegió detrás de Chang Guafe.

—Nadie va a obligarlo a venir —repitió Clive con firmeza—. Pero le voy a decir una cosa, Tomás. Deseo que continúe con nosotros y me sentiré muy decepcionado si no viene. Gram tiene toda la razón y usted lo sabe. Aún estaría en aquella cárcel de no ser por nosotros. Ha habido muchos puntos del camino donde hubiese encontrado la muerte, de no ser por nosotros.

—¡De no ser por vuestras mercedes, la gente me hubiera dejado en paz! —exclamó Tomás—. No nos han perseguido por toda la Mazmorra a causa de un marinerito español, Folliot. Es a vuestra merced a quien persiguen.

—¿Está usted seguro? —interrogó Clive con mordacidad—. Últimamente he llegado al convencimiento de que nadie está aquí por casualidad. Y, si esto es cierto, entonces quizá también vayan tras usted, Tomás. Quizás hayan ido tras usted todo el tiempo. ¿Quién sabe por qué en este mundo demente ocurren las cosas que ocurren?

Hizo una pausa y luego añadió:

—Además, si esto constituye toda una experiencia religiosa, como ha estado repitiendo sin cesar, ¿por qué ese empeño en quedarse aquí? ¿No debería continuar

con nosotros la peregrinación? ¿Quedarse aquí no abriría una grieta en su fe?

—¡Qué estupidez...! —musitó Tomás. Y se alejó pasando las cuentas de su rosario.

Clive tenía perfecta conciencia de que era casi imposible que Tomás cambiase de opinión en público. Así que, temporalmente, dejó la cuestión a un lado: sabía que Tomás sólo cedería por propia iniciativa, nunca obligado.

Avanzada ya la mañana, el resto del grupo empezó las tareas de construcción de la balsa. Los isleños los ayudaron en su empresa. Pero era una ayuda reticente, ya que aquella gentecilla suplicaba una y otra vez al Gran Matador de Serpientes que se quedase y bendijese a la tribu con su presencia. Por fin, el proyecto generó el suficiente interés como para atraer a los demás seres extraños, y se encontraron trabajando hombro con hombro con la mujer de tres senos y con la criatura redonda de color lavanda; el nombre de ésta era tan impronunciable que Clive se refería a ella sólo como Pelusa.

Tal como había esperado Clive, una vez que hubieron empezado a trabajar de veras en el proyecto, Tomás había sido incapaz de resistir la tentación de decirles lo que hacían mal. Poco a poco, muy despacio, había ido uniéndose a ellos y, cuando empezaron a trazar los planos para la balsa, ya estaba profundamente inmerso en el proyecto. Y ya no dijo nada más acerca de abandonar el grupo.

Clive sintió un alivio. Por más enojosa que pudiese ser la presencia de Tomás, en la siguiente etapa de su viaje sería fundamental tener a alguien a bordo con experiencia náutica.

Decidieron modelar el cuerpo del navío con troncos de los altos y delgados árboles que Clive había visto cuando los isleños lo habían llevado a costas hacia la colina de su poblado. Al principio pensó que podría atarlos con la telaraña de Chillido. Pero la mujer araña temía que un largo período de inmersión en agua salada pudiera acabar por disolverlo. De modo que decidieron utilizar bejucos de la jungla, que remojarían en una infusión aprendida de Mai-lo. Esta afirmó que el proceso daba a los bejucos más resistencia a la humedad y al desgaste; como prueba indicó una red para secar el pescado que había durado, según decía, desde que era una niña pequeña.

Chillido demostró ser muy diestra en recoger bejucos, ya que, incluso faltándole un brazo, podía trepar por los árboles más deprisa que el más ágil de los isleños. Una vez que había llegado a la cima del árbol sabía abrirse paso entre las ramas con una desenvoltura imposible en un ser humano. Con sus mandíbulas cortaba limpiamente los bejucos en su misma base. Luego, si el siguiente bejuco que necesitaba se encontraba cerca de ella, se limitaba a soltar un poco de seda y, colgada de ella, se lanzaba a través de los árboles. Era un espectáculo fascinante, y Clive nunca se cansaba de contemplar a la enorme araña volando de árbol en árbol.

Una vez cortados, los bejucos caían al suelo del bosque; allí Annie y Finnbogg los recogían para ponerlos en remojo. El hecho de trabajar codo con codo con Annie durante la mayor parte del día proporcionaba al alegre enano continuos arrebatos de

éxtasis. Pero, pasados tres días, Annie se quejó a Clive de que la compañía perpetua de Finnbogg la sacaba de quicio.

—No es que no me guste —dijo, más bien apenada—. Es sólo que tiene tantas ganas de complacerme que siempre lo tengo entre las piernas. Me recuerda a un perrito faldero que tenía mi amigo Marj de San Francisco. —Tembló—. No puedo soportar a alguien babeando todo el día junto a mí.

Clive rio.

—Intenta aguantarlo un poco más, haz un esfuerzo. Creo que le rompería el corazón si os separase ahora mismo.

Ella puso los ojos en blanco, pero durante varios días no volvió a mencionar la cuestión.

El tiempo era tan agradable que la mayoría de las noches dormían en la playa, y sólo se refugiaron en el par de chozas que les habían dispuesto los isleños en las pocas ocasiones en que cayó un tuerte chaparrón. El primero de estos aguaceros llegó sin viento: el agua pareció caer a plomo de los cielos. La segunda lluvia importante fue acompañada de unos vientos tan intensos y de un mar tan agitado que Clive empezó a preguntarse si la aventura que iban a emprender no era, después de todo, una absoluta locura.

Tuvo, sin embargo, un gran alivio al descubrir que el tercer nivel de la Mazmorra no estaba desposeído de luna o estrellas, tal como había temido al principio. En realidad, estaba dotado con un buen número de aquéllas: en algunas noches pudo contemplar tres lunas desplazándose por el cielo. La misteriosa belleza de aquel espectáculo lo hizo sentirse más lejos de casa que nunca.

Cada día abría el diario, pero no había nuevos mensajes de Neville.

Pasaban los días, y el placer del trabajo compartido parecía unir más a los ocho viajeros. Sólo Gram parecía ausente de lo que estaba haciendo. Trabajaba con mucho empeño, aportando su gran fuerza para mover los troncos que formarían el cuerpo de la balsa. De vez en cuando, se sulfuraba hasta el punto de abofetear a Tomás, y en dos o tres ocasiones se sentó junto a Horace a la hora de la comida. Pero la mayor parte del tiempo parecía encerrada en un mundo propio, un mundo dolorosamente aislado de los demás. Durante aquel tiempo no le dirigió ni una sola vez la palabra a Annie y, si su mirada se cruzaba con la muchacha, era como si estuviese mirando a través de ella.

Clive, después de dedicar alguna reflexión al tema y de comentarlo con Chillido, sugirió celebrar un pequeño funeral en memoria de 'Nrrc'kth. Gram estuvo de acuerdo, aunque sin mostrar demasiado entusiasmo. Annie pareció asustada por la idea.

La noche siguiente, todos (excepto Chang Guafe, quien consideró la idea como una «pura sensiblería») se reunieron en la playa para dar un ceremonioso adiós a 'Nrrc'kth. Annie permaneció callada. Gram contempló fijamente el agua. Finnbogg aulló y lloró durante toda la ceremonia. Cuando regresaron al lugar de la arena donde

dormían, formaban un grupo deprimido y triste.

Aquella noche Clive tuvo un sueño agitado, y se despertó de improviso al sentir que el agua le mojaba los pies. Se incorporó. La noche era oscura, pero las brasas del fuego mostraban una alta silueta que se alzaba cerca de sus pies.

Antes de que pudiera dar un grito de alarma, una voz familiar dijo:

—Traigo algo para ti.

Clive se relajó: era Ka, del Pueblo del Mar.

—Saludos, Ka —dijo Clive, y se sentó—. ¿Qué es lo que traes?

Ka se inclinó, y Clive oyó el tintineo del metal al chocar contra el suelo.

—Son los adornos que hemos conservado del cuerpo de la mujer que cayó del cielo —dijo Ka—. Cuando esta noche oí que hablabas en su memoria a orillas del agua, pensé que querrías tenerlos.

—¿Nos oíste? —preguntó Clive, con cierta turbación. La verdad era que no se había sentido completamente cómodo en el papel de portavoz del grupo en aquel cometido. Y la idea de que un desconocido hubiera estado escuchando su elogio de 'Nrrc'kth lo hizo sentir todavía más cohibido.

—Mi gente os ha estado observando —dijo Ka—. Nadie ha intentado cruzar esas aguas con un navío como el que estáis construyendo. Tenemos mucho interés por ver lo que va a ocurrir.

—¿Y esos adornos? —preguntó Clive.

—Uno de mi gente encontró el cuerpo de la mujer pocos días después de vuestra llegada.

—¿Qué ocurrió con el cuerpo?

—Nos lo comimos, como procede.

Horrorizado, Clive alargó la mano y aferró el brazo del hombre del mar.

—¿Hicieron *qué*? —siseó Clive.

—Nos lo comimos —respondió Ka, soltándose del apretón de Clive—. ¡Fue un gran honor para ella! Por lo común sólo lo hacemos con los nuestros.

Clive no pudo encontrar respuesta a aquel especialísimo comentario, el cual, por alguna razón, le hizo recordar la belleza etérea de 'Nrrc'kth mucho más vivamente de lo que lo había hecho el funeral dirigido por él mismo aquella noche. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Los quieres o no? —preguntó Ka. Su voz tenía un tono áspero, ofendido.

—Sí —dijo Clive con voz calma—. Ha sido todo un detalle por su parte traerlos.

—No tiene importancia —dijo Ka.

Por el sonido de su voz Clive adivinó que el resuello del hombre del mar estaba casi agotado; por eso no se sorprendió cuando Ka se volvió y echó a correr hacia la orilla. La oscuridad se lo tragó y sólo el rumor de un chapoteo informó a Clive de que había regresado al mar.

Clive cogió los adornos y permaneció con los ojos fijos en la negrura, intentando aclarar sus sentimientos. Lo que Ka le había contado seguía produciéndole escalofríos

de repulsión que le recorrieran el cuerpo.

Pero no habían hecho más que lo que tenían por costumbre. Y le habían devuelto los adornos.

A la mañana siguiente los entregó a Gram y le dijo que los había traído uno del Pueblo del Mar. Pero no le contó qué había ocurrido con el cuerpo de 'Nrrc'kth, aunque luego reflexionó que en su cultura quizá no lo hubieran considerado impropio. Clive anheló con intensidad un mundo en donde las cosas volvieran a tener sentido.

Gram permaneció quieta sosteniendo los adornos durante varios minutos. Luego, sin mediar palabra, se volvió y echó a correr. Durante el resto del día Clive no la vio, aunque, cuando pasó junto a una espesura de arbustos, oyó que del interior salían unos profundos sollozos de pena. Se detuvo, sin saber si debería ofrecerle el consuelo de la compañía o dejarla en su intimidad.

Al final decidió continuar su camino.

Cuando aquella noche, a la hora de la cena, Gram se unió a ellos, se mantuvo muy callada. Pero a la mañana siguiente hizo una sugerencia referente a la construcción de la balsa, la primera que había ofrecido desde que habían comenzado su trabajo, y Clive empezó a sentirse menos inquieto por ella.

Después de cenar, Clive y Annie fueron a dar una vuelta por la playa.

—Creo que ella sólo necesitaba saber con certeza que 'Nrrc'kth había muerto —dijo Annie, trepando a una roca donde se sentaban a menudo.

Clive también trepó a la roca, y se sentó junto a ella. Una bandada de aves marinas andaba por las aguas cerca de ellos. Las observaron durante un rato, en silencio, aunque Clive se dio cuenta de que su mirada se le iba continuamente hacia el lejano horizonte.

—Lo más curioso de todo —prosiguió Annie— es que saber que 'Nrrc'kth ha muerto tranquiliza a Gram, pero me deprime a mí.

—No comprendo.

—Bien, lo que me imagino es que Gram nunca estuvo convencida de la muerte de 'Nrrc'kth. Pero ahora que sabemos que alguien encontró el cadáver, se ha visto obligada a aceptarlo. Ahora ya puede dejar de esperar que reaparezca y dedicarse de nuevo a su propia vida. —Annie hizo una pausa—. Y lo cierto es que creo que yo también tenía esperanzas de que estuviera viva. Por la noche, a veces, cuando intentaba dormirme, me decía a mí misma: «Eh, fíjate, Annie, a lo mejor, después de todo no la mataste. A lo mejor sólo fuiste la causa de que se extraviara por algún tiempo. A lo mejor...».

Suspiró y apartó la vista de Clive.

—Mientras pude continuar contándome esto a mí misma, no tuve que enfrentarme a lo que había sucedido realmente. —Soltó una risa corta y amarga—. Nunca dije nada. Pero tuve la estúpida ilusión de que tal vez la encontraríamos cuando navegásemos en esta maldita balsa. Estúpida. Estúpida Annie.

De improviso empezó a temblar. Clive puso una mano titubeante en su hombro, y ella se le arrimó, apoyó la cabeza en su hombro y dio rienda suelta a las lágrimas.

* * *

Durante aquel período, Clive tuvo otra preocupación además de Annie y Gram: qué hacer con Horace Hamilton Smythe. Por fin decidió discutir el asunto con Chillido.

Los demás deben saberlo, transmitió ella, coincidiendo con la opinión inicial de Clive. Si más tarde ocurriese algo y no se lo hubieses contado, tu credibilidad caería por la borda.

Es lo que pensé, replicó Clive, ahuyentando una de las gigantescas aves marinas.

Había pedido a Chillido que lo acompañase a dar un paseo por la playa, para poder hablar en privado. Había creído que, por estar solos, habrían hablado en voz alta. Pero, sea como fuere, la comunicación mental parecía mucho más fácil.

Los que me preocupan más son Tomás y Chang Guafe, pensó Clive.

Estoy de acuerdo. Los demás enfrentarán el problema bastante bien. Pero el marinero es receloso, ya sea por naturaleza, ya por experiencia, y no le gustará esta novedad. Y el ciborg considerará muy «impráctico» el riesgo de conservar a Smythe con nosotros.

Quizá debería decírselo a todos excepto a Guafe, sugirió él.

Los secretos siempre encuentran la forma de hacerse públicos, cariño. Si no se lo cuentas, uno de los demás está destinado a cometer el desliz. Dudó un momento. Por otro lado, no es descabellado pensar que el ciborg se pueda sentir obligado a tomar alguna medida «práctica», para protegerse de esta amenaza en potencia.

Clive meditó, y luego puso las conclusiones en palabras-pensamientos.

¿Quiere decir que mataría a Horace antes que arriesgarse a las consecuencias de una obediencia a sus implantes?

No es una predicción. Pero si ocurriera no me sorprendería.

Clive tuvo una visión del ciborg lanzando a Horace por la borda de la balsa mientras los demás estaban durmiendo.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

No voy a poner al corriente del asunto a Guafe, decretó.

Como desees, oh, Folliot.

* * *

Clive se encontraba en la playa contemplando su trabajo.

«Esta balsa», pensó, «es una obra de arte».

Era temprano por la mañana. Se había despertado, como hacía a menudo, antes que los demás. Pero hoy, en vez de permanecer tumbado en la playa revisando sus planes, se había levantado y había llegado hasta allí para reflexionar.

La balsa ya estaba casi terminada. Diez metros de eslora por seis de manga, con una cabina cúbica de tres metros de lado en el centro, constituían una visión impresionante. Un mástil se elevaba desde el centro de la cabina, hasta una altura de doce metros. En su punto más elevado colgaba una barra horizontal donde se enrollaba la vela que habían fabricado las mujeres tondanas: la habían tejido con una hierba delgada y resistente que crecía al otro lado de la isla. La vela tenía cinco metros de anchura por seis y medio de altura; Clive estaba impacientísimo por verla henchida de aire. En un extremo de la balsa había un gran timón montado en un pivote. Estaba inclinado encima de la cubierta, donde permanecería hasta que la balsa flotase en aguas lo suficientemente profundas para poder ser colocado en posición vertical.

Aquella mañana aprovisionarían la balsa con fruta fresca y pescado seco. Comprobarían que los barriles, que habían construido con troncos de árboles, no tuviesen ninguna vía de agua; luego los llenarían con agua fresca y los atarían a las paredes de la cabina.

Y por último botarían la *Intrépida Aventura*, en busca de la Puerta del Oeste.

Clive sentía escalofríos de emoción sólo de pensar en ello.

—¿Estás impaciente por partir? —preguntó una voz metálica a su espalda.

Clive se volvió y vio a Chang Guafe de pie al borde de la playa. Como el ciborg apenas dormía, no era raro encontrarlo rondando en las horas más intempestivas del día o de la noche.

—Sí, estoy listo para partir —repuso Clive.

—Comparto tu objetivo —dijo Guafe—. Esta isla es satisfactoria. Podríamos estar seguros aquí, suponiendo que nadie nos busque activamente en este nivel. Pero quedan cosas por aprender. Me alegrará que nos pongamos de nuevo en movimiento.

Clive sintió un arrebató de afecto por el ciborg, aun a sabiendas de que Guafe consideraba ridículos tales sentimientos. Se preguntó si había tomado una decisión correcta al ocultarle las informaciones referentes a los implantes de Horace; luego concluyó que sí, que la decisión había sido «práctica».

Al poco rato los demás se reunieron con ellos, junto a la balsa. Algunos, Tomás en particular, sufrían de jaqueca a causa de la fiesta de despedida que los tondanos les habían organizado la noche anterior. Había sido un continuo comer, beber y bailar, y duró más de lo que Clive hubiera deseado.

Ahora todos parecían unidos por una especie de energía frenética. Sin apenas mediar palabra, empezaron las tareas finales. Trabajaron con presteza y eficacia, y las terminaron bastante antes de mediodía, mucho más pronto de lo que Clive había esperado.

Los isleños (tanto los del poblado como los «otros») se reunieron en la playa para

observar los últimos preparativos. Y los ayudaron a llenar los barriles de agua en la piscina donde Clive había acabado con la gran serpiente.

Cuando fue definitivamente evidente que no quedaba ya nada por hacer, ambos grupos quedaron en silencio.

Momentos después Mai-lo se separó de su grupo y se acercó a Clive. Este se agachó para ponerse a su altura y ella lo besó en ambas mejillas.

—Que tengas buen viaje, Gran Matador de Serpientes —dijo.

—Que Tondano tenga siempre paz —replicó él.

Se levantó y se encaminó hacia la balsa. Los demás fueron tras él. Trabajando en silencio, sacaron los tacos de madera que mantenían la balsa en la orilla y empezaron a hacerla rodar por encima de troncos, en dirección al océano. Al principio, la gran plataforma de madera se movió lentamente, pero pronto tomó velocidad, y un grito de triunfo estalló en el aire cuando la embarcación tocó el agua. Los viajeros subieron a la balsa. Los isleños se lanzaron hacia ella, empujándola a través del oleaje, y permanecieron con ellos hasta que el agua les llegó al cuello.

A una señal de Tomás, Clive y Horace desplegaron la vela. Colgó flácida unos segundos y luego se hinchó, amarillenta y tensa contra el nítido cielo azul. La balsa cogió velocidad y empezó a surcar las aguas. Los isleños gritaron vítores y aplaudieron. Clive sintió que su corazón latía con violencia por la sobrecogedora emoción de partir.

El viaje de la *Intrépida Aventura*, había empezado.

Náufrago Fred

Clive estaba sentado con los pies colgando en el agua, disfrutando de la brisa marina que jugueteaba con su pelo y su barba. Entre el viento ligero y la corriente, la balsa surcaba las aguas a toda vela. Clive oyó a sus espaldas el crepitar del pescado que se asaba en el fuego que ardía en un recipiente construido en una gran roca refractaria que los isleños les habían proporcionado. Se inclinó hacia atrás apoyándose en los codos, levantó la vista hacia el cenit y contempló la inmensa extensión del azul. Se sentía bien estando de nuevo en movimiento.

Annie fue a sentarse junto a él.

—Si no fueras tan recatado, arrumbaría este maldito traje e iría desnuda —dijo ella, tirando del vestido blanco de una sola pieza que Green les había dado.

—¿Quieres dejar de hablar de esa manera? —repuso Clive.

En aquellos momentos se sentía demasiado a gusto para querer discutir con su descendiente.

—Lo digo en serio —afirmó Annie—. Me he pasado una hora intentando cortar las perneras a esta cosa para poder broncearme un poco. Pero, simplemente, no se corta. Para empezar, es duro como una malla y, cuando consigo hacerle un agujero con el cuchillo y empiezo a cortar, la tela se cierra detrás de la hoja, como si fuera una cremallera.

—¿Una qué?

—Una cremallera. —Dudó un momento, pues no sabía cómo explicar un mecanismo tan corriente para ella—. Es una cosa corredera que usamos para mantener unidos dos pedazos de tela. Como los botones, sólo que mejor. —Suspiró—. Oh, Dios, a veces me cuesta recordar que provenimos del mismo planeta, Clive. Bueno, la cuestión es que este material no se puede cortar.

Como fuera que Clive ya estaba al corriente de ello, no sintió la necesidad de hacer otro comentario. Las notables propiedades de los vestidos blancos (su capacidad de resistencia a casi cualquier tipo de maltrato, desde el cuchillo hasta el fuego; su impermeabilidad a cualquier tipo de mancha, y, lo más sorprendente, su adecuación con relación a las temperaturas exteriores, de tal forma que vistiendo aquellos trajes nunca se sentía demasiado calor ni demasiado frío) ya habían quedado demostradas durante el período de construcción de la balsa.

—Te sienta muy bien —dijo Clive. Lo cual era cierto; sin quedarle demasiado

apretado, el mono se ajustaba a su cuerpo de un modo que acentuaba su silueta esbelta y sus agradables curvas. Su piel bronceada y su pelo negro como el azabache, bastante más largo ahora que cuando se habían encontrado por primera vez bajo la Torre Negra de Q'oorna, quedaban realzados por el contraste con la ropa blanca.

Annie soltó un bufido.

—Eres tan asquerosamente machista... —dijo. Pero su tono fue más de burla simpática que de crítica.

Estaban sentados uno junto al otro, oteando el horizonte y disfrutando del olor salado del agua. Al rato, Clive se levantó y fue a la cabina. Cuando volvió llevaba el diario de Neville y un pedazo de carbón que había sacado del fuego.

—Imaginé que podría usar todas esas páginas en blanco del principio del libro para algo —dijo cuando Annie arqueó una ceja con gesto interrogativo—. Quédate quieta, que te voy a dibujar.

Annie soltó unas risitas.

—No sabía que fueras un artista.

—En mi tiempo —replicó Clive con una severidad fingida—, todo el mundo aprendía a dibujar.

Mientras tomaba los apuntes, Clive fue recordando los sucesos acaecidos desde que habían partido de Tondano.

En aquellos ocho días, se habían detenido en tres islas. Dos eran pequeñas, agradables y sin habitantes. En la tercera isla, mayor que las dos primeras juntas, fueron recibidos por un grupo de individuos altos, de piel clara, tan amables como los tondanos. Su jefe, un hombre llamado Caral, escuchó la historia de los viajeros con verdadero interés y les aconsejó que se quedasen en la isla. Pero, cuando Clive respondió que era imposible, se limitó a encogerse de hombros y ordenó a su gente que los avituallase y los ayudase a rellenar los barriles de agua.

—Hay muchas islas entre ésta y la Puerta del Oeste —le dijo Caral a Clive—. La mayoría son buenas. Algunas tienen lugares peligrosos, o gente peligrosa. Hemos oído relatos de otros viajeros acerca de los grandes peligros que existen entre nuestra isla y la Puerta. Si son verdaderos..., ¿quién lo sabe? Ninguno de los nuestros ha estado allí. Somos felices en nuestra isla.

Clive asintió. Había oído casi el mismo discurso de Mai-lo. Y, como Mai-lo, Caral le aseguró que la corriente dominante los continuaría arrastrando hacia el oeste. Pero no pudo añadir más información acerca de cómo encontrar la Puerta. El gran temor de Clive era ahora pasar de largo el punto de transición. Ésta era la razón principal por la que se detenían en cada isla, tanto si necesitaban provisiones como si no. Tenía esperanzas de que, cuando estuviesen más cerca de la Puerta, encontrarían a alguien que les podría dar instrucciones más concretas para encontrarla.

—¿Crees que deberíamos habernos quedado en Tondano? —preguntó Annie, interrumpiendo sus pensamientos.

—A veces —dijo Clive—, durante poco rato. —Dudó; no sabía cómo explicar

aquella necesidad casi inexplicable de encontrar a un hermano que había llenado su vida con aquella confusión. Y por lo que se refería a su padre... Clive meneó la cabeza. La idea de que alguna vez saldría vivo de la Mazmorra, de que volvería a ver de nuevo a su padre, le parecía absurda. Pero, si regresaba, Clive sabía que no podría hacerlo sin el sentimiento de que había hecho lo imposible para encontrar a Neville.

En realidad, simplemente no podía regresar sin Neville. No sería capaz de soportar la fría mirada, el airado silencio, la dolorosa conciencia de que su padre lo considerase un auténtico fracaso, conciencia que lo acecharía desde cada rincón de la casa paterna, siempre que estuviera en presencia del amargado anciano.

Clive estaba recordando su última entrevista con lord Tewkesbury cuando Annie chilló y le dio un empujón hacia atrás.

—¿Qué estás...? —empezó a decir Clive. Entonces lo vio él mismo: una gran silueta negra se deslizaba hacia ellos justo por debajo de la superficie del agua. Cuando llegó a la altura de la popa de la balsa, la criatura se hundió y se dispuso a nadar bajo ellos. Clive advirtió que tenía no menos de cinco metros de largo.

—¡Atención todos! —gritó horrorizado por lo que podría ocurrir si la criatura intentaba emerger a la superficie desde la parte inferior de la balsa.

Pero una exclamación de sorpresa de Horace un momento después les notificó que la bestia había pasado por debajo de ellos sin incidentes.

—Lo siento por la brusquedad, abuelito —dijo Annie—. Aquello venía tan deprisa que no estaba segura de poder convencerte a tiempo de que sacaras los pies del agua. Tuve la impresión de que la bestia miraba los dedos de tus pies como su aperitivo de mediodía.

—Muchas gracias —dijo Clive. Echó un vistazo a sus pies y decidió que en el futuro los conservaría encima de la balsa.

Aunque aquel día mantuvieron una vigilancia estricta, la desconocida criatura no dio más señales de vida. Y, entrada ya la tarde, avistaron una isla que surgía en el horizonte. Tomás tomó el timón y, al acercarse más a la isla y divisar una bahía, puso rumbo a ésta.

Cuando atracaban la *Intrépida Aventura*, en la playa, empezaba a oscurecer. Clive dejó a Gram, Tomás y Finnbogg a cargo de la balsa y se dirigió con los demás hacia el interior de la isla, en busca de alguien que les pudiera dar informaciones acerca de la Puerta del Oeste.

Poco después de entrar en la jungla, oscureció tanto que Clive tuvo que pedir a Chang Guafe que proporcionase luz artificial. Pero antes de que el ciborg pudiese redistribuir sus componentes, un ruido los sorprendió y al instante se encontraron rodeados por antorchas. Cuando los ojos de Clive se ajustaron a la luz oscilante, pudo ver que estaban sitiados por unos cincuenta hombres, al menos. Tenían una expresión severa, y vestían hábitos de paño grueso y negro que, en los días cálidos y luminosos de aquel nivel, tenían que ser muy incómodos. Un olor de ropa sucia y de cuerpo no lavado en mucho tiempo flotaba en el aire.

Clive levantó la mano en señal de paz.

—¡Hoy! —dijo, utilizando la variante del saludo universal que parecía dominar en aquel nivel de la Mazmorra.

—Tirad las armas —respondió un hombre alto y flaco. Hablaba en una variante de la lengua franca de la Mazmorra.

Pero no tenían demasiadas armas para tirar. Chillido y Chang Guafe viajaban desarmados. Clive, Horace y Annie habían perdido las que usaban en el tercer nivel al caer del sedal de Chillido al mar; todo lo que llevaban ahora eran algunas dagas de madera que les habían regalado los tondanos. Por supuesto, estaba el Baalbec Anueve, oculto bajo la ropa de Annie. Pero sus supuestos capturadores no tenían por qué saberlo.

Horace y Annie miraron a Clive en espera de una señal. Clive dudó. Las fuerzas eran superiores en diez a uno. Por otra parte, Chillido y Chang Guafe eran unos formidables combatientes. Sin embargo, incluso si conseguían vencer a aquellos hombres vestidos de negro, su grupo sufriría seguramente graves heridas, o peor todavía. Decidió que lo mejor era esperar hasta que el número de fuerzas estuviera más a su favor.

Tiró su arma y levantó los brazos. Annie y Horace hicieron otro tanto. La arácnida levantó tres brazos, y el ciborg una variedad de tentáculos, hacia el cielo.

—Nos acompañaréis al pueblo —dijo el jefe de los isleños. El grupo de hombres se cerró en torno a Clive y sus compañeros; como armas, llevaban, ostentosamente, una variedad de espadas, cuchillos y picas. Sin más palabras, emprendieron la marcha por el sendero, conduciendo a sus cautivos.

Clive quedó perplejo. Había esperado un interrogatorio: ¿de dónde sois?, ¿por qué estáis aquí?... algo por el estilo. Aquel trato silencioso era inquietante. De nuevo se encontraba en una situación donde la única regla segura era estar siempre dispuestos a hacer lo necesario para sobrevivir. Pero esto no era base suficiente para montar una estrategia eficaz. Apretó las mandíbulas con frustración y un inmediato relámpago de dolor estalló en su cabeza: una terrible expresión de sufrimiento apareció en su rostro.

Casi al instante percibió una pregunta de Chillido.

Tengo una muela mala, respondió él. Creo que me dieron un golpe en la batalla de las catacumbas del Castillo de N'wrbb.

¿Por qué no te la arrancas y ya está?

¡No es tan fácil como parece!, transmitió él, divertido a pesar del dolor y de la situación. De cualquier forma, prosiguió, tenemos asuntos más urgentes que tratar. ¿Cómo cree que debemos actuar en el presente caso?, De repente se dio cuenta de que no la había consultado antes, cuando había decidido cómo responder a la demanda de soltar las armas. Bien, tal vez fuera bueno. No quería depender demasiado de ella. Por otra parte, siempre solía tener en cuenta sus consejos.

Sencillamente, lo que estamos haciendo, respondió ella con calma. Observa y espera.

¿Puede establecer contacto con los demás de la balsa?, preguntó.

Ella emitió una señal negativa y explicó que necesitaba más que una conexión inicial: o bien tener el receptor del mensaje a la vista o bien tener un enlace tangible con él, como por ejemplo la tela de araña que le había permitido comunicarse incluso a oscuras con Clive y los demás durante el descenso del nivel precedente.

Continuaron la marcha en silencio hasta llegar a un poblado iluminado por antorchas; el poblado consistía básicamente en casas bajas, de ladrillos de barro cocido al sol. A pesar de la profusión de antorchas, las calles estaban vacías. A Clive le sorprendió en gran manera, ya que apenas hacía una hora que había oscurecido. Mientras seguían andando observó con atención aquellas construcciones: la mayoría eran muy pequeñas y parecían utilizarse como viviendas. El estilo de las casas era más o menos parecido: no existía la variedad que habían encontrado en Go-Mar. Por fin llegaron a una plaza central rodeada por grandes edificios, mucho más elevados de los que se divisaban en cualquier otro rincón del pueblo. Uno de los edificios de la plaza desplegaba un conjunto de tres torres. La central estaba coronada con una gran equis de madera, que le daba una apariencia vagamente eclesial.

Hicieron alto en el centro de la plaza.

—¿Y ahora qué? —preguntó Clive, dirigiéndose al hombre alto y de rostro severo que parecía ser el jefe del grupo.

—¡Silencio! —siseó rabioso.

Mientras esperaban, Clive y Chillido entablaron una conversación mental en la que trataron de descifrar la naturaleza del pueblo donde se encontraban. Aunque no consiguieron resolverlo, al menos los mantuvo con la mente ocupada.

Minutos después, una campana de tono grave empezó a tañer desde una de las torres. Las puertas del edificio eclesial giraron lentamente hasta quedar abiertas de par en par y una gran cantidad de hombres y mujeres (vestidos todos como sus capturadores) empezaron a bajar despacio en fila por la escalinata. Todos desfilaban con la misma expresión severa, hasta que distinguieron a los prisioneros en el centro de la plaza. De súbito un leve murmullo corrió entre la muchedumbre. Las sonrisas comenzaron a ser evidentes. En la multitud de ojos pareció brillar la misma ávida y hambrienta luz.

Clive experimentó un temblor, y con un movimiento de cabeza mostró su acuerdo con el mensaje silencioso de Chillido:

Esto no me gusta.

La masa se apiñó alrededor de ellos, murmurando y sonriendo. Clive localizó a muchos niños entre la gente, algo que no se veía a menudo en la Mazmorra.

Por último una silueta imponente apareció en la escalinata de la «iglesia». El hombre iba vestido de negro, como los demás, aunque sus ropajes eran mucho menos voluminosos. Llevaba en la cabeza un gran sombrero de tres picos, y le rodeaba el cuello una cinta escarlata, de cuyos extremos colgaban como adorno unas largas cuentas de rosario blancas. Sostenía en su mano derecha una vara negra, que tenía

una vez y media su propia altura.

Cuando vio a los prisioneros se detuvo. Una sonrisa cruel hizo una lenta aparición en sus labios al mismo tiempo que descendía la escalinata. Clive observaba inquieto al hombre que se les acercaba.

Se detuvo ante el grupo y levantó la vara.

—¿Quién es el Señor? —preguntó. Su voz era profunda y ronca.

Clive dudó. En Tondano habían hablado del Gran Señor Neville. ¿Podría ser lo que el hombre quería que dijese?

Sea como fuere, decidió que no.

—¿Qué es la Ley? —preguntó el hombre.

Uno de nosotros debería responder, le susurró Chillido en la mente.

¿Responder qué?, replicó Clive, y, antes de que pudiera pensar en una respuesta, el hombre habló de nuevo.

—¿Cuándo es la última Cena? —preguntó.

—No sé de qué me está hablando —dijo Clive—. Tal vez si usted pudiese...

—Han fracasado —lo interrumpió el hombre de la vara—. Serán apropiados para la Festividad.

Los hombres que los habían rodeado al principio ahora se cerraban en torno a ellos y empezaban a empujarlos.

—¡Espere! —exclamó Clive—. Tiene que darnos una oportunidad. No hemos comprendido sus preguntas.

Pero el sacerdote, si lo era, había dado media vuelta y se alejaba. La multitud, alegre, comentaba en murmullos el recibimiento.

Clive y sus amigos fueron obligados a cruzar la plaza hacia el gran edificio que se erigía enfrente de la supuesta iglesia. A empujones los obligaron a subir un tramo de escaleras que daba a un par de enormes puertas de madera.

Una vez pasadas las puertas, los condujeron por un amplio vestíbulo hasta una puerta más pequeña; ésta se abrió a una escalera de caracol que bajaba a tanta profundidad que Clive perdió la cuenta de los peldaños. Las escaleras acabaron en un corto pasillo, de suelo y paredes de piedra. Un par de antorchas en cestas de alambre colgaban en la pared de cada lado.

Al final del pasillo había una puerta de hierro. Uno de los hombres se adelantó para abrirla, y con una orden brusca les indicó que entraran en la celda.

Clive dudó. Todavía los superaban en número, aunque la diferencia no era por tantos. Pero no tenían armas y, de nuevo, parecía poco probable que pudieran escapar sin graves daños. Seguía siendo mejor esperar, pensó; pero empezó a poner en duda esta decisión cuando los guardias no sólo les dijeron que entrasen sino que los empujaron por la puerta con sus lanzas y sus picas.

Clive fue el último de la fila. Y el guardia que estaba detrás de él le hincó la punta roma de su lanza en los riñones. Clive entró en la celda gruñendo y tambaleándose, y la puerta se cerró tras él con gran estrépito.

La celda estaba oscura; la única iluminación provenía de una pequeña abertura, no mayor que el puño de un hombre, centrada en la parte superior de la puerta. A requerimiento de Clive, Chang Guafe acabó el reajuste de componentes que había empezado en la selva; un momento después un resplandor emanaba del extremo de una de las siempre cambiantes series de tentáculos del ciborg y la celda se llenaba de una tenue luz.

Clive miró a su alrededor. La pieza debía de tener unos cuatro metros cuadrados y estaba vacía de mobiliario. El suelo estaba recubierto de hojas secas. Las reconoció: habían sido arrancadas de los mismos árboles con que habían construido la *Intrépida Aventura*. Pero el suave olor a especias que normalmente las hacía tan agradables era ahogado por un hedor de orina y de materia fecal. Clive tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar las náuseas.

Otro ser compartía la prisión, un hombre que yacía en un rincón, en una postura desgarbada, contemplando fijamente el techo. Aunque no se había dado cuenta de su entrada, una vez que Chang Guafe empezó a proporcionar alguna iluminación, se sentó y miró sorprendido a su alrededor, frotándose los ojos. Llevaba el largo pelo negro atado a la cabeza con una cinta roja y vestía un chaleco decorado con diversidad de insignias de colores, la mayoría desconocidas a los ojos de Clive. Cuando habló lo hizo con una voz muy ronca y grave, como si hiciera tiempo que no la usase.

—Eh, tíos —dijo—, ¿tenéis algo de hierba?

—¿Hierba? —repitió Clive.

—Ya sabes, tío, algo de buena mierda.

—Señor —dijo Clive—, le recuerdo que está en presencia de damas. —Clive cerró los ojos un momento; había oído a Annie, que estaba a su espalda, soltar una risita.

El hombre barbudo se sentó y los observó con más atención.

—Mierda —dijo rascándose la cabeza—. Vestidos blancos. Los conozco. Sois de un instituto, ¿no? ¡Joder! Ya lo sabía: la droga que me vendió Turko me ha freído el cerebro.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Clive, intentando llevar la conversación a terrenos más comprensibles—. ¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

—Bueno, allí me llaman todos Náufrago Fred —dijo, poniéndose en pie con gran esfuerzo. Entonces se limpió las palmas de las manos en sus pantalones, de un color azul descolorido, y ofreció la mano a Clive.

Después de un momento de duda, Clive correspondió el gesto.

—Clive —dijo—, comandante Clive Folliot.

—¡Oh, mierda, los militares! ¿Es esto un experimento? Tus chicos me raptan para ver cómo reacciono ante el «estrés» o algo parecido, ¿verdad? Escribiría una carta a mi jodido diputado..., si supiera quién es.

Haciendo verdaderos esfuerzos para encontrar algún sentido en los descabellados discursos de aquel individuo, Clive se fijó en una palabra cuyo significado saltaba a la

vista.

—¡Le agradecería que cuidase su lenguaje! —dijo con severidad.

—¿Quieres dejar de protegerme, abuelito? —dijo Annie, con un tono que parecía compartir a partes iguales la diversión y el enojo.

Se dirigió al desconocido, con voz más amable que la de Clive.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí, antro? —le preguntó.

Náufrago Fred hundió los dedos en el pelo y se rascó, como si la respuesta estuviera escondida en alguna parte de su cuero cabelludo.

—Tres días —dijo—. Al menos eso es lo que pienso. —Y miró a Annie con ojos suplicantes—. ¿Me vas a ayudar? —le preguntó—. Seguro que me camelaron con una mierda cascada. He tenido viajes malísimos antes, pero ninguno como éste. Es imparable.

Annie lo contempló con tristeza.

—La Mazmorra no es un viaje —dijo—. Estás realmente aquí (sea el lugar que sea), tal como el resto de nosotros. Jode, pero es real.

Fred cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera ahuyentarlos como a fantasmas.

—Lo último que recuerdo es que estaba colocado y que me quedé dormido en un parque. Cuando desperté aún estaba en un parque. Al menos había árboles a mi alrededor. Pero eran diferentes. No había ninguno que pareciera normal. Debí de pasar un día entero dando vueltas, intentando imaginarme dónde estaba, buscando algo para comer. Juré al menos quince veces que nunca volvería a tomar ácido. Estaba seguro de que más tarde o más temprano saldría de allí. Pero, maldita sea —echó un vistazo a la celda—, vosotros no parecéis cosa de un viaje. Raros sí que lo sois, eso seguro —dijo con los ojos fijos en Chillido—. Pero tenéis los bordes demasiado..., ¿cómo lo diría?..., definidos. No lo entiendo.

—¿En qué ciudad fue? —preguntó Annie.

—En San Francisco.

—¡Yepa! Si yo misma soy de allí. ¿De qué año?

—¿Qué quieres decir, de qué año?

Annie lo miró con cierta impaciencia.

—Tonto, cabeza hueca. ¿Qué año era cuando te fuiste?

—El mismo que ahora. Sólo hace tres días que estoy aquí.

Annie exhaló un suspiro y señaló a Clive.

—El viene de mil ochocientos sesenta y ocho —dijo—, y a mí me transportaron aquí del mil novecientos noventa y nueve. ¿De qué año vienes tú?

Fred gimoteó.

—¿Estás segura de que esto no es un experimento?

Clive decidió que Fred no era peligroso; se retiró y dejó que Annie continuase la conversación, de la cual dedujo que la larga barba de Fred, los pantalones descoloridos, el chaleco bordado y la cinta de la cabeza formaban parte del atuendo

corriente de la gente de su país y época.

Clive se situó junto a Chillido, quien emitía una sensación vagamente semejante al regocijo.

¿Cómo puede usted entender lo que dice?, le preguntó Clive. No habla la lengua común y no lo ha conectado en su red de comunicación.

Estoy leyendo lo que dice a través de ti, replicó ella. Puesto que no nos comunicamos con palabras, cuando tú comprendes lo que dice el joven, yo puedo comprenderlo también.

Un pensamiento turbulento cruzó fugazmente el cerebro de Clive.

Se puede escuchar una mente de muchas maneras, transmitió ella, en respuesta a su angustia. Sólo porque esté unida a ti en el momento preciso, no quiere decir que esté explorando siempre tus secretos más íntimos, amor mío.

Clive se sobresaltó. Era la tercera vez que ella utilizaba un término cariñoso al comunicarse con él. Chillido captó su reacción y le respondió con tono ceremonioso.

Hemos compartido muchas cosas, oh, Folliot. Luego cortó la conexión.

Clive volvió de nuevo su atención al diálogo entre Annie y Fred, aunque, entre el habla desconcertante de Fred y la inquietud acarreada por la conversación con Chillido, le costó mucho concentrarse en lo que estaban diciendo. Hasta que Fred empezó a contar lo que sabía de sus capturadores.

—Sí, me hicieron las mismas preguntas —le estaba diciendo a Annie—. Mierda, no sabía qué cono querían que respondiese. Cuando me preguntaron: «¿Qué es la Ley?», yo respondí que era una guarrada. Creo que no era la respuesta correcta.

Annie rio.

—¿Y qué hicieron?

—El cabecilla anunció que yo era un fracasado, lo cual me recordó a mi padre. Luego dijo que sería apropiado para la Festividad; me hicieron cruzar la plaza a empujones, me obligaron a bajar por la escalera más jodidamente larga de mi vida y me encerraron en este calabozo.

—¿Sabes algo más acerca de ellos? —preguntó Annie.

Fred movió la cabeza.

—Sólo una cosa. Algo que ayer me dijo el hombre que trae la comida. Creí que me estaba tomando el pelo. Pero, por lo que estáis contando, puede que el tío hablase en serio.

—Bien, ¿qué dijo? —inquirió Annie en el tono exasperado que Clive conocía muy bien.

—Dijo que eran misioneros de la Iglesia del Sagrado Caníbal.

Higiene dental

Clive se sentó bruscamente, despertándose de un profundo sueño. ¿Qué le había ocurrido a su mandíbula? Se preguntó si alguien se la habría estado golpeando con un martillo mientras dormía. Unas lágrimas involuntarias le aparecieron en los ojos. No eran de pesar o de autocompasión, sino que provenían más bien de la simple reacción física al dolor, a un dolor tan intenso que parecía que le estuviesen arrancando a tiras la piel de la mejilla.

Buscó con la mirada a los demás. Pero, aunque tenía los ojos completamente abiertos, no pudo ver nada; la celda en la que se hallaba estaba tan oscura como el interior de un ataúd.

Gimiendo débilmente, Clive se arrastró por el suelo hasta llegar a una pared. Allí arrimó la espalda, se sentó y apoyó la mandíbula en la mano. Volvió a gemir, con el ánimo dividido entre el deseo de compañía y el deseo de que nadie lo viese en aquel estado.

No le sorprendió que Chillido llamara a su mente, con la intención de averiguar qué le sucedía. No le fue preciso responder a la pregunta. Tan pronto como se abrió al sondeo de la araña, ésta fue consciente del dolor crepitante de su mandíbula.

Esa muela está en muy mal estado, amigo mío, le comentó.

Es el mensaje más inútil que me ha enviado nunca, pensó él con cierto enojo. Al instante se arrepintió del tono de su respuesta. Pero no había tiempo para retractarse. Una vez pensado algo, era transmitido en el acto.

Ah, replicó Chillido. Pero el sentimiento de disculpa ha sido recibido casi al mismo tiempo. Nuestra especie está acostumbrada a respuestas cortantes y a excusas rápidas.

Puede que no sea un mal sistema, meditó Clive, sabiendo que ella leería su pensamiento. *Entre los de mi especie, las palabras duras suelen salir con más facilidad que las disculpas. Parece que tenemos una tendencia a guardarlas para nosotros.*

Un sistema desconcertante, respondió Chillido.

Pero Clive no replicó. Lo distrajo una punzada de dolor agudísimo que atravesaba su mandíbula.

El siguiente mensaje de Chillido fue amable pero firme.

Creo que ya es hora de que te saquemos esa muela.

La respuesta sin palabras de Clive pareció divertirla.

¡Tanto alboroto un hombre tan valiente!, lo reprendió. *No te preocupes, orgulloso*

guerrero mío. Te voy a ayudar a superar esta crisis. Prepararé una púa que dormirá tu dolor mientras realizamos la operación.

Clive sentía una aflicción demasiado intensa para discutir con la mujer araña. Asintió con un gemido. Luego, un falso movimiento de la mandíbula le arrancó un grito; fue como si una punta de lanza empujase el glóbulo de su ojo, como si intentase expulsarlo de su rostro.

Enseguida Chillido se situó a su lado.

Sentirás un breve pinchazo de dolor, pensó ella para él. Luego calor, luego nada. Relájate e intenta no moverte.

Chillido colocó dos de sus larguiruchos brazos detrás de los hombros de él para ponerlo en la posición adecuada.

Relájate, volvió a murmurar en su mente. Rechazar por orgullo la ayuda, cuando es necesaria, es una estupidez. Apóyate en mí.

Clive sufría demasiado para resistirse. Se relajó y se apoyó contra el cuerpo de ella, y ésta, con su tercer brazo, consiguió clavar la espina que había arrancado de su abdomen en la carne blanda de la curva de su mandíbula. Clive, ante el ataque adicional a sus torturados nervios, se retorció; pero luego se sintió recompensado por una ola de calor; después tuvo la sensación de que poco a poco se separaba del mundo. Y cerró los ojos con un murmullo de gratitud.

En los minutos siguientes sintió la impresión de que taba soñando. Estaba despierto y no lo estaba, unido a su cuerpo y, sin embargo, muy separado de él.

Oyó a Chillido que cruzaba correteando la celda hacia donde se encontraba Chang Guafe, perdido en lo que, cuando desconectaba la mayor parte de sus circuitos, se podía interpretar como su sueño. Luego le llegó un ruido metálico: era Chillido, que con una de sus quitinosas garras golpeaba la armadura del ciborg.

—Ciborg, activa tus circuitos —dijo con suavidad—. Necesito tus servicios.

Clive era vagamente consciente de que Chillido era la mejor elección entre los de su grupo para interceder por él ante el ciborg. La araña parecía entenderse con Guafe más que nadie en la banda; pero, si era a causa de ser ambos tan diferentes de los demás o a causa de sus habilidades como comunicante o simplemente porque habían entablado cierta relación mientras cazaban juntos, Clive nunca lo supo con seguridad. Sea como fuere, el ciborg estaría menos dispuesto a refunfuñar en respuesta a una llamada de Chillido que a una de cualquier otro miembro del grupo.

Clive se dio cuenta de que no le importaba en absoluto que el ciborg refunfuñase. En aquellos momentos ya no le importaba nada, mientras pudiese flotar en aquel nebuloso reposo de dolor.

Una tenue luz empezó a filtrarse en su conciencia. Guafe debía de haber despertado.

Pudo oír a los demás que empezaban a agitarse, medio dormidos, murmurando preguntas.

Su mente empezó a deambular por el espacio. Parecía cada vez más y más

desprendido de todo lo que lo rodeaba.

Recordó que había algo que tenía que preocuparlo. ¿Qué era?

Ah..., lo que le había contado Fred acerca de la Iglesia que controlaba la isla. Se acercaba su Festividad. El comentario de Fred le había hecho pensar que era algo perverso. Pero ¿qué?

Vio al ciborg que lo observaba con atención. Aquel extraño rostro estaba desprovisto de toda emoción. Clive se preguntó qué estaría pensando Guafe; intentó preguntarlo en voz alta, pero descubrió que ya no tenía capacidad para hablar.

Un par de tentáculos se le introdujeron en la boca y se la abrieron de par en par. Clive lo observaba todo como si se encontrase a gran distancia, fascinado por el proceso. Sabía que aquello le estaba acaeciendo realmente a él, pero no podía percibirlo.

Vio a Annie, en pie cerca de él, mirándolo con expresión preocupada.

Todo va bien, pensó él para ella. *Estoy bien*.

Annie no le respondió.

«Oh», pensó Clive entre sueños. «Lo olvidé. Esto sólo funciona con Chillido. Pero bueno, no tiene ninguna importancia».

Una puertecita corredera que se abrió en un costado del cuello de Guafe capturó momentáneamente su interés; la abertura dejó paso a un largo y delgado tentáculo, con una luz en el extremo, que se extendió hacia su boca.

—Deberías haber esperado a anestesiarlo —dijo el ciborg a Chillido—. Ahora no puedo saber con seguridad qué muela es.

Clive no pudo captar la respuesta no verbal de Chillido. Quería sentirse preocupado pero no poseía la energía suficiente.

No importa, pensó, intentando aplacar al ciborg. *Que saque dos. Tengo la boca llena*.

—¿Qué obra más deficiente! —musitó Guafe mientras manipulaba en la mandíbula de Clive bajo la luz del tentáculo luminoso que había introducido en su boca—. ¿Por qué no utilizan piezas intercambiables?

—Todavía no las habían inventado —dijo Annie, saliendo en defensa de Clive.

De repente el rostro de Horace surgió por encima de los de los demás.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó.

—Silencio —dijo Guafe—. No quiero que me distraigan. Tengo que encontrar la exacta configuración de mis propios mecanismos para realizarlo correctamente.

Annie susurró algo en la oreja de Horace. Un silencio respetuoso se abatió sobre la celda.

Del pecho del ciborg se abrió una puerta, y un largo y robusto tentáculo terminado en unas pinzas empezó a emerger del interior.

Clive se sentía flotando, alejándose cada vez más de la realidad. El tirón que sintió en la cabeza cuando el ciborg le arrancó la muela picada le pareció completamente ajeno.

«No te preocupes, Annie», pensó al ver su expresión de compasión.

—La encía está muy infectada —comentó Guafe—. Quiero asegurarme de que esté totalmente limpia antes de cerrar la incisión.

«Me parece muy bien», pensó Clive.

Su inmutabilidad fue casi turbada por el grito de Horace.

—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

—¡Chillido! —gritó Annie—. ¿Qué le está ocurriendo?

«¿Qué está ocurriendo?», se preguntó Clive vagamente. «¿Por qué están todos tan agitados?»

—¡Cójalo! —gritó Horace—. ¡Agárrenlo!

—Lo tengo cogido con todas mis fuerzas —dijo Guafe con tono cortante—. Y no produce ningún efecto.

—¡Está desapareciendo! —chilló Annie—. ¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

«¿Qué ocurre?», se preguntó Clive mientras el mundo se puso a girar vertiginosamente a su alrededor. Fue su último pensamiento antes de que todo se oscureciese.

Otra mente

Sidi Bombay fue arrancado violentamente de las regiones crepusculares de su mente por un súbito y brutal contacto con una conciencia que claramente no era la de L'Claar.

Se agitó temeroso.

Desde que la última ola de dolor había finalizado, él había permanecido flotando en un estado entre la conciencia y el sueño, preguntándose cuándo regresaría L'Claar y anhelando la dulzura de su presencia.

Pero, a diferencia de L'Claar, a quien a veces visualizaba como una llama clara y argéntea, esta nueva conciencia era sombría, cavernosa, áspera. Sidi percibió una mente amortajada y confusa, como una luna llena vista a través de una niebla espesísima. Y percibió otras cosas: una gran, casi interminable, ansia; una profunda e hirviente cólera; y luego una repentina explosión de energía que pareció abrirse paso a fuego y sangre a través de su mente con una claridad tan abrasadora que desmintió lo tenebroso de sus primeras percepciones.

¿Quién eres?, pensó con inquietud.

Al principio no hubo respuesta. Luego su mente empezó a llenarse de imágenes transmitidas. La primera fue la de un pasillo de paredes lisas y azules, que zigzagueaba y serpenteaba hasta el infinito. Luego vio el abismo de Q'oorna, y la batalla que constituía el último recuerdo del mundo exterior a la nube de dolor donde ahora tenía lugar su existencia; esta imagen le causó un escalofrío, aunque fue sólo un efecto estrictamente mental. La tercera y última transmisión no fue ninguna imagen, sino la impresión de una enorme y terrible traición.

Si hubiera tenido ojos, habría llorado.

Durante largo tiempo, se preguntó qué significaba todo aquello, y, cuando la misteriosa inteligencia que había estado compartiendo se fue, se sintió extrañamente vacío.

Mientras esperaba a L'Claar, flotó de nuevo hacia el dolor y hacia los sueños.

Oficio vespertino

Clive abrió los ojos. El mundo a su alrededor era un pozo negro. La sensación de estar flotando persistía. Cerró los ojos y esperó. Flotando.

Al cabo de un tiempo volvió a abrir los ojos. Parecía encontrarse en una especie de cámara. Era más pequeña que la celda, el último lugar que recordaba con cierta claridad. La pared que tenía enfrente era blanca. Giró la cabeza hacia un lado, y el movimiento pareció durar varias horas. Al principio pensó que la pared de su derecha había sido pintada de negro. Luego se dio cuenta de que era de cristal y que lo que había detrás estaba en la oscuridad. Volver la cabeza hacia el otro lado le costó un día o más. La pared de su izquierda aparecía repleta de interruptores y botones.

Una débil luz amarilla que brillaba en la cúpula del techo le proporcionó la suficiente iluminación para ver que estaba tendido en el centro de una mesa circular.

Al poco rato se encendió una luz al otro lado del cristal. Su intensidad fue creciendo poco a poco, dándole tiempo de adaptarse a ella.

Distinguió a cuatro o cinco personas, o cuasi-personas, en pie tras el cristal. Oyó el débil rumor de sus voces mientras murmuraban entre sí. El susurro contenía cierto tono de preocupación.

Todos ellos vestían monos similares al que todavía llevaba Clive. Uno era el padre Timothy F. X. O'Hara. Otro era el hombre conocido como Green.

Clive sabía que aquello podía ser de sumo interés para él, pero no podía clarificar la sensación. Intentó llamarlos pero descubrió que su voz no funcionaba. Y lo que era peor: no le importaba que no funcionase. Deseó que le importase. Pero hacer que algo le importase parecía requerir demasiado esfuerzo.

Dejó que su cabeza rodase de nuevo y se colocase en la posición inicial, contemplando de nuevo la luz del techo.

Cerró los ojos.

Un tiempo después sintió que los demás habían entrado en la cámara y se habían situado a su alrededor.

—Sigo sin creer que usted haya hecho esto —dijo una voz desconocida.

—Fue realmente muy insensato por su parte —dijo una segunda voz. Al cabo de un instante, Clive reconoció aquella voz: pertenecía al padre O'Hara.

¿Estarían hablándole a él? ¿Qué había hecho de insensato?

—Hice lo que consideré mejor —dijo una voz que Clive reconoció de inmediato.

Pertenecía a Green. Lo cual era bueno: Green era su amigo.

Clive meditó durante unos momentos. Debían de hablar de algo que Green había hecho.

¿Qué podía haber hecho?

—Pero ¿darle uno de esos trajes? —insistió la primera voz.

Green dudó un segundo, y luego dijo con firmeza:

—Le proporcioné trajes para todos.

—¿Hizo qué? —gritó una cuarta voz.

—Le proporcioné trajes para todos —repitió Green, desafiante.

Pareció que todos se ponían a hablar a la vez. En su condición nebulosa, Clive vio que le era imposible seguir la conversación. Sólo fue clara la conclusión.

—Es culpa suya —dijo la primera voz con cólera—. Y tendrá que arreglarlo usted.

Luego se hizo el silencio.

Cuando Clive abrió otra vez los ojos, estaba solo. Se preguntó cuánto tiempo había pasado. Estaba tan desconectado de todo que no le habría sorprendido saber que se había tratado sólo de cinco minutos... o de cinco días.

—Ah, sabía que muy pronto volvería en sí —dijo una voz amistosa. ¡Green!

Clive intentó hablar, pero todo lo que salió de su garganta fue una especie de gorjeo.

—Todo va bien, viejo amigo —dijo Green, animándolo—. No espere poder hablar ahora. Voy a enviarlo exactamente donde se encontraba antes de venir aquí. La cuestión es: ¿conseguiré enviarlo con la memoria intacta?

Los ojos de Clive debieron de indicar su reacción ante este interrogante.

—¡No se alarme! —dijo Green con jovialidad—. No tengo intención de manipular su memoria, en conjunto. Pero no sé si debería permitir que conservase en ella este incidente particular. Podría ser muy peligroso para el resto de nosotros, ya sabe. Si Philo Goode, como lo llama usted, se enterase, podría armar un gran escándalo. Sólo una palabra desafortunada en el lugar preciso y... —suspiró—. Bueno, no quiero ni pensar en lo que ocurriría si se diera el caso. Pero ¿qué hacemos con su propio caso? Por supuesto, podría arreglarlo de tal modo que no recordase conscientemente la experiencia de hoy. Pero si alguien quisiese realmente saber lo que le ha sucedido, no serviría de nada lo que yo le hiciese. Hurgarían en su cabeza hasta descubrirlo. Otra opción sería extirpar por completo la memoria. Pero es considerablemente más peligroso, como puede imaginar muy bien.

Clive parpadeó nervioso.

—¡Oh, vamos, anímese! —dijo Green—. ¿Todavía no le ha quedado claro que estamos de su lado? Tenemos que ir con cuidado, eso es todo. Los demás no están nada contentos conmigo por haber permitido que esto ocurriese. Pero yo sólo le di los trajes para protección en las necesidades más extremas. Nos costó un buen rato descubrir por qué lo había traído aquí.

Green soltó una risa corta.

—La mujer araña que viaja con ustedes es muy habilidosa. El veneno modificado que utilizó para anestesiarlo bajó tanto el nivel de su metabolismo que el traje creyó que se estaba muriendo. Y lo trajo hasta aquí, lo mismo que hizo el mío cuando su amigo me clavó el puñal muy cerca del corazón. ¡Es la primera vez que alguien viene por aquí a causa de un dolor de muelas! Por cierto, le hemos proporcionado una muela nueva, sólo para demostrarle que no existen animosidades por parte nuestra.

Hizo una pequeña pausa. Clive, que hacía diez o quince años que mantenía los ojos abiertos, dejó que se cerraran.

Sintió la mano de Green en su hombro.

—Si dependiera de mí, haría que se quedase —dijo con suavidad—. Pero los demás creen que voy demasiado aprisa y que no me atengo a las reglas. Querían mandarlo de vuelta antes incluso de que despertase, aunque hubiera sido una estupidez, ya que quizá lo habría matado o habría destruido el vestido. Pero, sea como sea, ahora ya es tiempo de que se vaya. Y no se preocupe: a menos que uno u otro de nosotros dos tropiece con un final precipitado, nos volveremos a encontrar, téngalo por cierto.

Aquella mano firme estrujó su hombro.

—Adiós, Clive. Tenga cuidado. Y, por el bien de todos, ¡empiece a *pensar*!

* * *

Cuando Clive volvió a abrir los ojos, todo estaba oscuro.

—¿Green? —preguntó con inquietud—. ¿Aún está usted ahí?

Ninguna respuesta.

¿Lo habían enviado de vuelta o no? Deslizó la mano por la superficie en donde se encontraba tendido. El crujir de las hojas le indicó que estaba otra vez en la celda. Se tomó un momento para consultar con los demás sentidos. Los repugnantes hedores de excrementos acumulados confirmaron su hipótesis.

Pero ¿dónde estaban los demás? Los llamó por su nombre, uno a uno. Nadie respondió. Emitió una llamada con su mente, esperando establecer contacto con Chillido.

No la encontró por ninguna parte.

Cerró los ojos y dejó caer de nuevo la cabeza en el suelo. Yació tendido en aquella postura durante largo tiempo, flácido e inmóvil.

Por fin empezó a sentir hambre. Con gran esfuerzo se puso de rodillas; luego intentó ponerse en pie pero las piernas no lo sostuvieron.

Respiró profundamente varias veces y volvió a ponerse de rodillas. Avanzando a gachas por el suelo tropezó con el cubo que contenía el agua de beber. Metió la mano dentro y notó que en el fondo aún había unos pocos centímetros de agua tibia. Tomó

un sorbo, luego otro, y luego se echó el resto por la cabeza.

¿Cuánto duraría aquella sensación de vértigo? ¿Cuánto tiempo había estado fuera?
¿Adonde, había ido?

Su cabeza latía por los recuerdos confusos de un encuentro con Green en..., ¿qué era? ¿Una habitación de un hospital? No lo parecía.

Se apretó la cabeza con las manos, intentando expulsar el vértigo y la confusión.

El vértigo se fue, aunque tardó más de lo que hubiese deseado. La confusión insistió en quedarse.

Al poco rato intentó ponerse de nuevo en pie, y con alegría descubrió que ahora sus piernas lo sostenían. Extendió las manos hacia adelante como un ciego y avanzó arrastrando los pies, hasta que topó con una pared. Se apoyó en ella. La cabeza le daba vueltas a causa del esfuerzo. Pero, para alivio suyo, aquella sensación pasó rápidamente. Se apartó de la pared e intentó averiguar el estado de su cuerpo. Agradecido, notó que las fuerzas le retornaban ya más deprisa.

Pero ¿dónde estaban los demás?

Avanzó a tientas a lo largo de la pared. La puerta de la celda estaba abierta, lo cual no era sorprendente puesto que, hasta su inesperado retorno, no había nadie a quien mantener encerrado. Salió tanteando por la puerta; luego aplicó una mano en la pared del pasillo que conducía a las escaleras. La pared se percibía gratificadamente real, cálida y áspera bajo las puntas de los dedos. Allí, en la oscuridad, donde era fácil imaginarse que el mundo había desaparecido, aquella sensación de solidez era estrictamente necesaria.

Avanzó despacio por el pasillo hasta que llegó a la base de las escaleras. Allí se detuvo unos momentos, escuchando. Un animalito atravesó correteando la oscuridad algunos metros más adelante. No oyó ningún otro sonido.

Empezó a subir. A pesar de sus movimientos lentos y precavidos, patinó más de una vez en los peldaños resbaladizos. Aunque reinaba un absoluto silencio, temía ser apresado de un momento a otro. Pero nadie llegó para detenerlo.

Cuando alcanzó la cima de las escaleras dudó, inseguro acerca de lo que tenía que hacer. Era difícil creer que no habría nadie al otro lado de la puerta. ¿O era posible? No tenía ni la más remota idea de qué hora era. Quizás altas horas de la noche.

Contuvo la respiración y escuchó.

Nada.

Entreabrió la puerta y se asomó por la rendija. La puerta daba a una sala tan oscura como las escaleras. Sintió un pánico repentino: empezaba a preguntarse si después de todo no estaría ciego.

¿Debía gritar? No, sería una locura. Pero aquella oscuridad continua era aterrorizadora. En la celda, en el pasillo, en las escaleras, la oscuridad había tenido un sentido. Y las paredes le habían dado una sensación de perspectiva. Ahora todo había desaparecido. La oscuridad era lo único que quedaba.

Empezó a avanzar, moviéndose muy despacio, temiendo tropezar con algo que no

podía ver. Una parte de él se preguntaba a cada paso si no sería todo aquello una inmensa broma cruel, si no se encenderían las luces de repente y los isleños le saltarían encima para capturarlo de nuevo.

Los únicos sonidos eran los de sus pasos, que resonaban en las paredes que no podía ver. Continuó con los brazos extendidos hacia adelante, hasta que por fin sus dedos tocaron con una pared lisa.

«¿A la derecha o a la izquierda?», se preguntó, intentando recordar, de su anterior y breve paso por aquella sala, cómo estaba construida y a qué lugar de la sala lo había llevado aquel viaje a ciegas. Por último concluyó que, tanto si debía recorrer sólo unos palmos como si tenía que acabar dando la vuelta entera a la sala, llegaría de cualquier forma, más tarde o más temprano, a la entrada principal.

Se dirigió hacia la derecha y, en cuestión de segundos, encontró la puerta.

Aplicó la oreja a la madera y escuchó.

Oyó voces, pero parecían gritar desde un lugar muy distante.

Empujó la puerta con muchísimo cuidado. Con gran alivio vio que no estaba cerrada, y con alivio aún mayor vio que no estaba ciego.

El cielo estaba oscuro, como ocurría a menudo en aquel nivel de la Mazmorra. Pero a lo lejos pudo distinguir el resplandor de lo que parecían varios cientos de antorchas.

Todavía con movimientos sumamente cautos, empujó la puerta otros pocos centímetros. Asomó la cabeza por la abertura y escudriñó en todas direcciones. La plaza estaba desierta.

Con gran rapidez, Clive salió escabulléndose por la puerta. Con una suave presión la cerró tras él, por temor a que pudiera haber algún guardia dormido en algún rincón cercano.

Cuando alcanzó el perímetro del área iluminada por las antorchas, su fuerza y sus reflejos ya estaban próximos a la normalidad. Se situó detrás de un árbol de ancho tronco y observó una escena que le recordó una pesadilla infantil, una pesadilla que había sufrido después de oír a un fanático sacerdote predicar acerca de los «perversos rituales de los pecadores».

La gente del poblado, incluidos mujeres y niños, se habían congregado en un enorme claro dominado por tres hogueras. Eran tan grandes que desde aquella distancia Clive percibió su calor.

Una mesa de piedra, de un metro de ancho por tres de largo, se alzaba entre los fuegos. Seis enormes individuos permanecían detrás de la mesa, con los brazos cruzados en el pecho. Detrás de ellos, en una ancha plataforma de metro y medio de alto, se alzaba el personaje sacerdotal que había interrogado a Clive en la plaza del pueblo.

Estaba predicando fuego y azufre. Tenía las manos extendidas hacia la congregación, y las anchas y flotantes mangas de su larga túnica negra habían resbalado y dejado al descubierto sus nervudos brazos. Exhortaba a los reunidos a ser

fieles a la palabra revelada, al Evangelio según el Sagrado Caníbal de Dios.

Cuando se dio cuenta de adonde conduciría la ceremonia, el estómago se le revolvió.

Detrás de la plataforma, Clive distinguió dos grandes jaulas que parecían estar hechas con troncos de árboles jóvenes. Había un sacerdote de guardia delante de cada jaula. A la parpadeante luz de las hogueras y de las antorchas, Clive apenas pudo vislumbrar las siluetas de los encerrados en la segunda jaula. Fue la sobresaliente silueta de Chillido lo que le indicó que sus amigos estaban encarcelados allí.

Inició la vuelta al círculo más exterior de los congregados. Entonces éstos soltaron un profundo lamento. Al unísono, los suplicantes se lanzaron al suelo y empezaron a echarse tierra en la cabeza. Al mismo tiempo, dos de los fornidos sacerdotes que se encontraban tras el altar de piedra se dirigieron a una de las jaulas de troncos. Abrieron la puerta y sacaron a uno que parecía ser de su propio pueblo. Tenía los brazos atados en la espalda. Clive, incluso desde el lugar donde se encontraba, pudo ver con toda claridad que tenía los ojos desorbitados por el miedo.

Los acólitos, como Clive los apodó, tumbaron de un golpe al individuo y luego cargaron con él por la cabeza y los pies. A pesar de lo cual, mientras lo llevaban a la mesa no dejó de luchar y forcejear. Sus gritos terroríficos pusieron la piel de gallina a Clive.

El sacerdote levantó la vara hacia adelante, sosteniéndola paralela al suelo.

—¿Quién es el Señor? —gritó.

—Quien es fuerte —replicó el rebaño.

—¿Qué es la Ley?

La horrorosa respuesta se elevó en un tono de grave reverencia.

—Comer o ser comido.

Entonces el sacerdote extendió la vara, describiendo un arco por encima de las cabezas de los que se encontraban más próximos a él, y formuló la última pregunta:

—¿Cuándo es la última Cena?

—Cuando seamos demasiado débiles para hacer lo que se debe hacer.

—Es la Ley del Señor, que nos fue dada para que podamos vivir —entonó el guía espiritual—. Esta noche tiene lugar La Festividad de Los Que Sobreviven, de los que no son demasiado débiles para hacer lo que se debe hacer. Esta noche celebramos un banquete, y éste celebra nuestra fuerza. Esta noche es la noche de los débiles. Esta noche es la noche del extranjero. Los débiles no son sino alimento de los fuertes. Los que no se comen a los débiles serán un día comidos. ¡Hiere, hiere, en nombre del Señor, que nos dio el coraje para llegar a este día!

Horrorizado, Clive contempló la escena: el sacerdote situado en el extremo de la mesa agarró el pelo del hombre que yacía atado frente a él y que no dejaba de gritar; por el pelo le tiró la cabeza hacia atrás y desde lo alto precipitó en su cuello un gran cuchillo. Para sorpresa de Clive, cuando la sangre de la víctima brotó y cayó en el altar, un grito de horror se alzó entre la multitud.

—Hacemos lo que se debe hacer —dijo el sacerdote con voz solemne.

—Hacemos lo que se debe hacer —gimoteó el rebaño.

Clive tembló. Primero el poder de la voz del sacerdote y luego el horror de la ceremonia lo habían distraído de su objetivo. Continuó avanzando de nuevo. «Dejemos que esos locos se consuman los unos a los otros». Tenía que sacar a sus amigos de allí.

Pero mientras daba la vuelta al círculo ceremonial, Clive comprendió que lo más aterrador del espectáculo entero no era el sacrificio real, sino que los concelebrantes no parecían locos en absoluto. No era una escena de ritos orgiásticos. Las entonaciones eran solemnes. Oído sin ser visto, el servicio habría podido tener lugar en aquella iglesia del pueblo adonde lo habían llevado de niño.

Clive no temía mucho que lo vieran. La atención de la congregación estaba paralizada en la escena sangrienta que tenía lugar en el altar de piedra: los sacerdotes carniceros empezaron a desollar y a cortar en filetes al hombre que acababan de degollar. Clive sintió el estómago pesado. Se arrodilló y vomitó el agua que había bebido en la celda. Se limpió la boca con el envés de la mano y continuó avanzando.

Se detuvo tras un árbol, a unos tres metros de las jaulas; temía que, cuando su grupo lo viese, uno de ellos hiciese algún ruido que pudiese atraer la atención de sus capturadores.

En la oscilante luz, Clive distinguió las siluetas de Horace, Annie, Chillido y Náufrago Fred. ¿Dónde estaba Chang Guafe?

Al ver a dos sacerdotes que iban en busca de otra víctima, escondió de nuevo la cabeza tras el árbol. Clive estudió con atención las jaulas. Una gruesa barra era todo lo que cerraba las puertas: era todo lo que se necesitaba, puesto que los que se encontraban tras los barrotes estaban bien atados.

Por lo que pudo ver, la jaula más alejada encerraba a personas que eran en efecto miembros de la extraña secta de la isla, incluidos mujeres y niños. Cuando el sacerdote abrió la puerta de la jaula, la mayoría de los que se encontraban dentro retrocedieron aterrorizados. Dos o tres, no obstante, se mantuvieron firmes en su lugar. Los sacerdotes tomaron a uno de éstos: un anciano con una pronunciada cojera.

Toda la atención, incluida la de los guardias de la puerta de las jaulas, volvió de nuevo al centro del semicírculo. Clive se echó de bruces al suelo y empezó a reptar, maldiciendo la llamativa blancura del vestido que le había dado Green. Se lo habría sacado, pero su propia piel era casi igual de clara.

Mientras avanzaba lentamente a ras del suelo, Clive oyó un grito de la congregación. Cuando su traicionera mente formó la imagen del chorro de sangre que debía de haber provocado aquella reacción, tragó saliva varias veces.

Llegó a la jaula y sintió una ola de desesperación: los barrotes, fabricados con troncos de árboles jóvenes, del grosor de la muñeca, estaban colocados tan juntos que, cuando intentó pasar las manos entre ellos, quedaron trabadas en el punto donde el pulgar se articula con la palma, y los dedos se agitaron inútilmente en el otro lado. De

esta forma, nunca podría desatar a sus amigos.

Sin cuchillo de ninguna clase para cortarles las ligaduras, ¿cómo podría liberarlos?

Y además, ¿de qué les serviría si lo conseguía? En circunstancias óptimas, podría lograr eliminar a uno de los dos guardias situados delante de las jaulas, sin llamar la atención. Eliminarlos a ambos sin ruido alguno estaba más allá de sus posibilidades.

Deslizó las manos hasta donde los palos verticales se hundían en el suelo. Intentó soltar uno sacudiéndolo, pero estaba sólido como una roca. Trató de cavar alrededor de la base, pero el terreno seco parecía cemento.

Estaba examinando la jaula, enfermo de desesperación, cuando Chillido hizo contacto con él.

¡Bienvenido de nuevo!, le susurró en la cabeza. *Deja los barrotes, añadió. Tengo otra idea.*

Antes de que Clive pudiera responder, Chillido le envió aviso de que los sacerdotes se acercaban de nuevo. A una orden de la araña, los demás de la banda movieron sus cuerpos para ocultar a Clive. Éste se quedó mirando por entre sus piernas, temblando de rabia al ver que los sacerdotes se llevaban a rastras a un niño que no dejaba de chillar.

Annie se sentó en el suelo y apoyó el rostro en los barrotes.

—¡Qué contenta estoy de verte, abuelito! —susurró.

Iba a responder, pero un mensaje de Chillido les avisó que se mantuvieran en silencio.

Moviéndose con dificultad, la mujer araña se acercó a Annie, junto a los barrotes. Entonces Clive se percató de que, mientras que los demás sólo tenían los brazos atados, Chillido tenía también las patas trabadas: cada una de las anteriores estaba atada a una de las posteriores. Le habían anudado los brazos superiores en la espalda, y fijado su único brazo inferior al flanco con varias vueltas de una cuerda dura y fibrosa. Las vueltas de la cuerda pasaban por encima y por debajo del muñón del otro brazo. A la débil luz, la zona herida parecía todavía en peor situación que la última vez que Clive la había observado. Ciertamente, la hinchazón había aumentado.

Pon los dedos a través de los barrotes e intenta arrancarme la costra, le mandó, medio en palabras, medio en la especie de imágenes que a veces solía utilizar para transcribir sus mensajes.

Clive iba a cuestionar sus intenciones, pero ella le transmitió un mensaje apremiante:

¡No hay tiempo para discutir!

Clive se puso en pie y Chillido se colocó de lado para que él pudiera alcanzarle la costra. Los demás, sin lugar a dudas en respuesta a sus silenciosas instrucciones, se movieron para darles la mayor cobertura posible. Titubeante, Clive tocó el área herida, preguntándose si Chillido estaba segura de que la dureza y el filo del verde material quitinoso serían suficientes para segar sus ataduras.

Introdujo sus dedos entre los barrotes y los apretó en los bordes de la costra, que

tenía un tamaño apenas superior a un plato pequeño. Chillido retrocedió un instante por el dolor, pero luego empujó su cuerpo contra los barrotes de la jaula para permitirle asir la costra con mayor firmeza. Clive tiró de ella con toda la suavidad de que fue capaz. La reacción airada de ella no fue a causa del dolor sino de la impaciencia.

No tenemos tiempo para delicadezas, transmitió ella. *¡Aguenta tan fuerte como puedas!*

Clive apretó los dedos contra la carne que rodeaba la costra. La piel era dura, pero fue cediendo, hasta que consiguió introducir sus dedos por debajo de la costra.

¡Aguenta fuerte!, comunicó ella; y, cuando Clive puso los dedos en tensión, Chillido, con una brusca sacudida, se apartó de los barrotes. Clive necesitó de toda su voluntad para contener un grito cuando el dolor de ella penetró como un relámpago en su cerebro, y miró su propio hombro, dudando por un momento si no habría perdido el brazo.

Recobró la serenidad, y luego recuperó el aliento, atónito: la costra había salido en una sola pieza en forma de escudo, que ahora sostenía entre las puntas de los dedos. Pero Clive había interpretado mal el objetivo de aquella operación. No la había llevado a cabo para poder utilizar la costra. La había llevado a cabo para liberar el nuevo brazo enrollado bajo la placa quitinosa, un brazo que ahora Chillido desenrollaba, extendía y flexionaba de un modo tentativo.

Todavía no estaba a punto, dijo a Clive. *Pero ahora ya no se puede volver atrás y, de momento, servirá.*

El brazo parecía endurecerse y crecer en espesor ante sus propios ojos.

Esta absorbiendo lo que vosotros llamáis sangre, explicó ella leyendo su pregunta. *Algunos minutos más y seré capaz de manipularlo. Será un poco torpe todavía, pero servirá para nuestros propósitos.*

Clive cogió el pedazo de material quitinoso con los dedos de una sola mano, para poderlo sacar de la jaula sin que se le cayera. Un grito, ya familiar, emergió de la multitud que rodeaba el altar. El espantoso sonido atrajo la atención de Clive. Levantó la cabeza y olió el potente aroma de la sangre, que flotaba en el aire. El estómago se sacudió para vaciarse, pero no le quedaba nada para vomitar.

Chillido atrajo de nuevo la atención de Clive con tirones mentales.

Voy a liberar a los demás. Cuando todos estemos desatados, da la vuelta a la jaula. Esperaré a que los sacerdotes lleguen en busca de una nueva víctima, y prepararé dos púas. Cuando toda la atención esté centrada en los sacerdotes, Horace y yo eliminaremos a los guardias. En cuanto veas que caen, abre la puerta.

Clive emitió una señal de acuerdo y Chillido empezó a trabajar en las ataduras de Horace. Mientras lo observaba, Clive pasó el dedo por el filo de la costra, que aún sostenía en la mano derecha. El disco verde era quebradizo, pero extraordinariamente afilado. Quizá su primera suposición en cuanto a las intenciones de Chillido no había sido del todo desacertada. Hizo un ademán a Annie; ésta se sentó de espaldas a los

barrotes y Clive empezó a aserrar las cuerdas que ataban sus manos. Más de una vez el borde del disco quitinoso se desmigajó. Pero más de una hebra de la gruesa cuerda cayó bajo la tenacidad de su ataque.

Muy ingenioso, le envió Chillido cuando vio lo que estaba haciendo.

Y usted es muy valiente, replicó Clive, continuando la tarea de cortar las ataduras de Annie.

Annie se aclaró la garganta en señal de aviso a Clive, y éste agachó la cabeza cuando uno de los guardias se volvió para dar un vistazo a la jaula. Náufrago Fred se había colocado donde ocultara el brazo libre de Chillido, de modo que ésta no abandonó su trabajo. Pero Clive percibió que emitía (en ondas casi tan intensas como las que había expresado durante el ansia sexual conocida como ma-sand) una sensación de frustración: la cuerda era dura, y las pinzas del extremo de su nuevo brazo todavía eran tiernas. Cortando aquellas fibras sufría espantosamente.

Clive retornó su atención a su propio trabajo. Pero, de repente, el disco quitinoso se rompió en varios pedazos; los fragmentos cayeron al suelo, y sus dedos se quedaron asiendo sólo un pedacito.

—¡Maldición! —susurró. Pero, en el mismo momento en que él perdía su herramienta, Chillido enviaba un mensaje de triunfo. Acababa de cortar la cuerda que ataba a Horace.

Éste retorció las manos y, después de varios esfuerzos, logró liberarse de la cuerda restante. De inmediato se agachó para empezar a desatar la que trababa las piernas de Chillido.

Clive sabía que aquéllos eran los momentos más peligrosos. Si uno de los guardias se volvía, todo estaría perdido. Pero el sangriento espectáculo que tenían ante sí atraía por completo su atención. Además, no debían de considerar necesario observar continuamente lo que ocurría dentro de las jaulas: los prisioneros estaban atados y ellos sólo estaban allí para mantener el orden cuando los sacerdotes llegaban y escogían a sus víctimas.

Clive, reptando, dio la vuelta a la jaula.

¿Entramos en acción ya?, preguntó.

Espera, respondió Chillido. *Su atención está en otra parte. Pero los sacerdotes pueden regresar en cualquier momento. No debemos dejar que nos cojan*, in fraganti.

Clive emitió una señal de acuerdo. La espera fue exasperante. Realizadas las tareas inmediatas de liberar a sus amigos de los lazos que los ataban, la atención de Clive se fue centrando cada vez más en los perversos actos del centro del círculo. Otro interrogante le apareció de súbito.

¿Qué le ha ocurrido a Chang Guafe?

La respuesta de Chillido arrastró un sentimiento de pena.

Por lo que sé, el ciborg está muerto. Los sacerdotes lo consideraron no comestible y lo separaron del resto de nosotros poco después de tu desaparición, cuestión, por cierto, sobre la que estoy muy impaciente por saber más. Sea como sea, por los rumores de los

sacerdotes y de los guardias, tengo la impresión de que nuestro amigo presentó una feroz resistencia, pero que al final fue derrotado. Lo enterraron esta mañana temprano.

Clive sintió una punzada de dolor. A pesar de todos los problemas que el ciborg le había causado, Clive le había tomado cierto afecto, aunque sólo fuera a causa de haber compartido tantos peligros.

Al menos, uno de los heridos por Chang Guafe se encuentra en el menú de hoy, comentó Chillido.

Clive transmitió una señal de incompreensión. Había creído que, desde el punto de vista de los isleños, todo el que luchase contra el enemigo sería un héroe.

¿No comprendes la naturaleza de la ceremonia?, preguntó Chillido. *Los seleccionados son....* Pero el retorno de los sacerdotes interrumpió la transmisión. *Estad preparados,* avisó ella.

Clive se asomó por una esquina de la jaula; y, al observar que los sacerdotes abrían la puerta de la primera jaula y hacían su selección, sintió que el corazón le empezaba a latir con violencia. ¿Cuánto duraría aquella carnicería? ¿Tenían realmente la intención de matarlos a todos, a las dos jaulas enteras, aquella noche? La sombría intuición de que parecía más carne de la que podría consumir la muchedumbre fue interrumpida por la orden de Chillido.

¡Ahora!

Contempló con torvo placer cómo las dos púas de la mujer araña salían disparadas por los espacios entre las barras de la jaula. Ambos guardias se desplomaron al suelo en silencio. Clive se preguntó si los había matado o si simplemente los había inmovilizado.

¡No seas sentimental!, ordenó Chillido. *¡Muévete!*

Pero Clive ya daba la vuelta a la jaula con sumo cuidado. Fue un trabajo fácil levantar la barra y dejar salir a los demás. Horace, Fred y Annie salieron los primeros, pasando a ras de los barrotes. Chillido esperó hasta el final, ya que tenían que abrir más la puerta para dejar paso a su abultado abdomen. Clive se percató de que una mujer de la otra jaula se había dado cuenta de su huida. ¿Daría la alarma, por despecho o por una extraña lealtad a los de su especie?

Pero la mujer permaneció silenciosa. Un grito se levantó de la congregación en el mismo momento en que Chillido daba la vuelta a la esquina de la jaula y desaparecía.

Clive echó a correr tras ella hacia los bosques, pero se detuvo enseguida, dubitativo.

Volvió la cabeza hacia la otra jaula.

¿Podía abandonarlos a la muerte?

Se volvió de nuevo para seguir a sus amigos, pero luego regresó a las jaulas. Se arrodilló y desenvainó las finas dagas de los flancos de los guardias.

La señal de Chillido le llegó como una combinación de exasperación y de urgencia: ¡Vamos!

¡Un momento!

¡Nos pones a todos en peligro!

Chillido tenía razón. Pero los de la otra jaula...

Clive se sintió haciendo equilibrio en el filo de una navaja: la muerte a un lado, la desesperación moral en el otro.

La agonía de la indecisión fue breve: acabó cuando Chillido tomó cartas en el asunto.

De isla en isla

Clive despertó en medio de una fragancia de brisa marina, el salpicar de la espuma oceánica y la ira de Chillido.

Lo primero y lo segundo fueron inmediatamente evidentes; lo último, en cambio, tardó un poco más en darse a conocer.

—Bueno, aquí estamos —dijo Annie cuando Clive abrió los ojos—. Me preguntaba cuándo volverías...

—¿Dónde? —preguntó Clive vagamente, intentando evitar caer en la desorientación que ya había experimentado antes.

—Aquí —dijo Annie—. La balsa. Tú, Clive. Yo, Annie. —Hizo una pausa y luego añadió—: Oh, déjalo, no sabrías a lo que me refiero.

—¿Cómo llegué aquí? —preguntó Clive.

—Chillido cargó contigo. Creo, aunque no estoy segura, que está furiosísima. No se comunica mucho por ahora.

Clive se sentó.

—Ah, ya ha vuelto en sí, mi comandante —dijo Horace, asomando por un costado de la cabina—. El desayuno estará listo en un minuto. Tomás me ayuda a prepararlo.

—¿Cuánto tiempo he permanecido dormido, sargento Smythe?

Horace puso los ojos en blanco, como si consultase algún reloj interior.

—Cinco o seis horas, yo diría.

Clive miró a su alrededor.

—¿Qué ocurrió? —preguntó al final.

Te pase fuera de combate, para que tu estúpida compasión no tuviese como resultado que nos volvieran a capturar a todos.

La voz sonó en su cabeza, áspera, furiosa.

¿Quién es el jefe del grupo?, replicó Clive con brusquedad.

Por ahora lo eres tú. Pero hay muchas maneras de perder el mando. Una manera es que los que están bajo tus órdenes decidan que ya no sirves. Y otra manera todavía peor para ti es arriesgar estúpidamente las vidas de los que están bajo tu mando.

¡Salga de mi cabezall!, dijo Clive colérico. Y de un portazo cerró las barreras mentales que había intentado aprender a erigir entre él y la telepatía de Chillido.

Necesitaba tiempo para pensar; era imposible tener una discusión con un

adversario que podía observar cómo formaba las ideas. Sabía que Chillido tenía una parte de razón: la acción de Clive había puesto en peligro la vida de todos. Pero de ningún modo era capaz de convencerse de que había sido correcto abandonar a las otras víctimas. Sacudió la cabeza. Todo era demasiado confuso.

Annie lo miró con curiosidad.

—¿Qué ocurre?

Clive dudó.

—Chillido y yo tenemos una discusión acerca de lo de la otra noche. ¿Qué ocurrió después de que me pusiera fuera de combate?

—Huimos todos a través de la jungla. —Annie parecía triste.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, tocándole el brazo.

Ahora le tocaba a ella dudar. Se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que pensaba en... los demás.

Clive asintió; le satisfacía saber que no era el único que dudaba de sí mismo.

—Me pregunto cómo una religión puede volverse tan perversa —dijo él con voz apagada.

—Chillido jugó a «adivinar el pensamiento» con uno de los guardias —respondió Annie—. Y recogió un montón de ideas raras. Quizá puedas hacer que te lo explique.

—No lo sé —dijo Clive—. En estos momentos, no está muy contenta conmigo.

—Lo sé. Flota en el ambiente. —Hizo un silencio y luego dijo—: Horace nos contó lo del vestido después de que desaparecieras. ¡Fue tan espantoso ver que te esfumabas delante de nuestras propias narices! Pensé que nunca más te volveríamos a ver. ¡Y qué sorpresa cuando llegaste arrastrándote por detrás de la jaula! Es lo que se llama llegar en el momento oportuno. Y, por cierto, ¿qué te ocurrió? ¿Adonde te llevó el vestido? ¿Te enteraste de algo nuevo?

Antes de que Clive pudiera responder, Horace asomó de nuevo la cabeza por el costado de la cabina.

—El desayuno, mi comandante —dijo.

Clive se levantó, algo tambaleante. Pero le alegró descubrir que no experimentaba la misma debilidad que había sentido al recuperarse de la anestesia de Chillido.

Todavía se alegró más cuando, al dar la vuelta alrededor de la cabina, descubrió a Chang Guafe, que, apoyado en una de sus paredes, estaba enfrascado en la tarea de reorganizar sus tentáculos.

—¡Creí que estaba muerto! —exclamó Clive.

—Estaba enterrado —dijo Guafe—, que no es lo mismo.

—Error de ensamble —replicó Clive, recurriendo a una de las viejas frases de Annie.

El ciborg desconectó un par de tentáculos y, a través de una pequeña compuerta que se abrió repentinamente, los depositó en la zona de su cuerpo más o menos análoga a un abdomen.

—Cuando me percaté de que los isleños iban a intentar matarme, me limité a

cerrar mis sistemas. Decidieron que estaba muerto y me enterraron. Esperé algunas horas y luego me desenterré. Acababa de llegar a la playa cuando vi a Chillido que salía corriendo de la jungla contigo a cuestas.

—Y después de aquello hubo mucho movimiento, mi comandante —intervino Horace—. Pues resultó ser que Gram, Tomás y Finnbogg habían estado a punto de ser capturados y se habían escondido en un lugar cerca de la playa. Cuando vieron que salíamos corriendo de la selva, aparecieron disparados para unirse a nosotros. Nos hicieron falta todas las fuerzas a la vez para llevar la balsa de nuevo al agua; los caníbales la habían varado muy arriba de la playa, casi al borde de la jungla. Apenas habíamos zarpado cuando los indígenas llegaron de improviso a la playa. —Soltó una risa—. Tendría que haber visto cómo se pusieron al ver que nos escabullíamos de sus garras.

La puerta de la cabina se abrió y Finnbogg salió. Náufrago Fred apareció pisándole los talones.

—¡El poderoso Folliot se ha recuperado! —gritó el can-enano con alegría.

Clive sintió que se ruborizaba. Chillido, que había aparecido por la esquina durante el discurso de Horace, se tomó la libertad de enviarle un mensaje.

Los demás no saben con exactitud lo que ocurrió la noche anterior. Les dije que sufrías una enajenación mental transitoria y que ello era un efecto secundario —raro, aunque no sin precedentes— de la anestesia que te administré.

Fue de lo más osado por su parte, espetó Clive.

Si quieres que sepan lo que realmente ocurrió, eres libre de corregir su conocimiento de los hechos, replicó Chillido, furiosa.

Clive tuvo la sensación de que su cuero cabelludo se ponía a crepitar. Pero evitó responder. Mientras desayunaba, contó a los demás lo que recordaba de su segundo encuentro con el misterioso Green.

—Lo que no puedo acabar de decidir es de qué parte está —dijo Horace cuando Clive finalizó su historia.

—De la nuestra —afirmó Clive.

—Lo sé, mi comandante. Pero ¿de qué lado estamos nosotros? Tengo la impresión de que entre los rens y los chaffris hay una especie de guerra. Pero no sé cuál de los dos es el enemigo.

—Los dos —afirmó Chang Guafe simplemente.

—Es muy probable —corroboró Clive.

—Mierda —dijo Fred—. Igual que en casa.

Mientras avanzaba el día, la tensión entre Clive y Chillido comenzó a tener efectos en el resto de la tripulación.

—Me gustaría que dejaseis vuestras diferencias y os dierais el beso de la paz —dijo Annie al final de la tarde—. Me estáis sacando de quicio.

Annie estaba cortando los brotes a unos pequeños tubérculos amargos que les habían proporcionado los tondanos. Junto con los peces, aquellos vegetales pardos y

ovoides se habían convertido en el plato principal de la dieta que seguían durante el viaje por mar. Clive se sentó junto a ella, tomó un cuchillo de madera y empezó a limpiar uno de los tubérculos. Tomás estaba al timón. Una brisa ligera llenaba la vela. Prácticamente todos los demás estaban echando la siesta, unos en la cabina, otros tendidos en cubierta bajo la calidez del sol de la tarde.

Mientras Clive continuaba meditando en la queja de Annie, Náufrago Fred salió de la cabina con paso inseguro. Parpadeó ante la luz del sol, se estiró y bostezó.

—¡Sol y aire fresco! —dijo con aire satisfecho—. Joder, ¡qué bien se está!

—¡Joder, ayuda un poco! —replicó Annie antes de que Clive pudiera quejarse por el lenguaje grosero de Fred. Annie le señaló a éste el montón de tubérculos.

Fred sonrió y se sentó con ellos.

—Tomás y éste hacen buena pareja —dijo Annie, señalando a Fred con el cuchillo, pero hablando como si no estuviera presente—. De los dos, uno cree que ha caído en una experiencia religiosa y el otro no acaba de convencerse de que su situación no es el resultado de lo último que estaba fumando.

—Ahora estoy convencido —dijo Fred—. Incluso mis peores viajes nunca duraron tanto.

—Nada dura demasiado para los de tu especie —repuso Annie. Las palabras podían haber parecido duras, pero fueron suavizadas por el tono de su voz, que contenía una especie de buen humor burlón.

Clive levantó la vista del tubérculo en que estaba trabajando. ¿Era posible que su descendiente flirtara con aquel personaje desaliñado? Echó un vistazo a Fred. Sin embargo, al observarlo a la luz del día, Clive se dio cuenta de que, bajo aquellas melenas y aquella barba descuidada, el nuevo miembro del grupo era en realidad bastante apuesto.

Con el cuchillo, Annie indicó una tarjeta pegada en el chaleco del joven.

—¿Es un pase libre para los conciertos? —le preguntó.

—Sí. Tres semanas antes de venir aquí estuve en uno —respondió.

Annie sonrió radiante.

—Cuéntame —le soltó, con el lenguaje directo que solía utilizar.

Eso enfrascó a ambos en una conversación acerca de música (al menos, eso era lo que parecía) que Clive encontró absolutamente incomprensible. Éste, al poco rato, dejó el cuchillo y se fue a dar un paseo.

De repente, la cubierta de la *Intrépida Aventura*, le pareció terriblemente solitaria: de Horace, con el descubrimiento de sus extraños implantes, ya no se sentía completamente seguro; Annie parecía absorta en el recién llegado al grupo, y Chillido continuaba enojada con él.

Taciturno, contempló aquel mar de aspecto interminable. No censuraba a Chillido por estar enojada. Él mismo lo estaba. Su comportamiento había sido una locura. «Impragmático», como lo hubiera calificado Chang Guafe. Y, sin embargo... Sin embargo, ¿qué? ¿Qué bien podría haber hecho a las almas perdidas de la otra

jaula?

Anhelando estar junto a alguien de lealtad incuestionable, se sentó por fin con Finnbogg, que dormía una siesta, algo intranquila por cierto, bajo el sol. Cuando el enano empezó a pegar coces como si estuviera soñando, Clive reposó una mano en su hombro y le habló para tranquilizarlo. Hacia proa y a babor, una bandada de peces alados salió del agua y echó a volar. Clive los observó un momento y luego volvió la atención hacia otra parte. Aquellos peces parecían propios del lugar. Clive fue dolorosamente consciente de que él no pertenecía a aquellos parajes.

Distinguió a Gram, sentada contra una pared de la cabina, y con una expresión de tristeza en el rostro. Clive sabía en lo que estaba pensando, y, al recordar la caída de 'Nrrc'kth a su tumba marina, él mismo parpadeó y se tragó las lágrimas. Recordó a Ka, que le había contado lo que el Pueblo del Mar había hecho con los restos mortales de la mujer de pelo esmeralda, y se preguntó si el canibalismo no sería endémico en aquel nivel de la Mazmorra.

Más tarde pasaron junto a otra isla. Decidieron no pararse en sus costas. Tendrían que volver a tomar tierra en poco tiempo y en aquellos momentos sentían plena satisfacción navegando a toda vela mientras pudieran.

Sin embargo, durante los días siguientes, la tripulación de la *Intrépida Aventura*, se fue sintiendo cada vez más inquieta y más incómoda. Durante tanto tiempo les había costado tanto esfuerzo avanzar que les era difícil aceptar que su progreso fuese ahora a merced de la naturaleza. Trabajar más no cambiaba la situación: no podían hacer que el viento soplará con más fuerza o que la corriente fluyera con más rapidez. Incluso conscientes de esto, les era difícil no sentir la necesidad de apremiar la marcha. Pasaron algunos días en aquella especie de ocio adormecido, pero al cabo se relajaron y se adecuaron a la vida que el mar les imponía.

Los únicos momentos en que estaban alerta era cuando arribaban a una isla. Entonces discutían acerca de si debían atracar o no. La primera vez que se presentó el caso, Clive se percató de que el hecho de discutir reflejaba un cambio de su propia posición en el grupo. Antes de la aventura con los caníbales, Clive sabía que los demás se someterían a sus órdenes. Podían haberlas puesto en tela de juicio, pero él sentía que acabaría dominando la situación. Ahora su autoridad ya no era un hecho sentado y se daba cuenta de que el mando del grupo se le escurría entre los dedos; se sintió desesperado.

En aquella cuestión Chillido no fue de ninguna ayuda. Aunque nunca se ponía abiertamente en contra suya, ya no le ofrecía su consejo silencioso. No parecía tener una cólera activa, pero se mantenía distante y desaprobadora.

Su retraimiento le dolía a Clive; pero advirtió que también él estaba enojado con ella. A pesar de la desigualdad de las fuerzas, no acababa de estar convencido de que no hubiera podido rescatar a los demás prisioneros. Otras veces habían llevado a cabo empresas que parecían imposibles. ¿Por qué no también aquella vez?

Desde hacía una semana, cada isla que divisaban proporcionaba a los viajeros

causa para un nuevo debate. Algunos miembros de la tripulación, en especial Horace y Finnbogg, pensaban que mantener las reservas de agua fresca era un objetivo primordial. Siempre estaban a favor de atracar, incluso si la capacidad de los barriles de agua sólo había bajado un cuarto. También Clive estaba decidido siempre a bajar a tierra, porque creía que debían buscar, en donde fuera, información acerca de la Puerta del Oeste. Los demás, en especial Annie y Chillido, se oponían a lo que consideraban un riesgo innecesario y argumentaban en contra de tomar tierra siempre que se tuvieran las suficientes provisiones. A Náufrago Fred y a Gram les daba lo mismo una cosa que otra.

Fue en uno de aquellos altos donde consiguieron por primera vez la desconcertante información de que para entrar a la Puerta del Oeste tendrían que pasar primero por las «Fauces del Infierno».

—El nombre no es muy atractivo, mi comandante —dijo Horace después de que el alto y esbelto octópodo que encontraron en la playa les diera esa noticia.

Sirviéndose de Annie como intérprete, Clive intentó extraer más información de la criatura. Pero aquella perla era lo único que pudo ofrecerles. Se lo agradecieron, y, antes de marcharse, intercambiaron cierta cantidad de pequeños tubérculos, de los cuales ya estaban hastiados, por una buena provisión de una fruta ácida y jugosa, de la cual el octópodo afirmaba estar igualmente harto.

Aquella noche, cuando casi todos estaban ya dormidos, Clive sacó el diario. Hojeó distraídamente sus páginas en blanco, recordando el contenido de algunos de los extraños mensajes que habían aparecido escritos en el volumen.

Hacía tanto tiempo que no recibía un nuevo mensaje que tuvo una gran sorpresa cuando, al pasar una hoja del libro, descubrió una breve nota con la inconfundible escritura de Neville. La sorpresa se tornó horror cuando leyó las palabras a la luz de la luna casi llena:

«Hermano: Todo ha cambiado. La misión que llevas a cabo sólo te puede conducir a la muerte. ¡Vuelve atrás! Yo te conjuro, por el amor que le tengas a la vida: ¡vuelve atrás!»

Con dedos temblorosos, Clive cerró el libro y se quedó pasmado contemplando el mar iluminado por la luna.

Gur-nann

A la mañana siguiente, cuando Clive repitió el último mensaje de Neville, se desencadenó una de las discusiones más acaloradas que los viajeros se habían permitido hasta el momento.

—¿Volvemos hacia dónde? —preguntó Chang Guafe—. ¿Navegar contra viento y marea para volver otra vez a Tondano y vivir una vida de paz y tranquilidad? No creo que sea posible, en absoluto.

—Los vientos pueden cambiar en el curso del año —dijo Tomás dócilmente—. A mí no me importaría intentar regresar.

—Creo que lo que Chang Guafe quiere decir es que es improbable que nos dejen vivir en paz —dijo Horace.

—¿Por qué no? —preguntó Fred—. Si no molestamos a nadie, deberían dejarnos vivir en paz.

—¿Estás drogado todavía o qué? —le preguntó Annie—. ¿Acaso estabas molestando a alguien cuando te trajeron aquí? ¿Estabas molestando a los misioneros cuando decidieron que iban a comerte? Sé realista de una vez por todas, Fred.

—Tanto podríamos detenernos en una parte como en otra —dijo Gram, y Clive sintió una punzada en el corazón al oír aquella tranquila resignación en una voz que una vez había sido tan animosa.

—No —dijo Chillido recurriendo al habla para dar mayor énfasis a su opinión—. Tenemos que continuar avanzando. Diga lo que diga Neville Folliot, la respuesta a todo está delante de nosotros.

Y así continuó la discusión, haciendo uso de la palabra uno tras otro. El debate todavía estaba en su auge cuando una isla de tamaño considerable apareció al norte, creando, por su mera presencia, una subdiscusión acerca de si deberían tomar tierra o no.

Cuando Clive propuso por fin que hicieran de ella un buen lugar para descansar y pensar en lo que harían después, todos, unos con más reticencia que otros, se pusieron de acuerdo, y Tomás puso rumbo hacia la costa.

La experiencia con la Iglesia del Sagrado Caníbal los había hecho más cautos; así pues, subieron por la playa azul muy despacio, armados y listos para cualquier encontronazo. Aunque Clive comprendía la necesidad de semejante cautela, temía tener una apariencia tan belicosa que empujara a presentar batalla a cualquiera que se

topase con ellos y reaccionase en defensa propia.

En aquel caso concreto, sin embargo, su aproximación fue acogida con risotadas: un hombre enorme estaba en pie donde acababa la playa, resguardado por las frondas de la jungla que le colgaban por encima de la cabeza. Su piel era tan azul como la misma playa, y su pelo tan blanco como la piel de Gram. Era casi tan alto como Chillido. Tenía el cuerpo rollizo, y los brazos y las piernas macizas. A primera vista parecía fofo. Pero, observándolo de más cerca, Clive pudo comprobar que la carne era sólida y fuerte.

Dudó. Si el hombre estaba solo, no sería un problema. Pero si en la isla había más como él y si les eran hostiles, la pequeña banda de viajeros se encontraría frente a una grave adversidad.

—¿Ser las armas para la defensa o para la conquista? —preguntó el hombre, señalando el cuchillo que Clive llevaba metido en el cinturón de su vestido.

—Para la defensa —aseguró Clive, aferrándose a la oportunidad de actuar como portavoz del grupo. Esperaba que esto favoreciera su propósito de reafirmarse como jefe.

—Vosotros no necesitarlas —dijo el hombre—. La isla de Gur-nann ser amiga con los que ser amigos con ella.

Clive ya había sufrido suficientes traiciones desde su llegada a la Mazmorra para conformarse con aquella simple afirmación.

—¿Está usted solo? —preguntó Clive.

El hombre de piel azul rio.

—¿Tú creer yo ser estúpido y decirlo?

Clive no pudo evitar una sonrisa.

—¿Cuál es su nombre? —inquirió.

—Yo ser Gur-nann. Esta ser mi isla. ¿Estas ser tus mujeres? —Y dejó de mirar a Clive para fijarse en Annie y Gram.

Un torrente de risas brotó a espaldas de Clive. La boca de Gur-nann se contrajo disgustada. Pero enseguida suavizó aquella expresión en una sonrisa, al mismo tiempo que hacía un ademán con uno de sus macizos brazos: varias docenas de individuos, muy semejantes a los tondanos, surgieron del bosque andando a gachas.

—Esa ser mi gente. Si tú querer ser mi gente, tú poder quedarte. Yo ser el jefe. ¿Tú comprender?

—Comprendido —dijo Clive.

Estuvo casi a punto de comunicar a Gur-nann que, en efecto, algunos de su grupo podían querer quedarse, pero decidió que sería insensato exhibir las diferencias que había en sus filas. Decidió volver a utilizar las palabras que ya le habían servido en otras muchas islas:

—No deseamos quedarnos. Sólo pedimos aprovisionarnos de comida y de agua y enterarnos de todo lo que podamos acerca de la Puerta del Oeste.

Gur-nann frunció el entrecejo.

—¿Por qué Puerta?

—Viajamos hacia allí en busca de mi hermano.

—Vosotros ser grandes tontos. La Puerta estar más allá de las Fauces del Infierno. ¿Tú querer ir al Infierno? —Y se rio de su propia agudeza.

Clive se percató de que, a pesar de su gordura, la carne de Gur-nann no temblequeó cuando todo el cuerpo se sacudió por el efecto de su risotada.

—A veces creo que ya estamos en el Infierno —replicó Clive con calma.

—¡No ser aquí! —dijo Gur-nann con absoluta firmeza—. Isla de Gur-nann ser buen lugar. Viajeros tontos soltar las armas. Venir, ver. Quizá quedar.

Chillido, que no tenía armas, avanzó y tomó la mano de Gur-nann. Él la contempló con sorpresa. Clive comprendió que la araña estaba estableciendo un nuevo enlace comunicativo. Chillido soltó la mano y se volvió hacia los demás.

Todo correcto, envió, y Clive sintió una punzada al enterarse de que era un mensaje general, de que ella no le estaba hablando a él solo. *Está seguro de su poder y no tiene intenciones traidoras. Podemos visitar sus dominios sin peligro.*

El rostro de Gur-nann expresaba una perplejidad que Clive comprendía bien: nunca olvidaría la primera vez que Chillido lo atrapó en la telaraña de su mente. Sabía que, en aquellos instantes de contacto, probablemente había puesto en conocimiento del isleño gran parte de lo acaecido al grupo durante las últimas semanas.

—Vosotros deber ser valientes guerreros —dijo Gur-nann, dirigiéndose al grupo—. Vosotros enfrentaros por igual a la ira de los rens y a la de los chaffris, pero ser bienvenidos a la isla de Gur-nann.

* * *

El cielo se había teñido con matices de rosado y púrpura. Para Clive, el día en la isla había sido agradable, aunque algo frustrante. Después de mostrarles los alrededores, Gur-nann los había apremiado con gran insistencia a dedicar algún tiempo a fortificar la balsa antes de partir; con barandas en los costados conseguirían alguna protección de las variadas criaturas que, según él, acechaban en el océano que les quedaba por delante. Después de una breve discusión, el grupo aceptó la idea. Incluso los que no estaban seguros de continuar el viaje se hallaban muy predispuestos a ayudar; en parte, sospechó Clive, porque así retardaban el momento de la decisión.

Los isleños prepararon un gran banquete, consistente en frutas y pescado, que sirvieron a los viajeros con gran lujo de ceremonia. Gur-nann se puso borracho perdido y empezó a contar chistes verdes. Clive, que se sentía inquieto, se alejó de los demás y decidió dar un paseo por la playa. Al ver a Annie sentada fuera del grupo y con los ojos fijos en la distancia, la invitó a acompañarlo.

Anduvieron un rato en silencio. Annie jugando a «sal-ta-que-te-piso» con las olas.

Por fin Clive decidió sacar el tema que desde hacía varios días le rondaba por la cabeza.

—Parece que te sientes muy atraída por el joven Fred —insinuó con torpeza. Ella rio.

—¿Estás celoso, abuelito? —preguntó ella con aquel estilo directo muy suyo, que Clive encontraba tan desconcertante.

Clive decidió protegerse tras la urbanidad.

—¿No tengo derecho a estar preocupado por las amistades que pueda establecer mi tantas veces bisnieta?

—Puedes preocuparte tanto como te dé la gana —dijo Annie con jovialidad—, que no va a cambiar las cosas.

Cuando Clive frunció el entrecejo, enojado, ella rio y le pellizcó la nariz.

—Escucha, abuelito. Náufrago Fred es la primera persona que encuentro aquí que viene de una época próxima a la mía. Puedo hablar con él de cosas que nadie entendería. ¡Y, oh Dios, lo que puedo aprender de él! No olvides que en mi país yo era músico. Muchas de las canciones de mi repertorio tienen sus raíces en lo que ocurría cuando Fred estaba por allí. Él no es músico, pero estaba en el rollo. Puede contarme cosas de los de su tiempo. Además solía leer la revista *Rolling Stone*, cuando todavía trataba de música.

—¿Así que no tienes un interés amoroso por él? —insistió Clive. Pero en el mismo instante en que pronunció aquellas palabras hubiera querido tragárselas.

—Podría ser bueno para un revolcón en la hierba. Pero no serviría como marido —comentó Annie, divertida.

El comentario enojó tanto a Clive que durante los siguientes quince minutos no dijo ni palabra.

Más tarde por la noche, cuando el grupo se reunió en la playa para dormir, ella se acercó a donde Clive dormía tumbado en la arena.

—Eh, abuelito —dijo en tono divertido pero con ternura—, ¿todavía estás enfadado conmigo?

Clive gruñó evasivamente.

—Bien, al menos no estás seguro —dijo ella, cruzando las piernas y dejándose caer en la arena con un gracioso movimiento.

—Están preciosas las estrellas esta noche, ¿no? —comentó Annie al poco rato.

—Me recuerdan la noche en que intenté enviar un mensaje a George du Maurier —replicó él.

—¿Recibiste respuesta alguna vez? —dijo Annie con cierta ironía.

Clive sonrió.

—Ya que la idea principal era usar el Baalbec A-nueve para reforzar nuestros poderes mentales combinados, tanto podrías haberla recibido tú como yo.

—Bien, pues, últimamente no he oído hablar de nadie llamado George. ¿Qué te parece si probamos de nuevo?

Clive miró a las estrellas. ¿Qué lugar era la Mazmorra que en uno de sus niveles más bajos podía poseer un firmamento tan centelleante? Con seguridad, la Mazmorra era algo más complejo que un nivel encima de otro. ¿Era quizás una serie de mundos, encadenados de un modo explicable científicamente, o al menos mágicamente?

La idea parecía incomprensible. Pero entonces, se le ocurrió, todo lo que habían experimentado quedaba fuera del alcance de la comprensión racional. Si aceptaba que lo sucedido era real..., bien, la única posible conclusión lógica era que *cualquier cosa*, era posible, incluida, supuso él, la absurda idea de poder regresar mentalmente a través del tiempo y del espacio y tomar contacto con George du Maurier.

—¿Y por qué no? —dijo al final, en respuesta a la pregunta de Annie.

Ella le cogió la mano, se tumbaron de espaldas y contemplaron las estrellas. Por un momento, Clive se preguntó si Annie no estaría simplemente buscando la intimidad que habían compartido la última vez que habían intentado aquel experimento.

«No te hagas ilusiones, Folliot», dijo para sí mismo en tono cortante.

—Deja que ponga a punto mi Baalbec —dijo Annie, introduciendo la mano libre por la parte superior de su vestido blanco.

Clive esperó, disfrutando de la brisa marina que barría la playa.

—De acuerdo —dijo ella—. Hagamos otra intentona. ¿De la misma forma que antes?

Él asintió. Los dos yacieron de espaldas en la arena y contemplaron el cielo.

Du Maurier, ¿estás ahí?, pensó. ¿Me oyes? Y, mientras trataba de verter en el mensaje todo lo que había visto, todo lo que había experimentado, se sintió atrapado en un repentino deseo desesperado de conectar con su antigua vida. Empezó a urgir a Du Maurier que se pusiera en contacto con Annabelle Leighton, que le contara lo ocurrido. Pero al acto reprimió el pensamiento. ¿Qué ocurriría si Du Maurier recibía efectivamente el mensaje y decía a Annabelle que esperase a Clive? ¿Abandonaría la idea del viaje a América y por tanto no fundaría la línea de descendencia que conduciría a Annie? Echó un vistazo nervioso a su joven descendiente, como si temiera que se desvaneciese de improviso.

Pero, para su alivio, permaneció sólida y con el mismo aspecto delicioso de siempre.

—Bien —dijo Annie—. No sé si nos ha oído, pero lo que sí es seguro es que a mí no me ha respondido.

—Ni a mí —dijo Clive.

Y continuaron contemplando las estrellas. Al poco rato se durmieron.

* * *

Mientras los viajeros se entregaban a la tarea de mejorar la balsa, el impacto del mensaje de Neville parecía irse disipando. Escuchando sus conversaciones, Clive pudo percibir que el consenso del grupo se inclinaba por la prosecución del viaje. Como explicó a Annie, una noche después de cenar, él también había tomado la misma decisión poco después de leer el mensaje, en parte porque había llegado demasiado lejos para volverse atrás, en parte porque estaba harto de bailar al son que le tocara Neville.

Para su sorpresa, los trabajos de la balsa acabaron en menos de tres días. La alegre ayuda de los isleños había hecho que el trabajo fuera realmente divertido. Todavía más agradable, desde el punto de vista de Clive, fue el hecho de volver a ver sonreír a Gram. Parecía haberse encariñado con el extravagante Gur-nann; y, a la tercera tarde, sus comentarios picaros acerca de todo y de todos le arrancaron una sonrisa auténtica.

Así que Clive tuvo cierta sorpresa, aunque no asombro, cuando la mujer mayor anunció que no iba a seguir el viaje.

—Gur-nann me ha pedido que me quede aquí y que sea su esposa —contó al grupo reunido en la mañana de su partida—. No toméis a mal que os abandone de este modo. Pero ya no me queda ningún motivo para viajar. Vosotros tenéis cosas por hacer: promesas que cumplir, venganzas que buscar, preguntas que responder. Por lo que respecta a mí, no tengo nada delante. ¿De quién podría vengarme? Sólo de N'wrbb, que ha quedado muy atrás. Permitidme que acabe aquí mi viaje, sin malas voluntades por parte de nadie.

—Sólo puedo desear que su vida sea feliz —replicó Clive, colocando las manos en los anchos hombros de la mujer de pelo esmeralda. Pero se preguntó si aquella isla quedaría fuera del alcance de la guerra que parecía fermentar por todas partes.

Abrazó a Gram y luego se volvió, sorprendido por el afecto que había tomado a la anciana gruñona.

Uno a uno, los demás se despidieron. Annie fue la última y, aunque Clive no pudo oír lo que pasó entre las dos mujeres, parecía que al fin se habían reconciliado. Cuando Annie subió a la balsa, prefirió quedarse a solas.

Clive no podía estar completamente seguro, pero creyó oírla llorar.

Kraken

Después de un tiempo ya no encontraron más islas. La balsa continuaba avanzando hacia el oeste con la corriente; pero, día tras día, nada excepto el salto de algún pez rompía la uniformidad de la superficie marina.

Con la misma clase de curiosidad que nos lleva a levantarnos una costra, Clive repasaba cada mañana el diario de Neville; sin embargo, de haber encontrado otro mensaje en aquellas misteriosas páginas, no habría sabido qué hacer.

A la mañana del sexto día después de ver tierra por última vez, Clive estaba sentado en la proa de la balsa, apoyado contra una de las barandas recientemente construidas. Sostenía el libro en las manos y, contemplando el agua, se preguntaba cómo demonios podrían encontrar la Puerta del Oeste en aquel inmenso océano.

Suspiró y bajó la vista hacia el diario, deseando que si Neville escribía algo en él fuese más útil que sus habituales exhortaciones y sus terribles advertencias. Pasó los dedos por la negra encuadernación de cuero; luego abrió el libro y empezó a pasar las hojas al azar. Para su sorpresa y gozo (inicial), descubrió una nueva anotación.

Pero, mientras sus ojos recorrían la página, los dedos le empezaron a temblar.

—¿Qué ocurre, mi comandante? —preguntó Horace, que había observado la reacción de Clive.

Clive dudó, pero al cabo decidió leer el mensaje en voz alta.

—Escuche esto —dijo—. No sé qué pensar, aunque puede que sea la explicación de por qué algunos de los mensajes recibidos eran tan extraños y contradictorios.

Volvió los ojos de nuevo al libro y leyó en voz alta:

«Hermano, ten cuidado; el diario está interferido. Que hayas sobrevivido hasta ahora es un milagro. Mis más sinceras disculpas por todo. Acabo de descubrir que el enemigo ha logrado acceder a este instrumento y que te ha enviado mensajes falsos en mi nombre.

Ten cuidado con el diario. ¡No te fíes de nadie! No puedo escribir más, por...»

Clive levantó el rostro.

—El mensaje acaba aquí —dijo en tono sombrío—. Es todo lo que hay.

—No parece muy alentador, ¿verdad, mi comandante?

—No, Horace. No lo parece.

Clive volvió la mirada de nuevo hacia el mar, preguntándose qué le habría

ocurrido a su hermano.

* * *

El viento y las corrientes eran más fuertes ahora y, aunque no divisaban auténticas islas, de vez en cuando pasaban junto a grandes rocas escarpadas que surgían del agua. Estos escollos inquietaron a Tomás, el cual insistió en que debían utilizar aquellas rocas para amarrar durante la noche, para evitar encallar en la oscuridad y causar daños a la balsa. A veces esto requería una gran cantidad de maniobras, y Clive lo encontraba extremadamente fatigante. En aquellos momentos se alegraba de haber ingresado en el ejército de tierra y no en la armada.

Una mañana, poco después de desplegar velas para continuar la navegación diaria, la tripulación de la *Intrépida Aventura*, estaba sentada en cubierta, compartiendo una comida racionada de pescado y tubérculos, cuando una bandada de peces voladores apareció por el lado de estribor de la balsa. Para su extrañeza, las criaturas, en lugar de virar para alejarse de la embarcación como solían hacer, se dirigieron directamente hacia ellos.

Al principio Clive lo encontró divertido. A menudo había querido ver aquellos animales más de cerca. Pero cuando el primero pasó volando por encima de la cubierta y Fred chilló de dolor, su diversión se transformó en asombro. De pronto sintió un agudo escozor en su propia mejilla. Y gritos de horror hicieron erupción por toda la balsa cuando más peces pasaron planeando por encima de la cubierta.

—¡Veneno! —gritó—. ¡Escupen veneno! ¡Todos dentro de la cabina!

Y a empujones entraron en el pequeño refugio. Pronto todos, excepto Chillido y Chang Guafe, estuvieron a cubierto. Clive podía oír al otro lado de las paredes y techo de madera los ¡*cutiic!*, ¡*cuiic!*, de los peces al pasar volando por encima de sus cabezas. De vez en cuando también percibía un grito mucho más agudo, usualmente acompañado de una exclamación de satisfacción por parte del ciborg o de la arácnida.

—Podéis salir ahora —dijo Chang Guafe cuando pasaron varios minutos—. Las criaturas se han ido.

Clive abrió la puerta y se sorprendió al ver la cubierta repleta de los cadáveres de los peces que los habían amenazado. Muchos tenían heridas que él sospechó producidas por uno u otro de los tentáculos especializados de Chang Guafe. Otros estaban atados en segmentos de la seda de Chillido.

—Fue una buena cacería —tintineó la mujer araña—, aunque al ciborg le ha ido mucho mejor que a mí, ya que no tenía que protegerse los ojos.

Clive observó manchas amarillentas en su exoesqueleto quitinoso, y supuso que eran restos del veneno escupido.

Una media docena de peces todavía se agitaban espasmódicamente en la cubierta.

Otros pocos jadeaban y aleteaban, pero la mayoría estaban absolutamente inertes, con sus ojos anaranjados cubiertos por el velo de la muerte.

Clive se agachó con la intención de examinar uno.

—Yo que tú no lo cogería —dijo Chang Guafe—. Podría muy bien ser que sus escamas te irritasen la piel.

Clive asintió y retiró la mano.

El pez tenía la longitud aproximada de su antebrazo. El cuerpo era, en su mayor parte, blanco, aunque tomaba un color amarillo verdoso alrededor del vientre. Estaba provisto de unas aletas largas y rígidas que utilizaba para propulsarse a través del aire. Al abrirle la boca con un cuchillo, Clive pudo observar una doble hilera de dientes puntiagudos como puntas de aguja.

Pensó en la controvertida teoría del señor Darwin y se preguntó qué tipo de condiciones habrían provocado el desarrollo de una criatura tan fuera de lo común.

Por fin decidieron no probar los peces como alimento, y Chillido y Chang Guafe echaron por la borda al mar los múltiples cadáveres; exceptuaron una docena, que el ciborg conservó para lo que llamó propósitos experimentales. Cuando Clive le preguntó por qué había matado tal cantidad de animales, el ciborg pareció perplejo por la pregunta y señaló que mataría cualquier cosa que le atacase.

Pasaban los días y los peligros del mar iban en aumento. Dos veces, una de aquellas grandes y oscuras criaturas que habían visto a principios de su viaje en balsa pasó nadando bajo ellos. Aunque no demostraron intenciones de atacar, su enorme volumen era aterrador, y sintieron mucho miedo cuando el segundo pasó rozando la balsa con el lomo, y la levantó unos treinta centímetros más de un costado que del otro. Durante unos terroríficos instantes pareció que iban a zozobrar. Todos los que no se encontraban en la cabina se vieron empujados hacia babor, y Annie sólo se salvó de caer por la borda gracias a las barandas que los de Gur-nann les habían ayudado a instalar.

Clive habría deseado tener un mejor utensilio de escribir que aquel pedazo de carbón, para poder anotar algunas de sus aventuras en el diario de Neville. Los largos períodos de tranquila navegación facilitaban el soñar despierto, y a menudo Clive se imaginaba que escapaban de la Mazmorra, que escribía el libro en el que originalmente había previsto que detallaría las aventuras de África (¡qué insípidas parecían ahora!) y que al fin se casaba con Annabelle Leighton. Pero siempre que sus fantasías alcanzaban este punto, caía en una gran confusión, ya que la cuestión de las consecuencias que aquello acarrearía para Usuaría Annie se inmiscuía en sus placenteras conjeturas.

A pesar de todo, le habría gustado tomar nota de sus impresiones sobre los variados peligros a que habían hecho frente: las criaturas de aspecto parecido a tiburones que se lanzaban fuera del agua, pero que las barandas de Gur-nann rechazaban y devolvían al mar; la tempestad, breve pero intensa, que casi los barre a todos de cubierta; el largo tentáculo de múltiples ventosas que, arrastrándose por la

cubierta, llegó a enrollarse en la pierna de Finnbogg una tarde mientras la mayoría hacía la siesta... Sabía que constituirían relatos interesantes, y deseaba conservar más detalles de los que podía anotar con un simple trozo de carbón.

Se preguntó vagamente cómo se tomaría Maurice Carstairs (del periódico que lo había ayudado a financiar su viaje por el África) unos despachos tan extraordinarios. De todas formas, ¿cuánto tiempo hacía que había enviado un despacho a Maurice Carstairs? ¿Cuánto tiempo hacía que deambulaban por aquel maldito mundo?

Ahora navegaban con rumbo fijo, discutiendo entre ellos si habían pasado de largo las Fauces del Infierno y la Puerta del Oeste. Las provisiones de comida y de agua se estaban agotando. La comida no escaseaba tanto, por cuanto parecía que siempre podrían pescar, pero el agua potable se estaba convirtiendo en un auténtico problema. A veces, por la noche, cuando amarraban en uno de los aislados peñascos, encontraban agua de lluvia acumulada en las hendiduras de las rocas. Primero comprobaban que la espuma de las olas no la hubiera salado y luego usaban la camisa de Fred (los vestidos blancos no absorbían el agua) para chuparla de los charcos y transferirla a sus recipientes.

Hacia el fin de uno de esos días que parecían interminables, Clive estaba tendido boca abajo, contemplando el horizonte y redactando una imaginaria carta de dimisión para Maurice Carstairs, cuando percibió movimiento en las aguas de popa. Al principio era algo insignificante, la clase de rizado provocado por una ráfaga aislada de viento. Pero luego la superficie empezó a agitarse con más violencia. De repente vio un anillo escamoso que emergía por encima de las olas.

Para su sorpresa, uno de los del Pueblo del Mar estaba atrapado en el anillo, luchando en silencio y desesperadamente por su vida.

—¡Batalla a popa! —gritó Clive. Y, sin esperar a que los demás lo siguieran, saltó por la borda y empezó a nadar hacia donde tenía lugar la lucha.

Mientras Clive braceaba hacia el agua encrespada donde combatía el hombre del mar, se preguntó de repente qué locura estaba cometiendo. Antes de que tuviera realmente tiempo de considerar la cuestión, un tentáculo sinuoso se le enrolló en la pierna. Clive soltó un grito al sentir que el miembro intentaba hundirlo bajo el agua.

Al aumentar el tirón en su pierna, empezó a patallar en un desesperado intento de mantenerse en la superficie. Cuando fue evidente que sería imposible mantenerse a flote, aspiró todo el aire de que fue capaz y él mismo se zambulló hacia el tentáculo.

Abrió los ojos. El mundo de su alrededor era azul y verde, sombrío, misterioso. El corazón le dio un vuelco al ver que el largo tentáculo que cogía su pierna se extendía hasta desaparecer en las aguas oscuras de las profundidades. El hecho de que no pudiera ver al enemigo empeoraba las cosas.

Sacó el cuchillo del cinturón. Aunque la hoja parecía miserablemente inadecuada para la tarea, agarró el tentáculo, un palmo más allá de donde daba la vuelta a su pierna, y empezó a acuchillar la carne fangosa y resbaladiza.

Al principio el monstruo estrechó el apretón en su pierna. Pero al proseguir Clive

su asalto, éste percibió que el brazo se aflojaba. ¡Si sólo pudiera aguantar la respiración lo suficiente para acabar el trabajo! Aumentó la presión de su mano en el tentáculo y empezó a segarlo. La sangre salió y se desparramó en el agua, formando cintas ondulantes que se agrupaban en flores oscuras y extrañas. De repente, el tentáculo se desenrolló de su pierna y se hundió hasta perderse de vista.

Clive braceó hacia arriba, irrumpió en la superficie y absorbió aire con verdadera voracidad, atragantándose con el agua que del rostro le caía hacia la nariz y la boca. Vio a Horace, que venía nadando en su dirección. Finnbogg iba tras él, pataleando torpemente. Miró más allá de ellos y, horrorizado, vio que la balsa se estaba alejando a gran velocidad. «¿Por qué no se detienen?», pensó, antes de recordar lo difícil que era maniobrar la nave. Vio que arriaban la vela y comprendió que Tomás estaba haciendo lo imposible para detener la balsa. Pero, incluso así, parecía muy probable que perdieran por completo de vista la embarcación antes de acabar la lucha.

Se volvió y se dirigió de nuevo hacia el centro de la batalla. El corazón le latía golpeando con fuerza las costillas al comprender que otro tentáculo como el primero podía subir serpenteando desde las profundidades y arrastrarlo de nuevo hacia abajo. En el mismo momento en que este pensamiento cruzaba su mente, vio un tentáculo que emergía de improviso del agua unos diez metros delante de él. Fue seguido por otro y luego por un tercero. Ondulaban por encima de las olas como zarcillos gigantes de un alga desconocida. Inesperadamente, un cuarto tentáculo surgió hacia el cielo, salpicando agua en todas direcciones. Aprisionado en él, el hombre del mar luchaba y gritaba con furia en aquel raro lenguaje gutural que Clive recordaba de su primera conversación con Ka, en la playa de Tondano.

«Bien, héroe», pensó Clive, «ya estás aquí: ¿qué haces ahora?».

No tuvo mucho tiempo para considerar la cuestión. El grito de aviso de Horace fue ahogado por el chapoteo de otro tentáculo que irrumpía fuera del agua a sus espaldas. Antes de que pudiera emprender la fuga, el miembro se había enrollado en sus hombros y lo arrastraba de nuevo bajo las olas.

Éste era más grueso y más fuerte que el primero, y lo arrastraba con toda rapidez hacia las oscuras aguas del fondo. Clive tenía el brazo que sostenía el cuchillo atado a su flanco. Mientras se alejaba más y más de la superficie, forcejeaba para cambiar el arma de mano.

Los ojos se le salieron de las órbitas al ver la enorme y oscura forma hacia la cual era arrastrado. Era un cilindro que se estrechaba en un extremo y una vez y media más grande que un vagón de tren. La parte que estaba frente a él parecía consistir prácticamente en unas grandes fauces, rodeadas por un círculo de tentáculos ondulantes, algunos enormes y otros bastante más pequeños (de unos dos metros de largo). Oculto por el peine de tentáculos pudo distinguir un gran ojo que lo observaba fríamente a través de la oscuridad.

«¡Un *kraken*^[8]!», pensó, recordando el legendario monstruo marino sobre el cual de niño había leído tantas cosas.

Con una súbita explosión de fuerza, consiguió pasar el cuchillo a la otra mano. Pero ahora muchos otros tentáculos atenazaban su cuerpo. Y lo conducían a toda velocidad hacia las fauces abiertas.

Forcejaba con desesperación para liberarse, pero el *kraken*, lo tenía controlado. Más tentáculos se añadieron a los otros. Uno, lleno de cieno y repleto de ventosas, se deslizaba por su rostro. Su contacto escoció a Clive, y agradeció vestir el traje blanco, que recubría la mayor parte de su cuerpo. De repente se preguntó si el vestido lo arrancarían de la criatura si él se aproximaba a la muerte. La mente de Clive, trabajando a una velocidad increíble, le presentó al instante imágenes de maneras de morir demasiado veloces para poder ser salvado por su vestido, empezando por la decapitación.

Ahora tenía los dos brazos inutilizados. Forcejaba, pero no parecía tener efecto.

De pronto, Finnbogg apareció a su lado y desgarró los tentáculos con sus poderosas mandíbulas. El agua se tiñó de sangre, y se formó una gran nube oscura alrededor del rabioso enano. Clive sintió el temblor que recorrió los tentáculos que lo aferraban. Algo que podía haber sido un grito del monstruo de las profundidades subió rasgando las aguas.

Con el brazo de nuevo libre, acuchilló los tentáculos restantes. Cuando el último caía, tocó con la mano a Finnbogg y los dos salieron a la superficie.

Y emergieron a un infierno de burbujas. Tentáculos destrozados, desgarrados, surgían por todas partes, escupiendo sangre en todas direcciones, fustigando el agua y convirtiéndola en espuma escarlata. A gritos intentó avisar a Finnbogg, pero su voz se perdió bajo los estrepitosos azotes del monstruo en el agua.

Clive nadó hacia adelante, abriéndose paso a través del bosque de tentáculos, y se puso a hincar una y otra vez el cuchillo en uno de los apéndices serpenteantes que aferraban al hombre del mar. Entonces se percató de que la víctima del *kraken*, se enfrentaba al peligro de un modo opuesto al suyo: el monstruo trataba de mantener al hombre fuera del agua para ahogarlo en el aire.

Clive hundió profundamente el cuchillo en la musculosa carne y abrió un corte sangriento. El tentáculo sufrió un espasmo, aflojó el abrazo que sostenía al hombre del mar y se retiró aguas adentro. Otro miembro subió con gran ímpetu a tomar su puesto y, a su paso, lo apartó con violencia empujándolo hacia abajo. Estuvo unos momentos aturdido y atragantado por el agua que le llenaba la boca, pero pateó para subir a la superficie.

Horace y Finnbogg se encontraban ahora en el fragor de la batalla, el primero cortando a diestro y a siniestro con el cuchillo, el segundo desgarrando y destrozando con sus potentes mandíbulas. Por fin consiguieron que la criatura soltase al hombre del mar, el cual desapareció bajo la superficie.

Clive oyó una voz que lo llamaba por su nombre, apenas audible entre el estruendo y el chapoteo de la batalla. Se volvió y, al ver que Annie se acercaba nadando en su dirección, soltó un alarido de furia. Annie llevaba una larga vara.

Náufrago Fred la seguía a distancia.

—¡Vuélvete! —gritó Clive antes de que un tentáculo se arrollara en torno a su pierna y él tuviera que desviar su atención para cortarlo y soltarse. No pudo oír la respuesta, pero le pareció que sonaba como «cabezota».

El hombre del mar estaba de nuevo en la superficie, hiriendo los tentáculos con un cuchillo propio. «¡Ahora podríamos vencerlo!», pensó Clive, exultante.

Un instante después, al ver una gran forma que emergía hacia la superficie, comprendió que su éxito se podía volver derrota. Más que empujar al monstruo a la retirada, el ataque de Clive y de sus compañeros sólo había conseguido que la bestia arremetiese con más furia. Detrás del círculo de tentáculos, el inmenso ojo anaranjado brillaba a través del agua como los faroles en la niebla londinense. De improviso, la criatura irrumpió en la superficie del mar. El agua se precipitó en un torrente por la vasta extensión de su lomo. Los tentáculos se extendieron por delante de la criatura, flagelando el agua hasta que ésta pareció sangre hirviendo.

Ya no podían escapar. No quedaba otra posibilidad que luchar. Clive se sintió levantado en el aire. Intentó asir el tentáculo que lo alzaba, pero estaba completamente recubierto de cieno y resbalaba. Le clavó el cuchillo, y la bestia lo soltó; Clive cayó de espaldas y golpeó el agua con tal fuerza que le cortó la respiración.

El mundo le pareció una masa de agua y sangre. Los oídos le silbaban con las maldiciones de sus amigos, los bramidos del *kraken*, y la atronadora agitación del agua.

Horrorizado, vio a Annie nadando hacia la confusión del combate, directamente hacia el cuerpo del *kraken*. Intentó lanzar un grito de aviso, pero el tentáculo que le enlazó el cuello le cortó la voz. Sin perder de vista la esbelta silueta de su descendiente, se puso a trinchar la carne del sinuoso y larguísimo brazo que ya empezaba a extraerle la vida.

Annie continuaba con la vara en la mano. Pero ahora el monstruo había aprisionado a Annie. La alzó y la llevó hacia sus enormes fauces, lo suficientemente grandes como para tragárselos a todos de un solo bocado. Clive aserró el tentáculo que lo abrazaba, respiró aire con grandes jadeos y gritó horrorizado al ver lo cerca que estaba Annie de la boca de la criatura.

De súbito, ella giró sobre sí misma y se impulsó hacia el monstruo con la vara en ristre.

Un grito agudísimo pareció sacudir el mismo mar en el instante en que la madera penetraba la lámpara anaranjada del ojo de la bestia.

Los tentáculos se sacudieron en movimientos espasmódicos y azotaron el agua. Otro estrepitoso grito desgarró la garganta del monstruo.

Y luego todo fue silencio. Los tentáculos continuaron temblando ligerísimamente en la superficie de las aguas turbulentas.

Fue el final de la batalla.

Las Fauces del Infierno

«De todas las sorpresas que nos ha deparado la Mazmorra», pensó Clive, «ninguna parecía más inverosímil que la idea de que Náufrago Fred pudiera ser de alguna utilidad». Pero la realidad era que sin él habrían estado perdidos. Al ver que los demás saltaban al agua, e intuyendo que la balsa no podría dar la vuelta, Fred recordó las historias que le habían contado de su descenso del cielo con la telaraña de Chillido. Después de unas breves consultas, había tejido un lazo de seda que se había atado a la cintura; y, al mismo tiempo que la araña soltaba sedal, él se ponía a perseguir a los demás a nado. Una vez que llegó al lugar de la batalla, se mantuvo al margen de la acción por temor a cortar su única conexión con la balsa.

Pero Chillido no era la única que quedó a bordo de la embarcación y que tomó parte en los acontecimientos. La razón por la cual Annie había sido capaz de matar al kraken con su delgada lanza era que habían untado la punta de la vara con un poderoso veneno, el veneno que Chang Guafe había extraído de la docena de peces voladores, conservados con «propósitos experimentales».

Clive se enteró de todo ello durante el lento regreso de los cansados guerreros por la hebra de seda que los unía con la balsa. Arrastraban con ellos al hombre del mar, pues había perdido el sentido poco después de finalizar la batalla con el *kraken*, ; y, aunque no podrían subirlo a la cubierta de la balsa, pareció incorrecto abandonarlo a su suerte en el mar, a la deriva.

El hombre del mar había sido la sorpresa final de aquella cadena de acontecimientos, puesto que resultó ser nada menos que su viejo amigo Ka.

En cierto sentido, Clive estaba satisfecho, ya que lo ayudaba a justificar lo que sabía que Chang Guafe describiría como un comportamiento «impragmático»: saltar al agua para salvar a un desconocido. Pero a pesar de la feliz casualidad, Clive se sentía un poco descontento de sí mismo y se preguntaba si las cosas no habrían sido más fáciles de haber esperado a consultar con los demás, como Fred y Annie habían hecho.

Sin embargo, si hubiese esperado, quizá Ka habría muerto en el intervalo.

Una ola le pasó por encima y Clive sacudió la cabeza. A veces, encontrar el sentido de las cosas de la vida parecía tan difícil como encontrar la perfecta taza de té (algo por lo que en aquel momento, habría dado un ojo de la cara).

Ah, un viejo amigo, emitieron las señales de Chillido cuando, al llegar a la balsa,

vio a quién llevaban con ellos.

Sí, y está muy magullado, replicó Clive. *No podemos subirlo a bordo de la balsa, ni podemos abandonarlo a la deriva. ¿Puede tejer algo como una red o una malla para arrastrarlo con la balsa mientras viajamos?*

Se puede hacer.

Clive notó, con tristeza, que ya no añadía el agradablemente respetuoso «oh, Folliot», con que antes adornaba la mayoría de sus comunicados.

A bordo de la embarcación intercambiaron historias, felicitaciones, abrazos. Clive tuvo un interés especial en cumplimentar a Chang Guafe por su previsión y destreza en preparar el extracto letal que había acabado con el *kraken*.

—Fue un experimento interesante—replicó el ciborg.

Clive también dio las gracias a Finnbogg, por haberle salvado la vida cuando el *kraken*, lo arrastraba hacia las profundidades.

Más tarde, Tomás y Horace prepararon, con lo que les quedaba de fruta, una cena especial para celebrar la victoria contra el monstruo.

Oscureció con rapidez, aunque no por completo, ya que la triple luna era particularmente brillante aquella noche. Los vientos habían cesado y el mar que tenían ante ellos aparecía claro y abierto, y sólo se divisaban unos pocos escollos escarpados. Después de un corto debate, decidieron no amarrar, sino continuar navegando durante la apacible noche, arrastrando a Ka con ellos.

Chang Guafe se ofreció voluntario para hacer la guardia, lo cual podía realizar con perfecta eficacia con un cuarto de sus energías. Clive envidió al ciborg la capacidad de descansar sin el temor a quedarse dormido. ¡Otra habilidad que habría sido sumamente útil para el ejército!

No sabía si hacía mucho o poco tiempo que estaba dormido, cuando un grito de furia y de terror lo despertó bruscamente. Los peligros constantes de la Mazmorra le habían agudizado los reflejos y Clive pasó del sueño a la plena conciencia casi al instante: al primer indicio de peligro se puso en pie de un salto.

El grito provenía de Ka, quien, al volver en sí y verse atrapado en una red, había empezado a bramar con una voz que literalmente levantaba del suelo a los tripulantes de la balsa.

Al ir despertando, los demás se apresuraron a reunirse con Clive en la popa de la *Intrépida Aventura*.

—¡Ka! —gritó Clive—. Ka, soy yo, Folliot. No hay peligro. ¡Está entre amigos!

El hombre del mar forcejeaba y aullaba, enmarañándose cada vez más en la red que Chillido había fabricado para salvarlo. Clive recordó lo que Ka le había contado que ocurría cuando las redes de los isleños atrapaban a uno de los suyos.

—Voy con él—dijo Clive a los demás.

Se dejó resbalar por la borda de la balsa y se sumergió en el mar iluminado por la luna.

El agua estaba deliciosamente cálida. Mientras Clive seguía el sedal que conectaba

al hombre del mar con la balsa, no dejó de hablarle tranquilizadamente, mientras rogaba que el movimiento de sus pies no tuviera un especial atractivo para alguna bestia de enorme tamaño y dentadura afilada que pudiera estar acechando en las profundidades.

—Ka —decía una y otra vez—. Soy yo, Folliot. No está atrapado. No vamos a hacerle daño. Cálmese.

De súbito el hombre del mar se aquietó.

—Lo siento —dijo con su voz áspera y rasposa—. No me había dado cuenta. Cuando me desperté y me vi metido en esta red, tuve un ataque de pánico. Estoy confundido.

Esto último fue pronunciado con un tono tan avergonzado que Clive se sintió apenado por él.

—No tiene por qué avergonzarse —dijo con suavidad—. Quedó usted un poco desorientado por el combate con el *kraken*.

—Me salvaste la vida —dijo Ka.

—Le devolvimos un favor —replicó Clive—. Aunque, a decir verdad, al principio no sabía que era usted. Su pueblo fue muy amable con nosotros. No podíamos ser menos cuando vimos a uno de los suyos en apuros.

—No obstante, estoy profundamente agradecido. Todavía lo estaré más si me ayudas a desenmarañarme de la red. Su solo contacto me acelera el corazón.

—Lo libraré de ella con mucho gusto —dijo Clive. Nadó hacia Ka con brazadas largas y pausadas, sin dejar de repetirse que sentir miedo ahora era irracional: Ka era robusto y fuerte, y tenía una apariencia extraña y terrorífica bajo la luz de la luna, pero era su amigo.

—Me sorprende encontrarlo aquí, tan lejos de las aguas de su pueblo —dijo Clive, mientras con su cuchillo cortaba la telaraña fabricada por Chillido.

—Te dije que sentíamos curiosidad por vuestro viaje —respondió Ka—. Mi gente me designó para seguiros sin interferir en vuestros asuntos, para ver lo que hacíais.

Juntos se pusieron a braccar de regreso hacia la balsa. Manos diligentes los cogieron para subirlos a bordo. Ka dudó un momento, y luego aceptó el gesto.

—Sólo puedo sentarme con vosotros unos instantes —dijo—. Luego tendré que regresar al agua.

Su piel húmeda relucía con tonalidades grises y verdosas bajo la luz de la luna. Los músculos que ondulaban y se movían bajo aquella piel eran grandes y poderosos.

—El monstruo de que me habéis salvado es poco frecuente por aquí —prosiguió Ka, dirigiéndose al grupo en conjunto—. Sin embargo, parece que cada año hay más.

Según el Camino Hablador, vienen de parte de los rens o de los chaffris.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Clive—. ¿Traen a estos monstruos de otro lugar?

—No. Tememos que es algo todavía peor. Pensamos que han creado estos monstruos a partir de otros animales que ya vivían en el tercer nivel. Pero los rens y los chaffris poseen terribles poderes y no parecen tener escrúpulos sobre cómo

utilizarlos. Crían bestias..., bestias nuevas, nunca vistas. Algunas están llenas de maldad, como el monstruo al que llamas *kraken*.

Clive asintió.

—¿Qué sabe de la Puerta del Oeste?

—¿Por qué lo preguntas? —replicó Ka.

—Es donde intentamos llegar, aunque nos falta información para saber cómo encontrarla. Nos han dicho que para llegar a ella antes tenemos que pasar por las Fauces del Infierno.

—¡Es terrible! —exclamó Ka—. ¡Debéis volveros!

—¿Por qué?

—Incluso mi pueblo habla de las Fauces y la Puerta con temor. Son lugares de peligro inmenso. Tenéis que volveros.

—Pero ¿qué son? —respondió Clive.

—Las Fauces son un par de muros de roca, horripilantes, altísimos, que se encuentran casi al final del océano. El agua pasa a través de los muros a gran velocidad. Lo que hay más allá de las Fauces nadie lo sabe, porque los que las han cruzado nunca han regresado.

—¿Sabe usted dónde están?

Ka dudó unos momentos antes de responder.

—Todo el Pueblo del Mar sabe cómo encontrar las Fauces.

—¿Nos conduciría allí?

—¿Debe un amigo mostrar a su amigo el camino a la fatalidad?

—No a la fatalidad, sino a su destino —replicó Clive.

—Oh, muy bien, abuelito —murmuró Annie—. Muy poético.

Clive le echó una mirada de soslayo pero hizo caso omiso del comentario y no respondió.

—¿Nos llevará allí? —repitió. Ka contempló el mar.

—Te debo la vida —dijo con cierto tono amargo.

—No —dijo Clive—. Diga mejor que ya no le debemos la nuestra. Hemos llevado a cabo un intercambio limpio. Se lo pido de amigo a amigo, no como pago de una deuda.

De repente el hombre del mar saltó por la borda. Por un momento, Clive pensó que los abandonaba a su suerte. Pero sólo volvía al agua, adonde pertenecía.

Asomó la cabeza fuera de las olas, a la luz de la luna.

—De acuerdo —dijo—. Os guiaré.

Dos días más tarde, Annie fue la primera en avistar las Fauces, aunque, cuando inicialmente vio la línea vertical que creaban en el horizonte, una línea que surgía del mar hacia el cielo, pensó que era un defecto de su visión. Al rato, aun sin estar segura de lo que tenía ante los ojos, llamó a los demás para que miraran.

—Aquí tienes tu destino —dijo Ka, nadando hacia la proa de la embarcación—. He aquí las Fauces del Infierno.

Durante el resto del día, no importaba lo que los tripulantes tuvieran entre las manos, no dejaron de contemplar y de maravillarse por el pilar que hendía el cielo frente a ellos.

—Es increíble —susurró Annie a Clive aquel atardecer. Estaban sentados en la proa de la embarcación, contemplando la puesta del sol. Cuando la brillante bola anaranjada se posó sobre el horizonte, las Fauces la dividieron en dos mitades perfectamente iguales.

Finnbogg, que estaba de pie tras ellos, parecía inquieto.

—Finnbogg sólo ve una «fauce» —gruñó—. ¿Dónde está la otra?

—No lo sé, Finn —dijo Clive—. Pero supongo que pronto lo vamos a descubrir.

Sin embargo, a pesar de haber navegado a buen ritmo durante la mayor parte de la tarde, era evidente que todavía les quedaba un largo trecho para llegar a la columna rocosa. La mayor parte de la columna se perdía en una hilera de nubes que parecía flotar perpetuamente alrededor de la cima. En realidad, ellos suponían que la cima estaba oculta entre las nubes porque, como hizo notar Horace, si habían de basarse en lo que veían, la roca ascendía indefinidamente.

Antes de llegar a la Mazmorra, Clive se habría burlado de tal afirmación. Ahora se limitó a continuar contemplando maravillado el pilar de piedra.

Pasaron tres días antes de que alcanzaran por fin su destino. Hacía ya algún tiempo que Ka se había despedido de ellos, con pesar.

—La amistad me ha llevado hasta aquí —había dicho—. Ahora tu destino está claro; sólo la locura me haría ir más lejos.

Clive había comprendido, aunque echaría profundamente de menos a su amigo. Mientras nadaba junto a la balsa, Ka le había contado muchas cosas interesantes acerca del modo de vida submarino. Clive, a su vez, le había hablado de su Tierra. Compartían los sentimientos de quien está lejos del lugar a que pertenece y quiere regresar. La diferencia radicaba en que mientras que Clive continuaría viajando por senderos desconocidos, Ka ya estaba de regreso a su hogar.

Y, así, se acercaban a la salida del tercer nivel del mismo modo en que habían entrado en él: solos.

«Pero, en otros aspectos, las cosas son muy diferentes», pensó Clive, mirando la cubierta de la balsa y considerando los cambios que se habían producido en el grupo: Gram y 'Nrrc'kth ya no estaban; Náufrago Fred, lenta pero firmemente, asentaba su posición entre los demás miembros. Al mismo tiempo, el sentimiento de un inconmensurable afecto por todos ellos lo sobrecogió.

Tomás rezaba casi sin cesar. Aparte de eso, nadie, excepto Fred (que era nuevo en aquel tipo de aventuras), hablaba mucho del peligro que los aguardaba.

La corriente era más fuerte ahora y los empujaba hacia su meta más deprisa que nunca.

En la mañana del último día, Clive observó que la fachada rocosa de las Fauces parecía curvarse hacia los lados. Aunque siempre lo habían considerado un pilar,

ahora se daba cuenta de que no tenían motivo para mantener aquella opinión. ¿Eran las Fauces realmente una columna, cuyas rocas formaban un círculo completo? ¿O la fachada se hendía y se extendía hacia atrás en un estrecho y largo desfiladero? ¿Qué había al otro lado de las Fauces?

—Mejor será que arriemos la vela —dijo Tomás pocas horas después—. Navegamos tan deprisa que casi no puedo controlar la balsa.

Clive se unió a los demás en la tarea de plegar la vela tejida por los tondanos. Cuando, después de atarla en su lugar, se puso en pie, por primera vez comprendió por qué su punto de destino se llamaba las *Fauces*, del Infierno.

La columna rocosa, que había parecido tan sólida, en realidad tenía una grieta en la parte delantera. La grieta era una abertura a través de la cual las aguas del océano pasaban a una velocidad endiablada, creando la corriente que ahora arrastraba la balsa a una marcha que cortaba la respiración.

Después de la larga y lenta aproximación, las Fauces parecían más amenazadoras a cada instante que pasaba.

El estruendo de una cascada llenaba el aire y hacía casi imposible oírse unos a otros.

El paso entre los dos muros tenía unos treinta metros de ancho. Conducir la balsa entre ellos habría sido tarea fácil de no ser por el gran número de rocas escarpadas semejantes a colmillos diseminadas por el estrecho.

—Esas Fauces tienen dientes puntiagudos —gritó Horace, acercándose al oído de Clive.

Éste asintió y continuó mirando hacia adelante.

En el interior de la altísima columna, más allá de la hendidura que hacía de entrada, Clive pudo distinguir un espacio abierto rodeado por más roca, con lo cual dedujo que la formación era en realidad un enorme cilindro.

Ahora sólo unas decenas de metros los separaban de la grieta. El gran pilar de piedra parecía llenar todo su campo de visión frontal. A la derecha y a la izquierda, el océano se desplegaba alrededor del pilar. Clive inclinó la cabeza para mirar hacia arriba. Las Fauces se elevaban verticalmente hasta desaparecer en el interior de las nubes, como si se clavaran en el vientre del cielo.

—¡Todos a estribor! —bramó Tomás, apoyándose en el timón con todas sus fuerzas al inclinarse la embarcación hacia las agitadas aguas. Su voz apenas era audible por encima del estrépito de las olas, pero repitió—: ¡Todos a estribor!

Al mismo tiempo que lanzaba el aviso, la balsa se tumbaba vertiginosamente hacia un lado. Clive y los demás treparon por la inclinada cubierta para evitar que la nave zozobrase. Chillido corrió hacia la baranda, agarrándose a ella para evitar caerse por la borda. Trabajando con rapidez y eficacia, ató a cada uno de la tripulación a la baranda con su telaraña, asegurándose de que todos tenían cuchillos para cortar la hebra si era necesario.

Azotada por las olas, la balsa se dirigía directamente hacia uno de los grandes

colmillos, que se elevaba unos doce o quince metros por encima del agua. Tomás se apoyó de nuevo en el timón. La balsa golpeó de refilón la formación rocosa y los sacudió sin piedad, pero salió disparada en diagonal hacia adelante.

Clive sintió la emoción del triunfo. ¡Habían sobrevivido a las Fauces del Infierno!

Luego miró hacia adelante y se dio cuenta de que el verdadero Infierno no había hecho más que empezar. Algunos metros más adelante, el agua saltaba por un acantilado. Y las aguas que los separaban del salto estaban infestadas de más rocas mortales.

Oyó un grito de desesperación a su espalda. Se volvió y vio que Tomás, agarrado con una mano a la baranda posterior, sacudía con la otra el timón de un lado a otro. Pero, por la facilidad de su giro, era evidente que se había roto. Completamente descontrolada, la Intrépida Aventura empezó a dar vueltas sobre sí misma, a la vez que corría a toda velocidad por las crestas del oleaje.

Las olas que rompían en cubierta habían dejado a Clive totalmente empapado. Annie intentaba gritarle algo, pero el bramido de las aguas ahogaba su voz. Clive oyó que las vigas de la balsa gimoteaban y que algunas de las ataduras se rompían con un estrépito audible incluso por encima del tumulto de las aguas.

Chocaron de nuevo de refilón contra una de las rocas gigantes con un estruendo que les hizo castañetear los dientes. Las despiadadas aguas continuaron arrastrándolos, y los lanzaron con gran ímpetu por encima de la cresta de la cascada.

La balsa se inclinó por la proa hasta situarse casi verticalmente. Sólo la telaraña de Chillido evitaba que, mientras descendían en picado por la monstruosa cascada, se soltaran y cayeran en las aguas del fondo.

Y el mundo fue una explosión de blancura cuando la balsa se partió en dos y los aventureros desaparecieron bajo la espuma de la base de la catarata.

Clive sintió que las aguas lo arrastraban brutalmente hacia el fondo, luego lo subían, y luego lo volvían a hundir sin que hubiera podido tomar aliento. Las turbulentas aguas le hacían dar vueltas y más vueltas, una y otra vez. De repente, cuando Clive creyó que ya no podía aguantar más sin respirar, el pedazo de balsa al que estaba atado resurgió a la superficie.

«¡Lo conseguimos!», pensó triunfante, aspirando aire. «¡Hemos sobrevivido a las Fauces!»

Pero el momento de triunfo fue efímero: al limpiarse la espuma de los ojos vio, por fin, la Puerta del Oeste.

El gusano

Sidi Bombay estaba excavando su camino a través del tiempo y del espacio cuando sintió que L'Claar tiraba de él hacia el mundo flotante de dolor que le era propio.

¿Por qué haces eso?, preguntó enojado.

Ella se retrajo.

¿Por qué te has enojado?, preguntó ella.

El sentimiento que se ocultaba tras la pregunta era insoportablemente intenso.

Otra mente ha conectado con la mía, pensó él, y se sintió como si le hubiera sido infiel. *Es opaca. Me confunde. Pero no puedo resistirla. Me lleva a otros lugares, y el dolor se va, un poco. Pero no puedo ver los lugares adonde vamos. Noto la diferencia, pero no puedo comprenderla. Sin embargo, siento que algún día podré. ¿Qué es, L'Claar? ¿Quién toma contacto conmigo de esta forma? ¿Es una salida?*

La respuesta de ella contenía una mezcla de miedo y orgullo.

Es un gusano, respondió. *Sólo los fuertes llegan a ser conectados de esta forma. Sólo los valientes sobreviven. Pero, por eso mismo, los sacerdotes te desearán todavía más. La Cosecha se acerca y yo no sé lo que debo hacer.*

¿Cambiará las cosas la Cosecha?, inquirió él.

Ella hizo una señal afirmativa.

Entonces, ¿cómo puede ser peor?, preguntó.

No lo sé, respondió ella. *Sólo sé que si ocurre te perderé. No quiero que ocurra.*

Él intentó responder, pero la presencia de la segunda mente, la mente que no era L'Claar, se entrometió.

¡No te vayas!, suplicó ella.

Sidi luchó para mantener la conexión. Pero cuando L'Claar se fue, la del otro volvió, y lo dominó.

Pasó el tiempo. Últimamente la conexión era casi constante. Sidi era capaz de continuar comunicándose con L'Claar sólo porque la otra mente parecía embotada la mayor parte del tiempo, y porque la comunicación de ella era clara y directa, y penetraba a través de la otra como un alambre rígido penetraría a través de un espeso pastel.

Te estoy perdiendo, decía ella, apesadumbrada. Él intentaba consolarla, pero era difícil, porque lo que decía era verdad. Él mismo sentía fusionarse más y más con la otra mente, ser menos y menos él mismo.

Pero entonces, un día, ella llegó con una gran excitación.

Aguanta firme, aguanta firme, le susurró en la mente. He tenido una visión. Los que te pueden ayudar están en camino. Aguanta fuerte.

Pero las garras de la otra mente aferraban con fuerza a Sidi Bombay, y no pudo responder.

Me llamo L'Claar

La Puerta del Oeste era un enorme remolino de al menos cien metros de diámetro. Incluso en los límites el agua circulaba a una velocidad vertiginosa, estrechándose rápidamente en una espiral que formaba un túnel oscuro y misterioso. El implacable empuje del océano arrastraba inexorablemente hacia el remolino el pedazo de balsa al cual Clive estaba atado.

Sacudió la cabeza de nuevo y se percató de que no estaba solo. El trozo de balsa donde estaba atado tenía al menos tres metros de largo, y lo compartía con Annie, Finnbogg y Chang Guafe. Annie, horrorizada, contemplaba con los ojos fijos y desorbitados el remolino que iba a engullirlos.

Una ola cubrió a Clive, llenándole ojos y boca de agua. De súbito, Clive notó que el rumbo de su trayectoria cambiaba. Dejaron de avanzar en línea recta y, al quedar atrapados en el labio del remolino, una fuerza centrífuga los arrastró violentamente a un movimiento circular. Allí el agua se desplazaba a una velocidad que cortaba la respiración. Aunque estaba atado con toda firmeza con la seda de Chillido, cuando la balsa empezó a ladearse hacia el centro del remolino, Clive se agarró con todas sus fuerzas a la baranda. Atrapados en las garras de las implacables aguas, recorrieron la primera vuelta del remolino. Clive sintió que su centro era una boca oscura que aguardaba abierta para tragárselos.

Se desplazaban en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Clive miró al otro lado del centro del torbellino y vio otro pedazo de balsa, con varias figuras atadas en su baranda. Intentó contar si el resto entero de la banda estaba allí, pero le fue imposible.

Creyó que el estruendo del agua le iba a hacer estallar la cabeza.

La balsa volaba más y más deprisa. A cada vuelta del remolino, descendían un poco más hacia el interior de la chimenea. A cada vuelta, su circuito se acortaba y se encogía, y el ángulo con el que avanzaban, se inclinaba.

El bramido de las aguas se hacía más ensordecedor a medida que iban descendiendo hacia el oscuro túnel. Levantó la vista, pero el cielo había desaparecido.

El último pensamiento consciente de Clive fue la imagen de ser tragado lentamente. Oyó un grito de Annie. Luego todo se oscureció.

Clive Folliot despertó y se encontró con el rostro aplastado contra arena mojada. Parecía tener la cabeza hinchada con un ruido estruendoso. Al principio pensó que el sonido provenía de su interior, como un efecto secundario del violento zarandeo al

que acababan de sobrevivir. Pero momentos después se dio cuenta de que provenía del exterior.

Soltó un gemido y rodó sobre sí mismo. El aire estaba lleno de una niebla fría y húmeda. De vez en cuando, gotas mayores caían diseminadas por su piel. Se percató de que sus pies estaban todavía en el agua.

Sacudió la cabeza y se frotó el rostro. La confusión de su cerebro empezaba a disiparse. Pasó las manos por las mejillas, de arriba abajo; miró hacia delante y se sobresaltó alarmado.

A menos de cinco metros de donde se encontraba, se levantaba una enorme columna de agua. Era la fuente del bramido ensordecedor que oía.

La columna giraba a gran velocidad, llenando el aire de niebla. Miró hacia arriba y contuvo la respiración. El cilindro azul de agua se alzaba verticalmente hasta llegar al menos a los cien metros. En aquel punto, sin dejar de girar, empezaba a extenderse a lo ancho, de tal modo que creaba una especie de techo vastísimo, en continuo movimiento, muy por encima de él. Las aguas turbulentas se ensanchaban hasta que topaban con algo como una formación rocosa. Clive dejó que la vista siguiera la roca hacia los lados, y llegó a la conclusión de que se curvaba formando un muro, y que este muro tenía la base en algún lugar entre la vegetación situada a sus espaldas. El efecto de conjunto era el de un cilindro gigante de superficie rocosa, por cuyo centro corría el gran torbellino que los había arrancado del tercer nivel y los había lanzado a lo que suponían que era el cuarto nivel de la Mazmorra.

El remolino perforaba un estanque circular de agua, situado un poco más allá de sus pies, en una especie de frenesí espumante. Se preguntó qué ocurriría si saltase nuevamente al agua. ¿Lo arrastraría el torbellino de nuevo, y lo llevaría al quinto nivel? Pero, considerando el hecho de que parecía que no había punto de su cuerpo que no hubiese recibido una magulladura, decidió que no era el momento adecuado para probarlo.

Oyó un gemido cerca de él. Volvió la cabeza y vio a Finnbogg, que con gran esfuerzo se ponía en pie. El cuerpo inmóvil de Tomás yacía al otro lado. Más allá del pequeño marinero, Clive pudo distinguir a Chillido. ¿Estaban todos? Y, en caso afirmativo, ¿estaban todos vivos? Luchando contra el deseo de dejarse caer en la arena, Clive se puso en pie, con dificultades, y echó a andar hacia el enano.

—Vamos, viejo amigo —dijo a gritos, para que su voz se oyera por encima del bramido de las aguas—. Vamos a ver si encontramos a los demás.

Se detuvieron un momento para asegurarse de que Tomás respiraba y que no tenía ninguna herida grave, y luego emprendieron la vuelta a la arremolinada columna azul. Cuando volvió a mirar hacia arriba, Clive comprendió que en realidad debía de ensancharse a medida que ascendía... Allí, en la base, donde se vaciaba en un estanque circular de unos veinte metros de ancho, el pilar estricto no tenía más de diez metros de diámetro. El hecho de que pareciera casi exactamente de la misma anchura en su distante cima tenía que significar que en realidad se abría mucho más.

Clive se paró para limpiarse la cara rociada de agua. A través de la neblina distinguió a Chillido, que estaba tendida boca abajo en la oscura arena, con sus ocho miembros extendidos como si quisiese indicar los puntos cardinales de la brújula. Echó a correr hacia ella, saltando por encima de los restos esparcidos de la Intrépida Aventura.

—¡Chillido! —gritó, sacudiéndola por uno de sus hombros superiores—. Chillido, ¿estás bien?

Ella no respondió. Clive se detuvo y reflexionó un momento: ¿cómo podría saber si mostraba algún signo de vida? Ni siquiera tenía la certeza de si poseía pulso o no. Su espalda rígida y quitinosa no mostraba ningún signo de respiración.

La zarandé de nuevo por el hombro y entonces sintió un tirón familiar en su mente. Con un sobresalto comprendió lo mucho que había echado de menos aquel contacto.

Hola, emitió débilmente ella. Necesito tiempo. Ve a ver a los demás.

Clive sintió una oleada de alivio que rozó casi la alegría. Ella debió de leerlo, ya que replicó:

Me alegro de que sigas vivo, corazoncito. Luego pareció que su emisión se apagaba. Clive se paró a reflexionar de nuevo. ¿Estaba bien, como pretendía, o tenía heridas?

Ve a ver a los demás, repitió.

Clive oyó a Finnbogg gritar de alegría, no muy lejos.

—¡Querida Annie está bien! —exclamaba—. ¡Querida Annie está bien!

Clive continuó la vuelta a la playa circular y vio a Annie sentada en el suelo, con las piernas encogidas y las rodillas pegadas al pecho. Finnbogg daba brincos a su alrededor, con un entusiasmo que le hacía oscilar la papada. Ella observaba al enano con una expresión que parecía combinar la diversión con el disgusto.

No muy lejos de Annie, Clive distinguió a Náufrago Fred; su aspecto ciertamente era el de un náufrago. Clive emprendió el trote hacia él.

—¡Eh, abuelito! ¿No me vas a decir hola? —llamó Annie. Pero luego se dio cuenta de la gravedad de su expresión. Annie miró hacia donde se dirigía, soltó un grito y se puso rápidamente en pie.

—¿Está bien? —preguntó con inquietud al llegar junto al cuerpo magullado del barbudo.

—Está vivo —dijo Clive, arrodillándose junto al hombro de Fred—, pero creo que tiene el brazo roto. Tenemos que entablillarlo. Si Chillido vuelve en sí, haremos que le administre un anestésico como el que me dio para arrancarme la muela.

—Drogas —dijo Annie—. Le va a gustar.

Los demás, cojeando y examinando sus heridas, fueron acercándose. Para alivio de Clive, todos, salvo Fred, no sólo estaban vivos, sino que podían andar. Ahora, incluso Chillido estaba en pie, aunque tenía un aspecto exhausto; Clive nunca la había visto así.

—Me pregunto si este nivel estará cerrado por todas partes —dijo Clive,

levantando la vista hacia el muro circular y hacia el turbulento techo oceánico—. Parece que tenemos el fondo del tercer nivel justo encima. —Tuvo un escalofrío. Aquella visión hacía que se sintiera atrapado, como si estuviera encerrado en una cueva. En realidad, dedujo, aquella zona se parecía mucho a una enorme cueva. Se preguntó si habría alguna abertura en las paredes rocosas que los rodeaban.

Chillido anestesió a Fred, que parecía sufrir un desmayo. Clive y Horace buscaron, entre la exuberante vegetación que envolvía la playa circular, trozos de madera rectos que pudieran servir de tablillas. Cuando regresaron, se encontraron con que Chang Guafe ya había enderezado y colocado en la posición correcta los huesos del miembro roto de Fred.

—Aunque se vanaglorie tanto de despreciar la debilidad humana, usted sería un buen médico —comentó Clive, examinando el trabajo del ciborg.

—Tengo cierto interés en ver cómo funcionan esas cosas —replicó.

Clive, incapaz de rasgar su propio traje para hacer una venda, le sacó el chaleco a Fred.

—No, su chaleco no —dijo Annie, con una rara combinación de regocijo y ternura—. Usa su camisa en lugar del chaleco.

No es necesario, transmitió Chillido. *Puedo hacerlo con mi telaraña.*

Gracias, replicó Clive. Luego observó admirado cómo la arácnida usaba su seda primero para atar el brazo y las tablillas juntos, y luego para tejer un cabestrillo que sostuviese el miembro colgando.

Gracias a la anestesia de Chillido, Fred no sintió el más mínimo dolor. Por último se puso a cantar acerca de ser «como un canto rodado^[9]». Clive se percató de que era una suerte que el «hippie» (como a Annie le gustaba llamarlo) no vistiese uno de los trajes blancos de Green, puesto que podría haber desaparecido hacia..., bien, hacia donde fuera que los trajes aquellos lo llevaban a uno.

Cuando Chillido estaba dando los últimos toques a su cabestrillo, Clive oyó un movimiento de hojas a su espalda. Se volvió y quedó perplejo al ver a una niña muy pequeña (por su apariencia no tendría más de seis o siete años) que salía de la vegetación y echaba a andar por la arena. Tenía la piel muy pálida, casi tan blanca como la simple camisa que constituía su única vestimenta. Su pelo era largo y oscuro; sus ojos, grandes y negros.

—¿Sois los amigos que estáis en camino? —preguntó ella.

—No comprendo —dijo Clive.

—Me llamo L'Claar —dijo ella, mirando directamente a los ojos de Clive—. Necesito saber si sois los amigos de Sidi Bombay. Os ha estado esperando. Pero ya casi se ha ido. Seguidme y os conduciré a él.

Bienvenidos al Purgatorio

Annie tocó con el codo las costillas de Clive.

—Da la impresión de que realmente puedes llegar a cumplir una promesa, abuelito —le susurró al oído, refiriéndose al juramento que había pronunciado en los pasillos azules, bajo el Castillo de N'wrbb.

Clive decidió hacer caso omiso de su comentario.

—¿Dónde está Sidi Bombay? —preguntó a L'Claar.

—Probablemente con el gusano —respondió ella con tono solemne—. En el presente, el gusano a menudo va a buscarlo. Sidi está profundamente dentro de él.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Clive. La extraña afirmación parecía aún más misteriosa al provenir de aquella niña de ojos redondos.

—No comprendo —dijo Clive—. ¿A qué gusano te refieres? ¿Han llevado a Sidi a alguna parte?

—Uno de los Grandes Gusanos. Pero Sidi no está en realidad con él. Es algo de la mente. Su cuerpo no está lejos de aquí; está en el Templo de Los Que Sufren. Si lo liberáis, a lo mejor podremos salvarlo.

Horace había palidecido tanto que habría podido pasar por un miembro de la misma raza que Gram y 'Nrrc'kth. Se arrodilló para situarse a la altura del rostro de L'Claar.

—¿Todavía sufre Sidi? —le preguntó. L'Claar asintió con aire grave.

—Ahora menos, a causa del gusano y porque está consumido. Pero el dolor no lo ha abandonado.

Horace cerró los ojos y agachó la cabeza.

—¿Está lejos de aquí el Templo? —preguntó Clive.

L'Claar hizo un signo negativo con la cabeza.

—Está muy cerca.

—¿Podremos entrar sin problemas, o está vigilado?

—No es difícil entrar en el Templo. Pero la cámara en donde Sidi está colgado es diferente. Para llegar a ella tendremos que esperar hasta que la ciudad duerma. E incluso entonces deberemos ir con cuidado. Pero conseguiremos entrar en ella.

—¿Está colgado? —preguntó Horace, con voz ahogada.

—En su *huevo*, —dijo L'Claar.

—¿Qué quieres decir?

—Su huevo —repitió ella, con testarudez infantil, ante el asombro del otro.

La respuesta, y el tono en que la pronunció, recordó a Clive que en realidad era sólo una niña, un hecho que casi había perdido de vista durante la conversación.

—Pronto lo vamos a ver, Horace —dijo Clive con suavidad—. Por ahora, estamos cansados y tenemos todo el cuerpo dolorido. L'Claar, ¿hay algún lugar donde podamos descansar y conseguir algo de comer, quizá?

La niña dudó unos instantes.

—Os voy a llevar a mi casa —dijo al fin—. Seguidme.

Clive echó un vistazo a Fred. Y, al recordar su propia experiencia con la anestesia de Chillido, dijo:

—Nuestro amigo no puede moverse por sí solo. Debemos transportarlo de algún modo.

L'Claar asintió, con los ojos muy abiertos y el rostro tan solemne como siempre. Con la seda de Chillido ataron unos palos y construyeron unas parihuelas; con ellas podrían cargar a Fred. Finnbogg, bajo de estatura pero fuerte, se ofreció voluntario para arrastrarlas.

—Seguidme —dijo L'Claar, y los condujo por un sendero poco batido que, serpenteando a través de la maleza, conducía a un estrecho túnel excavado en la pared rocosa. Cuando salieron al otro lado, Clive miró hacia arriba con aprensión. Era como había temido: el cielo no estaba a más de cien metros. Fuera el cielo que fuese, y fuera del material que fuese, parecía infundido de un resplandor moribundo. La luz que propagaba era regular, pero apagada. Miró hacia adelante y vio que el cielo y la tierra parecían unirse de la misma forma en que las vías paralelas del tres se encuentran en la distancia. Se sintió enterrado.

—¡Yepa! —dijo Annie al salir del túnel—. ¡Un apagón!

—Allí es donde vivo —dijo L'Claar. Señalando una ciudad amurallada, situada a un kilómetro y medio de donde se encontraban.

Clive miró a su entorno. El paisaje era austero, desolado; el terreno yermo parecía producir poco más que guijarros y rocas puntiagudas. Los escasos árboles y matorrales que se apreciaban tenían un aspecto débil y enfermizo, lo cual suponía que era debido a la luz.

Una vez que todos estuvieron fuera del túnel, emprendieron la marcha hacia la ciudad.

—¿Cómo se llama el lugar? —preguntó Clive a L'Claar. La niña andaba junto a él. De vez en cuando se detenía y se agachaba a recoger alguna piedrecita fina, que guardaba en un bolsillo cosido rudimentariamente en su camisa blanca.

—Esta ciudad es el Purgatorio —respondió ella.

—No me gusta mucho cómo suena, mi comandante —dijo Horace en voz baja.

—¿Por qué se llama así? —preguntó Clive.

L'Claar hizo una mueca, como si intentara recordar con exactitud el contenido de algunas lecciones más bien aburridas.

—Según los sacerdotes que gobiernan la ciudad, los que han sido traídos aquí no eran lo suficientemente malos como para ir al Infierno, ni lo suficientemente buenos como para ir al Cielo. Se dice que cuando murieron el Señor no supo qué hacer con ellos y por eso decidió enviarlos al Purgatorio para purgar sus pecados. Si se portan bien y esperan el tiempo debido, al final irán al Cielo.

—¿Y eso es lo que crees? —preguntó Clive con dulzura.

La chiquilla rio y a Clive le sorprendió, por lo impropio que pareció el alegre sonido en aquel lúgubre entorno.

—¿Cómo puede ser cierta una cosa así? —interrogó ella—. Todos saben que el mundo está gobernado por tres diosas. Nunca inventarían algo tan tonto como el Purgatorio de los sacerdotes.

—Es un diablo —susurró Tomás, atemorizado. Se persignó y empezó a hacer correr su rosario—. ¿No lo ve? —dijo volviéndose a Chillido—. Yo tenía toda la razón. Esto es una obra de Dios. Nos ha traído aquí para probarnos y para hacernos pagar por los pecados cometidos en la Tierra.

—Cállate, Tomás —dijo Chang Guafe.

—Pero los sacerdotes...

—Que una cosa sea artículo de fe de un imbécil o de cien no varía su veracidad. Y basta ya de charlatanería.

—Se arrepentirá —musitó Tomás mientras pasaba las cuentas de su rosario—. Los caminos del Señor son inescrutables.

—Tengo la impresión —dijo Clive a Horace— de que esta situación es muy parecida a la de la isla de los caníbales. Los que mandan aquí eran probablemente muy religiosos en la Tierra. Arrancados de ella y traídos a este lugar, que no es ni Cielo ni Infierno, les ha sido muy fácil creer que han sido enviados al Purgatorio. Al llegar en grupo, en lugar de solos, como hizo Tomás, han podido basar en esta idea todo lo que hacen. Para ellos es suficiente, y así la pueden imponer a los demás.

Se volvió hacia L'Claar.

—¿Quién manda aquí? ¿Tenéis rey, gobernador o algo por el estilo?

—Los sacerdotes mandan —respondió ella—. Son los responsables del Purgatorio.

—Lo cual tiene mucho sentido —dijo Horace torvamente.

Tomás frunció el entrecejo y aumentó el volumen de sus oraciones.

—Lo más importante que hay que saber —dijo L'Claar— es que a nadie se le permite marcharse. Los sacerdotes dicen que intentar escapar es un pecado porque estamos aquí por voluntad del Señor. Dicen que el intento de huida conduce a la condena eterna.

—Lo que nos faltaba —dijo Horace—. Una ciudad entera mandada por papistas dementes.

—¡Madre de Dios! —murmuró Tomás, horrorizado por la blasfemia.

Aunque la ciudad estaba amurallada, nadie los detuvo al llegar a las puertas. Al principio, Clive temía que al cruzar la ciudad atraerían demasiado la atención. Sin

embargo, al poco rato descubrió lo difícil que era destacar en una ciudad en donde no existía un atuendo común y ni siquiera un tipo de individuo común. Como el pueblo de Go-Mar, aquel Purgatorio era una grandiosa mezcla de razas, extraídas de muchos mundos y de muchas épocas.

No obstante, por lo que había dicho L'Claar, un grupo, el de los jefes religiosos, parecía dominar sobre los demás.

—Por aquí se va al Templo —dijo L'Claar, cogiendo la mano de Clive y conduciéndolo a través de un par de casetas de venta. Una mujer humana vendía carne asada en el puesto de la izquierda, y, en el de la derecha, algo que se parecía a un árbol peludo vendía hortalizas. Dejaron las casetas atrás y salieron a una ancha calle que conducía a lo que sólo podía ser el Templo de Los Que Sufren.

El monumento sorprendió a Clive. Se había acostumbrado a las construcciones simples y rudimentarias que parecían dominar en el tercer nivel. Pero el Templo, a pesar de que su altura estaba restringida por el «cielo» bajo, era una muestra de arquitectura tan impresionante como cualquiera de las grandes catedrales que había visto en sus viajes por el continente europeo. Estaba construido con piedra blanca; cuatro torres formaban las cuatro esquinas, y delante de la fachada había un estanque alargado del que surgían a intervalos regulares dos chorros de agua. La calle por la cual avanzaban estaba pavimentada con adoquines rojos y a esa hora se mostraba bastante transitada. Individualmente o en grupos, la gente iba y venía por las numerosas callejuelas que la cruzaban. Un continuo flujo de peatones salía y entraba por las puertas del Templo.

Al acercarse más, Clive pudo ver que el Templo estaba adornado con imágenes de individuos que sufrían un gran tormento. Las esculturas, de unos tres metros de alto, según estimó, estaban enmarcadas en grandes óvalos, y se extendían en una franja de agonía a lo ancho de la fachada del Templo, a unos seis metros por encima del arco de las puertas principales.

—Creí que no íbamos a entrar en el Templo ahora —dijo Clive.

—Os llevaré dentro para que podáis ver lo más importante —replicó L'Claar—. Más tarde vendremos a buscar a Sidi.

Mientras subían la escalinata del Templo, Clive pudo oír una dolorosa salmodia que provenía del interior. Y, cuando entraron al nártex, oyó otro sonido, un sonido que allí parecía tan fuera de lugar que al principio pensó que debía de estar confundido. Pero, cuando pasaron a la nave, vio que sus oídos no lo habían engañado, y le costó un grandioso esfuerzo contener un grito ante el brutal sacrilegio que se cometía en el altar.

—Ten cuidado —susurró Annie, poniéndole una mano en el codo—. Ahora estamos en Roma, abuelito; así, pues, hagámonos los romanos.

Clive asintió. Pero fue incapaz de arrancar su mirada de la escena que tenía ante sí: un sacerdote de ropas ondulantes azotaba a un anciano atado a una mesa de madera. Incluso desde la distancia a la que se encontraban, Clive pudo distinguir las

líneas de sangre que cruzaban la espalda del hombre. El sacerdote levantó el brazo, y el látigo silbó una vez más en el aire. El anciano gritó de dolor; los que estaban diseminados entre los bancos lanzaron un grito, un grito que sonó como si ellos mismos hubiesen recibido el azote.

Detrás de esta sangrienta escena había un coro de monjes encapuchados. Clive fue diferenciando los sonidos (el silbido y el golpe del látigo, los gritos de dolor y las voces de los monjes), y comprendió que las palabras de éstos constituían un himno de alabanza al Creador misericordioso que permitía a los hombres expiar sus pecados para no tener que condenarlos al fuego eterno.

Una fila de individuos permanecía de pie a la derecha del estrado. Clive se preguntó por qué estaban allí. Luego, el sacerdote dejó a un lado el látigo y desató las ligaduras del anciano. Con los movimientos lentos a causa del dolor, el hombre bajó de la mesa y se arrodilló para besar los pies de su verdugo. El sacerdote alargó la mano y amablemente ayudó al hombre a ponerse en pie. Le besó ambas mejillas.

Clive esperaba que aquello fuese el final de la ceremonia, pero no fue así. El sacerdote se volvió y se acercó a una urna de plata situada a su derecha. Sacó dos puñados de polvo blanco y los esparció por la espalda del anciano.

Su grito resonó por todo el Templo. Los penitentes de la nave suspiraron satisfechos.

Pero todavía no era el final. Mientras el anciano se alejaba cojeando por la izquierda, el siguiente de la fila de la derecha, una joven de pelo negro, avanzó unos pasos. Dejó caer su vestido, revelando un par de pechos redondos y turgentes, y luego subió a la mesa, donde se tumbó en la misma posición que el anciano que la había precedido.

—¿Por quién recibes la flagelación, hija mía? —preguntó el sacerdote. A Clive le impresionó aquella voz porque, aunque era profunda y poderosa, también demostraba poseer una rara amabilidad.

—Por mi padre y por mi madre —dijo la joven—. Suplico que por este acto puedan acercarse más a las puertas del Paraíso.

El sacerdote se llevó el látigo a los labios, lo besó, rezó sobre él y se puso al trabajo una vez más.

Los gusanos de Q'oorna

El hecho de que L'Claar contemplase el perverso ritual del Templo, y, todavía más, que para ella fuese un espectáculo cotidiano, había abatido profundamente a Clive. Con el corazón apenado, siguió a L'Claar, quien los condujo fuera del Templo, de nuevo por el bulevar y luego a través de un laberinto de callejas y callejuelas laterales hasta llegar a un edificio quemado y arruinado. Entonces, ella dudó un instante antes de compartir su secreto: en el sótano oscuro y frío del edificio tenía su hogar.

—¿De verdad vives aquí? —preguntó Clive con suavidad.

—¡Qué pregunta más tonta! —replicó ella en un tono de gravedad absoluta.

Annie rio con disimulo.

—Pero ¿por qué? —preguntó Clive—. Seguro que en la ciudad hay personas que podrían tenerte en su casa, cuidarte...

—Me castigarían —interrumpió la niña.

—¿Por qué? —interrogó Clive.

—Para que pudiese llegar antes al Cielo. De ese modo, ayudándome a llegar antes, también se ayudarían en su camino. Así que me azotarían a menudo.

A Clive no se le ocurrió nada por decir.

El grupo se apiñó en el interior de la pieza húmeda; el único alumbrado que poseían era la débil luz que Chang Guafe proporcionaba.

Al rato, L'Claar les ofreció pan y fruta. Cuando Clive insistió en que no querían comer sus preciosas provisiones, ella explicó que la comida no era ningún problema para ella, ya que entre pedir y robar siempre había sido capaz de alimentarse.

Mientras comían, algo pasó correteando por el suelo. Aparte del hecho de ser una criatura completamente pelada, su aspecto era notablemente similar al de una rata. Tomás murmuró y siguió pasando las cuentas del rosario.

Clive estaba preocupado por el pequeño marinero. Notaba que, a pesar de toda la perversidad (o quizás a causa de la misma) del lugar, Tomás se sentía atraído por él. Tuvo un escalofrío y de nuevo volvió su atención a L'Claar, que ahora se apoyaba en Náufrago Fred.

Al mirar a la niña, Clive sintió una especie de desesperación sobrecogedora. Era ya una desgracia horrorosa que él y los demás hubiesen sido arrastrados hasta aquel agujero infernal, pero el hecho de que una niña estuviese allí era dolorosamente insoportable. Y, lo que era peor, la presencia de aquella criatura abandonada le

recordaba a su propia hija, a quien había abandonado con completa inconsciencia.

¿Habría... nacido ya?

Sacudió la cabeza. Claro que había nacido: Annie era su descendiente. Pero eso significaba que la niña había crecido hasta ser mujer, había parido, había muerto. ¿Cómo podía ser? Seguro que hacía mucho menos de un año que se había despedido de la señorita Annabelle Leighton, aquella mañana de niebla de 1868, en Londres.

Como solía ocurrir cuando intentaba comprender el paso del tiempo en relación con la Mazmorra, sólo consiguió que la cabeza le diera vueltas.

Annie se agitó a su lado.

—¿Cómo llegaste aquí, L'Claar? —le preguntó ella dulcemente.

—Llegué al Purgatorio en el vientre de mi madre —respondió la niña—. Por qué la trajeron aquí, no lo sé. Dos años después de nacer yo, un gusano cogió a mi madre. Me enviaron a vivir con alguien.

Cerró los ojos.

—No me gustaba vivir allí —prosiguió. La voz le tembló un poco, y Clive se preguntó qué clase de horrores se escondían tras aquellas simples palabras—. Como la mujer araña, mi madre y yo podíamos hablarnos sin hablar. Por eso, cuando el gusano regresó y dejó a mi madre en el Templo de Los Que Sufren, yo lo supe. Ella me llamó y yo fui a buscarla. Pero no pude salvarla.

L'Claar permaneció en silencio unos momentos. Aunque le temblaban los labios, no cedió a las lágrimas. Clive sintió que la mano de Annie se arrastraba por el suelo hasta coger la suya.

—Entonces yo era pequeña —continuó L'Claar—. No tenía más de cuatro ciclos. Ahora voy a menudo a la Cámara de los Venerados, para ver si hay algún alma con la que pueda establecer contacto. A veces puedo hacer que el tiempo les pase de un modo más agradable. Pero nunca puedo salvarlas. Querría salvarlas. Pero no sé cómo.

Por fin una única lágrima apareció en la parte inferior de su ojo izquierdo, rodó por encima de las pestañas y trazó su curso a través de la mejilla. Sin embargo, su expresión no cambió. Nada indicó que buscara consuelo.

Finnbogg sollozaba ruidosamente.

—Durante mucho tiempo no encontré a nadie a quien pudiera llegar. Luego uno de los gusanos trajo a Sidi Bombay. Sidi es bueno, y fuerte. Yo lo quiero mucho. Tenemos que salvarlo.

—Pero ¿qué son esos gusanos de que hablas? —preguntó Horace.

L'Claar cerró los ojos y, cuando habló, Clive tuvo la extraña sensación de que en realidad no era la niña quien hablaba, aunque no podía decir quién más podría ser.

—Los gusanos son los Señores de Q'oorna —susurró ella con voz áspera—, los que estaban aquí antes que todos. Son los traicionados y los perdidos. Devoran y lloran. Son el tesoro y el enemigo. Son los vagabundos.

—¿Qué aspecto tienen? —preguntó Horace.

—¿Qué diferencia habría? —contestó, abriendo mucho los ojos, como si la

pregunta la asombrase.

Clive pensó que era el momento de volver la conversación hacia un terreno más práctico.

—¿Qué obstáculos podemos encontrar en nuestro camino hacia la Cámara? —inquirió.

—Un sacerdote y dos soldados están de guardia en la entrada principal a las plantas más bajas —dijo ella—. Quizás encontremos a otros sacerdotes por el pasillo. Y creo que habrá otro sacerdote en la puerta de la Cámara. Yo conozco una entrada secreta que utilizo cuando no quiero que me vean. Pero es muy pequeña. No creo que podáis pasar por ella.

—¿Qué tipo de armas tienen los soldados? —preguntó Chillido.

—Zumbos —dijo L'Claar.

—¿Zumbos? —repitió Clive.

—Sí. Ya sabes: te apuntan con ellos, sueltan un zumbido y ya no existes. Hay que ir con mucho cuidado con los zumbos.

Clive tuvo un escalofrío.

—Creo que será mejor que hagamos planes —dijo a los demás.

L'Claar volvió a cerrar los ojos.

—Estoy muy cansada —dijo, apoyándose en Fred. El hippie la rodeó con el brazo bueno y, casi antes de que Clive se diera cuenta de lo que estaba pasando, la niña se durmió. Parecía más frágil que nunca.

Clive pensó un instante en despertarla, pero decidió que no. Creyó que por el momento ya se habían enterado de todo lo que les era necesario.

Discutió con los demás sus ideas para hacer frente a lo que les aguardaba. Para su sorpresa, con poco debate estuvieron de acuerdo.

Y ahora, creo que deberíamos dormir todos, transmitió Chillido en el modo que Clive reconocía como mensaje general al grupo. *O, al menos, la mayoría. Porque temo que tenemos por delante una noche muy agitada.*

—Yo me quedaré haciendo la guardia —dijo Chang Guafe—. Os despertaré cuando los ruidos de la ciudad se hayan apagado.

Clive agradeció al ciborg su amabilidad y se dispuso a descansar, pero el sueño no le llegó con facilidad. Sentía que estaban en las puertas de un gran misterio. Sentía, también, que se dirigían a un gran peligro. Annie se apoyó en su hombro y pronto su respiración fue lenta y regular. Uno a uno, los demás fueron cayendo dormidos, hasta que los únicos que quedaron despiertos fueron Horace, Clive y, por supuesto, el ciborg.

—Ahora ya falta poco, mi comandante —dijo Horace, y, aunque lo dijo en susurros, su voz estaba ronca de excitación—. Tenía razón usted, allí en los túneles, cuando dijo que Sidi Bombay se nos volvería a cruzar en el camino. Pero estoy muy preocupado, casi malo de preocupación. A la niña no podemos sacarle ni una respuesta clara, y por mi vida que no sé con qué nos vamos a encontrar cuando

lleguemos hasta Sidi.

—Sé a lo que se refiere, sargento Smythe —dijo Clive—. Sus insinuaciones sacan de quicio a cualquiera. Y, sin embargo, temo presionarla demasiado. Hay una especie de... fragilidad en toda su persona.

—No seas sentimental, Folliot —dijo Chang Guafe—. Si la niña fuese frágil, no habría sobrevivido en estas condiciones.

Clive suspiró. El ciborg tenía razón, naturalmente. Pero, cuando Clive volvió la vista hacia L'Claar, que con expresión inocente dormía en el recodo del brazo de Fred, le fue difícil considerarla como una dura superviviente de la vida callejera.

—Otro de los pequeños misterios de la Mazmorra, mi comandante —dijo Horace.

—Supongo que está en lo cierto, sargento Smythe.

Clive cerró los ojos, inquieto por lo que les esperaba, pero reconfortado por la compañía de sus buenos amigos. En realidad, no esperaba dormirse, pero la fatiga propia de un día de aventuras se abatió sobre él y pronto cayó en un sueño profundo.

Volvió a abrir los ojos al sentir los golpecitos de un tentáculo metálico en su frente. Se preguntó si el ciborg, a quien siempre había considerado carente de todo sentido del humor, pretendía ser gracioso.

Como en respuesta a la pregunta interior, Chang Guafe levantó el tentáculo, hizo que su extremo brillara y gritó, repitiendo la exclamación que por la mañana había oído tantas veces a Horace:

—¡Diana! ¡Diana!

Pero Clive continuó sin saber si el hombre-máquina quería realmente hacer una broma. Estuvo a punto de preguntárselo, pero, considerando el camino que solían tomar las conversaciones con el ciborg, decidió guardar la pregunta para un momento más adecuado.

—Creo que no deberíamos hacerlo —dijo Tomás—. A los sacerdotes no les gustará.

—Tomás —dijo Clive con firmeza—, esto no es el Purgatorio de que habla su religión. Simplemente es otro nivel de la Mazmorra, y muy infernal, por cierto. Y estoy convencido de que las criaturas que lo han construido son de carne y hueso, como usted y como yo. Que algunos hombres hayan decidido que deberíamos creerlo, no implica en absoluto que sea verdad.

—Una valoración extensible a todas las religiones —comentó el ciborg.

Clive estaba considerando el comentario cuando L'Claar interrumpió sus reflexiones con el aviso de que tenían que ponerse en marcha.

—La niña es la única que está con el ojo avizor —dijo Annie.

Siguiendo a L'Claar como guía, avanzaron en silencio a través de las calles oscuras. Hacía frío y, salvo por alguna silueta de un miserable sin hogar durmiendo en un portal, no se veía a nadie.

La iluminación del cielo era ahora muy tenue, casi nula. Clive difícilmente distinguía algo. L'Claar, sin embargo, parecía andar con una seguridad absoluta.

—¿No cierran las puertas de la ciudad por la noche? —susurró Clive mientras iban por el bulevar vacío que conducía al Templo.

—¿Para qué? —respondió ella.

—Dijiste que los sacerdotes consideraban la huida como un gran sacrilegio; por eso pensé que querrían mantener a todo el mundo dentro de la ciudad.

—No les importa que la gente escape de la ciudad —replicó L'Claar—. Lo que no quieren es que huyan de la Mazmorra. ¿Sabías que va contra la ley pronunciar ese nombre aquí? Los sacerdotes lo consideran una herejía y a los que insisten en usarlo los llevan ante la Santa Inquisición. A pesar de sus mentiras, la mayoría de nosotros sabemos que aquí hay muchos niveles. De cualquier forma, creo que lo que a los sacerdotes les preocupa verdaderamente de la huida es que bajo la ciudad hay una salida de la Mazmorra.

Clive se paró en seco, y Chillido casi se le echa encima.

—¿Una salida? —siseó Clive con incredulidad.

—Así me lo han contado algunos de los sacerdotes —dijo ella—. Me tienen aprecio porque rezo con mucha devoción en la Cámara de los Venerados. Algunos de ellos me cuentan cosas.

—Pero ¿dónde está exactamente la salida? —preguntó Clive.

—¡No han llegado a decirme tanto! Todo lo que afirman es que está bajo la ciudad. ¡Quién sabe!, a lo mejor no es más que una mentira.

A Clive le daba vueltas la cabeza. ¡Una salida!

—Otro sacerdote me contó —prosiguió L'Claar— que nadie sabe adonde lleva la salida. «Es una salida», dijo, «pero una salida, ¿adonde?».

Clive sintió que se le partía el corazón. Aunque deseaba con todas sus fuerzas escapar de la Mazmorra, no tenía sentido cruzar un paso que lo podía llevar a..., bien, a casa de Chillido, por ejemplo. Para ella podría ser bueno, pero difícilmente para Clive.

Este permaneció silencioso hasta que llegaron al Templo. El gran edificio estaba a oscuras. Sus puertas, no obstante, no habían sido cerradas.

—Cualquiera puede buscar refugio aquí siempre que lo necesite —dijo L'Claar—. Las plantas más bajas están guardadas más estrictamente.

Con la débil luz que les proporcionaba Chang Guafe, L'Claar los condujo por la nave, junto al altar donde habían tenido lugar las flagelaciones, hasta que llegaron a una puerta, tapada por una cortina, en el fondo del ábside. Estaba cerrada, pero Chang Guafe realizó un bonito trabajo con la cerradura: insertó en ella uno de sus tentáculos metálicos e hizo saltar las guardas.

—El ciborg habría sido un buen caco —murmuró Annie al abrirse la puerta de par en par.

—¡Chitón! —avisó L'Claar, y dio un paso adelante.

Y emprendieron el descenso hacia las entrañas del Templo.

Los Venerados

L'Claar extendió un brazo para detener la marcha.

Se encontraba ahora en un estrecho pasillo. Paredes, suelo y techo eran de piedra negra, lisa y pulida. Tenues luces azules brillaban en huecos excavados en la pared, espaciados regularmente cada veinte pasos. Clive se preguntó cómo funcionarían.

El Templo parecía cambiar a medida que ellos se adentraban en las profundidades. Como la ciudad del Purgatorio, a Clive le había parecido que la parte superior del edificio pertenecía a una época anterior a la de su propio mundo de investigaciones y descubrimientos científicos. Pero ahora, en las plantas inferiores, ya no tenía aquella impresión. Pequeños detalles (las luces, el mismo tacto de las paredes) parecían hablar de un distinto nivel de conocimientos científicos.

Sin embargo, la transición era lenta. Se preguntaba si el clero que servía en el Templo estaba organizado en una jerarquía de orden similar: cuanto mayor era el rango, a más profundidad en el Templo le permitían bajar.

L'Claar interrumpió sus pensamientos.

—Pronto llegaremos a un pasillo más ancho —dijo—. Entonces sólo quedará una corta distancia para llegar a los guardias.

Clive asintió; hizo un ademán para que Chillido y Horace se le acercaran.

Es el momento, comunicó a la mujer araña.

Ella captó el mensaje y, de inmediato, arrancó sendas púas de su abdomen con ambos brazos inferiores, tanto el viejo como el nuevo, que aún estaba algo flaco. Luego pasó las púas a Clive y a Horace.

¡Tened cuidado!, pensó para ellos en el acto. *Si os pincháis accidentalmente, permaneceréis inconscientes durante horas.*

Clive asintió, y le deseó suerte. Ella se volvió y echó a corretear pared arriba. Se aplastó contra el techo y empezó a arrastrarse a lo largo del pasillo. La combinación de techo alto y de luz débil la hacía casi invisible.

—Estamos preparados —dijo Clive con suavidad. Y se maravilló por la simplicidad con que L'Claar asintió y continuó andando. «¿Cómo ha llegado a ser tan valiente?», se preguntó.

Quizá ya nada le preocupa, envió Chillido. Clive supo tanto por el tono como por las palabras que el mensaje era sólo para su mente. Ese mensaje llevaba consigo una cualidad de sentimiento que hacía mucho tiempo que no experimentaba.

Te he echado de menos, amiga mía, respondió afectuosamente.

Y yo a ti. Pero no es momento de hablar del pasado. Más tarde podemos discutir nuestras diferencias. Por ahora, lo que necesitas es que te diga lo que verán mis ojos. Voy a asomarme por la esquina. Volveré enseguida.

Clive puso una mano en el hombro de L'Claar para indicarle que se parase un momento, y esperó el informe de Chillido.

La parte central del mensaje le llegó en imágenes, que él tradujo como sigue: *A la derecha de la esquina, a unos cien pasos de los tuyos, hay un sacerdote sentado en un gran nicho. Va armado con lo que parece ser una gruesa vara de madera. No obstante, sería ingenuo suponer que no es más que una vara. Más allá del sacerdote el pasillo está cerrado por una doble puerta de madera.*

Clive esperaba que L'Claar hubiese sido veraz al informarles de que sólo había un par de guardias al otro lado de la puerta. Se preguntó por qué el que estaba a cargo del Templo (fuera quien fuese) había situado al sacerdote delante de la puerta y a los guardias detrás; concluyó que sólo había dos razones posibles: el objetivo principal de los guardias era o bien mantener a la gente dentro y evitar que salieran, o bien permanecer ocultos tras el sacerdote con el propósito de conservar la imagen del orden eclesiástico.

Procedamos según el plan, transmitió Clive a Chillido.

El corazón de Clive dio un vuelco al oír la respuesta:

Será como tú desees, oh, Folliot.

Mientras Clive y Horace empezaban a caminar hacia el sacerdote, los demás se quedaron ocultos al otro lado de la esquina. Clive y Horace avanzaban despacio, para no alarmarlo; por la misma razón había decidido previamente que el resto del grupo permaneciese rezagado. En aquellos momentos, el objetivo de Clive se reducía a evitar que el sacerdote percibiese a Chillido mientras ésta avanzaba pegada al techo del pasillo.

El sacerdote se levantó nada más ver a Clive y a Horace doblar la esquina y aparecer por el pasillo. Horace empezó a hablarle en uno de los oscuros dialectos que había aprendido durante sus viajes, tratando de mantener fija su atención sin decirle nada en realidad.

El sacerdote pareció perplejo, pero no sospechó nada. Mantenía la vara apoyada en el suelo, frente a él.

Cuando apenas se encontraban a una distancia de unos diez pasos de él, Chillido cayó desde el techo como la ira divina. Y, antes de que el sacerdote supiese qué le había caído encima, Chillido ya le había envuelto la cabeza con su telaraña. Horace y Clive corrieron hacia la puerta y se prepararon para clavar a los guardias, tan pronto como asomaran por la puerta, las púas envenenadas que les había dado Chillido.

La escaramuza fue rápida y silenciosa; los guardias, sorprendidos, hicieron poco más que suspirar al desplomarse al suelo. Después, fue una cuestión de momentos desnudar a los tres hombres.

Chillido retrocedió en busca de los demás. Clive, sin sacarse el misterioso vestido que Green le había regalado, se puso el uniforme de uno de los guardias. Náufrago Fred se vistió con el otro, aunque con su brazo en cabestrillo no convenciera demasiado como soldado en servicio. Tal como habían planeado, Horace se colocó el hábito del sacerdote. Cuando acabó de deslizarse la túnica sacerdotal por la cabeza, se pasó la mano por el rostro con un gesto que Clive ya había visto otra vez: la vez que el sargento se le había aparecido disfrazado de mandarín chino a bordo del *Empress Philippa*.

Los demás soltaron una exclamación de sorpresa. Incluso Clive, que ya lo había visto antes, quedó asombrado ante la transformación que había sufrido el rostro de su viejo amigo. Se preguntó cuánto del efecto se debía a la innata habilidad de Horace y cuánto a los implantes recibidos en su fatal viaje al Tíbet.

—Coged sus zumbos —dijo L'Claar, señalando los tubos de los guardias, que se les habían caído al suelo al dejarlos inconscientes Clive y Horace.

Clive recogió los tubos y los examinó con curiosidad.

—¿Cómo funcionan? —preguntó.

—No lo sé —dijo L'Claar—. Pero son muy poderosos. De cualquier forma, no parecerás un guardia si no llevas uno.

Se introdujo el tubo en una anilla del cinturón, que según L'Claar estaba destinada a sostener el arma. Luego entregó el otro zumbo a Fred.

Chillido, obedeciendo a regañadientes los deseos de Clive, se abstuvo de matar a los hombres inconscientes. Los dejaron en el nicho, atados firmemente con la telaraña de Chillido.

Con L'Claar como guía una vez más, continuaron avanzando. Clive pensó que debían de aparentar un aspecto muy convincente como grupo oficial, ya que se cruzaron con tres sacerdotes y éstos se limitaron a saludarlos con una inclinación de cabeza.

Descendieron otro tramo de anchas escaleras.

—Éste no es el único camino a la Cámara —dijo L'Claar, en respuesta a una pregunta de Horace—. Hay otro, más espacioso y más directo. Todo el mundo en el Purgatorio lo conoce, ya que está abierto a los devotos cada tres días. Pero, a causa de ser tan conocido, está vigilado con mucha más rigidez.

—Ningún sacerdote parece sorprenderse al verte —dijo Fred.

L'Claar sonrió.

—Me llaman pequeña sacerdotisa —replicó—, a causa de mi devota asistencia a la Cámara.

Excepto por alguna pregunta de vez en cuando a L'Claar, el camino se hacía en silencio. Clive notó que el ambiente se estaba volviendo muy cálido.

Se preguntaba qué distancia les faltaba por recorrer cuando L'Claar le tocó el brazo.

—Ya llegamos —susurró. Estaban frente a una curva cerrada del pasillo—. La

Cámara no está lejos. Tenemos que esperar aquí mientras Horace se adelanta para encargarse del sacerdote de la puerta.

Chillido pasó una púa a Horace. Éste tomó la potente arma con toda precaución y se la introdujo en la manga. Luego prosiguió y desapareció tras la curva.

Clive se mantuvo alerta, atento a cualquier indicio de problema que pudiera surgir. Al cabo de un momento oyó voces.

La primera fue la del sacerdote de guardia:

—Eh, hermano. ¿Qué te trae por aquí a estas horas de la noche?

—Traigo un mensaje de los de arriba —dijo Horace, disfrazando así su ignorancia acerca de los nombres que se daban a los superiores del sacerdote.

—¿Hay problemas? —preguntó el otro.

—No me leyeron el mensaje —dijo Horace en un tono lo bastante misterioso para que el otro se sintiera un tanto perplejo—. Sólo me han ordenado que te lo trajera.

Un grito breve, el sonido de alguien que se desploma en el suelo..., y luego Horace apareció en la curva, indicándoles con un gesto de la mano que lo siguieran.

Lo hicieron sin demora. No había sino una corta distancia hasta la puerta de madera que había vigilado el ahora inconsciente sacerdote.

—Me habría dejado entrar si hubiera venido sola —dijo L'Claar con tristeza—. Era uno de los que me llamaba pequeña sacerdotisa.

—La guerra es un infierno, cariño —dijo Fred, cogiéndola de la mano—. Vamos a ver a tu amigo.

Clive abrió la maciza puerta, y se les reveló una visión tan infernal que era fácilmente comprensible creer que la ciudad de arriba era en verdad el Purgatorio.

El suelo de la estancia estaba cubierto con más de dos centímetros de una materia parecida a mucosidad, espesa, pegajosa, viscosa. De las paredes y del techo, todos festonados con gruesos hilos de una sustancia amarillenta, parecida a la tela de araña, colgaban cientos de huevos en bolsas gelatinosas. Por la manera como se agitaban y se retorcían, los huevos parecían tener casi vida interna. El conjunto estaba iluminado por una luz amarillenta que parecía salir de las mismas paredes.

—¿Qué es esto? —preguntó Clive, con la voz ahogada por el asco—. ¿Dónde está Sidi Bombay?

—En uno de los huevos —dijo L'Claar en el tono que usaba para responder a preguntas tontas.

Annie reposó la mano en el hombro de la niña.

—¿Cómo llegó aquí? —preguntó con voz temblorosa.

—Un gusano lo trajo —dijo la niña. La expresión de su rostro indicaba que ya estaba completamente harta de preguntas estúpidas—. Ésta es la Cámara de los Venerados. Aquí es donde encontré a mi madre, aunque fue demasiado tarde para salvarla. Todos los de aquí fueron tragados por algún gusano q'oorano que viajaba entre los mundos. Aquí sufren. Aquí los prueban. Muchos mueren, pero unos pocos encuentran finalmente su unión con los gusanos.

—Pero ¿qué es todo esto? —interrogó Horace—. ¿Por qué los llaman los Venerados?

—Porque sufren de un modo terrible —dijo L'Claar—. Los sacerdotes dicen que los de los huevos son almas especiales, elegidas para soportar el peso de los pecados de los demás. Su sufrimiento es tan grande que nos acerca a todos al Paraíso. Por eso las conservan en un lugar de gran honor.

—¡Asqueroso! —dijo Finnbogg con vehemencia, arrancando un pie del pegajoso cieno que pisaba—. Asqueroso, barro asqueroso. Él hedor molesta la nariz de Finnbogg.

Clive lo comprendía perfectamente. Él mismo apenas podía soportar la intensa fetidez de la Cámara. Para el delicado olfato de Finnbogg debía de ser asfixiante.

Clive se puso a andar por la Cámara infernal, utilizando el corto zumbo que había cogido del guardia para apartar los pegajosos colgajos de telaraña amarillenta. De vez en cuando, a través del caparazón translúcido de los huevos colgantes podía distinguir una figura que se retorció por el tormento. Algunas eran vagamente humanas, otras no. Sus posturas le parecieron familiares; poco después comprendió que eran semejantes a las esculpidas en el muro exterior del Templo.

La atmósfera de la Cámara estaba sobrecargada de sufrimiento.

—Aquél es Sidi Bombay —dijo L'Claar, deslizándose su mano en la de Clive y señalando un huevo a lo lejos, hacia la derecha.

Con lentitud, Clive se acercó al lugar, totalmente horrorizado. A través de la translúcida cubierta de color ámbar del huevo pudo distinguir la forma imprecisa de un hombre.

L'Claar contemplaba el huevo casi con reverencia. En las comisuras de sus ojos aparecieron lágrimas.

—No puedo llegar a él —murmuró ella—. Quiero decirle que ya estamos aquí. Pero está muy adentro del gusano. Está muy lejos.

Clive puso la mano bajo el vestido del guardia y sacó su cuchillo. Despreciando el sacrilegio que iba a cometer, avanzó y, de un corte, abrió el huevo que contenía a Sidi Bombay.

Y saltó atrás con una exclamación de repugnancia ante el chorro de líquido fétido que brotó del huevo. Pero, al observar con atención lo que había caído por la hendidura de la membrana y que ahora yacía retorciéndose a sus pies, el grito de repugnancia se mudó en otro de asombro.

La Cosecha de almas

Al principio Clive no comprendió que la figura que se retorció en el charco de fluido humeante, que se extendía alrededor de sus pies, era realmente Sidi Bombay. Lo que lo hacía a su anterior guía tan diferente y difícil de reconocer, eran los años de vida que su permanencia en el huevo parecía haberle robado.

La persona que Clive había conocido como Sidi Bombay en África era flaca y con arrugas, casi un anciano. El hombre de tez morena que ahora contemplaba a sus pies tenía la piel lisa, el cuerpo y los miembros rollizos y el pelo sin cana alguna.

—¿Qué le ha ocurrido? —gritó Horace—. ¿Qué le ha ocurrido a Sidi Bombay?

—El gusano ha estado devorando su pasado —dijo L'Claar. Había corrido junto a Sidi, y ahora se arrodillaba a su lado, haciendo caso omiso de la repugnante capa de mucosidad que recubría el suelo. Con su minúscula mano le acarició la frente—. Los sacerdotes dicen que los gusanos se alimentan de lo que es una persona, de lo que ha hecho, visto y experimentado. A cambio, hacen de la persona parte suya. Y que usasen a Sidi Bombay como alimento para la mente de la criatura a quien estaba encadenado, significa que la unión era verdaderamente provechosa. —Su voz manifestó una inconfundible nota de orgullo—. Cosas así suceden pocas veces. Significa que Sidi habría sido de mucho valor en el tiempo de la Cosecha. Los que son como él tienen gran utilidad para los santos, aunque yo no sé de qué utilidad se trata.

Miró a su alrededor con inquietud.

—Sabían que estaba aquí, esperando el tiempo de la Cosecha. Se pondrán muy furiosos cuando sepan lo ocurrido. En verdad, dicen que la ira de los santos es implacable.

Sidi empezó a parpadear. De improviso su cuerpo sufrió un espasmo. El grito desgarrado que salió de su garganta resonó interminablemente en las paredes de la Cámara. Los otros huevos colgados de las bolsas se agitaron como en un eco. Con los ojos todavía cerrados, extendió la mano hacia adelante. Parecía que intentase agarrar algo escurridizo. Se puso a temblar y a gimotear.

—¿Qué le ocurre ahora? —interrogó Horace.

—Se le está cortando la conexión —susurró L'Claar—. Ya no está unido al gusano. Algo muy dentro de sí se está rompiendo.

La niña se inclinó hacia la temblorosa figura y le susurró algo al oído. Clive no pudo oír las palabras, pero poco a poco los temblores de Sidi empezaron a disminuir.

Sus ojos parpadearon, se entreabrieron y al fin se abrieron por completo. De inmediato los volvió a cerrar con fuerza, como si quisiera alejar de sí algo imposible de creer, y luego los abrió de nuevo.

—¡Eres tú! —dijo. Su voz era débil. Volvió a mirarla de nuevo—. No eres como yo esperaba —murmuró.

—Pero aquí estoy —respondió ella.

Sidi volvió a cerrar los ojos, y su mano, grande y oscura, apretó las suyas. Otro espasmo sacudió su cuerpo.

—¿Dónde he estado? —gimoteó él—. Siento como si hubiera perdido una parte de mí..., como si tuviera un agujero justo en el centro de mí.

—Estabas con el gusano —dijo L'Claar.

Sidi abrió los ojos y contempló a la niña. Luego se dio cuenta de su propio brazo, que se extendía desde las manos cogidas de L'Claar hasta su hombro, y miró su propio cuerpo.

—¿Qué me ha ocurrido? —gritó.

De repente, la desnudez de Sidi hizo mella en la conciencia de Clive. Se arrancó el uniforme de soldado que llevaba y cubrió con él la cintura y las piernas de Sidi.

—El perfecto Victoriano —susurró Annie; pero, más que burlón, su tono pareció afectuosamente irónico.

—Pareces mucho más joven —dijo Horace, esforzándose por mantener el tono de voz compuesto. Se arrodilló a la izquierda de Sidi, frente a L'Claar—. ¿Recuerdas cómo ocurrió?

—Estaba muy lejos —murmuró Sidi—. Vi muchas cosas extrañas, fui a muchos lugares lejanos. Pero parece que no los recuerdo. ¿Dónde está mi memoria, L'Claar?

—No te preocupes, viejo amigo —dijo Horace, acariciando la frente de su camarada—. Ahora todo ha terminado. Te hemos encontrado. Estás de nuevo con nosotros, has vuelto a donde perteneces.

—¿Pertenezco? —repitió Sidi, distante, y Clive comprendió que, al menos por el momento, Sidi Bombay no pertenecía a ninguna parte. Era como si su alma hubiese vagado libre de su cuerpo y no supiera encontrar el camino de regreso a él.

—Ya está, Sidi —dijo Horace—. Sólo descansa un poco. Hemos venido a sacarte de aquí. ¿Me recuerdas, no? Tu compañero de siempre, Horace, tu hermano de sangre.

Su voz pareció casi desesperada.

Sidi parpadeó y volvió a abrir los ojos.

—Lo recuerdo —susurró—, pero es como si lo viera a través de una espesa niebla. ¡Todo es tan sombrío y tan nebuloso!

—¿Recuerdas cómo llegaste aquí? —preguntó Annie.

Sidi dudó, y luego asintió:

—Fue después de la batalla del puente —dijo en voz baja—. Recuerdo haber usado las garras mecánicas que habíamos recogido de la otra criatura para trepar por los

tentáculos de aquel monstruo. Eran extremadamente viscosos, y mis manos y mis piernas resbalaban de tal modo que no sé como aguanté tanto tiempo. Cuando por fin estuve por encima de ellos, comprendí que todo había sido inútil. Aquella cosa simplemente extendió la boca hacia afuera (era como un largo tubo) y me absorbió.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Una vez dentro, corté y clavé con la garra, pero no le hizo ningún efecto. Pronto sentí que me absorbía a través de un túnel carnoso. Me comprimía y tiraba de mí, moldeándome como si fuera una masa. Mis esfuerzos eran en vano: me arrastraba y arrastraba sin cesar. ¡Qué oscuro estaba! Estaba tan oscuro, Horace... Nunca he experimentado una oscuridad semejante. Y luego...

Sidi se detuvo, y un delgado hilo de lágrimas brotó por debajo de sus párpados cerrados. Tenía la voz espesa por el dolor del recuerdo.

—Y luego caí en un fluido denso que pareció abrasarme la piel. Gritaba y gritaba, pero de mí no salía ningún sonido. No sé ni cómo respiraba. Quizá no respiraba. Todo era tan oscuro. Tenía tanto dolor... Al poco rato, algo en la oscuridad empezó a apretujarse contra mí, pinchándome, acariciándome..., lamiéndome.

Annie se acercó a Clive, y éste deslizó el brazo alrededor de su cintura.

—Poco después comprendí que algo me había encerrado dentro de sí. Aunque todo continuaba oscuro, a veces, con la mente, yo veía cosas. Pero no las comprendía, y ahora apenas puedo evocar las imágenes. Me parece recordar que estuve viajando por unos túneles azules durante largo tiempo.

Clive sintió que un pensamiento de algún rincón de su cerebro luchaba para abrirse paso. Pero no llegó al espacio abierto donde habría podido ser examinado.

—Luego, más tarde, sentí una enorme presión, como si me estrujaran para hacerme pasar por un pequeño orificio. Y luego no hubo nada más sino oscuridad y dolor..., hasta que L'Claar llegó a mí.

Y Sidi le apretó la mano.

—Es de lo más intrigante —dijo Chang Guafe en tono inexpresivo—. Parece que esta criatura, que poseía el rostro de tu hermano, según me dijiste cuando me contaste la aventura, Folliot, guarda lo que traga en estos huevos. Luego los trae aquí y los expulsa de su cuerpo. ¿Por qué? Seguramente no como simple excremento: el lugar se parece mucho más a un nido que a una cloaca. Pero ¿con qué propósito oculto? ¿Quizá para utilizarlo como comida para sus pequeños?

Clive se enfureció ante el tono frío del ciborg. Pero sus conjeturas le renovaron la conciencia del entorno. Al contemplar de nuevo la Cámara infernal donde se encontraban, una cólera violenta se apoderó de él. Colgados entre la telaraña membranosa, había cientos de huevos, retorciéndose en la tenue luz ámbar. Y, en cada uno de los huevos, una criatura viva (un hombre, una mujer o incluso un alienígena) sufría como Sidi Bombay había sufrido.

Clive se dirigió al huevo más próximo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Annie.

Antes de que pudiera responder, lo que había dentro del huevo dio una sacudida hacia un lado. Las viscosas membranas frotaron su rostro y Clive retrocedió asqueado. A través de la amarilla envoltura translúcida pudo distinguir a la criatura que se retorció de agonía en su interior.

Sin pensarlo ni un momento más, alzó su cuchillo y abrió el huevo de un corte. Un líquido caliente salió a borbotones y, con él, un fardo de carne viva, de color de hígado, que podía haber sido una vez un hombre, pero que ahora ciertamente ya no lo era. Aterrizó en el mucus con un sonido apagado y húmedo y allí quedó, temblando, golpeando el muñón que antes debía de haber sido su cabeza contra el suelo una y otra vez. Una raja que probablemente era la boca parecía hacer esfuerzos por gritar, pero no salía ningún sonido.

Clive sintió que el estómago se le revolvía y un líquido caliente y ácido subió y le abrasó la garganta. Cerró los ojos y atravesó el miserable pedazo de carne con su cuchillo. Si aquello era asesinato, pues que lo fuera. Clive no se sentía digno de llamarse hombre si permitía aquel sufrimiento.

—¡Horace, ayúdeme! —gritó—. ¡Tenemos que acabar con esa atrocidad!

Sin esperar respuesta, se acercó al siguiente huevo y lo abrió de un cuchillazo. Al instante, la criatura que cayó gritando de él rodeó la pierna de Clive con un tentáculo. Y no dejó de gritar incluso cuando retorció el pie de Clive para llevárselo a la boca. Clive resbaló y cayó en la nauseabunda mucosidad. Con el estómago revuelto de asco, rodó sobre sí mismo, se lanzó hacia la criatura y le atravesó el rostro con el cuchillo. Murió gritando.

Un temblor recorrió el cuerpo de Clive de pies a cabeza. Trataba de decidir si abría o no el siguiente huevo cuando la llegada de un santo con doce sacerdotes le quitó la decisión de las manos.

Entraron a través de un agujero del suelo, que apareció en el centro de la Cámara como por arte de magia. Rápidamente y en silencio, una plataforma subió a los trece hombres a la Cámara. Uno de ellos (el santo, como Clive descubrió posteriormente) iba vestido con un hábito blanco con capucha, ceñido a su cintura por un fajín escarlata. Tenía el pelo largo y negro, y la mirada de sus ojos parecía poder detener una locomotora en marcha.

—Cesad este sacrilegio de inmediato —ordenó—. Esta Cámara pertenece a los Santos del Purgatorio. Los Venerados son intocables.

Clive temblaba de rabia.

—Esto es impío —dijo—. ¿Cómo se puede permitir una cosa semejante? —Y se dirigió hacia el siguiente huevo.

—Creo que no comprendes —dijo el santo. Sacó la mano de la manga y mostró un bastoncillo delgado como el pulgar de un hombre y de unas tres veces su longitud.

La primera reacción de Clive fue de diversión. ¿Acaso aquel ingenuo sacerdote era mejor que un brujo del bosque, para creer que podría detenerlos con su versión religiosa de una varita mágica?

Clive dio un paso adelante. El santo hizo un imperceptible gesto con la mano y un rayo de energía golpeó en el suelo, a los pies de Clive. Este oyó sólo un sonido chisporroteante, pero el rayo había abierto en el suelo un agujero de la medida de un puño. Mientras Clive contemplaba el agujero, el mucus chorreó por sus bordes y lo llenó.

—Zumbos —dijo L'Claar simplemente.

Antes de que Clive pudiera responder, otros doce sacerdotes aparecieron en la puerta por donde la banda de aventureros había entrado. Todos iban equipados con el mismo tipo de armas.

—Ya sé que nos hemos metido en problemas como éstos otras veces —dijo Clive con calma—, pero creo que será mejor que hagamos lo que nos digan.

Sin embargo, no fue tan fácil obedecer esta sugerencia cuando los sacerdotes, con un ademán de las armas, los reunieron en un grupo y los condujeron hacia la puerta de la Cámara: por un momento, Clive pensó que iban a perder a Horace Smythe.

—No —dijo—. No me iré a menos que llevemos con nosotros a Sidi Bombay.

—No seas estúpido —dijo el santo—. El Venerado está severamente dañado. Debe ser tratado correctamente o perderá su utilidad para siempre.

Descargó otro rayo de su zumbo y perforó otro agujero de la anchura de una mano muy cerca de Horace, que estaba arrodillado junto a Sidi Bombay.

—Es mi último aviso —dijo el santo—. Si no fuera por el hecho de que la Santa Inquisición querrá encargarse ella misma de este caso de blasfemia, con mucho gusto os destruiría en el acto. Dadme otro motivo y puede que elija tratar con las preguntas del Inquisidor antes que con otra demora.

—Pragmatismo —dijo el ciborg—. Sobrevive ahora y más tarde tendrás otra oportunidad. Muere ahora y disminuirás considerablemente tus oportunidades.

Horace se puso de pie y en silencio fue a reunirse con los demás.

—Siento que te hayas mezclado en esto, pequeña sacerdotisa —dijo uno de los hombres a L'Claar—. Supongo que ya sabes que no habrá piedad para ti.

—Ya lo sabía —dijo L'Claar en el tono indiferente de quien ha aprendido mucho tiempo atrás a aceptar el sufrimiento como algo inevitable.

—Hermano Daniel: hazte cargo de los prisioneros —dijo el hombre de blanco.

—Sí, Su Santidad —respondió un hombre alto y delgado, de expresión férrea.

—¿Su Santidad? —repitió Tomás, con voz temblorosa.

—Yo soy uno de los santos —dijo el hombre de blanco. Luego, con la misma seguridad de un espadachín que ha descubierto un punto débil en la guardia del adversario, agregó—: Y estoy muy disgustado con las obras que has realizado en el día de hoy.

Tomás soltó un grito de desesperación y apretó con fuerza su rosario.

El hermano Daniel dio una orden y los prisioneros fueron conducidos fuera de la Cámara, hacia una sala; de allí partieron hacia lo que pareció un interminable laberinto de pasillos. Por fin llegaron a un corredor más estrecho; a cada lado tenía

una hilera de puertas metálicas de aspecto sólido. Uno de los sacerdotes abrió una puerta de la derecha. Y, bajo la amenaza de usar los zumbos, obligaron a los cautivos a pasar por la puerta.

El hermano Daniel incluso se tomó la molestia de escupir al rostro de Clive cuando éste entraba en la celda.

—Blasfemo —espetó. Y la puerta se cerró de golpe, dejándolos a oscuras, condición que Chang Guafe alivió por voluntad propia, aunque de manera algo particular.

Varias lentas y miserables horas más tarde, un pequeño panel se desplazó hacia un lado, revelando una abertura protegida con una robusta reja.

—Estáis acusados de alta traición —dijo una voz solemne desde el otro lado de la reja—. Seréis llevados a presencia del Gran Inquisidor en la próxima sesión, que tendrá lugar dentro de tres días.

—¿Cómo van a...? —empezó Clive, pero el pequeño panel corredero se cerró de golpe, dejándolos a oscuras una vez más.

Después de un tiempo, llegó otro hombre. Su voz, que oyeron por una trampilla en la parte inferior de la puerta, parecía cansada y vieja.

—No intentéis ningún truco conmigo —dijo deslizando un recipiente de agua tibia a través de la trampilla—. Yo no tengo la llave, o sea que no os serviría de nada. En menudo lío os habéis metido —prosiguió con jovialidad empujando hacia adentro, después del agua, un recipiente con gachas.

—Lo haría de nuevo de encontrarme en la misma situación —dijo Clive, taciturno.

—Héroes —murmuró Annie. Pero pronunció la palabra con tanta neutralidad que Clive no pudo desentrañar lo que realmente había querido insinuar.

—Al Gran Inquisidor le alegrará mucho oírle decir eso —comentó el hombre—. Le facilitarás el trabajo.

—¿Qué clase de juicio será? —preguntó Clive—. ¿Habrá un jurado?

—¿Qué es un jurado? —inquirió el viejo.

Después de la explicación de Clive, el hombre estalló en carcajadas y dijo:

—No es probable. Aquí, los juicios tienen lugar ante el Gran Inquisidor, y él no necesita jurado que lo ayude a tomar decisiones. Precisamente, hace poco tiempo que tenemos uno nuevo, y también es de los duros, por lo que he oído decir. Lo llaman el Obispo Neville, y dudo mucho de que tenga piedad de personas como vosotros.

El Obispo Neville

Si desentrañar misterios fuese suficiente actividad tanto para el cuerpo como para la mente, la pequeña banda de Clive Folliot habría tenido bastante para mantenerse ocupada durante los tres días de su encarcelación.

Para empezar, estaba la cuestión de Sidi Bombay y de las enloquecedoras respuestas indirectas que daba L'Claar a la mayoría de las preguntas sobre su situación. Y, como ahora sabían un poco más, podían plantear nuevas preguntas que les procuraban más información.

Luego estaba el asunto de Neville..., o del «Obispo Neville», como llamaban al Gran Inquisidor.

—¿Es que no tienen fin las bravuconadas de mi hermano? —había dicho Clive, bufando de rabia, poco después de que el viejo que les había proporcionado aquella información se hubiera alejado arrastrando los pies por el pasillo.

—Vamos, no sea demasiado duro con el chico, mi comandante —dijo Horace—. Además, no sabemos con toda seguridad que sea él. Podría tan sólo ser una extraña coincidencia. No hay un único Neville en el mundo, ya sabe.

—Bien, en ese caso, aquí, en esta maldita Mazmorra, su nombre parece ser más común que el de «John Smith» —dijo Clive acaloradamente. Pero sabía que Horace tenía razón. Aún era demasiado pronto para atormentarse por el asunto. La realidad era que Clive no podía afirmar que su hermano estuviera efectivamente a cargo de la Inquisición a la que se iban a enfrentar.

Y todo quedó todavía mucho más confuso cuando, durante uno de los períodos en que Chang Guafe proporcionaba alguna luz a la pequeña celda, Clive decidió con un grado de morbosidad que ni él mismo comprendía, hojear de nuevo el diario, único elemento de comunicación con Neville desde que su temerario hermano había desaparecido en la jungla africana casi dos años antes.

Al descubrir un nuevo mensaje se alegró y se asombró a la vez.

«Clive: Creo que he dado una paliza a los diablos. Recuerdo haberte dicho que no hicieras más caso de los mensajes porque el diario estaba interferido. Por fortuna, ahora puedes cancelar esta precaución.

Presta atención, por tanto, a esta nueva instrucción. ¡Ten cuidado con los sacerdotes del cuarto nivel! Predican un extraño credo de salvación a través del castigo; en el cumplimiento de sus creencias se comportan casi como dementes, y ofenderlos es más fácil de lo que te

imaginas. Evita a toda costa caer en sus garras.

Las cosas se suceden a una velocidad formidable. Date prisa y alcánzame. Tengo mucho que contarte.

Siempre tuyo, Neville».

—Bien, unas noticias muy reconfortantes —dijo Horace después de que Clive lo hubiera leído en voz alta—. ¡No hagas lo que ya has hecho, porque si lo haces te meterás en un buen lío!

—Oh, pero son buenas noticias —dijo Clive—. ¿No se da cuenta...? Quiere decir que ya podemos volver a confiar en el diario. Al menos en este sentido el consejo de Neville es válido, aunque llegue un poco tarde. Y dice que ha solucionado el problema.

—¿Es vuestra merced un ingenuo, o simplemente tiene demasiado buen corazón para reconocer la traición cuando la tiene delante de las narices? —interrogó Tomás, con un tono de voz algo más áspero del que por lo general usaba con Clive.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Clive con cierta beligerancia.

—Quiero decir: ¿qué mejor manera tendría alguien que quisiera ganar su confianza que darle un mensaje auténticamente útil en nombre de su hermano? Que las palabras sean ciertas esta vez, no significa que la intención que se oculte tras ellas sea buena. Y, de todas formas, ¿qué utilidad tiene un mensaje que nos dice algo que ya sabemos?

—Quizá sólo ha ocurrido que no he leído el mensaje a tiempo —dijo Clive con cierta inseguridad—. Últimamente hemos estado muy ocupados.

Pero era demasiado tarde; ya su fe en el mensaje había sido quebrantada. Podía ser auténtico, en efecto. Se podía confiar de nuevo en el libro; y ahora sería más valioso que nunca, ya que tenía conciencia de su pasado traicionero. Este pasado podía explicar mensajes tan desastrosos como el del mandato de tocar el gong de la Torre Negra de Q'oorna, acción que los había llevado a ser atacados por fuerzas que no esperaban sino ser convocadas por aquel toque.

Pero no había manera de saber con seguridad si decía la verdad. Ahora, cada mensaje sería objeto de sospecha; cada información, un arma de doble filo. Se volvió a meter el libro en el bolsillo con un suspiro de desánimo.

¿Acaso existía algo en aquella maldita Mazmorra que fuese realmente lo que aparentaba?

Y así mataban el tiempo, discutiendo entre ellos, preocupados por lo que le habría ocurrido a Sidi Bombay ahora que lo habían cogido los santos, y también, en momentos más tranquilos, recordando sus aventuras pasadas, contándose una y otra vez las historias como viejos amigos que se encuentran después de una larga ausencia y comparten bebidas y recuerdos de los días pasados.

Tanto Horace como L'Claar estaban particularmente intranquilos por el hecho de que Sidi hubiese caído en manos de los santos. Aunque Horace por lo general lo

soportaba con estoicismo, para L'Claar era a menudo causa de lágrimas. Cuando esto ocurría, Náufrago Fred la alzaba en sus brazos y la mecía, canturreándole ridículas canciones acerca de monos y osos. Por el número y la variedad de las cancioncillas, Clive sospechaba que Fred las iba inventando a medida que las iba cantando, simplemente para divertirse a la par que tranquilizaba a la niña.

Chang Guafe pasó innumerables horas intentando revalidar el título de buen caco que Annie le había adjudicado días antes. Sin embargo, esta vez no fue capaz de encontrar una combinación de tentáculos que abriera la puerta de la cárcel..., principalmente, sospechó Clive, porque no había ojo de la cerradura en aquel lado de la puerta.

En realidad, la desnuda naturaleza de la celda era su mayor incomodidad. Era tan estrecha que no cabían a lo ancho más de tres a la vez, hombro junto a hombro. La habitación no tenía más mueble que un banco de hierro, tan corto que sólo L'Claar y Finnbogg podían tenderse en él, y el pobre enano era tan ancho que de cualquier forma no le era nada cómodo. Un orificio redondo en una de las esquinas era el único sitio destinado a aliviar sus necesidades, hecho que Clive consideraba de lo más indecoroso y que le hacía también apreciar más la oscuridad.

Oscuridad que apreció todavía muchísimo más cuando Chillido lanzó sus emisiones para comunicarse en privado con él. Clive estaba sentado apoyado en la pared, rodeando las rodillas con los brazos, meditando en lo que L'Claar había dicho al principio acerca de la salida de la Mazmorra que se rumoreaba oculta en algún lugar bajo el Templo. Cuando la había interrogado de nuevo sobre el asunto, ella había afirmado que mucha gente creía que la salida daba al lugar de donde se provenía.

Clive no pudo evitar soñar despierto con la idea. ¡Si pudiese encontrarla y regresar a su hogar, regresar a un mundo que de súbito le parecía más querido de lo que nunca hubiera imaginado, a su mundo, regresar con Annabelle Leighton y su hija...! Pero, naturalmente, en aquel punto, el sueño se interrumpía de forma penosa, ya que regresar hubiera significado provocar un giro en el tiempo y en la historia que habían conducido al nacimiento de Usuaría Annie.

«Nada simple», pensó él con amargura, justo antes de que las cosas se complicaran más que nunca.

Clive, deseo comunicarme contigo.

Clive quedó totalmente sorprendido; no recordaba que Chillido se hubiese dirigido nunca a él por el nombre de pila.

¿*Qué hay, gran guerrera?*, respondió él, sintiendo una oleada de auténtico aprecio por la arácnida, a pesar del vacío que había existido entre ellos desde su aventura en la isla de los caníbales.

Pasó algún tiempo sin responder, y Clive empezó a preguntarse si se habría quedado dormida.

Chillido..., llamó.

Aquí estoy, transmitió ella. Lo que ocurre es que no estoy segura de lo que quiero decir.

No es muy propio de usted, replicó él afablemente.

He experimentado muchas cosas, nuevas para mí, desde que te conocí, Clive.

Ahí estaba otra vez: su nombre de pila.

Todos hemos experimentado cosas nuevas en la Mazmorra, respondió él.

Lo que siento ahora es más extraño para mí que cualquiera de estas cosas a que te refieres. He hecho frente a muchos peligros y he pasado por muchas aventuras. Mi mundo es un lugar muy raro y a veces terrible, aunque yo lo quiero muchísimo. Pero nunca conocí a nadie como tú, una mente tan simple (por favor, no interpretes mal la palabra), una mente tan simple y tan dulce, tan leal y tan valiente. ¿Sabes lo que el resto del grupo siente por ti, Clive?

Clive notó que le subía el color a las mejillas, y esperó que Chang Guafe no eligiese aquel momento para iluminar de improviso la celda.

Supongo que sus sentimientos cambian día a día, pensó él a la ligera.

En un sentido. A veces estamos furiosos contigo, o frustrados por tu culpa, o te encontramos insoportablemente tonto. ¡No! No te defiendas, no es necesario. Porque más allá de eso está el hecho de que todos hemos llegado a quererte. No discutas, cariño, porque sé que es cierto. Pocas cosas permanecen verdaderamente ocultas ante mi mente, ya lo sabes. Pero creo que yo soy la que te quiere más de todos, Clive. Por ese motivo estaba tan enojada contigo. Porque mi amor era la causa de que esperase demasiado de ti. Y, también, porque el sentimiento me asustaba. Estar enojada me permitió crear una gran pantalla que me protegiera de los sentimientos que provocabas en mí. Tú eres un hombre de mundo, Clive Folliot. ¿Qué se puede hacer con unos sentimientos tan ridículos?

Durante todo el tiempo en que Clive permaneció a la escucha del mensaje, trató desesperadamente de no pensar, por temor a que pudiera ofender a su querida y espeluznante amiga con alguna reacción imprevista. Pero era difícil, ya que percibía bajo el mensaje un terrible deseo de intimidad física que sabía que no podría corresponder nunca.

¡Ay, la astuta Chillido conocía demasiado bien a su hombre para que pudiera ocultarle algo!

Una vez me preguntaste si había alguna intimidad en mi mundo, envió Chillido. No tomé en consideración tu reacción turbada. Pero ahora veo la fuente de esta reacción, y pido disculpas. Quizás a causa de lo que somos, quizás a causa del modo de comunicarnos, las emociones de los míos son más directas y más sencillas. Nunca he sentido o experimentado el tipo de sentimientos complejos y sutiles que has despertado en mi interior. Ahora yo también desearía poder ocultarme de ti. No había permitido que conocieras mis deseos, porque sé muy bien que tú no podrías corresponderías, ni siquiera si pasases la vida entera intentando superar el horror y la repulsión que la simple idea te causa. Oh, Folliot, una vez te dije que no lloraras por Chillido. Pero

ahora llora si quieres, porque estoy atrapada en una telaraña que yo misma he tejido, atada a ti por unos hilos que nunca tuve la intención de tejer. ¡Sí, llora por Chillido, que te ama tanto, y que en el instante de expresar su amor ya sabe todas y cada una de tus reacciones, y a quien le destrozas el corazón y no conoce ningún medio de escapar a tu precioso y amargo cuchillo!

Y, del mismo modo en que él había quedado dominado por su deseo en el período de la ma-sand, ahora fue la desesperación por Chillido lo que arrastró sus sentimientos. Y Clive, en efecto, se puso a llorar; y con la cabeza apoyada en las rodillas procuró evitar que lo oyeran sollozar, mientras las lágrimas resbalaban por el traje blanco que no podía absorberlas.

* * *

Clive estaba durmiendo cuando la compañía de sacerdotes y guardias llegó para escoltarlos hacia el Tribunal de la Santa Inquisición. Se preguntó si eran enormemente cautos por naturaleza o si de algún modo habían adivinado los poderes que poseían determinados miembros del pequeño grupo; ya que, al abrir el pequeño panel, apuntaron una de las armas que llamaban zumbos contra el interior, y ordenaron a Chillido y a Chang Guafe que se colocaran de cara a la pared del fondo. Abrieron la puerta sólo una rendija, tomaron a L'Claar y notificaron a los demás que, al primer signo de resistencia, destruirían a la niña. Uno a uno, los demás salieron de la celda, y a cada uno le renovaron la advertencia: la resistencia de uno sería la muerte de todos.

Y volvieron a recorrer el mismo camino, pero en sentido inverso: regresaban a las plantas superiores del Templo; ahora Clive se daba cuenta de que el edificio era mucho más grande de lo que le había hecho sospechar en principio su imponente aspecto exterior. A medida que abandonaban las plantas inferiores, las antorchas iban reemplazando las brillantes luces azules, y de nuevo tuvo la sensación de que se movía a través del tiempo, como si retornaran a una era anterior, menos avanzada técnicamente.

Y, cuando llegaron a la Gran Sala del Tribunal de la Inquisición, la oscilante luz de las antorchas apenas era suficiente para iluminar el espacio. Grotescas figuras de seres atormentados asomaban desde los rincones sombríos de la bóveda del techo.

La Sala estaba repleta de hileras de sacerdotes vestidos con hábitos negros que empezaron a salmodiar en tono doliente cuando los prisioneros pasaron entre ellos.

En el fondo de la estancia se levantaba la gran mesa del tribunal, a la cual se llegaba por una ancha escalinata. En cada peldaño había un robusto soldado que empuñaba una espada y un látigo.

Clive se preguntó si los sacerdotes usarían los zumbos en aquel nivel, o si éstos

estaban reservados a las áreas inferiores del Templo. Evidentemente, puesto que los sacerdotes encargados de su custodia iban provistos de aquellas armas letales, siempre podía dilucidar la cuestión intentando huir. Pero decidió que, en aquel caso, la ignorancia era, si no la beatitud, al menos preferible a la demostración tangible de la verdad.

De repente sonó una trompeta y la salmodia cesó. Reinó un silencio absoluto en la Sala, y el Gran Inquisidor hizo su aparición. Iba envuelto en un hábito negro, y una enorme capucha le ocultaba el rostro. Clive, a pesar de todos sus esfuerzos, no fue capaz de decir si quien se refugiaba bajo aquella capucha era en verdad su hermano. Pero aun así no pudo evitar que su pulso se pusiera a latir sin control. ¿Era posible que después de tanto tiempo Neville estuviese verdaderamente allí, justo enfrente? Pero ¿qué cambio formidable se había operado en él para que ejerciera el papel de Gran Inquisidor en aquella religión demencial? Y, si en verdad era Neville, ¿qué haría ahora que Clive y sus amigos estaban ante él?

El juicio de la Inquisición empezó.

Clive pronto comprendió que su caso no era el único que tenía vista aquel día. A medida que la Inquisición despachaba asuntos de poca importancia, Clive empezó a sospechar que a ellos los reservaban como el plato fuerte del día.

Para su enorme frustración, el Inquisidor (el Obispo Neville) nunca, ni una sola vez, echó atrás su capucha, ni habló; sólo permanecía sentado escuchando los cargos, y asintiendo luego y mostrando su acuerdo con el que Clive había identificado como el sacerdote fiscal. Flagelaciones y otros castigos fueron distribuidos con toda generosidad, por crímenes de gula y de ira, a lo largo de la mañana, o de la tarde, o de lo que fuera. Parecía que no había pecado capital, de los siete existentes, que no tuviera su infractor en uno u otro de los residentes del Purgatorio; además, daba la impresión de que los sacerdotes tenían una red de espías de lo más eficaz en cuanto a averiguar delitos de aquel tipo. Clive concluyó que, con toda seguridad, la vida en el Purgatorio debía de ser mucho más terrible de lo que había creído en un principio. Empezó a sudar, aunque no pudo decir si era debido a su nerviosismo o a una auténtica elevación de la temperatura.

Aburrido y aterrorizado al mismo tiempo, sintió el impulso de buscar el contacto mental con Chillido, pero se detuvo; sin embargo, enseguida comprendió que, naturalmente, el pensamiento era más rápido que la retracción, y que la línea de comunicación ya había quedado abierta.

Pero Chillido permanecía tranquila y quieta, y le transmitió saludos afectuosos y comentarios mordaces y divertidos acerca del modo de actuar de los sacerdotes y de los desafortunados pecadores que eran llevados ante ellos.

Clive sintió un aprecio por ella como jamás lo había sentido.

—Clive Folliot, acércate al estrado.

La mente de Clive quedó en blanco durante un instante, y luego se llenó de pensamientos contradictorios que se sobreponían los unos a los otros. ¿Lo iban a

llamar a él solo, sin los demás? Él había creído que los juzgarían como a un grupo. ¿Cómo sabían su nombre? Estaba seguro de que no se lo habían preguntado en ningún momento. Por supuesto, si era Neville quien estaba realmente bajo la capucha, tenía que saber que era Clive; pero, si era Neville, ¿por qué lo sometía a juicio?... A menos que Neville fuese impotente para evitarlo, lo cual parecía improbable, y de todas formas...

La voz del sacerdote interrumpió la terrible confusión de ideas de Clive.

—Clive Folliot, estás acusado de blasfemia y herejía. Con premeditación entraste en el área más sagrada del Purgatorio. Allí atacaste y diste muerte a dos de las más venerables almas, y liberaste prematuramente a otra que iba camino del Cielo. De estos actos fueron testigos muchos sacerdotes. No hay duda de tu culpabilidad; sólo cabe decidir la naturaleza y la duración de la tortura que te llevará a la muerte, una tortura que no te mejorará, ya que tu alma está destinada, con absoluta seguridad, a las regiones más profundas del Infierno. Es una recomendación de este Tribunal...

—¡Un momento! —gritó Clive, y la interrupción fue tan inesperada que el sacerdote detuvo en efecto su parrafada el tiempo suficiente para que Clive pudiese dar un paso adelante y empezar a hablar—. ¿No se me concede la oportunidad de defenderme antes de ser sentenciado?

El sacerdote iba a poner objeciones, pero el Inquisidor hizo un ademán con la mano, indicando que le permitieran el uso de la palabra.

Clive dudó. Ahora que tenía vía libre, ¿qué podía decir?

Hizo una inclinación de cabeza y luego la levantó de nuevo.

—Su Santidad —dijo, preguntándose a quién se estaba dirigiendo en realidad—, mis amigos y yo hemos recorrido una gran distancia y hemos sufrido muchas adversidades en busca de dos hombres. Uno es mi hermano, con quien de más joven tuve muchas diferencias. Sin embargo, somos sangre de la misma sangre y carne de la misma carne; además, juré a mi padre que haría lo imposible por encontrarlo. Durante el camino perdimos a un hombre bueno, honesto y leal, a quien encontramos de nuevo en la Cámara de más abajo.

—Los motivos no importan —interrumpió el fiscal.

—¡Déjeme hablar! —exclamó Clive encolerizado.

Tenía la garganta seca, y las manos le temblaban. Era perfectamente consciente de que aquéllas podían ser las últimas palabras que pronunciase. Ahora prosiguió, no para ganar tiempo o con alguna esperanza de salvarse él o a los demás, ya que todo parecía definitivamente perdido, sino porque aquélla podía ser su última oportunidad, y tenía cosas por decir.

—Durante mucho tiempo sólo deseé dos cosas: el amor de mi padre y el amor de mi hermano. Sin embargo, pronto comprendí que lo más probable es que me fueran negados para siempre. Mi padre no había dejado de culparme de la muerte de mi madre. Me lo dijo de su propia voz, y me dijo también que me aborrecía por ello. Mi hermano era el preferido, el niño perfecto. No hacía nada mal. Todo le salía bien. A

pesar de ser gemelos, yo siempre quedaba rezagado con respecto a él. Nunca fui tan rápido ni tan fuerte o tan inteligente como él.

»Sin embargo, a pesar de que él tenía tanto y yo tan poco, mi hermano nunca tuvo compasión de mí. Al contrario, muy a menudo me atormentaba. Durante mucho tiempo lo odié por eso, aunque ahora comprendo que no era más que un reflejo infantil de la actitud que observaba en nuestro padre.

»Todavía más, ahora puedo ver un don en ese mal trato. Ya que, aunque yo no fuera tan rápido, ni tan fuerte, ni tan inteligente, sus tormentos me endurecieron, me capacitaron para sobrevivir ante las adversidades. De no haber sido curtido por el menosprecio de mi hermano, no creo que hubiese resistido estos últimos meses.

Hizo una pausa, pero se apresuró a continuar antes de que el sacerdote pudiera interrumpirlo.

—La cuestión es que ya he pasado mi propia temporada en el Purgatorio, y no tengo deseos de permanecer en él más tiempo si la muerte es ahora mi destino. Pero, si ésta es mi última oportunidad de hablar, entonces tengo que decir que por fin he comprendido, y que perdono a mi hermano por lo ocurrido entre nosotros en el pasado. Y que, a pesar del juramento a mi padre, la verdadera razón por la que he buscado a Neville durante los últimos meses es que es mi hermano y que lo quiero.

Entonces hizo una inclinación de cabeza, indicando que había terminado.

Un grito de sobresalto del fiscal le hizo levantar la mirada de nuevo.

El Inquisidor se había puesto en pie. Dio la vuelta a la gran mesa del Tribunal y empezó a bajar la escalinata hasta llegar al primer peldaño, a menos de tres metros de donde Clive aguardaba en pie.

El Inquisidor alzó la mano y se dispuso a retirar su capucha.

Justo en aquel preciso instante se desataron todos los infiernos.

Gusano

Empezaron con el asesinato del Gran Inquisidor.

—¡Muerte al traidor! —bramó una voz desde el fondo de la Sala—. ¡Muerte a los títeres de los extranjeros!

Clive oyó un sonido como de tocino achicharrado en una parrilla al rojo vivo. La figura que tenía ante sí suspiró y se desplomó al suelo como la hoja de un árbol. Clive echó a correr hacia allí, pero varios pares de manos lo agarraron por detrás.

—¡Suéltense! —gritó, forcejeando contra ellas—. ¡Tengo que ver quién es!

Pero la Sala entera se había convertido ya en el escenario de una violenta confusión, como si aquel asesinato hubiese sido el detonador de una revolución planeada desde hacía mucho tiempo. Una masa enfurecida de hombres, clérigos, guardias y otros sin ningún tipo de señal que los identificase barrió el espacio entre Clive y el Inquisidor fallecido, privándolo de la visión de este último y de algo raro que había creído observar detrás del estrado justo después del asesinato.

—¡Déjenme ir! —volvió a gritar.

—¡No vas a ir a ninguna parte sino derecho al Infierno! —gruñó una voz conocida. Clive se volvió y vio al fiscal. Había sacado un zumbo de algún lugar de su hábito y lo apuntaba directamente a Clive, con intención evidente de llevar a cabo una ejecución sumaria.

Pero entonces hubo otra gran interrupción, que afectó incluso a la desenfrenada batalla que tenía lugar a su alrededor, y que fue disminuyendo en intensidad hasta detenerse por completo. Un temblor grave, profundo y poderoso, que parecía más intenso a cada momento, empezó a sacudir el suelo y a desmigajar pedazos de piedra del techo.

Clive contuvo la respiración ante la violencia del terremoto (porque eso creía que era), violencia que no dejaba de aumentar. Ahora la Sala entera vibraba. En el suelo aparecieron grandes grietas, y hombres que momentos antes habían estado enfrascados en un combate de vida o muerte, ahora aullaban de terror e intentaban huir de la estancia saltando por encima de los demás.

Y los gritos de terror y el vivo olor de miedo se multiplicaron por diez cuando la verdadera fuente del temblor se reveló a través del suelo de piedra despedazado. Como si un volcán hubiera entrado en erupción bajo la Sala, la anchísima cabeza de uno de los Grandes Gusanos de Q'oorra había emergido del suelo.

En verdad, el Purgatorio se había tornado Infierno, y los alaridos que resonaban a lo largo y ancho de la vasta estancia habrían podido ser perfectamente los de las almas en pena.

Para Clive, la criatura no era menos terrorífica por ser la segunda vez que la contemplaba. Esta vez, sin embargo, no tenía el rostro de su hermano. Simplemente era una gran masa muscular ciega, que continuaba emergiendo por el agujero que ella misma había abierto. Sus tentáculos (a cientos, por lo que parecía) azotaban salvajemente al azar y cogían a hombres y los arrojaban a veinte metros o más de distancia; y estos hombres, al caer resbalando por la pared contra la que habían chocado, dejaban en ella un rastro de sangre y sesos.

Y la gran longitud del cuerpo continuaba fluyendo hacia arriba a través del agujero, mientras la ira del monstruo se expresaba en bramidos de rabia que amenazaban hacer estallar el cráneo de Clive.

Se apretó las manos contra los oídos y luego, cuando el monstruoso gusano lo levantó del suelo y lo llevó hacia sí, abandonó toda dignidad y gritó aterrorizado. Clive forcejeó con desesperación hasta que, de súbito, llegó a la increíble conclusión de que el gusano lo estaba salvando, y permaneció totalmente inmóvil. Y comprendió que eso sucedía cuando lo depositó en el interior del anillo de tentáculos, junto a Chillido, junto a Annie, junto a todos sus queridos amigos, y en especial junto a Sidi Bombay. Sidi Bombay había sido quien había recurrido a aquella criatura y la había llevado a poner punto final a su juicio, y probablemente también a la Inquisición entera.

Los gritos de los moribundos, los silbidos de las armas y el estrépito de las piedras al caer parecían combinarse en una enloquecedora sinfonía de la muerte, mientras el gusano giraba sobre sí mismo en el agujero, y barría a sacerdotes y pecadores sin distinción.

Y luego, de repente, el monstruo se retiró y se hundió en el orificio por el que había surgido. Clive no pudo asegurarlo, pero creyó oír la gran bóveda del techo derrumbarse tras su descenso. Luego vio un túnel azul de aspecto familiar a su alrededor: era la misma clase de túnel por la que habían deambulado tanto tiempo bajo el Castillo de N'wrbb. ¡Por fin comprendía lo que eran aquellos túneles: eran las huellas del paso de los Grandes Gusanos de Q'oorna!

Y parpadeó asombrado al ver que se hundían a través de tres pisos de piedra en menos tiempo del que se usa para tomar aliento.

Y luego el gusano se inmovilizó.

—¡Fuera! —gritó Sidi Bombay—. ¡Fuera, mientras podamos, que no hay forma de saber adonde nos llevará! —Se abrió paso a través de la frondosidad de tentáculos y se dejó resbalar hasta el suelo. Los demás lo siguieron sin demora. Y un instante después de que L'Claar saltase en el brazo bueno de Fred, los tentáculos empezaron a girar y el gusano, con una velocidad que parecía imposible para algo de su tamaño, salió disparado hacia adelante y desapareció a través de la pared.

Durante unos instantes nadie dijo nada. Inesperadamente, Clive estalló en carcajadas, con un sonido estrepitoso que resonó en las paredes azules de la sala. El primero en añadirse fue Horace, luego Sidi, y por último todos (salvo Chang Guafe) sucumbieron a una especie de histeria colectiva que Clive enseguida identificó como nada más que un modo de aliviar la casi insostenible acumulación de tensiones.

Clive recuperó sus sentidos cuando se dio cuenta de que estaba abrazando a Annie, y la abrazaba con excesiva intimidad para tratarse de alguien que era su ascendiente directo.

Poco a poco, el grupo se fue serenando. Clive avanzó un par de zancadas y puso las manos en los hombros de Sidi Bombay.

—¡Dios mío, qué bueno es tenerlo de nuevo con nosotros! —exclamó.

—Es bueno haber regresado —dijo Sidi—. Y tengo mucho que contaros. Pero antes de que os lo cuente todo, deberíamos marcharnos de aquí, porque dentro de poco esto no será nada seguro.

—¿Dónde estamos? —preguntó Clive, contemplando con cierto temor la sala azul que los rodeaba.

—Es la madriguera de un gusano. Se encuentra bajo el Templo de Los Que Sufren. Los sacerdotes no saben que está aquí, pero sí los «santos» (que están asociados con los sacerdotes sólo porque los obligan con engaños a hacer gran parte de sus trabajos sucios), y los santos llegarán de un momento a otro. Seguramente, no les gustará lo que hemos hecho.

»Los gusanos son muy poderosos, y muy útiles para quien sabe aprovechar su poder. Pueden viajar a través del tiempo y del espacio. Tiempo atrás fueron traicionados por una raza que al principio había pretendido su amistad pero que luego encontró un sistema de obnubilarles la mente y de poner riendas a su poder. Son las únicas criaturas que se pueden desplazar a voluntad de un nivel a otro en el interior de la Mazmorra. Sin embargo, en ciertos sitios, otros pueden utilizar sus túneles como lugares de paso, aunque lugares de paso peligrosos.

»Me enteré de todo esto gracias a los santos que me tenían en su poder. Hablaban sin reservas en mi presencia, ya que yo fingía estar inconsciente, como si estuviera todavía en poder del gusano. Y, verdaderamente, la mayor parte del tiempo era así, porque con toda la fuerza de nuestra conexión lo estaba acercando a mí para buscar su ayuda.

Sidi hizo una pausa, y pareció recogerse en sí mismo como una margarita al alba.

—Ahora soy muy diferente —dijo—, y en un sentido que aún no alcanzo a comprender. Tengo miedo, estoy confundido. Puedo percibir cosas... Sé, por ejemplo, que el círculo azul en la pared de enfrente, cerca del agujero por donde desapareció mi gusano, nos conduciría al quinto nivel de la Mazmorra. Sé también que el círculo de la izquierda conduce definitivamente fuera de la Mazmorra.

—¡Te lo dije! —exclamó L'Claar, triunfante.

Y se quedaron mirándose unos a otros con nerviosismo.

—Yo seguiré adelante —dijo Clive al final—, ya que, si mi hermano aún vive, estoy convencido de que se encuentra todavía más al fondo de este misterio.

—¿Estaba Neville bajo el hábito o no? —preguntó Annie.

—No lo sé —respondió Clive—. Creo que quizás estaba, al menos durante una parte del tiempo. Pero me pregunto si mi hermano no habrá realizado otro cambio. Hoy vi algo muy extraño: un instante después de morir el Inquisidor y antes de que la pelea obstaculizara mi visión, localicé a alguien que habría podido perfectamente ser Neville; salía corriendo como una flecha de detrás de la mesa del tribunal.

Cediendo a un impulso, puso la mano dentro del traje y sacó el diario. Hojeó el libro y encontró un nuevo mensaje. No tenía más que una palabra:

«¡Sígueme!»

Tomás soltó un bufido.

—Ese diario es obra del diablo. No se puede confiar en nada de lo que pone.

—Y, sin embargo, debemos decidir adonde iremos ahora —dijo Sidi—; y hay que decidirlo pronto, ya que los santos estarán aquí de un momento a otro. Por lo que a mí respecta, todavía tengo asuntos que liquidar en la Mazmorra. Iré con Clive Folliot.

—Yo también —dijo Horace.

—Y yo —dijo Chillido.

Tomás se encogió de hombros.

—Creo que son todos muy estúpidos y que los sacerdotes tenían toda la razón: esto es la voluntad de Dios y no deberíamos intentar huir. Pero —y volvió a encogerse de hombros, como si aceptara la implacable voluntad del destino— iré con vuestras mercedes.

—Yo continúo en busca de mi venganza —dijo Chang Guafe.

Annie y Fred miraron a los demás con un sentimiento de desánimo.

—Quiero irme a casa —dijo Annie con desesperación, casi en tono de disculpa.

—Lo comprendo —dijo Clive, y se maldijo por no ser capaz de apremiarla en su decisión con más firmeza. Si hubiera sido un verdadero tatarabuelo, simplemente la habría cogido y la habría empujado hacia el agujero de regreso, hacia su salvación, y aquí habría acabado el asunto.

Finnbogg, aunque en otro sentido, no tenía semejantes reservas.

—¡No te vayas! —gimoteó, lanzándose a los pies de Annie—. Quédate con Finnbogg y con Clive. Finnbogg quiere a Annie.

—Y Annie quiere a Finnbogg —dijo con suavidad—, pero Annie debe volver a casa.

Mientras Annie trataba de soltarse de Finnbogg, L'Claar se había vuelto y se había puesto a mirar en dirección al agujero con una expresión ansiosa.

—No sé dónde está mi casa —dijo al final.

Fred extendió la mano y le acarició el pelo. Luego la tomó en su brazo bueno. Con

ella a cuestas siguió al grupo hacia la abertura que, según Sidi, los conduciría fuera de la Mazmorra, de regreso a su hogar.

Annie dudó.

—Bien, supongo que esto es la despedida, abuelo —dijo, colocando una mano en el pecho de Clive—. Espero que algún día encuentres al loco de tu hermano. Pero no puedo decir que deseo de veras que salgas de aquí. ¿Comprendes...?

Se paró, como si algo la hubiera atragantado.

—Comprendo —dijo Clive.

Ella puso su mano en el hombro de Clive. Pero, cuando éste se inclinaba para besarla, aparecieron los santos.

Clive dio media vuelta al oír el ruido de su llegada. Habían entrado por el extremo opuesto de la sala, con lo cual aún estaban a cierta distancia. Pero eran un grupo de al menos veinte, y todos los que Clive alcanzó a ver llevaban un zumbo. Al verlos, los santos echaron a correr hacia ellos. Los disparos de energía estallaban en los muros azules a su alrededor.

—¡Vete! —dijo Clive a Annie—. ¡Vete mientras puedas!

Pero Finnbogg estaba agarrado a sus pies, con lo que Fred llegó antes al agujero. Abrazando estrechamente a L'Claar contra su pecho, saltó a la abertura.

Hombre y niña desaparecieron.

Y el agujero se transformó en una llamarada verde. Y luego también desapareció.

De una violenta sacudida, Annie se liberó del abrazo de Finnbogg.

—¡Maldición! —gritó. Corrió hacia la pared y empezó a golpear con los puños el liso espacio azul—. ¡Oh, maldición, maldición, maldición!

—¡Finnbogg lo siente! —gimoteó el can-enano, cogiéndose la cabeza apenado—. ¡Finnbogg lo siente, Annie!

—¡Callaos y moveos! —gritó Clive. Agarró a Annie por el brazo y, a rastras, la alejó de la pared.

Un disparo de energía dio en el suelo junto a sus pies.

—¡Vámonos! —ordenó—. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Ahora!

Annie asintió. Cogidos de las manos, y con Finnbogg pisándoles los talones, echaron a correr hacia el agujero azul que según Sidi Bombay los conduciría al siguiente nivel de la Mazmorra. Los demás ya habían saltado en él. Pero, a diferencia del agujero de salida de la Mazmorra, éste no había desaparecido.

—¡Maldición! —repitió Annie.

Clive la atrajo hacia sí, la tomó en sus brazos y saltó.

El mundo fue una explosión de azul, y ellos huían del Purgatorio e iniciaban su descenso al Infierno.

1

Los siguientes dibujos pertenecen al cuaderno particular de apuntes del comandante Clive Folliot, que apareció misteriosamente junto a la puerta del *The London Illustrated Recorder and Dispatch*, periódico que proporcionó los fondos a su expedición. No había otra explicación que acompañase el paquete, excepto una enigmática inscripción de la misma mano del comandante Folliot.

«De nuevo, los acontecimientos de esta enigmática búsqueda me han atrapado en su red y me han dejado poco tiempo para tomar nota de los detalles del viaje. Tan pronto como las aventuras me lo permitan, me tomaré un momento de descanso e intentaré enviarle más apuntes de mis encuentros con lo fantástico en este enclave de la Mazmorra.

Ruego que los dibujos de mi diario sobre estos fenómenos lleguen a su despacho y lo iluminen acerca de las peculiaridades de este mundo. ¡Qué lejos debo de estar de Gran Bretaña!»

CHANG GUAFÉ. UNA APROXIMACIÓN MUY
TOSCA A SU INNUMERABLE
ROSTRO.



UNA TABERNA EN GO-MAR.
MENOS ACOGEDORA DE LO QUE
PARECE.



LA CUEVA DE CÉRBÉRO CON SU PERRO
GUARDIÁN DE ROCA.

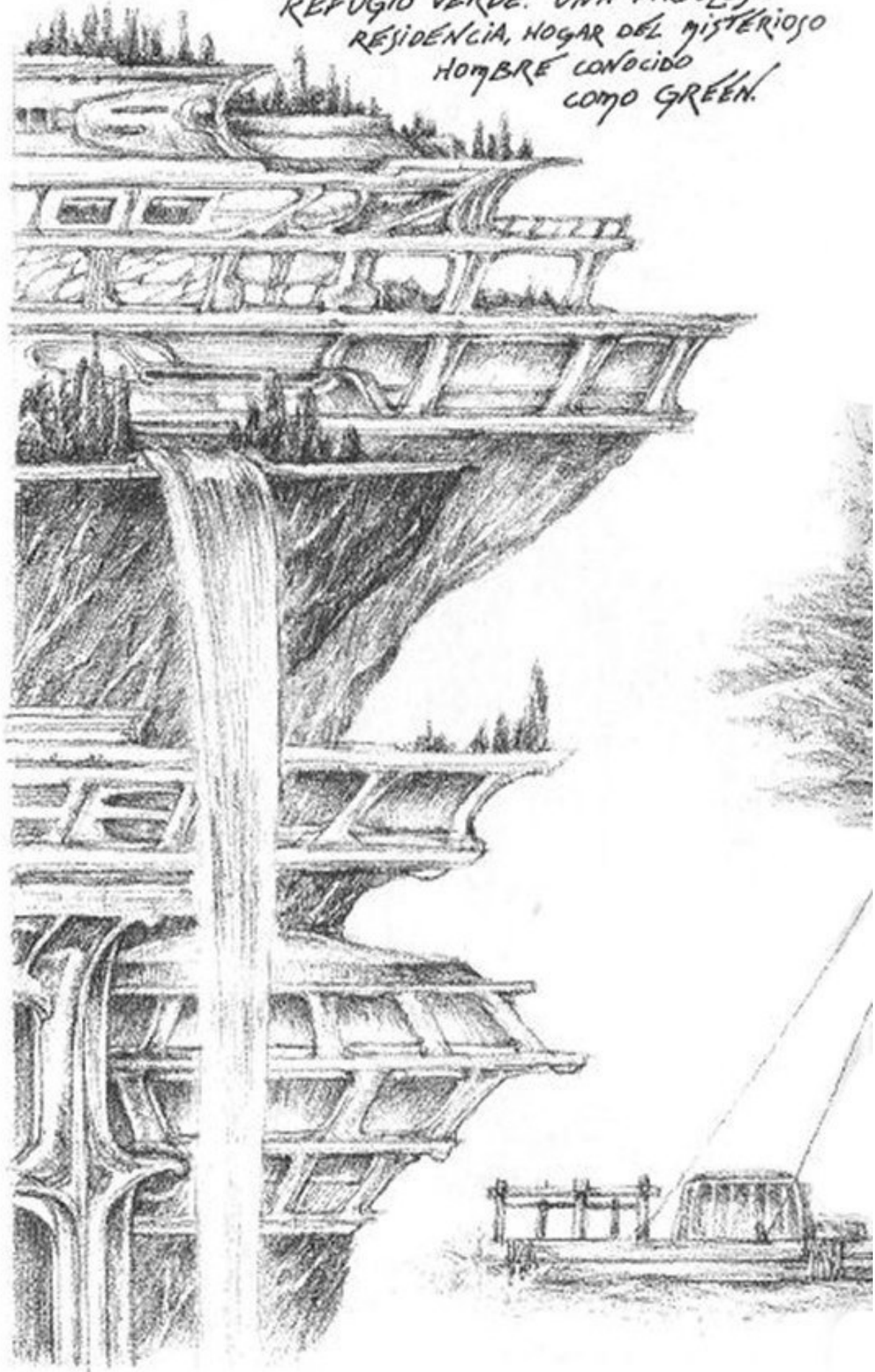




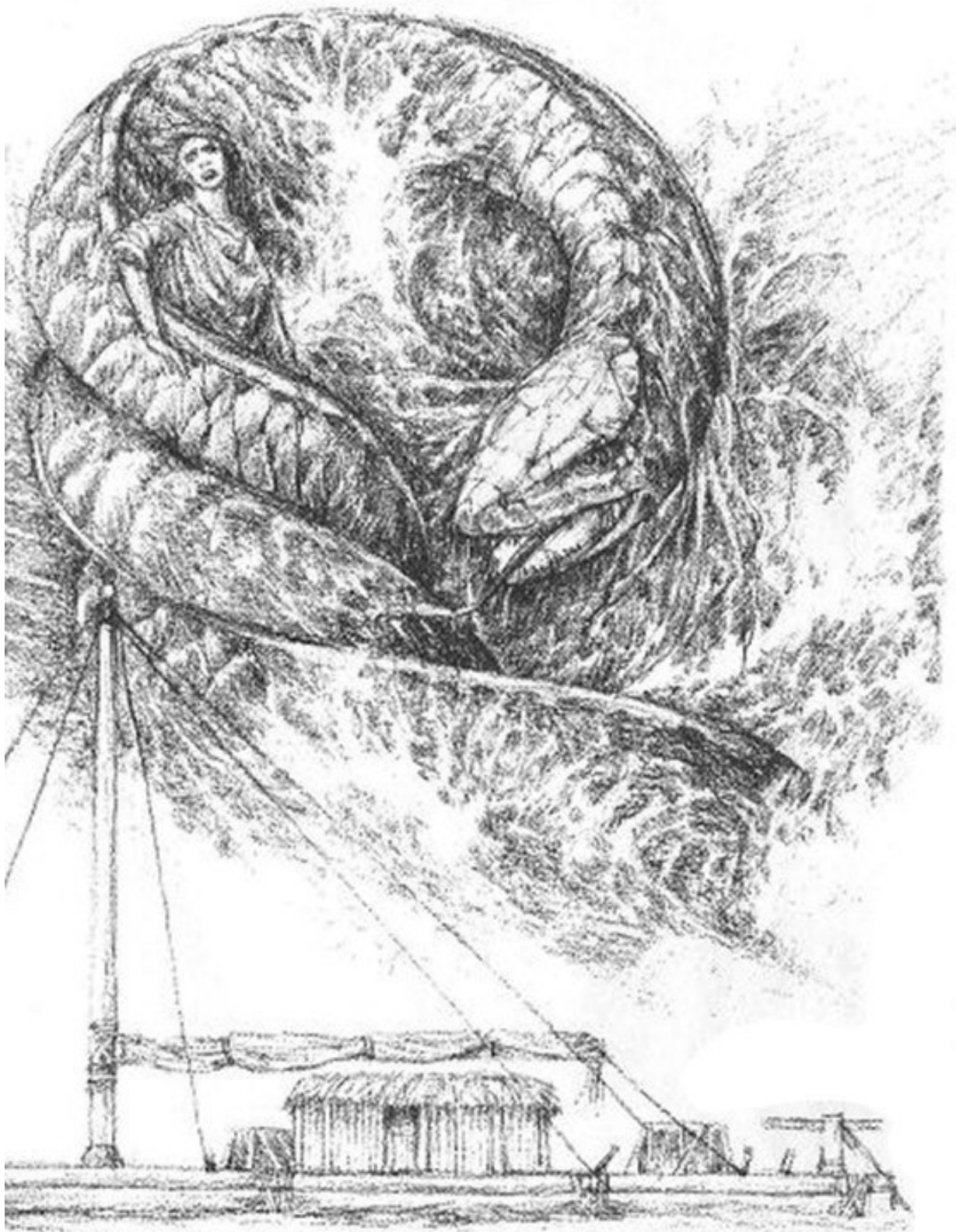
LA PUERTA-
TRAMPA EN
LA CUEVA
DE LOS
FINNBOGGA.

KA, EL HOMBRE DEL MAR.
A PESAR DE PERTENECER A UN PUEBLO CON
CIERTAS COSTUMBRES INQUIETANTES, FUE UN
AMIGO FIEL.

REFUGIO VERDE. UNA FABULOSA
RESIDENCIA, HOGAR DEL MISTERIOSO
HOMBRE CONOCIDO
COMO GREEN.



LA SERPIENTE GIGANTE DE LA ISLA DE
TONDANO ATACANDO A MI DESCUENDIENTE, ANNIE.



NUESTRA RUDIMENTARIA NAVÉ,
LA INTREPIDA AVENTURA.

NAUFRAGO FRED, CURIOSO
PERSONAJE DEL TIEMPO
DE ANNIE.



LA IGLESIA DEL SACRIFICIO
CANIBAL Y SU SACERDOTE.

GUR-NANN, SEÑOR DE SU
PROPIA ILLA, Y PROTECTOR
DE NUESTRA GRAM.



LOS PÉCÉS VOLADORES VENENOSOS
QUE NOS ATACARON EN LA BALSA.





EL REMOLINO
A TRAVÉS DEL CUAL
LLEGAMOS AL CUARTO
NIVEL.

LOS HUEVOS EN
BOLSAS DE LOS GRANDES
GUANOS DE Q'ORNA.

Notas

[1] *Geist*, significa «espíritu» en alemán. (N. del T.) <<

[2] Bernhard Riemann fue un matemático alemán que creó una geometría no euclidiana. (N. del T.) <<

[3] Pueblo precolombino que habitó en el actual México entre los siglos XII a. C. y 11 de nuestra era. (N. del T.) <<

[4] Kilt, falda típica escocesa. (N. del T.) <<

[5] «*Storm*», en inglés significa «tempestad». (N. del T.) <<

[6] «Verde» en inglés es *green*, de modo que coincide con el nombre del personaje.
(N. del T.) <<

[7] Miembro de un pueblo del Tíbet, cuyo principal trabajo es hacer de guía a los montañeros. (N. del T.) <<

[8] Monstruo marino de la mitología escandinava. (N. del T.) <<

[9] «Como un canto rodado», «*Like a Rolling Stone*», canción de Bob Dylan. (N. del T.) <<